

HISTORIA

DE LAS

EXPEDICIONES DE ALEJANDRO

BIBLIOTECA CLASICA

TOMO LVIII

HISTORIA

DE LAS

EXPEDICIONES DE ALEJANDRO

POR

ARRIANO

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

POR

D. FEDERICO BARÁIBAR Y ZUMÁRRAGA

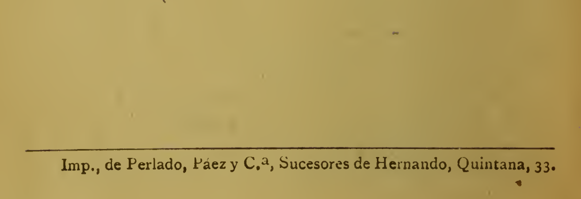
MADRID

LIBRERÍA DE PERLADO, PÁEZ Y C.ª

Sucesores de Hernando.

Calle del Arenal, núm. 11.

1917



Imp., de Perlado, Páez y C.ª, Sucesores de Hernando, Quintana, 33.

AL SR. D. LUIS NAVARRO

EN TESTIMONIO DE GRATITUD Y AFECTO,

EL TRADUCTOR.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Flavio Arriano nació en Nicomedia de Bitinia, donde se educó y fué sacerdote de Ceres y su hija Proserpina, que recibian en aquella ciudad especial culto.

Floreció en tiempo de Adriano y de los dos Antoninos, consagrando su existencia á la filosofía, las letras y las magistraturas civiles y militares. Discípulo de Epicteto y partidario de la doctrina estoica, escribió ocho libros de las *Disertaciones* de aquel filósofo, doce de sus *Homilías*, una *Biografía* del mismo y un *Manual* de su filosofía.

Aficionado desde niño á las letras, cultivó con ingenio singular la historia y la geografía, conquistándole su talento honores tan distinguidos como la ciudadanía de Roma y Atenas, el gobierno de la Capadocia y el mismo consulado, y granjeándole la amistad de los hombres más eminentes de su siglo, entre los cuáles figuran Plinio el Joven y Luciano de Samosata, que hablan de él con extraordinario aprecio. Sus puestos oficiales le permitieron poner en práctica sus dotes de general y jurisconsulto, de las cuales

dejó buena memoria, facilitándole al propio tiempo la composición de algunos trabajos históricos, tales como las *Guerras contra los Partos* (Παρθικά), *Contra los Alanos* (Ἀλανικά), el libro de *Táctica* (Τέχνη τακτική) y el *Periplo del Ponto Euxino* (Περίπλους Εὐξείνου Πόντου).

Estas y otras obras (1) y el particular y á menudo feliz empeño que puso Arriano en imitar al autor de la *Anábasis,* le valieron el sobrenombre de nuevo Jenofonte, modelo que siguió constantemente hasta copiarlo con la excesiva nimiedad que es de notar principalmente en la Historia cuya versión ocupa este volumen. El título, la división en siete libros, el dialecto, las formas de la narración, el sobrio empleo de los discursos, la minuciosidad en las descripciones militares y otros pormenores, son idénticos en las *Anábasis* de ambos escritores; pero al compararlos, resulta claramente la inferioridad de Arriano, á pesar de su innegable mérito. «Su dicción, dice Saint Croix, es menos elegante, y no tiene la gracia de la de su modelo, notándose en ella, no obstante su claridad, la falta de soltura y el amaneramiento casi inevitable en las imitaciones. Arriano es recómendable por el orden y colocación de las palabras, pero su narración no es animada ni dramática como la de Jenofonte. La precisión de Arriano nunca le hace degenerar en oscuro; pero su sencillez es más fruto del arte que de la naturaleza. Si emplea términos nuevos, son siempre inteligibles y no perjudican á la claridad, su principal mérito. Carece de elevación, y cuando deja un instante de imitar y usa una frase enteramente suya,

(1) Las atribuídas á Arriano, además de las citadas, son *Vida de Tiliboro; De las Indias; Periplo del mar Eritreo; Acontecimientos que siguieron á la muerte de Alejandro; Hechos de Timoleón; Liberación de Siracusa, por Dión; Las Bitinicas; De la Caza.*

incurre á veces en bajeza. Sin embargo, la lectura de sus obras no cansa ni fatiga.» Con esto, y con añadir que el estilo de Arriano es en general sencillo, elegante y templado, sin caer casi nunca en excesos retóricos ni salirse del tono conveniente á la historia, creemos haber dicho lo suficiente para quien desconozca el griego ó no quiera molestarse leyendo el original. Las observaciones que pudieran hacerse sobre otros méritos ó defectos de su Historia, justamente considerada como la mejor que se ha escrito de Alejandro, amén de ser quizá mera repetición de lo consignado ya en cien libros, están al alcance de los ilustrados lectores.

Respecto á nuestra traducción, primera que se imprime en castellano, nos cierra la boca otro orden de consideraciones. Sólo diremos, pues, recomendándonos á la benevolencia del público, que hemos procurado ser fieles al original, sin ceñirnos siempre rigurosamente á su letra para evitar repeticiones y giros que serían insoportables en nuestro idioma. El texto que hemos seguido es el publicado por Fr. Dübner en la *Biblioteca griega* de Fermín Didot (1877), agregando á la versión las notas absolutamente indispensables para su inteligencia, huyendo del aparato de fácil y pedantesca erudición.

LIBRO PRIMERO.

PROEMIO.

Todo aquello en que Tolomeo, hijo de Lago (1), y Aristobulo, hijo de Aristobulo (2), convienen acerca de Alejandro, hijo de Filipo, lo consigno como ciertísimo en esta Historia; y sólo cuando ambos caminan

(1) Tolomeo escribió la Historia de Alejandro, de la cual sólo nos quedan fragmentos conservados por Arriano, Plutarco, Estrabón y Esteban de Bizancio, después de subir al trono, conjeturándose que debió dedicar á este trabajo los últimos años de su vida, en los que, á consecuencia de la batalla de Ipso (301 a. de C.), estuvo al fin en quieta y pacífica posesión de su reino. Aunque durante su mando dió muestras de ánimo generoso y amigo de la verdad, no debe creérsele, como Arriano indica, absolutamente imparcial; pues, aparte de tener que ocuparse en el curso de su narración de enemigos y rivales, tenía especial interés en no menguar la gloria de Alejandro, á quien debía su elevación.

(2) También se ha perdido la Historia de Aristobulo, menos los trozos citados por Ateneo, Arriano, Estrabón, Menandro y Plutarco. Parece que la escribió en muy avanzada edad, pues, según el testimonio de Luciano (*Macrob.*, c. XXII), tenía ochenta y siete años cuando empezó el cuarto libro, según afirmaba él mismo en su preámbulo.

desacordes, elijo lo que me parece más digno de crédito y mención. Verdad es que también otros nos han legado historias de Alejandro, pues de nadie se ha escrito más, ni más contradictoriamente; pero yo tengo por fidedignos sobre todos á Tolomeo y á Aristobulo; á éste, porque militó con Alejandro; á aquél, porque, además de haber guerreado bajo sus banderas, fué rey, y la mentira sería mucho más vil en sus labios; á ambos, en fin, porque habiendo escrito después de muerto el Monarca macedonio, no hay recelo de que, ú obligados por la necesidad ó seducidos por el aliciente de una recompensa, hayan faltado á la verdad. Hay, sin embargo, en otros escritores algunas noticias que he aceptado, aunque sólo como dichos sueltos, por no parecerme ni increibles del todo ni indignas de contarse. Ahora á quien se admirase de que después de tantos se me haya ocurrido componer la presente, le diré que examine todos aquellos libros, y cuando llegue al mío, entonces estará en razón al admirarse.

CAPÍTULO PRIMERO.

Muerte de Filipo.—Alejandro generalísimo de los Griegos contra los Persas.—Expedición contra los Tracios autónomos.

A la muerte de Filipo, acaecida bajo el arcontado de Pitodemo en Atenas, subió al trono su hijo Alejandro, que entonces tendría unos veinte años, y se dirigió al Peloponeso. Allí, reunidos en una asamblea cuantos Griegos había, les pidió que le concedieran la jefatura del ejército contra los Persas, otorgada antes á su padre, y la consiguió de todos excepto de los

Lacedemonios, los cuales respondieron que ellos no habían heredado de sus antepasados la costumbre de obedecer, sino de mandar á los demás. También los Atenienses pensaron variar de conducta; pero sobrecogidos al principio por la llegada de Alejandro, le otorgaron después más honores que á Filipo. Luégo de esto regresó á Macedonia para preparar el ejército contra el Asia.

Al comenzar la primavera determinó dirigirse por la Tracia contra los Tribalos y los Ilirios, que sabía andaban fraguando novedades, creyendo que, siendo estos pueblos fronterizos, era indispensable dejarlos completamente subyugados antes de emprender una expedición tan lejos de su patria. Saliendo, pues, de Anfípolis, invadió la Tracia por aquella parte que ocupan los llamados Tracios autónomos, dejando á mano izquierda la ciudad de Filipos y el monte Orbelo; pasó el río Neso, y llegó al monte Emo á los diez días de camino. Allí, en los desfiladeros y angosturas de la montaña, con objeto de rechazar al ejército, ocupando la cumbre del Emo y cerrando los pasos, se presentaron armados gran número de traficantes y Tracios autónomos, los cuales, reuniendo los carros y colocándolos delante, pensaban, no sólo utilizarlos como vallados y baluartes desde donde combatir, si se veían apretados, sino lanzarlos desde lo más alto del monte sobre la falange macedónica cuando la tuvieran enfrente. Y creían que cuanto más compacta se presentase ésta, tanto mayor estrago harían en ella con su irresistible empuje los precipitados carros.

Meditó Alejandro sobre el modo de atravesar el monte con la mayor seguridad posible; y al ver que, no existiendo otro paso, había que afrontar decididamente el peligro, mandó á los hoplitas que cuando los carros rodasen despeñados abriesen la falange, si

el terreno lo permitía, y les dejasen pasar, y si no, que apretándose y fijando rodilla en tierra, se cubriesen perfectamente con los escudos, formando con ellos una superficie lisa y compacta, sobre la cual saltarían y se deslizarían sin causarles daño alguno. Todo sucedió según las previsiones de Alejandro: la falange se dividió; los carros pasaron sobre los escudos, causando poco daño y ningún muerto. Los Macedonios, desvanecido el peligro que les tuviera atemorizados, se envalentonaron sobremanera, y embistieron con grandes alaridos. Alejandro hizo adelantarse á los arqueros del ala derecha sobre la otra falange, pues por este lado era más accesible el enemigo, con orden de hostilizar á los Tracios; y él, á la cabeza del Agema (1), de los hipaspistas (2) y los Agrianos, se dirigió hacia la izquierda. Los arqueros mantuvieron á raya los enemigos avanzados, y después la falange desalojó fácilmente de sus posiciones á aquellos bárbaros mal armados y medio desnudos, al extremo de obligarles, vista la imposibilidad de hacer frente al Rey que les atacaba por la izquierda, á huir por los montes arrojando las armas. Murieron en esta pelea unos mil quinientos; quedaron prisioneros muy pocos, pues los más escaparon, gracias á su

---

(1) El *Agema* era un cuerpo de tropas escogidas generalmente entre los *Peltastas*, cuyo objeto era acompañar al Rey y dar golpes de mano, para lo cual no era propia la falange por la pesadez de sus movimientos, ni convenían los psilites, cuyo ligero armamento no cuadraba bien á la dignidad y boato de la guardia real. El número de soldados del *Agema* fué variable, y sus armas se distinguieron frecuentemente por su lujo y calidad, dándoles los nombres de *Argiráspidas* y *Calcáspidas*, según tuviesen los escudos forrados de plata ó de metal muy brillante.

(2) Los *Hipaspistas* (*Scutati*, escudados) formaban la infantería macedonia por oposición á los Hoplitas griegos, que eran los infantes pesadamente armados. (V. Apéndice III.)

ligereza y conocimiento del terreno; las mujeres, que les seguían, los niños y los bagajes cayeron en poder de los Macedonios.

CAPÍTULO II.

Expedición contra los Tribalos.

Alejandro envió el botín recogido á las ciudades de la costa que quedaban á su espalda, encargando de su administración á Lisanias y á Filotas; y superando la altura, dirigióse por el Emo al pais de los Tribalos, y llegó al río Ligino que dista del Istro tres jornadas, para el que pasa por el referido monte. Sirmo, rey de los Tribalos, sabedor con mucha antelación de la venida del ejército macedonio, había enviado al Istro las mujeres y los niños de sus súbditos, ordenándoles que pasando el río se recogiesen en una isla del mismo llamada Peuce. En ésta ya se habían refugiado antes los Tribalos fugitivos y el mismo Sirmo con los suyos, viendo llegar sobre ellos á Alejandro; pero otros muchos de aquellos naturales retrocedieron á aquella orilla del río de la cual había partido la víspera. Noticioso de este movimiento, hizo Alejandro una contramarcha sobre los Tribalos, y los hostilizó cuando ya estaban en el campamento. Sorprendidos los bárbaros, formaron á toda prisa su gente en una selva próxima al río, contra la cual llevó Alejandro su falange, destacando á la vanguardia los honderos y arqueros que debían molestar con sus armas al enemigo para ver de sacarle de la espesura al terreno limpio y llano. Los Tribalos, acosados en su refugio y heridos por una lluvia de piedras y venablos, se arro-

jaron sobre los arqueros que iban sin armadura con ánimo de luchar con ellos brazo á brazo: Alejandro, viéndoles ya fuera de bosque, lanzó sobre la derecha enemiga, que era la más avanzada, todo el peso de la caballería de la Macedonia superior, á las órdenes de Filotas, y sobre la izquierda los escuadrones de Botiea y Anfípolis, mandados por Heráclides y Sópolis; y él con la falange, protegido por otros caballos, atacó por el centro. Ya para entonces se había generalizado el combate de flechas, en el que no llevaban la peor parte los Tribalos; pero embestidos con fortísimo ímpetu por la falange, acometidos en todas direcciones por la caballería, que les hería con la lanza y furiosamente les atropellaba, huyeron á la selva por la orilla del río, dejando en su fuga tres mil muertos, pero muy pocos prisioneros, pues la proximidad del bosque y la llegada de la noche impidieron la persecución á los Macedonios. De estos sólo murieron, dice Tolomeo, cuarenta peones y once jinetes.

CAPÍTULO III.

Paso del Istro.

Tres días después de esta batalla llegó Alejandro al Istro, que es el mayor río de Europa, y el que baña más tierras y separa belicosísimas gentes, entre las cuales descuellan las célticas, de las que proceden los Cuados y Marcomanos, que habitan junto á sus fuentes; siguen después los Iaziges, pertenecientes á la nación Saurómata; los Getas, que creen en la inmortalidad de las almas; los numerosísimos Saurómata-

tas y los Escitas, hasta la conclusión del río que se desagua por cinco bocas en el Euxino. Aquí se apoderó de algunas galeras que remontando el río habían venido de Bizancio por el ponto, y acomodando en ellas todos los arqueros y hoplitas que le fué posible, se dirigió á la isla donde se habían refugiado los Tracios y los Tribalos, y trató con grande ahinco de verificar un desembarco, cosa que no pudo conseguir por haber acudido á impedírselo los Bárbaros, y ser además pocas sus naves, no muchos los soldados, la isla en su mayor parte escarpada é inaccesible, y la corriente del río, como encerrado en más estrecho cauce, sumamente violenta y difícil de resistir.

Por lo cual Alejandro, apartando de allí las naves, determinó atravesar el Istro y hacer una incursión contra los Getas que habitan en la opuesta ribera, moviéndole á esto ya la multitud de aquellos bárbaros (tendrían unos cuatro mil caballos y diez mil infantes) que, reunidos en la orilla, parecían dispuestos á atacarle si pasaba, ya el deseo que de él se apoderó de ir más allá del Istro. Embarcóse, pues; mandó rellenar de paja las pieles que les servían de tiendas; recogió cuantas canoas se encontraban por aquella parte, donde abundan, pues los ribereños las emplean ya para la pesca, ya en la comunicación fluvial, ya para sus rapiñas. Acaparadas muchísimas de estas embarcaciones, pasó en ellas todos los soldados que pudo, aproximándose á mil quinientos caballos y cuatro mil infantes el número de los que con Alejandro hicieron en esta forma la travesía.

CAPÍTULO IV.

Fuga de los Getas.—Toma de su capital.—Embajadas de pueblos bárbaros.—Contestación de los Celtas.

Pasaron de noche á unos espesos trigos, que les ocultaron al enemigo al acercarse á la orilla. Al amanecer guió Alejandro por aquella parte, mandando á los infantes que llevasen las sarisas (1) de través é inclinadas sobre el trigo, hasta llegar á un campo no cultivado. La caballería siguió á la falange por el sembrado. Cuando salieron de éste, el mismo Alejandro llevó la caballería al ala derecha, y mandó á Nicanor que se pusiera al frente de la falange formada en cuadro. Los Getas ni siquiera resistieron el primer ataque de los caballos, pues parecíales imposible la audacia de Alejandro, que tan fácilmente en una sola noche, sin puente alguno, había atravesado el más caudaloso de los ríos europeos, y les aterraban grandemente la apretada falange y el ímpetu irresistible de sus escuadrones. Así es que huyeron primero á la ciudad, distante una sola parasanga (2) del Istro; y cuando vieron que Alejandro con exquisita precaución traía su falange junto al río con la caballería al frente, á fin de evitar que sus infantes fuesen envueltos por alguna emboscada de los Getas, abandonaron la mal fortificada ciudad, y colocando en sus caballos todos los niños y mujeres

(1) Nombre de la pica macedonia.

(2) Para la equivalencia de esta y otras medidas itinerarias, véase el Apéndice II.

que pudieron, se refugiaron en las soledades más distantes del Istro. Alejandro se apoderó de la plaza abandonada y cogió todo el botín dejado por los Getas, entregándolo para su conducción á Meleagro y Filipo. Después de esto, arrasó la ciudad y ofreció un sacrificio á Júpiter Salvador, á Hércules y al mismo Istro, en acción de gracias por haberle proporcionado una travesía feliz, volviendo en el mismo día al campamento sin perder un soldado.

Entonces se le presentaron embajadores de varios pueblos independientes que habitaban en las márgenes del Istro, así como de Sirmo, rey de los Tribalos y de los Celtas (éstos, que pueblan la costa del golfo Jonio, son de estatura prócer y muy preciados de sí mismos), asegurando todos que deseaban la amistad de Alejandro. Hiciéronse recíprocas promesas de fidelidad. Alejandro preguntó entonces á los Celtas cuál de las cosas humanas temían más, creyendo que habiendo llegado la fama de su nombre mucho más allá de su país, él sería el objeto preferente de su temor; pero se engañó por completo, pues viviendo lejos de él, en lugares casi inaccesibles, y viéndole empeñado en una expedición contra otras gentes, los Celtas contestaron: «Que el cielo se desplome sobre nosotros.» Con lo cual Alejandro les despidió llamándoles amigos é incluyéndoles en el número de sus aliados, pero diciendo para sí que eran muy fanfarrones.

CAPÍTULO V.

Expedición contra Clito y los Taulancios.

De allá se dirigió á los Agrianos y Peones, donde le anunciaron que Clito, hijo de Bardilos, le había hecho defección, y que se le había unido Glaucias, rey de los Taulancios. Otros le dijeron que los Autariatas le atacarían en el camino. Por lo cual determinó moverse de allí aceleradamente. Pero Lángaro, rey de los Agrianos, que aun en vida de Filipo había manifestado especial afecto á Alejandro, enviándole embajadores particulares, se le presentó entonces con escogidísima tropa de hipaspistas perfectamente armados; y oyéndole preguntar sobre la calidad y número de los Autariatas, le aconsejó que no se cuidase de ellos, pues eran los menos belicosos de toda aquella región. «Yo mismo, añadió, me comprometo á invadir sus tierras, para que tengan bastante ocupación con la de casa.» Y, en efecto, por orden de Alejandro hizo una incursión en aquel país, devastando sus campos.

Los Autariatas tuvieron de este modo bastante que hacer con lo suyo; Alejandro colmó á Lángaro de grandísimos honores y le dió riquísimos regalos, según costumbre de los Reyes macedonios, ofreciéndole también, en cuanto llegase á Pela, la mano de su hermana Cina; pero Lángaro murió de enfermedad al regresar á sus estados.

Continuando su viaje junto al río Erigón, llegó Alejandro á Pelium, ciudad que había ocupado Clito, por ser la más fuerte de la comarca, y á orillas del

Eordaico, decidido á atacar los muros al día siguiente. Los montes que rodean la plaza, altos y cubiertos de espesos bosques, habían sido ocupados por las tropas enemigas, con ánimo de si los Macedonios atacaban la ciudad, precipitarse sobre ellos de todas partes. Glaucias, rey de los Taulancios, aun no había venido. Al acercarse Alejandro a la ciudad, los enemigos sacrificaron tres niños, otras tantas niñas y tres carneros negros, y se lanzaron como para pelear cuerpo á cuerpo con los Macedonios; pero cuando los tuvieron más cerca, desampararon sus posiciones, aunque escarpadas y fuertes, con tal precipitación, que hasta se encontraron en ellas las víctimas abandonadas.

Encerrados los enemigos en Pelium, Alejandro, que había sentado sus reales junto á ella, resolvió aquel mismo día rodearla de un muro de circunvalación; y al siguiente, habiendo llegado Glaucias, rey de los Taulancios, con muchas fuerzas, y no teniendo esperanzas de llegar á apoderarse con las suyas de la ciudad, ya por haberse refugiado en ella muchos combatientes, ya porque no serían menos los que con Glaucias le acometerían si atacaba las murallas, envió á avituallarse á Filotas, con suficiente escolta de caballería y los bagajes necesarios. Noticioso Glaucias de este movimiento, dirigióse contra el General y ocupó los montes que rodean el campo, al cual había de ir aquél á aprovisionarse; pero sabedor de esto Alejandro, y de que la caballería y la impedimenta peligraban si les sorprendía la noche, voló en su auxilio con los hipaspistas y hoplitas y un escuadrón de unos cuatrocientos caballos agrianos, dejando el resto del ejército al pie de la ciudad, no fuera que, al alejarse todas las fuerzas, los sitiados hiciesen una salida y se reunieran á Glaucias. Éste, al saber la venida de Ale-

jandro, abandonó los montes, y Filotas pudo volver con facilidad. En tanto, Clito, Glaucias y su gente, creyendo que el caudillo macedonio se vería cortado por las dificultades del terreno, á cuyo efecto habían colocado en las alturas que lo dominaban muchos caballos, arqueros y honderos, y no pocos hoplitas, dispusieron que los sitiados de Pelium hiciesen una salida contra los que se marchaban. No eran menores tampoco los obstáculos naturales que ofrecía el camino, angosto y lleno de bosque, entre un río y una alta y escarpada montaña que lo estrechaban al extremo de no poder pasar cuatro escudados (1) de frente.

CAPÍTULO VI.

Victoria de Alejandro contra Glaucias.—Fuga de Clito.

Alejandro dispuso sus huestes, formando la falange de ciento veinte en fondo, y colocando en ambas alas doscientos caballos, con la advertencia de guardar silencio y ejecutar rápidamente las órdenes. Mandó primero á los hoplitas levantar lanzas, y después, á una señal suya, enristrarlas hacia el enemigo, simulando un ataque, dirigiendo las puntas ora á la derecha, ora hacia la izquierda. En tanto, hizo maniobrar rápidamente á la falange, llevándola ya á

(1) Usamos esta palabra, que traduce exactamente la del original (ἀσπίδων) en el sentido de soldado armado de escudo, que es el que tiene en el siguiente pasaje de la *Crónica de Don Pero Nuño*: «Salieron de la villa muy recia gente de omes de armas é ballesteros é escudados á pelear. (V. Almirante, *Dic. Mil.* ESCUDADO.)

uno, ya á otro lado. De este modo, después de varias evoluciones ejecutadas en brevísimo tiempo, la dirigió en forma de cuña contra la izquierda del enemigo. Éste, asombrado ya de la rapidez y precisión de los movimientos de Alejandro, no le dió frente al acercarse, y abandonó las primeras posiciones. El caudillo macedonio mandó entonces á su gente gritar y golpear los escudos con las lanzas, á cuyo estruendo se atemorizaron en tal forma los Taulancios, que huyeron precipitadamente á la ciudad.

Viendo después Alejandro que una colina que le cerraba el paso se hallaba ocupada por un pequeño destacamento enemigo, mandó á sus guardias personales y á los amigos que le rodeaban embrazar los escudos, montar á caballo y atacar la altura, advirtiéndoles que si al llegar á ella se resistían los contrarios, echasen pie á tierra la mitad y atacaran la posición mezclados jinetes y peones. Pero el enemigo no le hizo frente, sino que, desamparando el puesto, huyó á la desbandada por los montes. Después de tomada la colina, llamó Alejandro á su lado unos dos mil hombres entre amigos, arqueros y agrianos, mandó á los hipaspistas atravesar el río, seguidos de las cohortes macedonias, con orden de formar inmediatamente en la otra orilla, y él quedó como de atalaya vigilando las maniobras del enemigo. Viendo éste que el ejército vadeaba la corriente, se dirigió hacia los montes con ánimo de atacar la retaguardia; pero al acercarse, toparon con Alejandro y los suyos; la falange gritó desde la orilla como si fuese á entrar en combate, y los Taulancios, creyendo tener encima toda la hueste macedonia, se dieron á huir atemorizados. Alejandro destacó súbitamente al río los arqueros y agrianos; atravesó á su cabeza la corriente, y viendo acosados los últimos soldados por el ene-

migo, dispuso en la orilla las oportunas máquinas y mandó lanzar dardos á larga distancia y molestar por todos los medios al contrario, ordenando á los arqueros pararse en medio del agua y disparar sobre el enemigo. Glaucias no se atrevió á avanzar entre aquella nube de flechas, y en tanto, los Macedonios atravesaron con toda felicidad el río, sin perder un solo hombre.

A los tres días de esto, habiendo sabido Alejandro que Clito y Glaucias vivían en sus campamentos con el mayor descuido, sin centinelas que los guardasen, sin rodearse de fosos ni vallados y con la hueste desparramada á su antojo, pues creían que el miedo había alejado al enemigo, pasó el río ocultamente antes de amanecer, con los hipaspistas, los agrianos, los arqueros y las tropas de Perdicas y Ceno, no sin haber ordenado que le siguiese el resto del ejército; y cuando el ataque le pareció oportuno, lanzó sobre los contrarios, sin esperar la llegada de las otras fuerzas, á los arqueros y Agrianos, los cuales cayendo inesperadamente sobre los enemigos, y acometiendo fortísima y denodadamente con la falange su más débil flanco, mataron á unos todavía en sus lechos, cogieron con facilidad á otros fugitivos, y degollaron muchos, ya sorprendiéndolos en el mismo campamento, ya en fuga desordenada y temerosa, hasta el punto de que fueran muy pocos los cautivos. Alejandro persiguió hasta los montes los Taulancios fugitivos, que si lograron escaparse fué arrojando las armas. Clito, que se había refugiado primeramente en la ciudad, la incendió y se retiró á los estados de Glaucias.

CAPÍTULO VII.

Defección de los Tebanos. — Marcha de Alejandro contra Tebas. Sitio de esta ciudad.

Mientras tanto, algunos proscritos lograron penetrar en Tebas durante la noche; atrajeron á sus planes revolucionarios á varios ciudadanos; se apoderaron de Amintas y Timolao, dueños de la fortaleza Cadmea (1), que ajenos de lo que sucedía estaban fuera del castillo, y les dieron alevosa muerte. Invocando el antiguo y hermoso nombre de libertad, y en la necesidad de persuadir más fácilmente á la multitud, afirmaron rotundamente que Alejandro había muerto en Iliria, noticia que venía comentándose y adquiriendo visos de verosimilitud, tanto por la prolongada ausencia, como por no haberse recibido de él ninguna nueva; por lo cual, como sucede en estas cosas, ignorando lo acaecido, cada uno tomaba su deseo por la propia realidad.

Enterado Alejandro de los sucesos de Tebas, creyó que de ninguna manera debía descuidarlos; ya porque los Atenienses le inspiraban sospechas hacía mucho tiempo, ya por juzgar de no escasa importancia el atrevimiento de los Tebanos, si se les unían los Lacedemonios, cuya voluntad ya tenía enajenada, con otros pueblos del Peloponeso y los Etolios, de reconocida inconstancia. Pasando, pues, por Heordea y Elimiotis, y por las rocas Estinfeas y Paraveas, llegó al séptimo día á Pelina de Tesalia, de donde par-

(1) Del nombre de su fundador.

tió, entrando á los seis días en Beocia. Los Tebanos no supieron que había atravesado las Pilas (1), hasta que acampó en Onquesto con sus fuerzas; y aun entonces los autores de la defección decían que aquel ejército había venido de Macedonia con Antípatro, y sostenían que Alejandro había muerto, y cuando algunos anunciaban que éste había llegado en persona, lo tomaban muy á mal y aseguraban que el recién venido era otro Alejandro, hijo de Eropo.

Alejandro partió al día siguiente de Onquesto y acampó más cerca de Tebas, junto al bosque de Iola, concediendo una tregua á los Tebanos, por si, arrepentidos de su mala acción, le enviaban parlamentarios; pero tan lejos estuvieron de pedir un arreglo, que saliendo de la ciudad no pocos caballos y soldados de infantería ligera, se adelantaron hasta el campamento, disparando sobre los centinelas y matando á algunos Macedonios. Alejandro envió entonces para contenerlos arqueros y psilites, consiguiéndolo sin dificultad, cuando ya empezaban á hostilizar el mismo campamento. Al día siguiente avanzó con todo su ejército hacia las puertas por donde se sale á Eleuteras y al Atica, y sin acercarse á las murallas se apostó á poca distancia de la ciudadela Cadmea, para proteger más de cerca á los suyos, que la ocupaban. Los Tebanos, á su vez, habían rodeado esta fortaleza de un doble vallado, para que ni los sitiados pudieran recibir ningún auxilio, ni perjudicarles, haciendo una salida, cuando combatiesen con los enemigos exteriores. Alejandro, que prefería un amistoso arreglo con los Tebanos á ponerlos en el

(1) Nombre genérico de todos los puertos ó desfiladeros que daban entrada á una región.

trance de la guerra, seguía dando largas al combate, acampado junto á la Cadmea. Los ciudadanos, que comprendían mejor los intereses de la república, opinaban que debía acudirse á Alejandro, solicitando el perdón de la defección popular. Pero los proscritos que habían concitado la multitud, desesperanzados de obtener la remisión de su culpa, y aun algunos Beocios principales, excitaban al pueblo á combatir. Alejandro, sin embargo, continuó difiriendo el ataque.

CAPÍTULO VIII.

Toma de Tebas y degüello de sus habitantes.

Dice Tolomeo, hijo de Lago, que hallándose con sus tropas Perdicas, comandante de la guardia castrense, no muy lejos de la empalizada enemiga, la atacó sin esperar orden de Alejandro, y que habiéndola derribado, se precipitó sobre la guarnición tebana. Amintas, hijo de Andrómenes, cuya cohorte estaba unida á la de Perdicas, viéndole dentro del recinto, le siguió con su gente; y Alejandro, observando sus movimientos y temeroso de ver envueltos los suyos si los abandonaba, avanzó con el resto del ejército, mandando traspasar la empalizada á los arqueros y Agrianos, y se quedó con el Agema y los hipaspistas. En tanto Perdicas, al intentar salvar la segunda valla, cayó gravemente herido de una flecha y fué conducido al campamento, donde le costó mucho curarse. Los que con él habían forzado aquella defensa, juntamente con los arqueros del Rey, encerraron á los Tebanos en el camino profundo que

iba al templo de Hércules, y los persiguieron hasta el recinto sagrado; pero volviéndose de allí los fugitivos con grande vocería, hicieron huir á los Macedonios matándoles el cretense Euribotas, comandante de arqueros, con cerca de setenta de su gente, y obligando á los restantes á refugiarse junto al Agema los hipaspistas reales. Entonces Alejandro, viendo fugitivos los suyos y desordenados los Tebanos en la persecución, lanzó contra éstos su falange formada, y los rechazó dentro de las puertas, causándoles tal perturbación y miedo, que ni aun se acordaron de cerrarlas, á pesar de que les empujaban por ellas al interior de la ciudad. Los Macedonios, que habían penetrado al mismo tiempo dentro de las murallas por hallarse desguarnecidas á causa de las muchas guardias, siguieron de cerca á los fugitivos, y unos se dirigieron á la ciudadela Cadmea, y de allí, con los que la guarnecían, salieron junto al templo de Anfión, á otra parte de la ciudad; y otros, pasando por las murallas que estaban ya en poder de los que entraron mezclados con los fugitivos, marcharon precipitadamente á la Agora. Los soldados que guardaban el templo de Anfión resistieron algún tiempo; pero viéndose acosados por todas partes, se desbandaron por completo. La caballería tebana abandonó la ciudad y huyó por los campos, y los infantes se salvaron también como pudieron. Entonces, enfurecidos, no los Macedonios, sino los Focences, Plateenses y otros Beocios, se entregaron á una desenfrenada matanza de Tebanos, acuchillando á unos, indefensos dentro sus propias casas, á otros cuando se resistieron, y á otros al pie de los altares, sin perdonar niños ni mujeres.

CAPÍTULO IX.

Terror de los demás pueblos griegos.—Destrucción de Tebas.

Este desastre de los Griegos, cuyas proporciones aumentaban la importancia de la ciudad debelada y lo imprevisto de la catástrofe, produjo honda sensación, no sólo en los otros Griegos, sino en los mismos que lo habían llevado á cabo. No había, en efecto, otro que pudiera comparársele, pues el que los Atenienses experimentaron en Sicilia (1), aunque por el gran número de muertos no causó menos daño á esta república, sin embargo, sea por haber perecido el ejército fuera de la patria, sea por componerse en su mayoría de auxiliares, sea por haberles quedado la ciudad, en la cual podían resistir en lo sucesivo durante mucho tiempo á los Lacedemonios y sus aliados y al Monarca persa, ni les fué á ellos mismos tan doloroso como el de los Tebanos, ni produjo entre los demás Griegos tanta consternación y espanto; y aunque después sufrieron de nuevo una derrota naval en Egospótamos (2), la ciudad no experimentó otro daño que el de ver destruídos sus largos muros, entregadas las más de sus naves, y humillada la república con la pérdida de la hegemonía; pero como conservaba su manera de ser, pudo recobrar á poco el antiguo vigor, reconstruir sus largos muros (3), readquirir el im-

(1) Véase Plutarco. *Vidas Paralelas. Nicias.*

(2) Se verificó el año 405 a. de C. A consecuencia de esta derrota fueron muertos por los Lacedemonios vencedores tres mil prisioneros, y derribadas las murallas de Atenas.

(3) Iban desde Atenas al mar, y encerraban los tres puertos.

perio del mar, y salvar á su vez de gravísimos peligros á los mismos Lacedemonios, que eran por entonces formidables, y que bien poco hacía habían estado á punto de destruir á Atenas. La derrota de Leuctra y Mantinea aterró á Lacedemonia, más por lo inesperado del desastre que por el número de muertos; y la acometida á Esparta de los Árcades y Beocios, bajo el mando de Epaminondas, más les atemorizó, tanto á ellos como á sus compañeros de peligro, por lo insólita y atrevida, que por envolver verdadero riesgo. Finalmente, la toma de Platea, por los pocos prisioneros en ella cogidos, pues los más hacía mucho tiempo que se habían refugiado en Atenas, no fué tampoco tan sensible; y las de Melo y Escione, ciudades insulares de escasa importancia, más que de grande admiración á todos los Griegos, sirvieron de afrenta á los vencedores.

Pero la repentina y desatinada defección de los Tebanos, la breve y fácil conquista de su capital, la espantosa matanza que ni que fuera obra de conciudadanos enfurecidos por inveterado rencor, y la total reducción á la esclavitud de una ciudad cuyo poder y gloria bélica la hacían sobresalir entre los Griegos, no sin razón se atribuían á castigo de una divinidad, que se imponía al fin á los Tebanos por haber vendido á los Griegos en la guerra médica; por haber violado la tregua pactada con los Plateenses, reduciendo por completo á la servidumbre su población, y dando muerte, contra la costumbre helénica, á los que se habían entregado á los Lacedemonios; por haber desolado aquella plaza, de la cual los Griegos, apercibidos para combatir á los Persas, habían apartado el peligro de su país; y por haber perdido con su voto á los Atenienses, cuando entre los Lacedemonios y sus aliados se trataba de la esclavitud de esta ciudad. Mu-

chos avisos del cielo habían anunciado á los Tebanos el estrago que les amenazaba, pero pasaron inadvertidos; y sólo al ser recordados después, se cayó en la cuenta de lo que profetizaban.

Las tropas auxiliares, á cuyo cargo dejó Alejandro el decidir sobre la suerte de Tebas, resolvieron dotar de una fuerte guarnición la fortaleza Cadmea, y arrasar hasta los cimientos la ciudad; distribuir entre los aliados todas las tierras, menos las consagradas á los dioses; reducir á la esclavitud á los niños, á las mujeres y á los Tebanos sobrevivientes, excepto los sacerdotes, las sacerdotisas, los huéspedes de Alejandro y de Filipo, y los Próxenos de los Macedonios. Alejandro sólo conservó, por respeto á Píndaro, la casa de este poeta y su familia. También determinaron los aliados reedificar y fortificar á Platea y Orcómene

CAPÍTULO X.

Consecuencias de este desastre. — Embajadas de los Atenienses. Exigencias y generosidad de Alejandro.

Al recibir los demás Griegos la noticia de tamaña desgracia, los Árcades, que ya habían empezado á moverse para enviar socorros á Tebas, condenaron á muerte á los autores de tal proposición; los Eleos llamaron á sus proscritos sólo porque eran estimados de Alejandro; los Etolios le enviaron embajadores de cada ciudad, pidiéndole perdón por haber simpatizado con la defección de los Tebanos; y los Atenienses, que cuando llegaron algunos escapados del reciente desastre celebraban los grandes misterios, suspen-

dieron atónitos las fiestas, retiraron sus bagajes á la ciudad, convocaron una asamblea del pueblo, y á propuesta de Démades enviaron á Alejandro diez embajadores elegidos entre los Atenienses más queridos del Rey, con la misión de significarle (aunque no muy á tiempo) la alegría con que la república había visto su feliz regreso del país de los Ilirios y Tribalos, así como el castigo impuesto á la defección tebana. Alejandro, después de responder benignamente á todos los extremos que la embajada le expuso, escribió una carta al pueblo ateniense, en la cual pidió la entrega de Demóstenes, Licurgo, Hipérides, Polieucto, Caretes, Caridemo, Efialtes, Diótimo y Merocles: pues decía que éstos habían sido causa de la derrota de Queronea y de todo lo sucedido contra Filipo y contra él mismo después de la muerte de su padre; y que no habían promovido menos que los mismos desterrados de Tebas la defección de esta ciudad. Los Atenienses, en vez de entregarle las personas reclamadas, le enviaron una nueva embajada suplicándole depusiera su encono, como en efecto lo hizo, ó por respeto á la república, ó por el afán de realizar su expedición al Asia, para lo cual no quería dejar motivo alguno de rencor entre los Griegos. Contentóse, pues, con exigir el destierro de Caridemo, uno de los reclamados que no le habían sido entregados, el cual huyó al Asia y se refugió en la corte de Darío.

CAPÍTULO XI.

Regreso á Macedonia. — Marcha al Asia. — Paso del Helesponto. Llegada á Troya.

Hecho esto, regresó á Macedonia; ofreció á Júpiter Olímpico el sacrificio instituído por Arquelao (1); dispuso en Egas los Juegos Olímpicos, y, al decir de algunos, celebró también un certamen en honor de las Musas. Corrió por entonces la noticia de que la estatua de Orfeo, hijo del tracio Eagro, sudaba continuamente en la Pieria. Los adivinos interpretaron este prodigio de diversa manera; y entre ellos Aristandro, natural de Telmisa, dijo al Rey que el agüero le era favorable, pues significaba que las hazañas de Alejandro habrían de costar sendos sudores á los poetas épicos y líricos y á cuantos escribieran versos.

Al principiar la primavera encargó á Antípatro el gobierno de Grecia y Macedonia, y se dirigió al Helesponto. Su ejército se componía de treinta mil infantes (2) entre arqueros y psilites, y más de cinco mil caballos. Su itinerario fué el siguiente. Partió hacia Anfípolis por la orilla del lago Cercinites, y de allí á la desembocadura del Estrimón; pasó este río; dejó atrás el monte Pangeo, por el cual se va á Abdera y Maronea, ciudades griegas de la costa; llegó al Hebro; lo pasó sin dificultad; se encontró, después de cruzar la Pética, en la orilla del Melas; lo vadeó; á

(1) En 431 a. de C.

(2) Los ejércitos griegos y romanos no solían exceder de este número.

los veinte días de camino llegó á Sesto, marchó de allí á Eleunte, donde ofreció un sacrificio sobre la tumba de Protesilao, por ser fama que este monarca fué el primero de cuantos Griegos combatieron contra Troya á las órdenes de Agamenón, que puso el pie en Asia; esperando obtener con este sacrificio una suerte más feliz que Protesilao.

Encargó á Parmenión el paso de gran parte de la infantería y de la caballería de Sesto á Abidos, cuya travesía se efectuó en ciento sesenta trirremes y en otras naves de carga. Según muchos escritores, Alejandro navegó desde Eleunte hasta el puerto de los Aqueos, gobernando él mismo la nave capitana, y que en medio del Helesponto sacrificó un toro á Neptuno y las Nereidas, e hizo al mar una libación con una copa de oro. Dícese también que fué el primero que, completamente armado, desembarcó en la costa asiática, y que erigió un altar en el punto en que zarpó de Europa, y otro en el de su llegada á Asia, en honor de Júpiter, protector de los desembarcos, y de Minerva y Hércules; que al llegar á Troya sacrificó á Palas Iliaca, y colgó en su templo todas las armas de su uso ordinario, tomando otras sagradas que se conservaban en él después de la guerra de Troya; las cuales, añaden, solía hacer llevar delante de sí en las batallas á los hipaspistas; y, por último, que ofreció sobre el ara de Júpiter Hercio un sacrificio á Príamo para aplacar las iras de este monarca contra la raza de Neoptólemo, á la que él pertenecía.

CAPÍTULO XII.

Sacrificio sobre la tumba de Aquiles.—Motivos de Arriano para escribir la historia de Alejandro. — Consejo de los generales persas.

El piloto Menecio ciño una corona de oro á Alejandro cuando subía á Troya, y después hicieron lo mismo el ateniense Cares, que había venido del Sigeo, y otros varios, tanto griegos como indígenas. También se asegura que Hefestión le coronó sobre la tumba de Patroclo, y que Alejandro hizo lo propio con el túmulo de Aquiles, considerando feliz á este héroe por haber tenido un Homero que perpetuase su memoria. Y á fe que tenía razón el Monarca macedonio, porque ésta fué la única dicha que no logró alcanzar; pues nadie ha relatado dignamente sus altísimas empresas, ni las ha ensalzado en prosa ó verso, ó en composiciones líricas, como las de Hierón, Gelón, Terón y otros muchos que ni remotamente pueden comparársele; por lo cual son menos conocidos los hechos ilustres de Alejandro que los más vulgares de otros más antiguos. Así, por ejemplo, la expedición de los diez mil Griegos con Ciro, contra el Rey Artajerjes; la desgracia de Clearco y de los que con él cayeron prisioneros; la vuelta de los mismos al mando de Jenofonte, por haberlas narrado este historiador, gozan entre los hombres de más brillante predicamento que Alejandro y sus hazañas. Y sin embargo, Alejandro no hizo su expedición á las órdenes de otro, ni se limitó al vencimiento de los que se oponían á su retirada hacia el mar, ni puede temer la comparación

con ningún mortal, pues nadie, ni bárbaro ni griego, llevó á cabo tantas, tan grandes y tan ilustres empresas. Yo confieso que éste ha sido el móvil principal que me ha impulsado á escribir la presente historia, no creyéndome indigno de ser el conducto por el cual los hechos de aquel capitán ilustre lleguen á adquirir celebridad y nombradía; pero no digo más de mi persona: ¿qué importan mi nombre, aunque no es de los más oscuros, ni mi patria, ni mi linaje, ni las magistraturas que en mi país he desempeñado? Mi patria, mi linaje y mis empleos son ahora estos trabajos literarios, como lo fueron desde mi niñez. Si Alejandro fué el primero de los generales, yo no me tengo por el último de los escritores griegos.

De Troya se dirigió Alejandro á Arisbe, donde, después de atravesar el Helesponto, había acampado todo el ejército; al día siguiente pasó á Percote, y luégo, dejando atrás á Lampsaco, sentó sus reales junto al río Praccio, que nace en las montañas del Ida y desemboca en el mar, entre el Helesponto y el Euxino. De allí, sin tocar á Colonas, pasó á Hermoto. Delante había enviado un cuerpo de exploradores al mando de Amintas, hijo de Arrabeo, con un escuadrón de Amigos reclutado en Apolonias, á las órdenes de Sócrates, hijo de Satón, y otros cuatro escuadrones de los llamados pródromos ó batidores, y de camino envió, con alguna escolta, á Panegoro, hijo de Licágoras, á tomar posesión de Príapo, ciudad que le habían entregado sus habitantes.

Los generales persas Arsames, Reomitres, Petines, Nifates y Espitrídates, sátrapa de la Lidia y de la Jonia, y Arsites, gobernador de la parte de Frigia que baña el Helesponto, acamparon con la caballería bárbara y los mercenarios griegos junto á la ciudad de Zelia, y celebraron un consejo al saber el paso de

Alejandro. Memnón de Rodas opinó que no debía arriesgarse un combate con los Macedonios, cuya caballería era muy superior, y además tenían al frente á su General, mientras ellos se hallaban privados de la presencia de Darío, y que lo mejor era pisotear y destruir con los caballos los forrajes, quemar todos los frutos, sin perdonar siquiera á las ciudades, para que, privado de víveres, no pudiera Alejandro detenerse en aquella tierra; mas Arsites se le opuso resueltamente, diciendo que no toleraría el incendio de una sola casa de sus súbditos, y los restantes siguieron esta opinión, sospechando si el objeto de Memnón sería dar largas á la guerra para conseguir alguna distinción del Monarca.

CAPÍTULO XIII.

Marcha hácia el Gránico.—Consejo de Parmenión.—Respuesta de Alejandro.

En tanto, Alejandro encaminóse al río Gránico con su ejército perfectamente ordenado en la forma siguiente: doble número de hoplitas en la falange, la caballería en los flancos y la impedimenta á retaguardia. Destacó á Hegéloco con una escolta de sarisóforos y unos trescientos infantes armados á la ligera á explorar los movimientos del enemigo. Cuando ya no estaba lejos del río, algunos exploradores, volviendo á todo galope, avisáronle que los Persas se encontraban en la otra orilla apercibidos al combate. Alejandro tomó al punto sus disposiciones para la batalla. Entonces Parmenión se le acercó y le dijo:

«Me parece, oh Rey, que debíamos acampar, como estamos, á la orilla, pues no creo que sean de tan

grande ánimo los contrarios que, siéndonos muy inferiores en infantería, vayan á pernoctar cerca de nosotros, y por lo mismo, en cuanto amanezca podremos pasar fácilmente el río con nuestros soldados antes de que ellos tengan tiempo de disponer su gente. Pero ahora no podemos verificarlo sin grande riesgo, pues es imposible, por la profundidad del agua, lo impetuoso de la corriente y lo alto y en sitios escarpados de la margen opuesta, que llevemos el ejército de frente, y la caballería enemiga podrá caer perfectamente formada sobre nuestra falange, que estará en la disposición más desventajosa cuando salgamos sin orden y con los flancos indefensos; por lo cual creo que, en el momento presente, sería muy grave este primer descalabro, y desfavorable crisis de toda la guerra.»

Alejandro le contestó: «Lo comprendo, Parmenión, pero sería para mí una vergüenza si, después de haber atravesado con tanta facilidad el Helesponto, ese riachuelo (con esta palabra lo empequeñecía), se opusiese á nuestro paso tal y como nos encontramos. Por gloria de los Macedonios y por mi propio valor en afrontar peligros, no consentiré eso, aparte de que los Persas se envalentonarían creyéndose iguales á nosotros si sobre la marcha no experimentaran algún desastre digno de su miedo.»

CAPÍTULO XIV.

Orden de batalla de los ejércitos macedonio y persa

Dicho esto, entregó el mando del ala izquierda á Parmenión, y él llevó su gente á la derecha, colocando en el extremo de ésta la caballería de los Ami-

gos, mandada por Filotas, hijo de Parmenión, con los arqueros y los honderos agrianos, sostenidos por Amintas, hijo de Arrabeo, con los caballeros sarisóforos, los escuadrones de Sócrates y los de la Peonia; junto á éstos los hipaspistas de los Amigos, mandados por Nicanor, hijo de Parmenión, seguidos de las falanges de Perdicas, hijo de Orante, de Ceno, hijo de Polemócrato, de Crátero, hijo de Alejandro, de Amintas, hijo de Andrómenes, y las tropas de Filipo, hijo de Amintas. En el ala izquierda puso primero la caballería tesalia, capitaneada por Calas, hijo de Harpalo; después la de los aliados, mandada por Filipo, hijo de Menelao; luégo la de Tracia, con Agatón, y junto á ésta los infantes y las falanges de Crátero, Meleagro y Filipo, hasta el centro del ejército.

Los Persas tenían unos veinte mil caballos y casi igual número de infantes, la mayor parte mercenarios. Su caballería, extendida á lo largo en batalla, cubría la margen del río. La infantería estaba detrás, en lo más alto de la posición. En cuanto descubrieron á Alejandro, fácil de conocer por el brillo de las armas y el respeto y deferencias de su séquito, reforzaron en seguida con gran parte de sus caballos la izquierda, amenazada por el Monarca macedonio.

Ambos ejércitos se detuvieron algún tiempo al borde del agua, manteniéndoles en profundo silencio la incertidumbre del resultado. Los Persas esperaban á que los Macedonios entrasen en el río para acometerles á la salida; pero Alejandro, montando á caballo, exhortó á los suyos á seguirle y pelear como buenos, y mandó entrar en el río, á las órdenes de Amintas, hijo de Arrabeo, á los batidores de caballería, con los Peonios y un batallón de infantería, y antes de éstos á los escuadrones de Sócrates y á Tolo-

meo, hijo de Filipo, á quien correspondió en aquella jornada el mando de toda la caballería. Condujo él mismo el ala derecha, y entre el toque de clarines y las aclamaciones á Marte, penetró en la corriente, llevando siempre su ejército en línea oblicua para que al salir no atacasen su extremo los Persas, sino, en cuanto le fuese posible, empezar él su acometida con la falange.

CAPÍTULO XV.

Paso y batalla del Gránico.

Al acercarse los soldados de Amintas y Sócrates, los Persas les dispararon una granizada de dardos; unos desde lo álto de la orilla, otros de los declives y ribazos que bajan hasta el río. El choque de la caballería fué violentísimo al borde del agua; pugnando unos por salir y otros por impedírselo; lanzando flechas los Persas; atacando con las picas los Macedonios. Estos, muy inferiores en número, sufrieron mucho en la primera embestida, pues combatían en un terreno bajo y resbaladizo; mientras los Persas tenían á su favor una posición elevada, defendida por la flor de sus caballeros, entre los cuales figuraban Memnón y sus hijos. Los primeros Macedonios que acometieron á los Persas murieron haciendo prodigios de valor, menos álgunos que se retiraron hacia Alejandro, que guiando la derecha se acercaba ya, y atacó vigorosamente por la parte más nutrida de jefes y caballos enemigos, trabándose en torno suyo un acérrimo combate. En tanto, unas tras otras fueron pasando sin dificultad las compañías macedónicas; y aunque

el combate fué ecuestre, más parecía entre infantes: tan de cerca luchaban caballos contra caballos y hombres con hombres; los Macedonios esforzándose en desalojar de la orilla y arrojar al llano á los Persas; resistiéndose éstos y tratando de empujar al río á sus contrarios. Pero los soldados de Alejandro fueron ganando visiblemente terreno, no sólo por su esfuerzo y pericia militar, sino por batirse con durísimas lanzas de cornejo, mientras sus enemigos empleaban las picas ordinarias. En esto, habiendo roto Alejandro la lanza, pidió otra á Arete, su caballerizo mayor, quien, peleando con sumo denuedo, también había quebrado la suya y se defendía gallardamente con uno de los pedazos. Mostróselo al Rey, y habiendo pedido una nueva lanza, se la dió el corintio Demarato, uno de los Amigos. Viendo entonces que Mitrídates, yerno de Darío, había avanzado bastante arrastrado por su caballo, y que la caballería macedonia le seguía en orden de batalla, adelantóse á los suyos y le hizo frente, y con la lanza que acababa de recibir, le derribó hiriéndole en el rostro. Resaces, en esto, acometió á Alejandro, le asestó un sablazo á la cabeza, pero le tocó sólo en el casco, que recibió todo el golpe; y Alejandro le derribó también, atravesándole la coraza é hiriéndole con la lanza en medio del pecho. Espitrídates, en tanto, tenía ya levantada su espada por detrás sobre Alejandro; pero Clito, hijo de Drópidis, le cogió la acción, y de un valiente mandoble le separó del hombro el brazo con la mortífera arma. Mientras, pasaron incesantemente el río caballos y caballos, y reforzaron las tropas combatientes.

CAPÍTULO XVI.

Derrota y fuga de los Persas.

Los Persas, acosados de todas partes por las lanzas enemigas, que les herían en el rostro, envueltos por la caballería macedonia, y muy castigados por los psilites mezclados á los jinetes, huyeron primero de aquella parte en que Alejandro peleaba al frente de todos; empezaron después á flaquear en el centro, y arrollados los escuadrones de ambas alas, se desbandaron por fin en precipitada fuga, perdiendo en ella cerca de mil caballos. Alejandro no puso empeño en perseguirlos, sino en dirigirse contra las tropas de soldados mercenarios, que más por el asombro de tan inesperado suceso que por otros motivos, permanecían en el punto que primeramente se les había señalado: envió, pues, contra ellos la falange; ordenó una carga general de caballería; y en breve tiempo los destrozó de tal suerte, que sólo alguno pudo escapar escurriéndose entre los cadáveres; dejando prisioneros cerca de dos mil hombres. Jefes persas murieron: Nifates, Petines, Espitrídates, sátrapa de la Lidia; Mitrobuzanes, gobernador de Capadocia; Mitrídates, yerno de Darío; Arbúpales, hijo del mismo Darío y nieto de Artajerjes; Farnaces, hermano de la mujer de Darío, y Omares, comandante de los mercenarios. Arsiles después de la batalla huyó á Frigia, donde según dicen se suicidó, por creerse causante del desastre de los Persas.

Las pérdidas del vencedor fueron unos veinticinco

Amigos, cuyas estatuas (1) de bronce hechas pcr Lisipo, único escultor que Alejandro juzgó digno de representarle, fueron erigidas en Dío; más de sesenta la restante caballería, y cerca de treinta infantes. Alejandro les mandó dar tierra el día siguiente con sus armas y otras honras fúnebres, y eximió á sus padres é hijos de las contribuciones territoriales en sus respectivos países, y de todos los servicios así pecuniarios como personales. Tuvo también exquisito cuidado de los heridos, á los que visitó uno por uno, examinando sus heridas, preguntándoles cómo las habían recibido, y permitiéndoles toda libertad en sus relatos y ponderaciones. Dió también sepultura á los jefes persas; cumplió igual deber con los mercenarios griegos, muertos al servicio del enemigo; pero á los que cogió con vida los envió encadenados á las prisiones de Macedonia, por haber combatido contra los Griegos en favor de los Bárbaros, no obstante el decreto de sus compatriotas. Y finalmente, envió á Atenas un regalo de trescientas panoplias para que fueran suspendidas en lugar adecuado, con la inscripción siguiente: *Alejandro, hijo de Filipo, y los Griegos, excepto los Lacedemonios, las ganaron á los Bárbaros pobladores del Asia.*

CAPÍTULO XVII

Rendición de Sardes y Efeso.

Nombró á Calas sátrapa de la provincia que había gobernado Arsites; mandó que le pagasen los mis-

(1) Estas estatuas fueron trasportadas á Roma por L. Metelo, después de la conquista de aquel reino.

mos tributos que á Darío, y que volviesen á sus casas todos los Bárbaros, que, abandonando las montañas, se le entregaron. Perdonó á los Zelitas, por constarle que sólo por fuerza habían combatido entre los Persas; y envió á Parmenión á hacerse cargo de Dascilión, la cual se le entregó desguarnecida.

Dirigióse luégo á Sardes, y cuando estaba á unos sesenta estadios, le salieron á recibir Mitrines, alcaide de la ciudadela, y los principales ciudadanos, entregándole éstos la ciudad y aquél la fortaleza y los tesoros. Alejandro acampó junto al Hermo, que dista de Sardes unos veinte estadios; hizo adelantarse á Amintas, hijo de Andrómenes, para tomar posesión de la fortaleza, y llevó en su compañía á Mitrines, con la mayor distinción. Permitió á los Sardianos y á los demás Lidios gobernarse por sus antiguas leyes, y les otorgó la libertad. Subió él mismo á la ciudalela, cuya guarnición era persa, y le pareció lugar fuerte y seguro, pues situado en una eminencia escarpadísima por todas partes, le rodeaba además una triple muralla. Pensó levantar en él un templo á Júpiter Olímpico y erigirle un altar; mas cuando se hallaba buscando el sitio conveniente, sobrevino una repentina tempestad, propia de la estación, con grandes y repetidos truenos, y cayó una abundante lluvia sobre la parte de la ciudad en que estaba el palacio de los reyes Lidios. Tomando este meteoro por un aviso del cielo que le señalaba el lugar donde debía edificar el templo de Júpiter, dió las órdenes oportunas al efecto. Encomendó después á Pausanias, uno de sus compañeros, la guardia de la fortaleza; á Nicias, la ordenación y cobro de los tributos; á Asandro, hijo de Filotas, el gobierno de la Lidia y de todo el territorio de Espitrídates, dejándole los caballos y psilites que por entonces parecieron suficientes; y envió á la provin-

cia de Memnón á Calas y á Alejandro, hijo de Eropo, comandantes de los Peloponesios y de casi todos los demás aliados, menos los Argivos, que quedaron de guarnición en la ciudadela de Sardes.

En tanto, extendida por todas partes la noticia de aquel combate ecuestre, los mercenarios, que guarnecían á Efeso, se apoderaron de dos trirremes y huyeron de esta ciudad, acompañándoles Amintas, hijo de Antíoco, que había abandonado la Macedonia huyendo de Alejandro, no porque éste le hubiese hecho daño alguno, sino porque se le antojó que pudiera causárselo. Cuando á los cuatro días llegó Alejandro á Efeso, mandó volver á sus hogares los desterrados por su causa; cambió la oligarquía en democracia, y mandó suspender en el templo de Diana todos los tributos que los Bárbaros habían traído. Los Efesios, perdido el miedo que les inspiraba el gobierno oligárquico, pidieron la cabeza de los que habían llamado á Memnón, saqueado el templo de Diana, derribado la estatua de Filipo en él erigida, y sacado fuera del mercado el sepulcro de Heropito, libertador de la ciudad; apedrearon, arrancándoles del templo, á Sirfaces, á su hijo Pelagonte, y á los hijos de los hermanos de Sirfaces; y hubieran ido más adelante, si no lo hubiera prohibido Alejandro, comprendiendo que la justicia popular, no sólo podía caer sobre los culpables, sino ensañarse también en los inocentes, ya por odio, ya por codicia de sus bienes Determinación digna de todo encomio.

CAPÍTULO XVIII.

Rendición de Magnesia y Tralo. — Ocupación de la isla de Lade. Alejandro se niega á combatir por mar con los Persas.

En esto se presentaron embajadores de Tales y de Magnesia á hacer entrega de estas ciudades á Alejandro, quien envió al efecto á Parmenión con dos mil quinientos infantes de los extranjeros, otros tantos de los Macedonios y doscientos caballos de los Amigos. Alcímaco, hijo de Agatocles, fué destacado con igual fuerza á las ciudades eólicas y jónicas que aun estaban en poder de los Bárbaros, dando á ambos jefes el encargo de abolir todos los gobiernos oligárquicos, plantear el democrático, restablecer las antiguas leyes y supriprimir los tributos impuestos por los Persas. Alejandro se quedó en Efeso, donde ofreció á Diana un sacrificio, al cual llevó la pompa religiosa, el ejército armado y en orden de batalla.

Al día siguiente, con la infantería que le quedaba, los arqueros, los Agrianos, la caballería tracia, el escuadrón real de los Amigos y otros tres más, marchó sobre Mileto, y ocupó á su llegada la parte llamada ciudad exterior, que estaba desguarnecida; acampó en ella y mandó rodear con un muro la ciudad interior, pues Hegesístrato, á quien el Rey encomendara la guarda de los Milesios, le había escrito ya ofreciéndole la entrega de la ciudad; pero al saber que el ejército persa estaba á corta distancia, cobró ánimo y se propuso conservarla para Darío. Por otra parte Nicanor, jefe de la escuadra griega, adelantándose á los Bárbaros, había arribado tres días antes de que llega-

sen á Mileto, y había anclado con ciento sesenta naves en la isla de Lade, muy próxima á esta ciudad, y la escuadra persa llegó más tarde, y cuando sus jefes supieron que Lade estaba ocupada por Nicanor, anclaron cerca del promontorio Micale. Es de advertir que Alejandro no se había limitado á ocupar con sus velas el puerto de dicha isla, sino que había hecho pasar á ella los Tracios y unos cuatro mil soldados extranjeros. La armada de los Bárbaros podría tener cosa de cuatrocientas naves.

Parmenión aconsejó á Alejandro que intentase una batalla naval, esperando que los Griegos saldrían vencedores, entre otros motivos, por el augurio, que él estimaba favorable, de haberse visto desde la popa de la nave del Monarca una águila posada en la ribera, y también porque al paso que un triunfo de esta índole podría servir de mucho para el resto de la guerra, la derrota no había de perjudicarles gran cosa; por lo cual se comprometía á embarcarse y á correr su parte de riesgo en el combate. Pero Alejandro le contestó que estaba muy equivocado y que interpretaba mal aquel augurio, pues obraría temerariamente si con una reducida escuadra y un ejército poco práctico en maniobras marítimas, se lanzase á combatir contra la armada persa, muchísimo más numerosa, y tripulada por gente tan curtida en el mar como los Fenicios y Cipriotas. Además, no le parecía bien que en caso de triunfar, los Barbaros sintiesen el valor de los Macedonios en lugar tan instable; mientras si eran derrotados, perderían muchísimo en la opinión que habría de formarse en los comienzos de la guerra, y los Griegos quizá se animarían á una defección en cuanto supieran la desgracia. Pesadas estas razones, creía inoportuna la batalla naval, y daba diferente sentido al augurio, opinando que el

haber aparecido el águila posada en la costa, le anunciaba un triunfo obtenido desde el continente contra la escuadra enemiga.

CAPITULO XIX.

Sitio y toma de Mileto.

Glaucipo, uno de los notables de Mileto, enviado por el pueblo y por los mercenarios extranjeros, que constituían la principal guarnición de la ciudad, se presentó á Alejandro diciéndole que sus conciudadanos deseaban que el puerto y las murallas fuesen comunes á Alejandro y los Persas, y pidiéndole que levantase el cerco con esta condición; á lo cual contestó Alejandro mandándole retirarse á toda prisa, y avisar á los Milesios que se apercibiesen á combatir á la mañana siguiente. Cumpliendo su amenaza, aplicó inmediatamente las máquinas al muro, que en breve tiempo fué en partes derribado y en partes medio derruido, y aproximó su ejército, dispuesto á entrar por las brechas y ruinas de la muralla; todo á ciencia y paciencia de los Persas, que desde Micale contemplaban el asedio de sus amigos y conmilitones.

En tanto Nicanor, viendo desde Lade el movimiento de Alejandro, navegó ciñéndose á la costa, hacia el puerto de Mileto, y situándose en la misma boca y en la parte más estrecha, volvió hacia el mar las proas de sus trirremes, impidiendo así á los Persas la entrada en el puerto y cortando á los sitiados el auxilio de los Persas. Entonces los Milesios y los mercenarios, viéndose acometidos por todas partes, unos se arrojaron al mar, y navegando sobre sus escudos, pa-

saron á un islote sin nombre conocido, próximo á la ciudad; otros montaron en algunas barcas, y aunque trataron de evitar el encuentro de las naves macedonias, cayeron en su poder á la entrada del puerto; otros, en fin, que fueron la mayor parte, murieron acuchillados dentro de la ciudad.

Dueño de ésta Alejandro, dirigióse contra los refugiados en el islote, mandando poner escalas sobre las proas de sus galeras, con objeto de pasar por ellas á la escarpada orilla, como si se tratase de asaltar una muralla; mas viendo que los del islote se apercibían á una desesperada defensa, se compadeció de ellos, por parecerle valientes y leales, y les perdonó, con la condición de que habían de servir á sus órdenes. Trescientos mercenarios griegos que allí había, aceptaron la proposición. Los Milesios que no perecieron en la toma de la ciudad, recibieron generalmente la libertad y la vida.

Los Persas, zarpando de Micale, se acercaban de día á la escuadra griega, esperando provocarla á un combate naval, y se retiraban de noche á su estación, que era muy poco cómoda, por tener que ir á proveerse de agua muy lejos, hasta la desembocadura del Meandro; pero Alejandro, manteniendo sus naves en la entrada del puerto para que no pudiera ser forzada por los enemigos, envió á Micale, á Filotas con la caballería y tres compañías de infantes para impedir un desembarco de los Bárbaros, y éstos, asediados en sus naves, más por la escasez de agua y de otras cosas necesarias que por la escuadra enemiga, se dirigieron á Samos, donde se avituallaron, regresando después á Mileto. Y ocurrió que estando con muchísimas galeras en alta mar, tratando de atraer las de Alejandro, cinco se encaminaron hacia un puerto que estaba entre el ejército y la isla de Lade, con la espe-

ranza de apoderarse de algunos trirremes abandonados por sus tripulantes, que andaban dispersos á bastante distancia, por haber salido unos á recoger leña, otros á proveerse de algunas cosas necesarias, y otros á merodear. Parte de los marinos estaban además fuera; pero Alejandro, preparando diez naves con los presentes, cuando vió que se les acercaban las de la escuadra persa, les dió orden de atacarlas repentinamente, enderezando á ellas valientemente las proas. Los Persas, al verse atacados por los Macedonios contra todas sus esperanzas, se volvieron desde lejos y huyeron á reunirse al resto de su armada, pero dejaron en poder del enemigo una nave de los Iasenses, que era menos velera. Las otras cuatro consiguieron salvarse. Los Persas, comprendiendo al fin la inutilidad de sus esfuerzos, tuvieron que retirarse.

CAPÍTULO XX.

Marcha sobre Halicarnaso. — Sitio de esta ciudad. — Inútil tentativa para tomar á Mindo. — Combate al pie de las murallas de Halicarnaso.

Por la escasez de numerario y comprendiendo que su escuadra era inferior á la de los Persas, determinó Alejandro desarmarla, no queriendo exponer en riesgos marítimos la más pequeña parte de su ejército; y en la seguridad, por otra parte, de que, apoderadas sus tropas del Asia menor y ocupadas las ciudades de la costa, le sería muy fácil obligar á sus enemigos, imposibilitados de renovar sus remeros y sin puertos donde refugiarse, á abandonar su armada, interpretando el augurio del águila en el sentido de que vencería las naves desde el continente.

Arregladas estas cosas, encaminóse á la Caria, por haber sabido que en Halicarnaso había muchas fuerzas, tanto extranjeras como bárbaras; y después de haberse apoderado á su paso de todas las poblaciones que hay entre Mileto y Halicarnaso, sentó sus reales á unos cinco estadios de esta ciudad, cuyo sitio amenazaba ser largo. Hallábase, en efecto, fortificada por la naturaleza, y en los puntos que pudieran ser más débiles, Memnón, nombrado por Darío gobernador del Asia inferior y almirante de toda la escuadra, había provisto mucho antes lo necesario para la defensa. La guarnecían además no pocos soldados mercenarios y muchísimos persas; y en el puerto estaban anclados varios trirremes, cuyos marineros podían ser de utilidad grandísima.

Habiendo acercado Alejandro su ejército el primer día á aquella parte de los muros próxima á las puertas por donde se va á Milasa, los Halicarnasios hicieron al momento una salida, trabándose entre la infantería un reñido combate. Mas atacándolos de firme los Macedonios, los rechazaron sin dificultad y les obligaron á guarecerse detrás de las murallas.

Pocos días después, Alejandro con los hipaspistas, la caballería de los Amigos, la infantería de Amintas, Perdicas y Meleagro, los arqueros y los Agrianos, se dirigió á aquella parte de la ciudad que mira á Mindo, con el doble objeto de ver si por aquel lado era la expugnación más fácil y de si podía conseguir, en alguna rápida é inesperada excursión, apoderarse de Mindo, cuya posesión creía de grandísima importancia por su proximidad á la capital sitiada. Es de advertir también que algunos Mindenses le habían prometido entregarle la plaza si se acercaba á ella sigilosamente y de noche, por lo cual se aproximó á sus muros hacia la mitad de la noche; mas viendo que los

de dentro no daban muestras de entregarse, aun cuando no tenía á mano máquinas ni escalas, pues no había venido á atacar, sino á tomar posesión de la plaza, mandó á la falange macedonia acercarse y derribar los muros; lo que hizo con tal vigor, que pronto echó por tierra una torre, con cuya ruina aun no quedó desnuda la muralla. Los Mindenses opusieron enérgica resistencia en compañía de muchos Halicarnasios, que viniendo á su socorro por mar, hicieron fracasar el proyecto de apoderarse de Mindo en el primer ataque. Alejandro, pues, sin conseguir su objeto, volvió á continuar el cerco de Halicarnaso . La primera disposición que tomo, á fin de poder acercar con más facilidad á la muralla las torres desde las cuales se había de asaetear al enemigo, y las otras máquinas con que pensaba derruir los muros, fué mandar rellenar el foso de treinta codos de anchura por quince de profundidad que los sitiados habían abierto en torno de la ciudad. Hecha esta primera obra sin grandes dificultades, empezó ya á aproximar las torres. Los Halicarnasios hicieron una salida nocturna con ánimo de incendiarlas, así como los otros aparatos de guerra que ya habían sido traídos ó estaban á punto de serlo, siendo fácilmente rechazados intramuros por los Macedonios encargados de la custodia de las máquinas y por otros que acudieron al tumulto, muriendo en este encuentro ciento setenta de los sitiados, entre ellos Neoptólemo, hijo de Arrabeo y hermano de Amintas, uno de los que se habían pasado á la causa de Darío. Alejandro sólo tuvo diez y seis muertos; pero los heridos ascendieron á trescientos, cuya desproporción se explica por haberles sido imposible resguardarse en la oscuridad de los dardos enemigos.

CAPÍTULO XXI

Continuación del sitio de Halicarnaso.

Pocos días después, dos compañeros de armas del batallón de Perdicas, que entre vaso y vaso ponderaban en grande sus propias hazañas, se picaron de honor, y, enardecidos por el vino, tomaron las armas sin orden de sus jefes y se acercaron á la muralla al pie de la fortaleza que mira á Milasa, más con ánimo de hacer ostentación de sus bríos, que de trabar con los enemigos un peligroso combate. Éstos, al ver que eran sólo dos los que temerariamente se acercaban, salieron de la ciudad; pero aquéllos, aunque dominados por la multitud y en posición desventajosa, pues los enemigos les atacaban y asaeteaban desde lo alto, mataron á los más próximos y asaetearon á los más distantes. Atraídos por el estruendo, acudieron muchos soldados de Perdicas y muchos Halicarnasios, trabándose una reñidísima pelea al pie de la muralla, dentro de la cual fueron de nuevo encerrados los que osaron abandonarla. A pique estuvo entonces la ciudad de caer en poder de los Macedonios, pues en aquella ocasión la guardia del recinto estaba descuidada, y dos torres con el muro intermedio habían sido derruidas ya, y hubieran ofrecido fácil entrada al ejército en caso de haber acudido en masa á la muralla. Esto sin contar con que, estando quebrantadísima una tercera torre, hubiera sido muy fácil derribarla, aunque los sitiados, previéndolo, habían tenido la precaución de construir á la parte interior de la muralla derruida una pared de ladrillo en

forma de media luna, para lo cual apenas tuvieron dificultad, por los muchos obreros de que disponían.

Al día siguiente, habiendo acercado Alejandro sus máquinas á esta pared, los sitiados hicieron una nueva salida con ánimo de incendiarlas, consiguiendo quemar algunas barracas próximas al muro, y parte de una de las torres de madera: las restantes fueron defendidas por Filotas y Helánico, encargados de su guarda. Mas cuando los agresores vieron que el mismo Rey intervenía en el combate, huyeron á refugiarse en la ciudad, abandonando las teas, y muchos hasta arrojando las armas. En un principio los sitiados, favorecidos por la naturaleza del terreno, que era muy alto, llevaban la mejor parte, pues no sólo podían herir de frente á los que les atacaban desde las máquinas, sino desde las torres que habían quedado á los lados del muro recién hecho asaetear de flanco á los sitiadores.

CAPÍTULO XXII.

Continuación del sitio de Halicarnaso.—Nueva salida de los defensores de la plaza.

Pocos días después, habiendo dispuesto Alejandro que se acercaran de nuevo las máquinas al muro de ladrillo, y hallándose apresurando la obra con su presencia, todos los sitiados, unos por la parte derruida de la muralla, y otros por la puerta de Tripilo, que era por donde menos lo esperaban los Macedonios, hicieron otra excursión, lanzando algunos sobre las máquinas teas y otros combustibles que pudieran producir y propagar el incendio; pero habiéndoles resistido enérgicamente los Macedonios, arrojando so-

bre ellos desde las torres flechas y enormes pedruscos, los pusieron fácilmente en fuga, obligándoles á refugiarse en la ciudad. En este encuentro, la mortandad de los Halicarnasios fué mucho más grande, por haber atacado en mayor número y con mayor audacia; pues los que pelearon cuerpo á cuerpo murieron todos á manos del enemigo, y otros hallaron triste fin junto al muro derruido, que además de no poder dar paso por la angosta brecha á tan grande, multitud, aun dificultaba con sus propias ruinas la entrada de los fugitivos.

Tolomeo, guardia personal del Monarca, Addeo y Timandro con un batallón y varios psilites salieron al encuentro de los que hicieron la salida hacia Tripilo, rechazándolos también sin dificultad. Á éstos en su fuga les acaeció otra nueva desgracia, pues el estrecho puente que habían tendido sobre el foso se hundió bajo el peso de la muchedumbre fugitiva, pereciendo muchos, unos en el fondo del foso á donde cayeron, otros aplastados por los suyos, otros asaeteados desde arriba por los Macedonios. También fué grandísima la matanza ocurrida en las mismas puertas de la ciudad, pues temerosos los de dentro de que los Macedonios entrasen revueltos con los fugitivos, las cerraron apresurada é inoportunamente, dejando fuera á muchos de los suyos, que fueron muertos al pie de las murallas. Poco faltó en esta ocasión para que fuese tomada la ciudad, no verificándose porque Alejandro, deseoso de conservarla, mandó tocar retirada, esperando que los Halicarnasios le ofrecieran alguna amistosa composición.

Murieron en este combate unos mil de los sitiados y sobre cuarenta Macedonios, entre éstos el guardia personal Tolomeo, el toxarca Clearco, el quiliarca Addeo, y otros militares distinguidos.

CAPÍTULO XXIII.

Toma y destrucción de Halicarnaso. — Ada es nombrada gobernadora de Caria.

Reunidos después de estos sucesos Orontobates y Memnón, jefes de los Persas, y comprendiendo que, dado el estado de las cosas, con los muros en parte derruidos, en parte ruinosos, con muchísimos soldados ó muertos en los combates ó inutilizados por las heridas, no podrían resistir largo tiempo el sitio; después de pensarlo maduramente, prendieron fuego hacia la segunda vigilia á la torre de madera construída frente á las máquinas del enemigo, al pórtico donde se guardaban las flechas, y á algunas casas próximas á la muralla. La inmensa llama producida por el incendio de la torre y de los pórticos y atizada por el viento, abrasó también otros edificios, viéndose obligados los ciudadanos á refugiarse unos en Arconneso, otros en la fortaleza llamada de Salmacis. Sabedor Alejandro de lo que ocurría por las noticias de algunos tránsfugas y por ver él mismo las grandes llamaradas, mandó á los Macedonios, aunque era ya la media noche, penetrar en la ciudad, con orden de dar muerte á los incendiarios, y de perdonar á los ciudadanos que se encontrasen dentro de sus casas.

Al amanecer, viendo las fortalezas ocupadas por Persas y mercenarios, determinó no sitiarlas; pues, aparte de que el asedio, hallándose naturalmente fortificadas, le había de hacer perder mucho tiempo, no creía de importancia su posesión, una vez dueño de

toda la ciudad. Por tanto, después de enterrar sus muertos, á la noche mandó á los encargados de las máquinas que las llevasen á Trales, y él, después de arrasar la ciudad hasta los cimientos y de dejar á la misma y al resto de la Caria una guarnición de tres mil infantes extranjeros y doscientos caballos al mando de Tolomeo, se encaminó á la Frigia. Pero antes nombró gobernador de toda la Caria á Ada, hija de Hecatomno y mujer de Hidrieo, que, aunque hermano suyo, se había casado con ella conforme á las leyes Carias; Hidrieo, á su muerte, la dejó al frente del gobierno, pues desde el tiempo de Semiramis podían las mujeres ejercer en Asia la autoridad suprema. Mas la había desposeído, usurpándole el mando, Pisodaro, á cuyo fallecimiento ocupó el trono de Caria, por orden del gran Rey, Orontobates, yerno del difunto. Ada sólo poseía de su reino una sola, aunque fortísima ciudad, llamada Alinda, y cuando Alejandro entró en Caria le salió á recibir, entregándole Alinda y adoptándole por hijo. Alejandro le encomendó la guardia de Alinda, no desdeñándose de llamarla su madre; y cuando, después de destruída Halicarnaso, fué dueño de la Caria, le dió el mando de toda esta provincia.

CAPÍTULO XXIV.

Alejandro envía parte de sus tropas á cuarteles de invierno. Expedición á la Licia.—Rendición de los Faselitas y Licios.

Después de esto, Alejandro, que se cuidaba hasta de los menores detalles, enterado de que algunos de los Macedonios que servían á sus órdenes habían contraído matrimonio poco antes de emprenderse la ex-

pedición, los envió desde Caria á pasar el invierno en Macedonia con sus mujeres, bajo el mando del guardia personal Tolomeo, hijo de Seleuco, y de los capitanes Cenón, hijo de Polemócrates, y de Meleagro, hijo de Neoptólemo, también recientemente casados, encargando á éstos que á su regreso con los licenciados reclutasen de la tierra el mayor número posible de infantes y caballos. Ninguna disposición tomó Alejandro más grata que ésta á los Macedonios. Envió también á Cleandro, hijo de Polemócrates, á reclutar gente en el Peloponeso; y á Parmenión, con la caballería de los Amigos, cuya jefatura le concedió, con la de los Tesalios y otros auxiliares y los carros, le mandó á Sárdes de Frigia, encaminándose él á la Licia y la Panfilia, pues quería inutilizar la escuadra de los Persas apoderándose de las ciudades de la costa. Primeramente y de camino se hizo dueño, al primer ataque, de Hiparna, ciudad fuerte, guarnecida por mercenarios extranjeros, que salieron de la fortaleza bajo la fe de un tratado; después, penetrando en la Licia, ganó con pactos á los Telmisenses; y se apoderó, pasado el río Janto, de la ciudad de este nombre, de Pinara, de Pátara y de otras treinta poblaciones de menor importancia.

Hecho esto, se encaminó, ya en el corazón del invierno, á la región llamada Miliada, la cual, aunque parte de la Frigia mayor, era entonces, por orden del Gran Rey, contributaria de la Licia. Presentáronsele inmediatamente embajadores de los Faselitas solicitando su amistad y trayendo una diadema de oro para coronarle, y otros de la Licia inferior con misión semejante. Alejandro mandó á los Faselitas y Licios entregarle las ciudades de que eran enviados, y así lo hicieron de todas; y marchando poco después á la Faselida, se apoderó con ellos de un fortísimo castillo

construído en aquella región por los Pisidios, desde el cual los Bárbaros, con frecuentes excursiones, causaban infinitos daños en los campos faselitas.

CAPÍTULO XXV.

Conspiración de Alejandro, hijo de Eropo.

Estando en la Faselida le avisaron que Alejandro, hijo de Eropo, uno de sus amigos y jefe entonces de la caballería tesálica, andaba en tratos para asesinarlo. Era éste hermano de Herómenes y de Arrabeo complicados en la muerte de Filipo, y aunque también había sido cómplice del regicidio, Alejandro sin embargo le había perdonado por habérsele presentado de los primeros amigos después de la muerte de su padre y haberle acompañado con armas á su reino: posteriormente le había colmado de honores; le había enviado de general á Tracia, y cuando Cala, comandante de la caballería tesálica fué nombrado sátrapa le había dado la plaza vacante.

La conspiración se descubrió del modo siguiente: Habiendo recibido Darío por medio del tránsfuga Amintas cartas y proposiciones de Alejandro, envió á la costa al persa Sisine, hombre de toda su confianza, aparentemente con una comisión para Atizies, sátrapa de Frigia, y en realidad para entenderse con el traidor y prometerle solemnemente el reino de Macedonia y además mil talentos de oro si daba muerte á Alejandro. Pero cogido Sisine, confesó de plano el verdadero objeto de su viaje al general Parmenión, quien suficientemente custodiado lo envió al Rey, el cual, después de enterarse de todo por sí mismo, reunió el Consejo de sus amigos para tratar de lo que

convenía hacer con el culpable, acordándose en que ya que con poca previsión se había confiado á un hombre tan sospechoso el importante mando de la caballería, era conveniente quitárselo de seguida antes de que, ganándose la voluntad de los Tesalios, tramase alguna traición con ellos.

Entonces les atemorizó también un extraño agüero. En el sitio de Halicarnaso, hallándose Alejandro durmiendo, á eso del mediodía empezó una golondrina á revolotear alrededor de su cabeza, dando grandes gritos, parándose ya en uno, ya en otro lado del lecho, y cantando de una manera más ruidosa de lo natural en tales avecillas. Rendido de cansancio, no podía Alejandro sacudir el sueño; pero molestado por el ruido la rechazó suavemente con la mano; mas ni con esto consiguió ahuyentarla, pues posándose sobre su cabeza siguió cantando hasta que le despertó completamente. Creyendo Alejandro que este agüero no era de despreciar, consultó al adivino Aristandro de Telmiso, el cual dijo que significaba que algún amigo fraguaría contra él traiciones que serían descubiertas, pues la golondrina es comensal y amiga del hombre, y la más gárrula de las aves.

Conviniendo la respuesta del adivino con las declaraciones de Sisine, envió el Rey á Anfótero, hijo de Alejandro y hermano de Crátero, con un recado para Parmenión, dándole por compañeros algunos Pergenses que le sirvieran de guías. Anfótero, vestido con el traje del país para no ser conocido en el viaje, llegóse con todo secreto á Parmenión, á quien expuso verbalmente su recado, pues Alejandro no había creído oportuno escribir manifiestamente nada sobre el asunto. De este modo pudo ser apresado el traidor y puesto á buen recaudo

CAPÍTULO XXVI.

Marcha á Perga, Side y Silio.

Partiendo de la Fasélida, envió á Perga una parte del ejercito por el camino, entre montes, largo y dificultoso que habían llevado los Tracios; y él condujo á los suyos por el de la costa. Este nó está transitable sino cuando soplan los vientos del Norte; pues cuando dominan los del Mediodía, es sumamente penoso. Mas entonces precisamente reinó el cierzo con singular vehemencia, lo cual se consideró por Alejandro y sus compañeros como obra del cielo que quería abreviarles y facilitarles el viaje. Al acercarse á Perga, se le presentaron unos embajadores de los Aspendios, con plenos poderes para entregarle la ciudad, sin más restricciones que la de suplicarle no les pusiese guarnición. Así lo consiguieron de él, exigiéndoles en cambio cincuenta talentos para las pagas del ejército y la entrega de los caballos que sostenían como tributo de Darío. Aceptadas estas condiciones, se retiraron.

De allí se dirigió Alejandro á Side. Los Sidetas son oriundos de Cumas en la Eólida, y cuentan de su origen el siguiente prodigio: Cuando sus antepasados emigraron de Cumas y descendieron á aquella región con ánimo de habitarla, olvidados repentinamente del idioma griego, empezaron á pronunciar palabras extranjeras; siendo de advertir que estas palabras no eran las usadas por los pueblos bárbaros primitivos, sino propias y peculiares suyas, y nunca hasta entonces oídas: teniendo desde entonces los Sidetas

lengua distinta de la de los Bárbaros limítrofes. Después de poner guarnición en Side, partió para Silio, plaza fuerte defendida por muchos soldados, así de los Bárbaros del país como de mercenarios extranjeros, por lo cual no era fácil tomarla en el primer encuentro. Pero sabedor en el camino de que los Aspendios no cumplían ninguno de los pactos concertados, y que en vez de entregar los caballos y el dinero á los encargados de recibirlos habían llevado á la ciudad las cosas que tenían en el campo, y cerrado las puertas á los enviados macedonios y puesto sus muros en estado de defensa, se encaminó hacia Aspendo.

CAPÍTULO XXVII.

Sumisión de los Aspendios.

Esta ciudad se halla edificada sobre una alta y escarpada roca, á cuyo pie corre el Eurimedonte; en las planicies, que interrumpen á trechos la pendiente, había algunos edificios rodeados de un muro de escasa altura. Desconfiando de poder defenderlos, los habitantes cuando vieron acercarse á Alejandro los abandonaron y se refugiaron en la fortaleza; por lo cual el Rey con todas sus tropas pudo penetrar en el primer recinto y sentar sus reales en los edificios abandonados por los Aspendios. Viéndole éstos, contra su esperanza, acercarse con todas sus tropas y rodearles por todas partes, le enviaron parlamentarios suplicándole les otorgase la paz en las primeras condiciones; pero Alejandro, no obstante haber advertido lo fuerte del lugar y no hallarse preparado para un largo asedio, no quiso acceder á su petición

con iguales pactos, sino estipulando la entrega en rehenes de los más poderosos de la ciudad, así como la de los caballos antes prometidos y doble cantidad de talentos, exigiéndoles además la obediencia á los sátrapas por él nombrados; el pago de un tributo anual á los Macedonios, y la sumisión á su justicia de las reclamaciones pendientes sobre usurpación violenta de terrenos á los pueblos vecinos.

Aceptadas estas condiciones, marchó á Perga, y de allí á la Frigia, para lo cual tenía que pasar por la ciudad de Telmiso, habitada por Bárbaros oriundos de los Pisidios, y situada en la cima de un monte altísimo, cortado casi verticalmente por todas partes, con un solo camino arduo y sobre manera difícil, pues la pendiente no se interrumpe hasta el mismo pie de la montaña. Enfrente de ésta hay otra no menos escarpada; de suerte que ocupadas las dos, que forman una especie de puerto, se puede fácilmente impedir el paso con poquísima gente. Así es que los Telmisenses habían situado en ellas todas sus fuerzas. Alejandro, en vista de esto, mandó á sus Macedonios acampar donde pudiesen, pensando que los Bárbaros no permanecerían con todas sus fuerzas estacionados en el mismo lugar, sino que cuando les viesen acampados la mayor parte se recogerían á la ciudad que estaba próxima, dejando sólo alguna guarnición sobre los montes. Y así fué, en efecto: los más se retiraron, quedando sólo la guardia. Entonces Alejandro, con las compañías de arqueros y ballesteros, y los hoplitas más ligeramente armados, acometió de improviso á la guardia, que no pudiendo resistir la multitud de dardos que sobre ella llovían, abandonó las posiciones, dejando pasar libremente á Alejandro. Éste sentó junto á la ciudad sus reales.

CAPÍTULO XXVIII.

Toma de Sagalaso y rendición de otras ciudades Pisidias.

Entonces se le presentaron unos embajadores de los Selgenses, pueblo bárbaro, belicoso y de origen igualmente Pisidio, que habitaba en una gran ciudad. La antigua enemiga que tenían á los Telmisenses les impulsó á solicitar la alianza de Alejandro, que la acceptó con gusto, usando después para todo de su lealtad. Luégo, pareciéndole que la toma de Temilso exigía demasiado tiempo, se trasladó á Sagalaso, ciudad de no escasa importancia, habitada por unos Pisidios que pasaban por ser los más guerreros de su nación, aunque ésta tenía fama de belicosa. Al saber éstos la invasión de Alejandro, se situaron para rechazarla en un monte inmediato á la ciudad, no menos fuerte que sus murallas. Alejandro dispuso su falange de la manera siguiente: en el ala derecha, que mandaba él mismo, los hipaspistas; cerca los Amigos de á pie, extendidos hasta el ala izquierda, en el orden que correspondió aquel día á cada capitán: el mando de esta ala se encomendó á Amintas, hijo de Arrabeo; en la derecha puso también los arqueros y los Agrianos, y en la izquierda los ballesteros tracios á las órdenes de Sitalces: la caballería no trabajó en esta ocasión por lo accidentado del terreno. Es de advertir que los Telmisenses habían acudido en auxilio de los Pisidios y formaban en sus filas.

Iba Alejandro subiendo el monte ocupado por los Pisidios, y ya estaba en lo más escarpado de la cuesta.

cuando los enemigos se lanzaron por ambos flancos sobre el ejército desde una emboscada en el sitio en que el camino era más expedito para ellos y más difícil para los Macedonios, consiguiendo hacer retroceder á los arqueros porque estaban armados á la ligera y formaban la vanguardia. Pero los Agrianos les hicieron frente mientras se aproximaba la falange macedonia, á cuyo frente se veía á Alejandro. Cuando empezó el combate cuerpo á cuerpo, aquellos bárbaros, semidesnudos, no pudiendo resistir á los hoplitas, perfectamente armados, cayeron acosados y heridos por todas partes, y emprendieron la retirada. Cerca de quinientos murieron; muchos pudieron escapar, gracias á su ligereza y conocimiento del terreno; pues los Macedonios, pesadamente armados y desconocedores de los caminos, no pudieron perseguirles con el acostumbrado ardimiento. Alejandro, persiguiéndoles activamente, se apoderó á viva fuerza de la ciudad, perdiendo en esta refriega al toxarca Cleandro con unos veinte soldados. De allí se dirigió contra otros Pisidios, y á unos por fuerza y á otros por capitulaciones, les tomó todas las fortalezas.

CAPÍTULO XXIX.

Rendición de Celena. — Regreso de los licenciados. — Llegada á Gordio. — Rendición de los Atenienses. — Negativa de Alejandro.

Encaminóse después á Frigia, junto á la laguna llamada Ascania, en la cual se solidifica por sí misma la sal, que emplean los naturales sin necesidad de

acudir á la marina, llegando el quinto día á Celenas. En esta ciudad había, sobre una roca escarpada por todas partes, una fortaleza defendida por mil soldados de Caria y cien mercenarios griegos, puestos por el Gobernador de Frigia, los cuales enviaron á Alejandro una embajada ofreciéndole entregarse si para un día, que ellos señalaban, no recibían auxilio alguno. Alejandro aceptó esta condición, creyéndola más conveniente á sus planes que el difícil asedio de una plaza tan inaccesible por todos lados. Dejó en Celenas unos mil quinientos soldados de guarnición, y deteniéndose en ella diez días, nombró á Antígono, hijo de Filipo, sátrapa de la Frigia, y á Balacro, hijo de Amintas, jefe de las tropas auxiliares en sustitución de aquél. Marchó luégo á Gordio, en cuyo lugar había avisado por cartas que se le presentase con sus tropas Parmenión, que así lo hizo, acudiendo también aquellos Macedonios recién casados que habían usado de la licencia, y con ellos la fuerza nuevamente reclutada, que era de mil infantes macedonios, trescientos caballos, doscientos caballos de Tesalia, mandados por Tolomeo, hijo de Seleuco, por Ceno, hijo de Polemócrates, y por Meleagro, hijo de Tolomeo, y ciento cincuenta Eleos capitaneados por un tal Alcias.

Gordio está en Frigia, cerca del Helesponto, junto al río Sangario, que nace en las montañas de aquella provincia, regando después las tierras de la Tracia Bitinia, hasta desembocar en el Euxino. En aquel sitio recibió Alejandro una embajada de los Atenienses, suplicándole diese libertad á los conciudadanos que, peleando con los Persas junto al Gránico, habían caído prisioneros y estaban encadenados en Macedonia con otros dos mil cautivos; mas nada consiguieron, pues á Alejandro no le parecía oportuno, duran-

do aún la guerra pérsica, amenguar el temor que le tenían los Griegos, capaces de pelear contra Grecia en favor de los Bárbaros. Limitóse, pues, á contestarles que renovasen la petición cuando la guerra presente se terminase á su gusto.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Movimientos de la escuadra Persa. — Toma de Quío por Memnón Capitulación de Mitilene

Entre tanto Memnón, á quien Darío había dado el mando de toda la escuadra (1) y del litoral, pensando llevar la guerra á Grecia y Macedonia, se apoderó por traición de la isla de Quío. Navegando con rumbo á Lesbos dejó á Mitilene, cuyos habitantes no quisieron entregársele, y sometió las demás ciudades de la isla; conseguido lo cual, volvió sobre Mitilene, y la cerró de mar á mar con una doble empalizada, flanqueada por cinco fuertes que le permitían bloquearla desde tierra sin ninguna dificultad. No contento con esto, ocupó el puerto con una parte de su armada, y situó la otra al pie del Sigrio, promontorio de Lesbos, por donde pasan las naves de carga procedentes de Quío, Geresto y Malea, con orden de alejarlos é impedir de este modo que llegasen por mar auxilios á los Mitile-

(1) Según Diod. Sic., 17, 29, se componía de trescientas naves.

nenses. Pero en esto, una enfermedad le llevó al sepulcro, con grave daño de los intereses de Darío.

Autofradates y Farnabaces, hijo de Artabaces y sobrino de Darío, á quienes Memnón, moribundo, había entregado su mando hasta que el Gran Rey dispusiera sobre el particular, continuaron apretando el cerco, al extremo de que los Mitilenenses, cerrados por tierra y asediados en el mar por la numerosa flota, enviaron á Farnabaces una embajada para estipular la paz bajo las condiciones siguientes: retirada de los soldados extranjeros enviados en su auxilio por Alejandro; derribo de las columnas erigidas por los Mitilenenses, con una inscripción conmemorativa de su confederación con aquel Monarca; nueva alianza con Darío, conforme á lo convenido en la paz de Antálcidas (1); regreso de los desterrados de Mitilene y entrega á los mismos de la mitad de los bienes que poseían á su expulsión. Aceptadas estas capitulaciones, Farnabaces y Autofradates entraron juntos en la ciudad, pusieron en ella guarnición al mando del rodio Licomedes, nombraron tirano de la misma á Diógenes, uno de los desterrados, y exigieron una cantidad de dinero á los Mitilenenses, arrancando una parte de los ricos, é imponiendo la otra al común.

CAPÍTULO II.

Nuevos movimientos marítimos.—Toma de Tenedos por Datames.—Captura de ocho navíos persas.

Farnabaces navegó en seguida hacia Licia con los mercenarios extranjeros, y Autofradates se dirigió á

(1) Pactada en 387 a. d. C.

las otras islas. En tanto, Darío envió á Timondas, hijo de Mentor, con la misión de hacerse cargo de los extranjeros y de traerlos al Rey, confiriendo á Farnabaces la autoridad ejercida por Memnón; Farnabaces le envió sus tropas, y pasó por mar á reunirse á la flota de Autofradates. Una vez juntos, destacaron á las Cícladas diez trirremes mandados por el persa Datames, y ellos, con las cien restantes, izaron velas hacia Ténedos. Llegados á esta isla, anclaron en el puerto llamado Boreal, mandaron á los Tenedenses derribar los monumentos de su alianza con Alejandro y los Griegos, y hacer la paz con Darío en las condiciones de la estipulada con Antálcidas.

Los Tenedenses, aunque, á decir verdad, estaban más inclinados á Alejandro y los Griegos, en la situación presente creyeron único medio de salvarse la sumisión á los Persas; pues Hegéloco, á quien Alejandro había encomendado la nueva reunión de fuerzas navales, aun no había allegado las bastantes para confiar en un pronto socorro. Así pudo Farnabaces, más por miedo que por afección, hacerse dueño de la isla.

Mientras tanto Proteas, hijo de Andrónico, había recogido, por orden de Antípatro, varias naves largas de la Eubea y el Peloponeso, con objeto de tener alguna defensa para Grecia y las islas, si, como se anunciaba, intentaban los Bárbaros una invasión; y habiendo sabido que Datames se había estacionado en Sifno con sus diez galeras, se trasladó de noche con las quince que tenía á Calcis, junto al Euripo; y como arribase al amanecer á la isla de Citno, permaneció en ella todo aquel día, para conocer detalladamente la situación y condiciones de las naves enemigas, y causar más terror á sus tripulantes fenicios acometiéndolas de noche. Perfectamente enterado de

sus posiciones en Sifno, zarpó antes del alba, y al punto de amanecer cayó tan improvisamente sobre Datames y los suyos, que les cogió ocho trirremes con toda la tripulación. Datames, con los dos restantes, escapó furtivamente á la primera acometida de Proteas, y se reunió al grueso de la escuadra.

CAPÍTULO III.

Llegada de Alejandro á Gordio.—Historia del nudo gordiano.

Cuando Alejandro llegó á Gordium subió á la ciudadela, en cuyo recinto estaba el palacio de Gordio y de su hijo Midas, deseoso de ver el carro de aquél y el nudo que sujetaba su yugo. Sobre esto tenían mucho que hablar los pueblos circunvecinos. Gordio, decían, era un hombre pobre de la antigua Frigia, cuya fortuna consistía en un pequeño campo y dos yugadas de bueyes, destinada una á labrar la tierra, y la otra á tirar del carro. Hallándose un día arando, se posó sobre el yugo un águila, y permaneció en él hasta que desunció Atónito con semejante prodigio, fué á comunicarlo á los adivinos Telmisenses, que pasaban por peritísimos intérpretes de augurios, y desde su nacimiento tenían como vinculado en ellos, en sus hijos y mujeres el don de la profecía. Cerca ya de la aldea donde vivían, encontróse con una doncella que iba á por agua y le contó lo ocurrido; la cual, que por suerte era de la raza de adivinos, le mandó volverse y ofrecer un sacrificio á Júpiter Rey en el punto mismo en que se le había manifestado el prodigio Suplicóla Gordio que le acompañase y le enseñase el

modo y forma de verificarlo. Hizo la ceremonia según las instrucciones de la joven, y después se casó con ella, naciendo de esta unión un hijo llamado Midas. Era éste ya un gallardo y arrojado mozo cuando vinieron á turbar el sosiego de los Frigios intestinas discordias, las cuales habían de ser apaciguadas, según respuesta de un oráculo, cuando se viese llegar sobre un carro el destinado al trono. Aun estaban deliberando sobre esta contestación, cuando llegóse á la asamblea, en compañía de sus padres, Midas, montado sobre un carro; interpretóse en favor suyo el vaticinio; creyósele el pacificador anunciado por el Dios, y en su consecuencia fué nombrado rey; apaciguó en seguida la sedición, y colgó, en acción de gracias, en el templo de Júpiter Basileo el paterno carro sobre el cual se había parado el ave mensajera. El que desatase la lazada con que estaba sujeto el yugo al referido carro, decían también, que habría de conseguir el dominio del Asia. El nudo estaba hecho de corteza de cornejo, y tan primorosamente, que era imposible ver dónde empezaban los cabos y dónde concluían.

Alejandro, no hallando medio de desatarlo, y no queriendo tampoco dejarlo sin soltar, no fuera que este fracaso produjera alguna impresión desfavorable en la multitud, lo cortó con la espada, declarando que ya estaba desatado; pero Aristobulo afirma que lo que hizo fué separar el yugo de la lanza, quitando una clavija de madera que la atravesaba por medio, y á la cual estaba atado el nudo. No puedo asegurar cuál de estas versiones sea la verdadera, pero sí que Alejandro y su comitiva se apartaron del carro, dando por cumplida la profecía que se refería á él; confirmando esto mismo suficientemente los rayos y truenos que en aquella noche estallaron, por todo lo

cual ofreció al día siguiente un sacrificio á los dioses, en acción de gracias por los prodigios manifestados y el desatamiento del nudo.

CAPÍTULO IV.

Sumisión de la Paflagonia.—Conquista de la Cilicia.—Enfermedad de Alejandro.—Su confianza en el médico Filipo.

Alejandro marchó al día siguiente á Ancira, ciudad de la Galacia, donde recibió una embajada de los Paflagonios, que le sometieron su país y le propusieron una alianza, suplicándole únicamente que no penetrase el ejército en sus tierras. Accedió el Rey, poniéndoles bajo la obediencia de Calas, sátrapa de Lidia, y dirigiéndose á la Capadocia sometió toda la región de aquende el Halis y no poca de la de allende Nombró á Sabicta gobernador de Capadocia, y continuó su expedición hacia las Pilas Cilicias. Al llegar al campamento de Ciro, el aliado de Jenofonte, viendo aquel paso defendido por numerosa hueste, dejó allí á Parmenión con las compañías de infantes que estaban más pesadamente armados, y él con los hipaspistas, los arqueros y los Agrianos, se dirigió de noche á las Pilas con ánimo de atacar improvisamente á sus guardias. No lo consiguió con todo el sigilo que creía, pero no por eso fué menos feliz su audacia. Los enemigos a la noticia de su aproximación huyeron abandonando las posiciones, y al amanecer del día siguiente atravesó con todo su ejército las Pilas y descendió á la Cilicia.

Entonces supo que Arsames, resuelto en un principio á conservar á Tarso para los Persas, noticioso del

paso de Alejandro trataba de abandonar la ciudad, y que sus habitantes temían no lo hiciese hasta después de haberla saqueado. En vista de lo cual, acudió á toda prisa al frente de la caballería y de sus tropas ligeras, obligando á Arsames á huir precipitadamente a los reales de Darío, sin hacer el menor daño á la población.

Alejandro cayó enfermo, según Aristobulo, por el excesivo trabajo; y según otros, porque hallándose cubierto de sudor y sofocado, se echó á nadar, ansioso de refrescarse, en la corriente del Cidno, que pasa por medio de la ciudad. Las aguas de este río, como que proceden de fuentes del Tauro y corren sobre un lecho muy limpio, son frigidísimas y puras; así es que la enfermedad del Rey se anunció por un espasmo y fiebres muy altas acompañadas de insomnio. Todos los médicos desesperaban ya de su salvación, menos el acarniense Filipo, compañero de Alejandro, en cuyos conocimientos medicinales tenía éste absoluta confianza, haciéndole además ocupar un puesto distinguido en el ejército. Este, pues, recetó una bebida purgante; y mientras la mandaba traer y preparaba el vaso conveniente, recibióse una carta de Parmenión en la cual avisaba al Rey que se guardase de Filipo, pues había oído que Darío le había comprado para envenenarle. Aun tenía Alejandro en la mano la carta acabada de leer, cuando le presentaron el brebaje, y tomándolo con una mano y entregando con la otra á Filipo el escrito de Parmenión, apuró la copa sin cuidado, mientras el médico leía. Filipo bien demostró en su semblante la confianza que tenía en el medicamento, pues no se turbó lo más mínimo con la lectura, limitándose á aconsejar al enfermo la obediencia en todas las restantes prescripciones, con lo cual podría conseguir su cura-

ción. Así fué, en efecto: Alejandro recuperó la salud, y demostró á Filipo una confianza sin límites, y á los demás circunstantes cuán ciega fe tenía en sus amigos y qué poco miedo de la muerte.

CAPÍTULO V.

Ocupación de los desfiladeros entre Cilicia y Asiria. — Sepulcro de Sardanápalo en Anquialo.—Sumisión de los Cilicios.

Para tener expedito el paso, envió á ocupar los otros desfiladeros que separan la Cilicia de la Asiria á Parmenión con la infantería auxiliar, los mercenarios griegos, los Tracios mandados por Sitalces y la caballería tesalia, y salió el último de Tarso, llegando á Anquialo en la primera jornada. Esta ciudad había sido fundada por Sardanápalo, rey de los Asirios, y bien demostraban su extenso recinto y los cimientos de sus muros que habia sido muy grande y poderosa. El sepulcro de su fundador se encuentra junto á la muralla, con una estatua que le representa en actitud de unir las manos para palmotear alegremente, y debajo una inscripción en caracteres asirios y, según aseguran, en verso, cuyo sentido es el siguiente:

SARDANÁPALO, HIJO DE ANACINDÁRAX, FUNDÓ EN UN DÍA Á ANQUIALO Y TARSO. TÚ, TRANSEUNTE, COME, BEBE, DIVIÉRTETE; TODO LO DEMAS ES INDIGNO DE ESTE APLAUSO; que es lo que parece indicar el movimiento alegre de sus manos. La expresión *diviértete*, dicen que tiene en asirio un significado más lascivo y voluptuoso.

De Anquialo pasó Alejandro á Soles, á la cual puso

guarnición y exigió una multa de doscientos talentos de plata por haberse manifestado inclinada á los Persas. Luégo con tres cuerpos de caballería macedonia, todos los arqueros y los Agrianos, atacó á los Cilicios que se habían hecho fuertes en los montes, y en siete días, á viva fuerza ó por capitulaciones, los redujo á todos, regresando de seguida á Soles.

Aquí supo que Tolomeo y Asandro habían vencido al persa Orontobates, dueño de la ciudadela de Halicarnaso, y de Mindo, Cauno, Tera y Calípolis; siendo la toma de Cos y de Triopio consecuencia de esta victoria. La batalla, según le escribían, había sido reñidísima, teniendo el enemigo cerca de setecientos peones y quinientos jinetes muertos, y no menos de mil prisioneros.

Alejandro ofreció en Soles un sacrificio á Esculapio; tomó parte con todo su ejército en la procesión religiosa que se verificó á la luz de las antorchas, celebró juegos gimnásticos y musicales, y concedió á los Solenses el gobierno democrático.

Después de encargar á Filotas la conducción de la caballería al río Píramo por la llanura de Aleyo, partió en dirección á Tarso con la infantería y el escuadrón real, llegando á Magarso, donde ofreció un sacrificio a Minerva, patrona de aquel lugar. De allí, marchó á Malo, en la cual honró, como la de un héroe, la memoria de Anfíloco; apaciguó las disensiones que trabajaban la ciudad; le perdonó los tributos que pagaban á Darío, en consideración á ser una colonia de Argivos, oriundos, como él, de los Heráclidas de Argos.

CAPITULO VI.

Preliminares de la batalla de Iso.—Campamento de Darío.

Aun estaba Alejandro en Malo, cuando tuvo noticia de que Darío, con todo su ejército, había fijado su campamento en Socos, lugar distante poco más de dos días de camino de los desfiladeros que abren la Asiria. En vista de esto, reunió á sus amigos, y á penas les anunció la proximidad del Rey persa, todos pidieron unánimes marchar contra el enemigo. Alejandro disolvió la asamblea, elogiando su valor, y á la mañana siguiente dirigióse con sus tropas al encuentro de Darío y los Persas. A los dos días pasó los desfiladeros y puso junto á la ciudad de Miriandro su campamento, en el cual le tuvo encerrado una furiosa tempestad que, acompañada de aguaceros y huracanes, se desencadenó durante la noche.

En tanto, Darío se estaba parado con su ejército, habiendo elegido para acamparlo una vasta llanura de la Asiria, abierta por todas partes, en la cual podían moverse sin obstáculos sus innumerables tropas y maniobrar con ventaja la caballería. Amintas, hijo de Antíoco y tránsfuga de Alejandro, le había aconsejado que no abandonase aquella posición, acomodada por su extensión á la multitud de soldados y bagajes persas. Darío la conservó al principio; pero después, habiéndose detenido Alejandro mucho tiempo en Tarso, por su enfermedad, y no poco en Soles, para el sacrificio y la procesión religiosa, y en la expedición contra los Cilicios de las montañas, cambió de opinión, dando con facilidad imprudente crédito á

lo que le halagaba, pues la turba de aduladores que rodean siempre, para su daño, á los monarcas, le habían persuadido de que el Macedonio no quería pasar adelante y andaba en dilaciones, atemorizado por la noticia de su llegada; tanto más, añadían, cuanto que la caballería persa era muy suficiente para desbaratar todas sus tropas; y aunque Amintas le aseguraba que Alejandro vendría á buscarle donde quiera que se hallase y que era convenientísima su permanencia en aquel lugar, triunfó en su ánimo, como más lisonjero á sus oídos, el peor consejo; ó bien un mal genio le apartó de aquel sitio á otro, donde no sólo no podía utilizar la superioridad numérica de su caballería y la muchedumbre de sus tropas ligeras, sino ni aun hacer ostentación de su inmenso ejército, ni otra cosa, en fin, que proporcionar á Alejandro una victoria facilísima. Estaba decretado, sin duda, que el imperio del Asia pasase de los Persas á los Macedonios, como antes había pasado de los Asirios á los Medos, y de los Medos á los Persas

CAPÍTULO VII.

Marcha imprudente del Rey persa. — Disposiciones de Alejandro. Su arenga al ejército. — Entusiasmo de los soldados.

Atravesó, pues, Darío el monte que está junto á las Pilas llamadas Amánicas, y se dirigió á Iso, cometiendo la imprudencia de dejar á Alejandro á su espalda. Dueño de Iso, mató con crueles torturas todos los Macedonios que en ella habían quedado enfermos, y al siguiente día avanzó hasta el río Pínaro.

Cuando Alejandro supo que Darío le dejaba atrás, le

pareció increíble tal torpeza, y envió á Iso, en una nave de treinta remos, algunos de sus Amigos para averiguar si en efecto era cierta la noticia; los cuales, á favor de las sinuosidades de la orilla, fácilmente descubrieron el campamento persa, volviendo de seguida á decirle que Darío estaba efectivamente en sus manos.

Entonces Alejandro, reuniendo los Estrategas, los Ilarcas (1) y los Jefes de las tropas auxiliares, les arengó de la manera siguiente:

«El recuerdo de vuestras anteriores hazañas y la idea de que vais á pelear vencedores contra vencidos, deben inspiraros confianza y valor. Un dios combate en favor nuestro; un dios ha inspirado á Darío la resolución de traer su ejército de aquel espacioso llano a estas angosturas, tan acomodadas para que nosotros despleguemos la falange, como inútiles al enemigo para desenvolver sus huestes numerosas. Huestes, por cierto, que no os igualan ni en número, ni en valor. Vosotros, Macedonios, hombres libres, endurecidos en las fatigas de la guerra, acostumbrados á los mayores peligros, vais á pelear con los Persas y los Medos, gente avezada á la servidumbre y entregada desde mucho tiempo á enervadores placeres. Tampoco hay paridad entre los Griegos que van á combatir en una y otra hueste; pues si los de Darío se baten por un sueldo miserable, los nuestros, por su patria y por su voluntad. Si pasamos á considerar la calidad de las tropas extranjeras, vemos á nuestro lado los Tracios, y los Peones, y los Ilirios, y los Agrianos, pueblos los más fuertes y belicosos de toda Europa, frente á las naciones imbeles y afeminadísimas del Asia. ¡Alejandro, en fin, contra Darío! Tales

(1) Comandantes de una *ila* ó escuadrón de 64 caballos.

son vuestras ventajas en la lucha; considerad qué magníficos premios os deparará la victoria. Porque ahora no tenéis sólo delante los sátrapas de Darío, la caballería defensora del Gránico, y los veinte mil mercenarios extranjeros, sino todas las fuerzas de los Persas y los Medos, y todas las gentes del Asia que les rinden tributo, con el mismo Gran Rey á la cabeza. Después de esta batalla nada os quedara que hacer; seréis dueños de toda el Asia, y tendrán fin vuestros grandes trabajos.»

Después continuó recordando los brillantes hechos de armas que habían realizado en común, no olvidándose de citar por su nombre á los autores de alguna hazaña atrevida y laudable, ni de hablar de sus propios peligros, aunque con modestia delicada. Dícese que llegó hasta hacer mención de Jenofonte y sus diez mil Griegos, que ni en número ni en ningún otro concepto podían comparárseles, pues no tenían ni la caballería tesalia, ni los Beocios, ni los Peloponesios, ni los Macedonios, ni los Tracios, ni escuadrones comparables á los suyos, ni arqueros, ni honderos, fuera de algunos Rodios y Cretenses reclutados con toda precipitación, y sin embargo habían hecho huir al Gran Rey con todo su ejército delante de Babilonia, y habían vencido cuantas naciones se les opusieron en su gloriosa retirada hacia el Euxino. Y aun añadió otras cosas con que los buenos generales acostumbran á animar á los soldados valientes en vísperas de un combate. Cuando terminó, todos le abrazaban y le ensalzaban á porfía, pidiendo que los llevase á combatir al instante.

CAPÍTULO VIII.

Orden de batalla de ambos ejércitos.

Alejandro mandó á sus soldados alimentarse, y destacando algunos caballos y arqueros á reconocer los desfiladeros por donde antes había pasado, partió, ya oscurecido, con todas sus tropas para ocuparlos de nuevo. Lo consiguió hacia la media noche, é hizo descansar el resto de ella á su ejército sobre las rocas, cuidando de colocar los convenientes escuchas. Al despuntar la aurora continuó su marcha por aquel puerto, estrechando las filas mientras lo exigían las angosturas del camino; pero á medida que se iba éste ensanchando, desplegándolas en falange, colocando á uno y otro lado los batallones de hoplitas apoyados á la derecha en las alturas, y á la izquierda por el mar. La caballería seguía á la infantería. En cuanto llegaron á un lugar abierto, formó el ejército en orden de batalla.

En el ala derecha, hacia los montes, el Agema y los hipaspistas, mandados por Nicanor, hijo de Parmenión; cerca de éstos las tropas de Ceno; y á continuación las de Perdicas, las cuales, á contar de la derecha, llegaban hasta el centro de los hoplitas. A la izquierda, primero las tropas de Amintas, después las de Tolomeo, y luégo las de Meleagro. Cratero mandaba los infantes de este lado, y Parmenión toda el ala, que no debía apartarse del mar para no verse envuelta por los Persas, cuya innumerable hueste fácilmente podía rodear la falange macedónica.

Cuando supo Darío que Alejandro avanzaba en orden de batalla, hizo pasar á la otra orilla del Pínaro treinta mil caballos y veinte mil psilites, para ordenar con más seguridad el resto de su ejército. Puso primero frente á la falange macedonia unos treinta mil mercenarios griegos hoplitas, sostenidos en ambos lados por sesenta mil de los llamados Cardacas, también pesadamente armados, sin que las condiciones del lugar le permitiesen situar en línea mayor número de tropas. En las alturas, que estaban á su izquierda, colocó, amenazando el flanco derecho de Alejandro, unos veinte mil hombres, parte de los cuales quedaban detrás del enemigo, por la disposición de las montañas, que, formando una especie de seno, se extendían después hacia el mar, cubriendo en parte el ala derecha de los Macedonios. La restante multitud de hoplitas y psilites, formados según su nacionalidad en falange tan compacta como inútil, se situaron detrás de los mercenarios griegos y de los Bárbaros. Ascendiendo en suma el ejército de Darío á seiscientos mil soldados.

Al llegar á un sitio algo más abierto, Alejandro llamó junto á sí al ala derecha, la caballería de los Amigos, la de los Tesalios y la de los Macedonios, é hizo desfilar á la izquierda, hacia Parmenión, á los Peloponesios y demás aliados.

Darío, después de formada su falange, volvió á llamar la caballería que había atravesado el Pínaro para proteger la ordenación del ejército, destacando la mayor parte al ala derecha, hacia el mar, frente á Parmenión, por ser aquel sitio el más adecuado á sus maniobras, y enviando el resto á la izquierda, hacia los montes; mas pareciéndole que lo angosto de éstos imposibilitaría sus movimientos mandó retirarse á los más á la derecha, acabando por situarse él

mismo en el centro de todo el ejército, según una antigua costumbre de los Reyes persas, de la cual ya escribió Jenofonte, hijo de Grilo.

CAPÍTULO IX.

Nuevas disposiciones de Alejandro.

Viendo Alejandro que casi toda la caballería de los Persas se situaba hacia el mar contra el ala izquierda de su ejército, resguardada solamente por los escuadrones peloponesios y los de los auxiliares, mandó inmediatamente á esta parte los Tesalios, con orden de no efectuar el movimiento de modo que pudieran verlos los enemigos, sino ocultamente, á espaldas de la falange. Delante de la caballería del ala derecha puso los batidores de Protómaco, los Peones de Aristón y los arqueros de infantería que mandaba Antíoco Los Agrianos de Atalo y algunos caballos y arqueros los colocó oblicuamente á su espalda junto al monte, de tal suerte que en la derecha, mandada por él, la falange parecía dividida en dos alas; una amenazando á Darío y las tropas de allende el Pínaro; otra frente á las situadas en los montes de su espalda. En la vanguardia de la izquierda puso los arqueros cretenses y los Tracios de Sitalces, precedidos de la caballería de esta ala, y en el punto más avanzado las tropas extranjeras mercenarias.

Además, como la falange le pareció poco compacta en la derecha, de modo que podía más fácilmente ser rodeada por los Persas en esta parte, destacó del centro dos escuadrones de los Amigos, llamados Antemusio y Lengeo, mandados respectivamente por Pe-

redas, hijo de Menesteo, y Pantórdano, de Cleandro, y les hizo pasar ocultamente al flanco débil, poniendo enfrente de este mismo los arqueros, parte de los Agrianos y de los mercenarios griegos, dando de esta suerte á su falange más extensión que la de los enemigos. Viendo, después, que no descendían los situados en las faldas de las montañas, les obligó á huir hasta la cumbre con un destacamento de Agrianos y de arqueros, pareciéndole, en vista de esto, que para defender la falange por aquel lado le bastaban trescientos caballos, que fué la fuerza que dejó.

CAPITULO X.

Descripcion de la batalla de Iso.

Dispuesto así su ejercito, Alejandro avanzaba lentamente, como si quisiera dar largas al combate. Darío tampoco movía contra él los Bárbaros de su vanguardia, sino que se mantenía en la alta y escarpada margen, defendida en los puntos más accesibles por una empalizada: esta disposición sugirió de seguida á los Macedonios la idea de que el Gran Rey presentía la derrota.

Frente á frente los ejércitos, Alejandro recorrió á caballo todas sus filas, estimulando á los soldados á pelear como buenos, llamando por su nombre y con los elogios merecidos no sólo á los jefes principales, sino á los Ilarcas y Locagos (1) y aun á los mercenarios extranjeros distinguidos por sus grados ó por sus

(1) Jefes de fila.

hazañas. Todos unánimemente le pedían que les llevase sin tardanza contra el enemigo.

Alejandro, no obstante hallarse ya en presencia de las fuerzas de Darío, avanzaba lentamente, temeroso de que una marcha demasiado rápida desordenase con sus fluctuaciones la falange; pero cuando estuvieron á tiro de flecha, la avanzada de su escolta y él mismo, al frente del ala derecha, se lanzaron al río á la carrera para espantar á los Persas con lo impetuoso de su ataque, y librarse, viniendo pronto á las manos, del daño de sus flechas. Sucedió cabalmente lo que había imaginado. Los Persas del ala izquierda cedieron al primer embate, y Alejandro, con su séquito, consiguió una brillantísima victoria. Pero los Griegos á sueldo de Darío, aprovechando la coyuntura de haberse dividido la falange macedónica doblándose hacia la derecha, pues sólo los soldados de esta parte habían podido seguir el rápido movimiento de Alejandro, retrasándose los del centro, detenidos por lo alto y escarpado de la orilla y descomponiendo el orden de sus filas; atacaron á los Macedonios por donde los vieron más desordenados. Trabóse entonces reñidísima batalla: aquéllos, esforzándose en rechazar al río á los de Alejandro y en recuperar la victoria perdida por los fugitivos; los Macedonios, obstinándose en mantener la conseguida por su Rey, y en no amenguar la gloria de su falange, que hasta entonces gozaba universal fama de invencible; redoblándose también su coraje por cierta emulación y punto de honra que tenían con los pueblos griegos. En este combate perecieron Tolomeo, hijo de Seleuco, que se batió heroicamente, y otros ciento veinte Macedonios bastante distinguidos.

CAPÍTULO XI.

Derrota de los Persas.—Fuga de Darío.—Toma de su campamento. Su familia prisionera de Alejandro.

En tanto, las compañías del ala derecha, viendo en fuga á los Persas que estaban á su frente, atacaron de flanco las tropas desordenadas y mal dispuestas de los extranjeros á sueldo de Darío, y rechazándolas de la orilla, las envolvieron después, haciendo en ellas una terrible matanza.

La caballería persa opuesta á la tesálica no se mantuvo ociosa en este combate allende el río, sino que atravesándolo á rienda suelta, se precipitó sobre los escuadrones macedonios, trabándose una sangrienta lucha, en la cual no cedieron los Persas hasta que supieron la fuga de Darío y la dispersión y muerte de sus mercenarios. Entonces ya la dispersión fué general y completa. En la huída sufrió infinito la caballería bárbara, ya por el grande peso de las armaduras, ya porque aguijoneados por el miedo se metían todos de golpe en las angosturas del camino, aplastándose unos á otros, y haciéndose entre sí más daño que el que pudo causarles el enemigo. Los Tesalios, por su parte, les perseguían con encarnizamiento; así es que el estrago de la caballería no fué menos en la fuga que el de los infantes.

Darío, en cuanto vió desbaratada por Alejandro el ala izquierda de su ejército, montó cuan de prisa pudo en su carro y se dió á huir con los primeros, utilizando este medio de salvación mientras se lo permitía lo llano y desembarazado del camino; pero cuando pe-

netró en sendas estrechas y difíciles, se apeó del carro, arrojó el escudo, se despojó de la túnica, y dejando hasta su arco en el abandonado vehículo, continuó su fuga á caballo. La noche, que á poco sobrevino, impidió que cayese en poder de Alejandro, pues mientras hubo luz le persiguió encarnizadamente, pero cuando la oscuridad no permitía ya distinguir los objetos más próximos, regresó al campamento, no sin haber cogido el carro, el escudo, la túnica y el arco del Rey persa. Quizás se hubiera apoderado también de su persona si no hubiera empezado á perseguirle algo tarde, mientras reparaba aquel primer desorden de su falange, y veía rechazados del río la caballería de los Persas y sus mercenarios extranjeros.

De los Persas murieron Arsames, Reomitres y Atizies, de los que habían mandado la caballería en el Gránico; además Sabaces, sátrapa de Egipto, y Bubaces, nobilísimo personaje, y hasta cien mil combatientes, entre ellos diez mil de caballería; al extremo de que, según Tolomeo, hijo de Lago, compañero de Alejandro en esta persecución, ciertas hondonadas del camino habían desaparecido por hallarse rellenas de cadáveres.

Después, al primer ataque se apoderó del campamento de Darío, y en él de su madre, su mujer, su hermana, un hijo todavía muy joven y otras dos hijas, y con ellas unas cuantas esposas de los principales Persas, pues los más las habían enviado con la impedimenta á Damasco, á donde Darío también había hecho llevar la mayor parte de sus tesoros y todos los magníficos objetos que constituyen el tren de guerra de los Persas; así es que en los reales no se hallaron más de tres mil talentos. El restante numerario fué cogido poco después en Damasco por Parmenión, enviado al efecto por Alejandro.

Tal fué el resultado de esta batalla, acaecida en el mes Memacterión (1), siendo Nicócrates arconte en Atenas.

CAPITULO XII.

Alejandro visita y consuela á la familia de Darío.

Al día siguiente Alejandro, aunque resentido de una herida que había recibido en un muslo, visitó á los heridos, recogió cuidadosamente los cuerpos de los muertos, y en presencia de todo el ejército formado en batalla les dió magnífica sepultura, tributando elogios á los que había visto ó le habían contado que se distinguieron en el combate, y premió á todos con dádivas acomodadas á su jerarquía y valor. Después nombró sátrapa de Cilicia á Bálacro, hijo de Nicanor, designando para la plaza que dejaba vacante en su guardia personal á Menetes, hijo de Dionisio; Polisperconte, hijo de Simmias, fué agraciado con el mando de las tropas de Tolomeo, hijo de Seleuco, muerto en la batalla. Y, en fin, perdonó á los Solenses los cincuenta talentos que aun debían, y les devolvió los rehenes.

Tampoco desatendió á la madre, la mujer y los hijos de Darío. Algunos de sus historiadores aseguran que al regresar de la persecución del Monarca persa la misma noche de la batalla, habiendo oído lamentos y gritos femeninos muy cerca de la tienda real que se le había reservado y en la cual acababa de entrar, preguntó quiénes eran aquellas mujeres y por que

(1) Corresponde á nuestro noviembre, según el ciclo de Metón.

estaban tan próximas. A lo que alguno contestó: «Son, oh Rey, la madre, la mujer y los hijos de Darío, que sabedores de que tú tienes su arco y su túnica, y de que después te han traído su escudo, le lloran por muerto.» Sabido lo cual, Alejandro envió á la desolada familia á Leonato, uno de sus amigos, con el encargo de decirles que Darío vivía y que sólo tenía en su poder las armas y la túnica abandonadas sobre el carro durante la fuga. Leonato cumplió el encargo, añadiendo que Alejandro le conservaba los honores, la servidumbre y el título de Reina, pues no había venido á guerrear por enemistad personal contra Darío, sino para disputarle legítimamente el imperio del Asia.

Esto refieren Tolomeo y Aristobulo; pero también se asegura que Alejandro, acompañado solamente de Hefestión, uno de sus compañeros, entró al día siguiente en la tienda, y que la madre de Darío, dudando cuál de ambos era el Rey, pues ninguna señal les distinguía, se prosternó ante Hefestión, por parecerle de porte más majestuoso. Retrocedió éste, y la Reina, advertida de su engaño por algunos de su séquito, retrocedió también avergonzada; pero el Rey le dijo afablemente: «No te has equivocado; ése es también Alejandro.» Aunque no me consta la verdad de esta anécdota, la apunto porque no me parece inverosímil. Si fué así, Alejandro merece mis elogios por la generosidad que demostró consolando á aquellas mujeres y honrando á su amigo; y si no lo fue, también es digno de aplauso por haberse hecho acreedor á ser creído capaz de ejecutarlo.

CAPÍTULO XIII.

Rutas seguidas por los fugitivos. — Movimientos marítimos de la escuadra persa y de Agis, Rey de Lacedemonia. — Sumisión de Estratón.

Darío huyó durante la noche con escaso acompañamiento; y al día siguiente, recogiendo los soldados persas y extranjeros que se habían salvado de la batalla, en junto cuatro mil hombres, se dirigió con la caballería á la ciudad de Tapsaco y al Eufrates, con ánimo de pasar cuanto antes este río y dejarlo entre él y Alejandro.

Por otra parte, Amintas, hijo de Antíoco; Timondas, hijo de Mentor; Aristomedes Ferense y el acarniense Bianor, todos tránsfugas, huyeron por los montes que habían ocupado y llegaron á Trípoli en Fenicia con unos ocho mil hombres. Allí encontrando en seco las naves que les habían traído de Lesbos, pusieron á flote las suficientes para la travesía, dejando en el arsenal las restantes para evitar el ser en ellas perseguidos prontamente, y huyeron á Chipre y de allí á Egipto. Los naturales de esta región mataron poco después á Amintas, porque andaba en mil maquinaciones.

Farnabaces y Autofradates se detuvieron algún tiempo en Quíos; dejaron después una guarnición en esta isla; destacaron algunas naves á Cos y Halicarnaso, y arribaron á Sifnos con cien de sus mejores galeras.

Allí llegó en un trirreme Agis, rey de los Lacedemonios, y les pidió dinero para la guerra y la mayor

fuerza posible de infantería y naves para llevarla al Peloponeso. En tanto, se recibió la noticia de la batalla de Iso: conmovido por tal nueva, Farnabaces volvió á Quíos con doce trirremes y mil quinientos mercenarios extranjeros, temeroso de una defección de los isleños en cuanto supiesen la derrota. Agis recibió de Autofradates treinta talentos de plata y diez galeras, que envió á su hermano Agesilao á Ténaro, al mando de Hippias, con orden de pagar doble estipendio á los marineros, y de dirigirse prontamente á Creta para conservar su posesión. Él, después de haberse detenido algún tiempo en estas islas, se reunió con Autofradates en Halicarnaso.

Alejandro, después de haber nombrado sátrapa de la Celesiria á Memnón, hijo de Cerdinmas, dándole para guarnecer la provincia la caballería de los auxiliares, se dirigió á Fenicia. En el camino le salió al encuentro Estratón (cuyo padre Geróstrato, rey de los Aradios y de los países finítimos, á ejemplo de los otros Príncipes fenicios y chipriotas, había reunido sus naves á las de Autofradates), y le ciñó una corona de oro, haciéndole entrega de la isla de Arados, de la grande y opulenta ciudad de Maratos, que está en tierra firme frente á la citada, de las de Sigón y Mariamne y demás poblaciones de sus estados.

CAPÍTULO XIV.

Embajada y carta de Darío á Alejandro. — Contestación del vencedor.

Estando aun Alejandro en Maratos, recibió embajadores de Darío, portadores de una carta y encargados de suplicar verbalmente la libertad de la madre, la

mujer y los hijos del Rey persa. Se refería Darío en su misiva á un tratado de amistad y alianza entre Artajerjes y Filipo; acusaba á éste de haber roto el primero las hostilidades contra Arsés, hijo de Artajerjes, apenas subió al trono, sin haber recibido injuria alguna de los Persas; y se quejaba de que desde que él había empezado á reinar, no se hubiera dignado Alejandro enviarle una embajada para confirmar el antiguo tratado, antes bien, había entrado en Asia en són de guerra, causando infinitos males á sus súbditos y obligándole á acudir con las armas á defender su nación y el trono de sus mayores; y añadía, en fin, que decidida la batalla por la voluntad de los dioses, él, como Rey, se dirigía á otro Rey pidiéndole la libertad de su madre, su mujer y sus hijos prisioneros, prometiéndole su amistad y alianza, y suplicándole le enviase al efecto embajadores, que reunidos á los suyos Menisco y Arsima, diesen y recibiesen mutuas seguridades de la fe jurada.

Alejandro contestó enviando con los embajadores persas á Tersipo, encargado de entregar á Darío, sin entrar con él en ningún género de contestaciones, una carta, concebida en estos términos:

«Vuestros antepasados, sin ningún ultraje previo, entraron en Macedonia y Grecia y las devastaron; yo, nombrado generalísimo por los Griegos, he pasado al Asia para vengar sus injurias y las mías. Porque vosotros auxiliasteis á los Perintios, que habían ofendido á mi padre, y Oco envió un ejército á la Tracia, provincia sometida á nuestro imperio. Vosotros comprasteis los asesinos del autor de mis días, y después de muerto os jactasteis de tal hazaña en cartas circuladas por doquiera. Tú mismo, después de haber asesinado á Arsés y Bagoas y de subir ilegítimamente al trono, conculcando las leyes de los

Persas, has escrito á los Griegos cartas enemigas excitándolos á levantarse contra mí; tú has tratado de sobornarles con dinero, noblemente rehusado por todos, menos por los Lacedemonios; tú, en fin, por medio de tus emisarios, has procurado enajenarme mis amigos y romper la paz estipulada con todos los Helenos. Por eso, autor de tantas injurias, he venido á combatirte, y después de vencer primero á tus sátrapas y generales y luego á tí con todo tu ejército, poseo ahora, por el favor del cielo, tus provincias, y tengo á mis órdenes cuantos soldados tuyos, salvos de la matanza, se acogieron á mí, sirviéndome, no contra su voluntad, sino con gran contentamiento de su alma. Dirígete, pues, á mí, como al señor de toda el Asia. Mas si temes alguna perfidia, envíame algunos de tus amigos que reciban los juramentos de mi lealtad. Ven, y te devolveré no sólo tu madre, tu mujer y tus hijos, sino todo cuanto me pides. Por lo demás, cuando me escribas acuérdate de que te diriges al Soberano del Asia; ten presente que no eres mi igual, y que al pedirme algo lo haces al señor de todas tus cosas. Si de otro modo obras, lo tomaré por injuria; y si por el título de rey te apercibes á otro combate, excusas de huir, pues yo habré de hallarte donde quiera que te encuentres.»

CAPÍTULO XV

Alejandro perdona á los embajadores griegos en la corte de Darío. Rendición de Biblos y Sidón.—Embajada de los Tirios.

Así escribió Alejandro á Darío. Después, cuando supo que todos los tesoros del Monarca persa, llevados á Damasco por Cofenes, hijo de Artabaces, con los

demás objetos de lujo, y los guardias encargados de custodiarlos, habían caído en su poder. los dejó en aquella ciudad á cargo del general Parmenión.

Mandó luégo que se le presentasen los embajadores enviados por los Griegos á Darío antes de la batalla, los cuales supo se hallaban entre los prisioneros. Eran los tales el lacedemonio Euticles, los tebanos Tesalisco, hijo de Ismenio, y Dionisidoro, vencedor en los Juegos olímpicos, y el ateniense Ifícrates, hijo del General del mismo nombre. Llegados á su presencia, dió libertad al instante á Tesalisco y Dionisidoro, aunque Tebanos; ó compadecido de la desgracia de su ciudad, ó por encontrar disculpable, dado el terrible castigo impuesto por los Macedonios á su patria, el que buscasen para ésta y para sí algun auxilio en la corte de los Persas. Acogiéndolos, pues, con benignidad. despidió á ambos cortésmente; á Tesalisco. por consideración á su familia, que era de las más ilustres de Tebas, y á Dionisidoro por sus triunfos en el estadio olímpico. Igual conducta observó con Ifícrates, en atención á la amistad que profesaba á los Atenienses y á la gloriosa memoria de su padre, reteniéndolo con grande honra á su lado mientras vivió, y enviando después de muerto sus huesos á Atenas para que fueran entregados á sus parientes. En cuanto á Euticles, como era Lacedemonio y este pueblo estaba entonces en guerra abierta con Alejandro, y además no ofrecía personalmente ningún título á su perdón, lo dejó primeramente en calidad de prisionero. aunque sin cadenas, y después, cuando alcanzó mayores triunfos, le dió tambien libertad.

De Maratos pasó Alejandro á Biblos, que, lo mismo que Sidón, se le entregó mediante un tratado, en odio a la dominación de los Persas y Darío. Partió de allí á Tiro, y en el camino se le presentaron diputa-

dos de esta ciudad significándole que los Tirios estaban dispuestos á obedecerle en cuanto les mandase. Alejandro tributó justos elogios á la ciudad y á su diputación, compuesta de los principales habitantes, entre ellos el heredero del trono, pues el rey Acelmico navegaba con Autofradates, y les dijo que volviesen á anunciar á los Tirios que sólo quería entrar en su capital para ofrecer un sacrificio á Hércules.

CAPÍTULO XVI.

Digresión sobre el Hércules Tirio.—Petición de Alejandro á los Tirios.—Su negativa.

Existe, en efecto, en Tiro el templo más antiguo de este dios de que hay memoria entre los hombres. El Hércules, á quien está consagrado, no es el Argivo, hijo de Alcmena, pues los Tirios le adoraban ya muchos siglos antes de que Cadmo saliese de Fenicia para establecerse en Tebas y de que hubiese nacido su hija Semele, de quien tuvo Júpiter á Baco. Este último fué contemporáneo de Labdaco, hijo de Polidoro, y ambos nietos de Cadmo, mientras que el Hércules Argivo vivió en los tiempos de Edipo, hijo de Layo. Los Egipcios adoran un Hércules distinto del de los Tirios y los Griegos; pues, según Herodoto, le incluyen entre los doce dioses mayores, así como los Atenienses adoran á un Baco, hijo de Júpiter y Proserpina, diferente del Tebano, al cual, y no al de Tebas, celebran en los misterios bajo el sobrenombre de Iacco. A mí me parece también que el Hércules venerado por los Iberos en Tarteso, donde existen las

columnas de su nombre, es el Tirio y no el Argivo, pues dicha ciudad fué fundada por los Fenicios, y revelan igual origen la arquitectura del templo y la ritualidad de sus sacrificios.

Refiere el historiador Hecateo que el Gerión, contra quien envió Euristeo á Hercules para que le robase las vacas y se las trajese á Micenas, nada tiene que ver con los Iberos, ni menos que para llevar á cabo su trabajo, bien penoso por cierto, tuviese que ir el héroe de Tebas á ninguna isla Oritia del Océano, sino á los estados continentales del mencionado Rey, cerca de Ambracia y Anfílocos; pues me consta que, aun hoy día, son excelentes los pastos de aquella tierra, donde se crían hermosísimos ganados. Euristeo debió hacerse célebre por los que importó del Epiro, no siendo absurdo el admitir que el Rey de aquellas regiones se llamase Gerión, pero sí el pensar que Euristeo conociese el nombre del monarca de los Iberos, situados en el último confín de Europa, y la excelencia de las vacas apacentadas en aquellos prados, á no creer que por medio del Rey tebano se lo anunció Juno á Hércules, disimulando así con el velo de la fábula la inverosimilitud de la narración.

Al Hércules Tirio quería, pues, ofrecer un sacrificio Alejandro; pero cuando los diputados comunicaron á la ciudad este deseo del Macedonio, los Tirios acordaron acceder á todas sus otras peticiones, pero no admitir dentro de sus murallas á un solo Griego ó Macedonio, pareciéndoles esta resolución la más discreta en el presente estado de las cosas y la más segura para el resultado todavía incierto de la guerra. En cuanto Alejandro recibió esta respuesta de los Tirios, despidió indignado á su diputación y convocó á los amigos, los generales del ejército, los taxiarcas y los ilarcas, pronunciando una arenga.

CAPÍTULO XVII.

Arenga de Alejandro a sus soldados.

«Amigos y camaradas, les dijo, no podemos hacer con seguridad una expedición á Egipto mientras los enemigos sean dueños del mar, ni perseguir á Darío dejando dudosa á Tiro y en poder suyo á Egipto y á la fecunda Chipre. Muchas consideraciones, pero principalmente la situación de Grecia, me hacen temer que los Persas, recuperadas las provincias de la costa, dispongan, mientras nosotros nos dirigimos contra Babilonia y el Gran Rey, una formidable armada para trasladar la guerra á nuestra patria, precisamente cuando los Lacedemonios son ya enemigos nuestros declarados y los Atenienses se hallan contenidos más por el temor que les inspiramos que por el afecto que nos profesan. Pero dueños de Tiro, señores de toda la Fenicia, apoderados de su poderosa marina, que constituye el núcleo principal de la armada persa, las ventajas estarán de nuestra parte; los Fenicios no proporcionarán remeros ni soldados á una causa extranjera, siendo nosotros dueños de sus ciudades; Chipre, ó se nos entregará en seguida fácilmente, ó la conquistaremos sin dificultad con nuestra flota, y unidas las escuadras fenicia y macedonia, dominada aquella isla, reyes del mar, nada más fácil que la expedición á Egipto. Conquistada esta región ni Grecia ni nuestra patria habrán de inspirarnos cuidados, y rechazados los Persas del mar y de las tierras de aquende el Eufrates, podremos marchar á Babilonia con más gloria y confianza.»

CAPÍTULO XVIII.

Sitio de Tiro.

Con este discurso fácilmente les persuadió á atacar á Tiro, y una divinidad pareció aconsejarle tal empresa, pues aquella noche tuvo un sueño en que creía hallarse combatiendo las murallas tirianas, y que Hércules le señalaba con la mano la ciudad y le introducía en ella. Sueño que interpretó Aristandro en el sentido de que la toma de Tiro sería muy penosa, como lo fueron también los trabajos de Alcides. Y á la verdad, su asedio ofrecía desde luego grandes dificultades, pues la ciudad formaba una isla defendida en todas partes por altísimas murallas, y su marina era en aquel entonces muy poderosa, ya por las muchas naves de que los Tirios disponían, ya por el apoyo de los Persas, señores á la sazón de aquellas aguas.

Para vencer tales obstáculos determinó Alejandro construir un terraplén desde el continente á la ciudad. El mar en aquella parte era cenagoso, muy poco profundo cerca de tierra firme, y en lo tocante á la isla donde estaba más hondo, mediría á lo sumo tres orgias de profundidad. Además abundaban por allí piedras, y no escaseaban troncos para sostenerlas, clavándose perfectamente las estacas en el cieno, y sirviendo éste como de cimiento y argamasa á la construcción. Los Macedonios trabajaban con ardor grandísimo, no menor que el de Alejandro, que presenciándolo y dirigiéndolo todo, estimulaba á unos con palabras, á otros con dinero, animándolos en lo más duro de la faena. Mientras trabajaban cerca del

continente, la obra adelantaba sin dificultad, pues además de ser el mar poco profundo, nadie les hostilizaba; pero cuando llegaron á sitios más hondos y se acercaron á los altos muros de la ciudad, sufrieron mucho, porque desde ellos les lanzaba el enemigo una nube de flechas, tanto más mortíferas, cuanto que estaban mejor preparados para trabajar que para combatir. Además los Tirios, dueños todavía del mar, se les acercaban por diversos lados en sus trirremes, y dificultaban sobre manera la construcción. Entonces idearon los Macedonios poner sobre la parte del terraplén más avanzada hacia el mar dos torres de madera provistas de las oportunas maquinas, y cubiertas de cueros para que no pudieran ser incendiadas por los combustibles lanzados desde la ciudad; con el doble objeto de poner á cubierto á los trabajadores, y de contener á poca costa, hostilizándolas desde las torres, las naves tirias que se acercasen á interrumpir su labor.

CAPÍTULO XIX.

Continuación del sitio de Tiro. — Expedición á Sidón.

Los Tirios á su vez idearon lo siguiente. Llenaron de sarmientos secos y de otras maderas fácilmente combustibles una nave de las destinadas á trasportar caballerías, y colocaron en su proa dos mástiles forrados de una gruesa capa de teas y faginas llenas de pez, azufre y otras materias igualmente inflamables, poniendo además en cada uno de ambos palos dos antenas, de las que colgaban braseros repletos de sustancias incendiarias, y cargando todo el lastre en la

popa, para que, inclinada la nave á esta parte por la desigualdad de peso, se levantase mucho más por la de la proa. Así dispuesto, aprovechando un viento que soplaba hacia el terraplén, echaron al mar el brulote llevado por dos trirremes, y al acercarse á las torres, después de haber dado fuego á los combustibles, lo lanzaron de proa con toda la fuerza posible sobre las construcciones macedonias, salvándose fácilmente a nado los tripulantes de la nave incendiada. En tanto empezaban las torres á ser pasto de las llamas, las antenas rotas vertían por do quiera los materiales alimentadores del incendio; los Tirios, acercando al terraplén sus trirremes, disparaban sobre las torres para impedir que fuesen socorridas; y los habitantes de la ciudad, viéndolas arder en calma, acudieron en botes por todas partes al terraplén, derribando sin dificultad la empalizada que lo sostenía, é incendiaron las máquinas que las llamas del brulote no habían alcanzado

Alejandro mandó principiar un muelle más ancho que pudiese contener más torres, y ordenó á los ingenieros la construcción de nuevas máquinas; y mientras se cumplían sus mandatos, marchó á Sidón con los hipaspistas y Agrianos para recoger todas las naves que tenía en aquel punto, pareciéndole muy difícil tomar á Tiro siendo los sitiados dueños del mar.

CAPÍTULO XX.

Refuerzos recibidos por Alejandro. — Expedición á la Arabia. Continuación del sitio de Tiro. — Preliminares del ataque.

En tanto, Geróstrato y Enilo, reyes de Arados y Biblos respectivamente, sabedores de que sus ciudades

habían sido tomadas por Alejandro, abandonaron á Autofradates y sus galeras, y se reunieron cada uno con las suyas al Macedonio, que con los trirremes allegados de Sidón llegó á tener cerca de ochenta naves fenicias. En aquellos días se le agregaron también varios trirremes de Rodas, entre ellos el llamado *Perípola*, tres de Soles y de Malo, diez de Licia y una nave de cincuenta remos de Macedonia, mandada por el hijo de Andrónico, Proteas. Poco después los reyes de Chipre, noticiosos del desastre de Iso, y atemorizados por la conquista de Fenicia, llegaron á Sidón con unas ciento veinte velas, siendo perdonados por Alejandro, en atención á que al incorporarse á la flota persa obraron más por necesidad que voluntariamente.

Mientras se construían las máquinas y se aparejaban las embarcaciones para la navegación y la guerra, Alejandro, con algunos escuadrones de caballería, los hipaspistas, los Agrianos y los arqueros, hizo una expedición á la Arabia hacia el monte llamado Antilíbano; y dueño de aquella región, en parte por la fuerza, en parte mediante tratados, regresó á los diez días á Sidón, donde encontró á Cleandro, hijo de Polemócrates, de vuelta del Peloponeso, y con él cuatro mil Griegos mercenarios.

Dispuesta ya la flota, embarcó los hipaspistas que le parecieron más aptos para un golpe de mano si llegaba á verificarse el abordaje, y zarpó de Sidón con rumbo á Tiro, llevando sus naves en orden de batalla. Él mandaba el ala derecha, que se extendía hacia alta mar, acompañándole los Reyes de Chipre y los de Fenicia, excepto Pnitágoras, que con Crátero tenía toda la izquierda. Los Tirios se habían propuesto al principio aceptar la batalla si Alejandro se la presentaba por mar; pero cuando le vieron llegar con tan

inesperado número de naves, pues ignoraban que se le habían agregado todas las chipriotas y fenicias, y tomar formidables posiciones las velas enemigas, que estacionadas en alta mar, poco antes de aproximarse á la isla, viendo que no les salían al encuentro las tirianas maniobraban rápidamente en correcta formación, decidieron abstenerse del combate y se limitaron á cerrar con gran número de trirremes las bocas de sus puertos, para impedir la entrada de los enemigos.

Alejandro, viendo que los Tirios se mantenían á la defensiva, se acercó más á la ciudad; pero desconfiando de forzar la entrada del puerto que mira á Sidón, tanto por ser muy angosta, como por hallarse defendida por muchas galeras cuya proa le amenazaba, se contentó con echar á pique tres naves de las más avanzadas, cuyos tripulantes se salvaron fácilmente á nado en la isla, que estaba á su favor, y se retiró después con su armada á la costa, cerca del muelle que había construído para estar al abrigo de los vientos. Al día siguiente envió con Andrómaco los bajeles chipriotas al puerto que mira á Sidón, mandándoles asediar la ciudad por aquella parte, y colocó los fenicios al otro lado del muelle que cae hacia Egipto, donde también tenía su tienda.

CAPÍTULO XXI

Continuación del sitio de Tiro.—Combate naval.

En tanto, los infinitos obreros allegados de Chipre y Fenicia habían construído muchísimas máquinas, de las cuales unas habían sido colocadas sobre el

muelle, otras en las naves de trasportar caballos traídas de Sidon, y otras en trirremes, todavía más pesados; y una vez dispuesto todo, las arrastraron sobre el terraplén al sitio conveniente, ó las llevaron en los navíos que se acercaban á la ciudad por varios puntos y reconocían las murallas. En lo mas alto de éstas, frente al muelle, habían colocado los Tirios torres de madera, desde las cuales se defendían, lanzando sobre las máquinas que se acercaban y sobre las mismas naves una lluvia de dardos y de materias inflamadas, para impedir á los Macedonios aproximarse á los muros, que en aquella parte tenían sus ciento cincuenta pies de altura con la anchura proporcionada, y estaban hechos de grandes piedras unidas con yeso. Las naves de conducir caballos y los trirremes macedonios encargados de trasportar las máquinas, no podían tampoco acercarse á la ciudad por impedírselo la gran cantidad de peñas que los Tirios habían tenido la precaución de echar al mar. Así es que Alejandro tuvo que adoptar medidas para su extracción, cosa extremadamente difícil, ya porque las naves no ofrecían un punto de apoyo fijo, como la tierra, ya porque los Tirios, adelantándose á favor de unas embarcaciones cubiertas, llegaban hasta las áncoras de los trirremes, cortaban sus cables y les quitaban los medios de atracar; y aunque el Macedonio cubrió de igual manera muchos triacóntoros dispuestos oblicuamente para defender las áncoras de los ataques de los Tirios, no consiguió su objeto, porque los buzos, deslizándose entre dos aguas, cortaban las maromas sin dificultad, hasta que para impedirlo echaron los Macedonios sus anclas con cadenas de hierro. Sólo entonces pudieron sacar desde el muelle, por medio de cables, los trozos de rocas amontonados en el mar, que las máquinas levantaban en alto y

arrojaban á donde no pudieran molestarles, y una vez limpio aquel paraje, fué ya fácil el acceso á la ciudad.

Al verse tan apretados, resolvieron los Tirios atacar las naves chipriotas que amenazaban por el lado que mira hacia Sidón; y al efecto, cubriendo con sus velas la entrada del puerto para impedir que los enemigos viesen el embarque de tropas, á la hora del mediodía, cuando los marinos andaban dispersos ocupados en sus faenas y Alejandro se había trasladado desde la escuadra á su tienda, situada al otro lado de la ciudad, dispusieron tres navíos de cinco órdenes de remos, otros tantos de cuatro y siete trirremes, tripulados por sus soldados mejor armados, de probado valor en las batallas navales y más aptos para un abordaje, y salieron del puerto deslizándose lenta y silenciosamente; pero al llegar al sitio donde podían verlos los Chipriotas, levantando un gran clamor y excitándose mutuamente con sus gritos, se lanzaron hacia los enemigos á toda fuerza de remos.

CAPÍTULO XXII

Continuación del combate naval y victoria de Alejandro.

Casualmente aquel día Alejandro, que se había retirado á su tienda, se detuvo en ella menos de lo acostumbrado y regresó muy pronto á sus bajeles. En tanto los Tirios, cayendo de improviso sobre las naves estacionadas, que estaban unas casi sin gente, otras mal preparadas, entre la confusión y gritería echaron á pique en el primer choque el quinquerreme del Rey Pnitágoras, el de Androcles, hijo de Amatu-

sio, y el de Pasícrates de Turieo, rechazando las restantes á la costa.

En cuanto supo Alejandro la excursión de los trirremes tirios, envió cuantos pudo reunir á su alrededor, dispuestos tal cual se encontraban, á las bocas del puerto, para cerrar la salida á los restantes; y él con los quinquerremes que tenía y unos cinco trirremes armados á toda prisa, dió vuelta á la ciudad para encontrarse con los Tirios salidos del puerto. Los habitantes, que observaron desde la muralla el movimiento de Alejandro y que le vieron mandando las naves en persona, gritaron á los suyos que volviesen, y no pudiendo ser oídos por el tumulto y vocería del combate, se lo dieron á entender con diferentes señales. Advertidos, aunque tarde, de la persecución de Alejandro, volvieron al puerto á toda vela; pero pocas naves consiguieron salvarse con la fuga, pues cayendo sobre ellas las macedonias, inutilizaron algunas para la navegación, y cogieron un quinquerreme y un cuadrirreme en la misma boca del puerto. La mortandad fué, sin embargo, pequeña, pues la tripulación de las naves prisioneras pudo fácilmente ganar á nado el puerto.

Una vez imposibilitados los Tirios de utilizar su marina, los Macedonios acercaron á la ciudad sus máquinas, que hicieron muy poco daño en la muralla opuesta al muelle y en la que mira á Sidon, por ser ambas de construcción solidísima; en vista de lo cual las trasladaban contra los muros del Mediodía, del lado de Egipto, tanteando la demolición por todas partes. Aquí, por fin, se cuarteó un largo lienzo de muralla, cediendo y desplomándose en algún trecho; pero aunque echaron entonces puentes sobre la brecha é intentaron penetrar en la ciudad, fueron rechazados por los Tirios.

CAPÍTULO XXIII.

Ataque y ocupación de las murallas.

A los tres días, aprovechando la tranquilidad del mar y después de exhortar al combate á los jefes de sus tropas, se acercó de nuevo á la ciudad con sus bajeles cargados de máquinas, derribando en el primer empuje una gran parte de la muralla, y mandando retirarse, cuando le pareció bastante ancha la brecha, las naves portadoras de las máquinas, y traer para pasar sobre las ruinas otras dos armadas de puentes, ocupadas, una por los hipaspistas con Admeto á la cabeza, otra por Ceno con las compañías de los llamados Amigos de á pie; proponiéndose él mismo penetrar con los primeros en cuanto hubiese lugar. Dispuso también que los trirremes se adelantasen hacia ambos puertos para apoderarse de ellos cuando los Tirios acudiesen á las murallas, y que las restantes embarcaciones, provistas de armas arrojadizas y de arqueros, diesen vuelta á los muros, con orden de atacarlos donde fuese posible, ó de mantenerse á lo menos á tiro de flecha, para que los Tirios, amagados por todas partes, no supiesen adónde acudir en tan terrible duda.

En tanto, llegadas las naves y tendidos los puentes sobre el muro, los hipaspistas subieron por ellos denodadamente. A su cabeza hizo Admeto prodigios de valor; siguióle Alejandro, ganoso de presenciar las hazañas de los suyos, y afrontando impávido el peligro, apoderáronse de aquella parte de la muralla, desalojando sin dificultad á los Tirios, que no pudi-

ron resistir á los Macedonios desde que éstos pelearon á pie firme y sin las desventajas de la posición. Admeto, primer asaltante del muro, murió herido de una lanza, mientras animaba á sus soldados á seguirle; Alejandro consiguió abrirse paso con los Amigos; apoderóse de algunas torres y de los lienzos intermedios de la muralla, y se encaminó al real Palacio á lo largo de las almenas, por ser este el camino más fácil para bajar á la ciudad.

CAPÍTULO XXIV.

Toma de los puertos y de la ciudad.

Las naves fenicias atacaron en tanto el puerto que mira á Egipto; rompieron las barreras; echaron á pique las embarcaciones que estaban dentro; rechazaron las más alejadas de la orilla; estrellaron otras contra la costa, mientras los Chipriotas, penetrando en el puerto del lado de Sidón, que encontraron abierto, se apoderaban al punto de aquella parte de la ciudad. Los sitiados, viendo al enemigo dueño de la muralla, la abandonaron y se refugiaron en el Agenorio, desde donde hicieron frente á los Macedonios. Alejandro los atacó con los hipaspistas; mató los que le resistían, y persiguió los fugitivos. La carnicería fué allí espantosa; pues la ciudad estaba ya tomada desde el puerto, é invadida por Ceno y sus soldados, y los Macedonios á nadie perdonaban, furiosos por las molestias del larguísimo asedio (1) y por la triste suerte de algunos compañeros que, cogidos por los Tirios de

(1) Duró siete meses.

vuelta de Sidón, habían sido muertos en lo alto de la muralla y arrojados al mar á presencia de todo el ejército. Cerca de ocho mil Tirios perecieron en esta jornada; Alejandro perdió á Admeto, muerto heroicamente al asaltar el primero de todos la muralla, y con él veinte hipaspistas; y unos cuatrocientos durante todo el cerco.

Alejandro perdonó á los refugiados en el templo de Hércules, entre los cuales estaban los Tirios principales, el rey Azemilco y algunos Cartagineses que, según antigua costumbre, habían venido á sacrificar á Hércules en la metrópoli. Los demás prisioneros, tanto Tirios como extranjeros, hasta el número de treinta mil, fueron vendidos como esclavos.

Después ofreció Alejandro un sacrificio á Hércules, en el cual llevaron la pompa religiosa el ejército y la armada; celebró en su templo juegos gimnicos y carreras de antorchas; colocó en él la máquina que había demolido el muro, y consagró al dios la nave cogida á los Tirios, con una inscripción que, hiciérala él ú otro cualquiera, es tan poco digna de memoria que no he querido transcribirla.

Así fué tomada la ciudad de Tiro, en el mes Hecatombeón (1), siendo arconte de Atenas Aniceto

CAPÍTULO XXV.

Nuevas proposiciones de Darío rechazadas por Alejandro. Conquista de la Palestina.

Cuando aun estaba Alejandro ocupado en el sitio de Tiro, le envió Darío una embajada, prometiéndole

---

(1) Correspondía próximamente á nuestro julio.

diez mil talentos por la libertad de su madre, de su mujer y de sus hijos, y todas las provincias situadas entre el Eufrates y el mar Egeo; añadiendo que si aceptaba la mano de su hija, podría contar con su amistad y alianza. Refiérese á este propósito, que habiendo explicado Alejandro en una reunión á sus amigos las proposiciones del Rey persa, dijo Parmenión: «Si yo fuese Alejandro, aceptaría esas condiciones, y daría fin á la guerra.» Y que le replicó el Rey: «Si yo fuese Parmenión también las aceptaría; pero como soy Alejandro, debo dar á Darío una respuesta digna de mi nombre.»—Y respondió en efecto: «No necesito los tesoros de Darío; no quiero en vez de todo una parte de su Imperio. Mías son todas sus riquezas; mías todas sus provincias. Si me place casarme con su hija, lo haré aun contra su voluntad. Mas si desea experimentar mi generosidad, que acuda á mí sin cuidado.»

Darío, al conocer esta respuesta, desesperó de todo arreglo y se aprestó de nuevo á la guerra.

Alejandro determinó hacer una expedición á Egipto. Antes se había apoderado de las ciudades de la Siria, llamada Palestina, excepto de Gaza, á cuyo frente estaba el eunuco Batis, que habiendo tomado á sueldo muchos soldados árabes y recogido las vituallas suficientes para sostener un largo asedio, fiado en la posición de la ciudad, que parecía inexpugnable, estaba resuelto á no entregarla á Alejandro; pero este a su vez, estaba decidido á tomarla.

CAPÍTULO XXVI.

Sitio de Gaza.

Gaza dista unos veinte estadios del mar, cuyo fondo es muy cenagoso cerca de la ciudad, á la cual se llega por arenales intransitables de puro profundos. Es plaza muy grande, situada sobre un alto monte y ceñida de fortísimos muros, y posición importante, pues ocupa la entrada del Desierto y es la última que se encuentra yendo de Fenicia á Egipto.

En cuanto llegó Alejandro á sus inmediaciones, acampó en el sitio que le pareció más á proposito para atacar la muralla, mandando colocar en él las máquinas; y aunque los ingenieros le manifestaron que les parecía imposible forzar el muro, dada su considerable elevación, les contestó que las mismas dificultades de la empresa le hacían tomar con más empeño su realización, pues así como tan inesperada conquista llenaría á sus amigos de terror, el no llevarla á cabo le deshonraría á los ojos de los Griegos y Darío.

Mandó, pues, construir alrededor de la ciudad un terraplén de altura suficiente, para que puestas sobre el las máquinas, igualasen á los muros en elevación, principiando los trabajos por la parte del Mediodía, desde donde las murallas parecían mas fáciles de batir; y concluída la obra, hizo colocar sobre ella las máquinas y se dispuso á hacerlas funcionar.

Entonces sucedió que, estando Alejandro, ceñidas las sienes con una corona, principiando un sacrificio, según los ritos de su patria, un ave de presa, revolo-

teando sobre el altar, dejó caer sobre la cabeza del Príncipe una piedra que llevaba entre las uñas. Consultando al adivino Aristandro sobre el sentido de este auspicio, respondió: «Tomarás, oh Rey, la ciudad; pero guárdate en ese día.»

CAPITULO XXVII.

Toma de Gaza.

En vista de este oráculo, se detuvo algún tiempo detrás de las máquinas, fuera del alcance de los dardos; pero habiendo hecho los Árabes una salida de la ciudad, incendiando las máquinas é hiriendo á favor de la altura á los Macedonios que las custodiaban, hasta desalojarlos del terraplén, Alejandro, ó despreciando el vaticinio ú olvidándole, se puso al frente de los hipaspistas y acudió en auxilio de los suyos donde se veían más apretados, conteniendo su fuga vergonzosa. Mas un dardo arrojado por una catapulta atravesó su escudo y su coraza, y le hirió en un hombro, con lo cual vió cumplida la predicción de Aristandro. Esto, sin embargo, le causó alegría, pues le aseguraba también la toma de la ciudad.

Le costó mucho curarse aquella herida. En tanto, llegadas por mar las máquinas empleadas en el asedio de Tiro, mandó rodear toda la ciudad de un terraplén de unos dos estadios de anchura por doscientos cincuenta pies de elevación, sobre el cual puso las máquinas, aplicándolas á la demolición de la muralla. Cuarteóse un gran lienzo de ésta, y faltos de cimientos por las minas y excavaciones secretas practicadas por los sitiadores, se desplomaron los muros.

Los Macedonios asaeteaban de lejos á los sitiados, que se defendían desesperadamente desde las torres, resistiendo tres acometidas, no sin gran número de muertos y heridos; hasta que á la cuarta, Alejandro les atacó con toda la falange, y derruyendo en partes el muro socavado y en partes quebrantándolo con las máquinas, pudo fácilmente aplicar las escalas á las ruinas. Hubo entonces entre los Macedonios una noble contienda sobre quién había de ser el primero en el asalto. El eácida Neoptolemo, uno de los Amigos, se adelantó á todos, siguiéndole otros Generales con sus tropas. Algunos de los que penetraron intramuros, abrieron las puertas primeras que encontraron, dando entrada á todos los demás.

Los Gazenses, después de tomada la ciudad, hicieron frente al enemigo, y todos murieron en su puesto peleando. Alejandro redujo á la esclavitud á sus mujeres y sus hijos, y pobló la ciudad con una colonia traída de los pueblos comarcanos, utilizándola como plaza fuerte en la campaña.

LIBRO TERCERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Expedición á Egipto.—Sumisión de todas sus ciudades. Fundación de Alejandría.

Alejandro, según su proyecto, partió de Gaza á Egipto, llegando al cabo de siete días á Pelusio, ciudad de aquella región, en cuyo puerto encontró algunas naves de su armada, que le había seguido á lo largo de la costa.

El persa Mazaces, sátrapa de Egipto por nombramiento del Gran Rey, noticioso de la batalla de Iso, de la vergonzosa fuga de su Señor, y de que la Fenicia, la Siria y gran parte de la Arabia eran de los Macedonios, no teniendo además ejército persa que oponerles, recibió amistosamente á Alejandro en su provincia y ciudades. Puso éste una guarnición en Pelusio; mandó á las naves remontar el río hasta Menfis, y dejando el Nilo á la derecha, encaminóse á Heliópolis, á donde llegó á través del desierto, después de entregársele todas las poblaciones del camino. De allí, atravesando el río, pasó á Menfis, ofreció sacrificios á Apis y á los demás dioses, y celebró juegos

gimnicos y músicos, á los cuales concurrieron los mejores artistas de la Grecia. De Menfis bajó por el Nilo hasta el mar; embarcóse con los hipaspistas, los arqueros, los Agrianos y el escuadrón Real de los amigos; pasó á Canopo; dió vuelta al lago Mareotis y llegó al lugar donde ahora está Alejandría, así llamada del nombre de su fundador. El sitio le pareció excelente para edificar una ciudad, cuya futura opulencia presentía. Deseoso de comenzar la obra, señaló él mismo los principales puntos, como el lugar donde habían de construirse la Agora, los emplazamientos de los templos consagrados á los dioses griegos y á la Isis egipcia, y el perímetro que la muralla había de seguir, obteniendo en los sacrificios ofrecidos con este objeto los más favorables augurios.

CAPÍTULO II.

Agüero favorable á Alejandría.—Noticias de Grecia.

Cuéntase con este motivo un suceso que no me parece inverosímil. Queriendo Alejandro dejar señalados los puntos por donde había de pasar la muralla, y no teniendo á mano los obreros ninguna cosa á propósito para obedecerle, ocuriósele á uno de ellos valerse de la harina que los soldados llevaban en los sacos de provisiones, marcando con ella los lugares que el Rey iba indicando, y trazándose de esta suerte el perímetro fortificable. Entonces los adivinos, y particularmente el telmisense Timandro, muchas de cuyas predicciones se habían visto confirmadas, dijeron á Alejandro que aquella ciudad abundaría en toda clase de bienes, y en especial en frutos naturales.

En esto llegó Hegeloco con sus bajeles y dió al Rey las siguientes noticias: que los Tenedenses se habían pasado á su partido, dejando el de los Persas, en el cual habían estado contra su gusto; que el pueblo de Quíos se había sublevado contra los Gobernadores impuestos por Autofradates y Farnabaces, apresando á éste en su propia ciudad y á Aristónico, tirano de Metimnea, que ignorando que el puerto no era ya de los Persas, penetró en él con cinco naves piratas, engañado por los centinelas de la entrada, que le aseguraron estaba ya dentro la escuadra de Farnabaces; que todos los piratas habían sido muertos; que traía prisioneros á Aristónico, Apolónides de Quíos, Fisino, Megareo y otros autores y sostenederos de la defección de los Quiotas, y violentos tiranos de la isla; que había quitado á Cares la ciudad de Mitilene, y que se le habían entregado las demás de Lesbos; que enviado Anfótero con cincuenta navíos á Cos, había sido bien acogido por los habitantes, y estaba en posesión de la misma cuando él le visitó á su paso; y, en fin, que traía todos los cautivos, excepto Farnabaces, que se había evadido de Cos, burlando la vigilancia de sus guardias.

Alejandro envió á las ciudades respectivas, haciéndolas árbitras de su suerte, todos los tiranos, excepto Apolónides y sus cómplices, que con muy buena guardia fueron llevados á Elefantis, ciudad de Egipto.

CAPÍTULO III.

Viaje al templo de Ammón.— Prodigios que en él ocurrieron.

Después quiso Alejandro visitar el templo de Ammón en Libia, para consultar su oráculo, que pasaba

por infalible y al cual habían acudido también Perseo y Hércules; aquél enviado por Polidectes contra la Górgona; éste al marchar á Libia contra Anteo y á Egipto contra Busiris. Alejandro pretendía rivalizar en gloria con estos héroes, de quienes descendía, y atribuir su nacimiento á Ammón, ya que las fábulas atribuían á Júpiter la paternidad de Hércules y Perseo. Con el intento, pues, de conocer su destino ó de dar á entender por lo menos que lo conocía, partió para aquel templo.

Los primeros mil seiscientos estadios hasta Paretonio los hizo á lo largo de la costa, por una soledad no enteramente desprovista de agua, al decir de Aristobulo; y de allí, internándose en el desierto, se dirigió al oráculo á través de profundos arenales completamente secos, en los cuales hubiera sufrido los horrores de la sed, sin una copiosísima lluvia que fue considerada como prodigio del cielo, así como lo siguiente: siempre que sopla en aquella región el viento del Mediodía, remueve tan inmensa cantidad de arena, que borra todas las señales del camino. Montes, árboles, colinas, todo desaparece bajo los furiosos torbellinos; el Desierto presenta el aspecto de un piélago proceloso en el cual el viajero, más infeliz que el piloto, ni siquiera tiene en los astros un medio de reconocer su ruta. Alejandro y los suyos vagaban por aquellas soledades víctimas de este accidente, cuando, según refiere Tolomeo, hijo de Lago, dos dragones lanzando gritos se pusieron á la cabeza del ejército; el Príncipe, confiado en aquel aviso del cielo, siguió el derrotero que marcaban, y con tales guías pudo ir y regresar del templo. Aristobulo y con él los mas de los historiadores dicen que los conductores del ejército fueron dos cuervos que les precedían volando. Yo creo que Alejandro no pudo terminar su

viaje sino por un prodigio; pero no es posible determinar cuál fuera éste, por la diversidad de los relatos.

CAPITULO IV

Descripción del templo de Ammón. — Consulta al oráculo. Regreso á Egipto.

El templo de Ammón se levanta en un oasis rodeado por todas partes de desiertos y áridas arenas. En medio de este oasis, que es muy pequeño, pues en lo más ancho tendrá cuarenta estadios á lo sumo, hay un hermoso plantel de árboles frutales, olivos y palmeras, único punto verde en aquellas vastas soledades. Brota en él una fuente, en nada parecida á las demás. Sus aguas, casi heladas al mediodía, se calientan cuando empieza á bajar el sol; continúan aumentando de temperatura hasta media noche, en que son casi hirvientes; comienzan después poco á poco á refrescarse; están ya frías á la aurora, y al mediodía otra vez glaciales; experimentando diariamente estas alternativas. Críase también espontáneamente en aquel suelo una sal fósil que los sacerdotes de Ammón suelen llevar á Egipto en cestitas de palma para regalar al Rey ó á otros personajes de la corte, y se la encuentra en trozos largos, algunos de más de tres dedos, con la trasparencia del cristal. Los Egipcios la emplean en los sacrificios y demás ceremonias religiosas, por ser más pura que la marina (1).

(1) Era detestada por los Egipcios, que la consideraban como la espuma de Tifón.

Alejandro admiróse al aspecto de aquellos lugares, consultó el oráculo, y obtenida, según dijo, una respuesta favorable, regresó á Egipto por el mismo camino, al decir de Aristobulo; ó, según Tolomeo, por la vía de Menfis, que era la más derecha.

CAPÍTULO V.

Embajadas griegas. — Disposiciones políticas y administrativas sobre el Egipto.

En Menfis recibió muchas diputaciones griegas, que obtuvieron cuanto deseaban; acreció sus tropas con cuatrocientos mercenarios griegos, ajustados por Antípatro y mandados por Ménidas, hijo de Hegesandro, y unos quinientos caballos de la Tracia, á las órdenes de Asclepiodoro, hijo de Eunico; ofreció un sacrificio á Júpiter, en el cual llevó la pompa religiosa con todo el ejército armado, y celebró juegos gímnicos y músicos.

Dedicándose después al arreglo del Egipto, nombró gobernadores de aquella región á dos naturales de la misma, llamados Doloaspis y Petisis; pero no habiendo aceptado aquél, quedó éste encargado de todo el gobierno. Pantaleón de Pidna y Polemón de Pela, hijo de Mégacles, ambos del escuadrón de Amigos, quedaron respectivamente con tropas bastantes en Menfis y Pelusio: el mando de los extranjeros fué confiado al etolio Lícidas, agregándosele para la contabilidad Eugnosto, hijo de Jenofonte, también de los Amigos: Esquilo, y el calcidense Efipo fueron nombrados inspectores; Apolonio, hijo de Carino, gobernador de la Libia finítima, y el naucracio Cleómenes

de la Arabia que cae hacia la ciudad de Heroun, con orden de no alterar las antiguas leyes para el cobro de impuestos, que, recaudados por los principales del país, deberían pasar de seguida á su poder. El mando de las tropas dejadas en Egipto fué encomendado á Peucestas, hijo de Macartato, y á Bálacro, que lo era de Amintas, y el de la flota á Polemón, hijo de Terámenes. Para cubrir la plaza que en la guardia personal del Príncipe dejó Arribas, muerto de enfermedad, fué designado Leonato, hijo de Onaso; para la vacante que quedó al fallecimiento de Antíoco, jefe de los arqueros, el cretense Ombrión, y Calano para la comandancia de la infantería de los aliados, cargo que dejaba Bálacro al quedarse en Egipto.

Esta división del Egipto entre muchos jefes, se dice que la hizo Alejandro asombrado de la riqueza y fuerzas del país, cuyo gobierno creía poco seguro dejar en manos de uno solo. Los Romanos, á mi parecer, han imitado esta conducta al encomendar, no á un senador, sino á un individuo del orden ecuestre, el mando de tan importante provincia.

CAPÍTULO VI.

Regreso á Tiro.—Marcha hácia el Eúfrates.—Llamada, defección y vuelta de Harpalo.—Promociones civiles y militares.

Al principiar la primavera, partió Alejandro de Menfis á Fenicia, tendiendo puentes sobre el Nilo y todos sus canales. Al llegar á Tiro, encontró ya su armada; hizo un nuevo sacrificio á Hércules, y celebró juegos gímnicos y músicos. En la misma ciudad vino

á buscarle la *Paralos* (1), con una diputación ateniense, compuesta de Diofantes y Aquiles, á la que se habían agregado representantes de todas las poblaciones marítimas. Alejandro les concedió cuanto le pidieron, entregando además á los Atenienses todos sus conciudadanos prisioneros del Gránico.

Sabedor de que se notaban movimientos sediciosos en el Peloponeso, mandó á esta península á Anfótero para proteger á los que le habían sido fieles hasta la guerra pérsica y habían rehusado aliarse con los Lacedemonios; dando también á los Fenicios y Chipriotas orden de aprestar para el mismo objeto otras cien naves más de las que Anfótero había llevado.

Continuó después avanzando hacia Tápsaco y el Eufrates, dejando de recaudador de los impuestos de Fenicia á Cerano de Beroe, y á Filóxeno de los del Asia de aquende el Tauro. Harpalo de Macate, recién vuelto del destierro, les sucedió en la administración de los tesoros reales. Este Harpalo, por ser muy adicto á Alejandro, se había visto obligado á huir de Macedonia durante el reinado de Filipo, al mismo tiempo que Tolomeo, hijo de Lago, Nearco, hijo de Andrótimo, Erigio y Laomedonte, hijos de Larico, cuando aquel Príncipe se hizo sospechoso á su padre por haberse casado éste con Eurídice, después de repudiar á Olimpias, madre de Alejandro. A la muerte de Filipo, volvieron los desterrados por la referida causa, y su hijo colocó á Tolomeo en su guardia personal; encomendó á Harpalo, inútil para la guerra por su débil constitución, la custodia de sus tesoros; nombró á Erigio hiparca de los aliados; á su hermano

(1) Una de las dos galeras sagradas de los Atenienses, que servía para llevar á Delos las *teorías* ó diputaciones solemnes. Sólo se usaba en las grandes ocasiones y en los negocios más graves.

Laomedonte, como conocedor de las lenguas griega y bárbara, le encargó de lo concerniente á cautivos extranjeros, y á Nearco le dió el gobierno de la Licia y de las comarcas vecinas hasta el Tauro.

Poco antes de la batalla de Iso, Harpalo, seducido por Taurisco, hombre perverso, que murió en Italia, en la corte del epirota Alejandro, donde se había refugiado, huyó en su compañía, retirándose á Megara, de donde regresó invitado por el Príncipe macedonio, que le prometió solemnemente no castigar su deserción, como lo hizo, reintegrándole á su vuelta en el antiguo cargo.

Menandro, uno de los Amigos, fué enviado de gobernador á Lidia, sucediéndole Clearco en el mando de las tropas extranjeras. Asclepiodoro, hijo de Eunico, fué nombrado sátrapa de Siria en sustitución de Arimmas, que se había mostrado muy poco diligente en los preparativos para la marcha del ejército al interior del Asia.

CAPÍTULO VII.

Paso del Eúfrates y del Tigris.—Eclipse de luna.—Marcha por la Asiria.

En el mes Hecatombeón, siendo arconte en Atenas Aristófanes, llegó Alejandro á Tapsaco, encontrando dos puentes sobre el Eufrates. Mazeo, á quien Darío encomendara la defensa del río, había tomado posiciones en su orilla con unos tres mil caballos, de los cuales dos mil eran de mercenarios griegos, y los Macedonios, temerosos de que atacasen el puente sin concluirlo, habían suspendido la obra antes de enlazarla con la opuesta margen; pero habiendo huído el general persa con sus tropas al saber que Alejandro

se acercaba, se continuaron los puentes hasta unir ambas orillas, y pudo pasar sin dificultad todo el ejército.

De allí avanzó por la región llamada Mesopotamia, teniendo á la izquierda el Eufrates y los montes de Armenia, sin seguir el camino que va directamente de aquel río á Babilonia, sino otro más cómodo para el ejército, á través de terrenos abundantes en víveres y forrajes y de calor menos sofocante. De camino, cogió algunos espías de Darío, que se habían adelantado demasiado en sus exploraciones, los cuales le dijeron que el Gran Rey había acampado junto al Tigris, decidido á impedirle el paso si lo intentaba, para lo cual había reunido muchas más tropas de las empleadas en Cilicia. En vista de esto, Alejandro se dirigió precipitadamente á aquel río; pero al llegar á él ni encontró á Darío, ni á ninguna fuerza persa, atravesándole sin más obstáculos que la rapidez de la corriente.

Allí descansó el ejército, y se verificó un grande eclipse de luna. Alejandro, con tal motivo, ofreció un sacrificio á este astro al Sol y á la Tierra, por cuya conjunción se dice que ocurre aquel fenómeno. Aristandro dijo que el eclipse lunar pronosticaba un feliz éxito á los Macedonios, y que los sacrificios auguraban también la victoria de Alejandro. En su consecuencia, levantó éste sus reales y prosiguió su marcha por la Aturia, con los montes Gordieos á la izquierda y á la derecha el Tigris; y cuatro días después de haber atravesado este río, supo por sus batidores que la caballería persa, cuyo número no podía precisarse, se había acampado en un llano. Avanzó, pues, en orden de batalla, pero nuevos exploradores volvieron á rienda suelta, asegurándole que no pasaban de mil caballos las fuerzas enemigas.

CAPÍTULO VIII.

Derrota de un destacamento de caballería persa. — Ejército de Darío.

En vista de esto, se dirigió precipitadamente contra ellos al frente del escuadrón real, de uno de los Amigos y de la vanguardia de los Peones, mandando que el resto de la fuerza le siguiese á paso lento. Los Persas, viendo que los Macedonios se les venían encima, huyeron á la desbandada. Alejandro los persiguió activamente, escapándosele muchos y muriendo algunos á sus manos; otros, no obedecidos por sus caballos en la fuga, cayeron vivos con sus monturas en poder del enemigo, y por ellos se supo que Darío se hallaba cerca con numeroso ejército.

Habían acudido, en efecto, en auxilio del Rey persa los Indios lindantes con la Bactriana, los mismos Bactrianos y Sogdianos, todos á las órdenes de su sátrapa Beso; los Sacas, familia de los Escitas asiáticos, independientes, pero aliados de Darío, todos arqueros de caballería mandados por Mavaces; Barsaentes, sátrapa de los Aracotos, con éstos y los Indios llamados montañeses; Satibarzanes, sátrapa del Aria, con los Arios; Fratafernes, con la caballería de los Partos, Hircanios y Tapuros; Atropates, con los Medos, los Cadusios, Albanos y Sacesinas; los habitantes de las costas del mar Rojo, mandados por Ocondobates, Ariobarzanes y Orxines; los Uxios y Susianos, por Oxatro, hijo de Abulitas; los Babilonios, Sitacenos y Carios anaspastos (1), por Buparo; los Ar-

(1) Ó expulsados de sus tierras.

menios, por Orontes y Mitraustes; los Capadocios por Ariaces; y los Celesirios y Sirios mesopotámicos, por Mazeo, componiéndose todo el ejército persa de unos cuarenta mil caballos, cerca de un millón de infantes, doscientos carros falcados y pocos elefantes, pues sólo había unos quince traídos de las comarcas aquende el Indo.

Darío acampó con estas tropas en Gaugamela, junto al río Bumodo, á unos seiscientos estadios de la ciudad de Arbelas, en un llano completamente raso. Las desigualdades que hubieran podido impedir las maniobras de los carros y de la caballería, habían sido allanadas mucho antes por los Persas; pues los cortesanos atribuyeron la derrota de Iso á las angosturas del terreno, lo que sin dificultad creyó Darío

CAPÍTULO IX.

Preparativos de Alejandro y Darío para la batalla de Arbelas. Consejc de Parmenión. — Arenga de Alejandro.

Enterado de estas disposiciones por los exploradores cogidos á los Persas, se detuvo Alejandro cuatro días en el mismo sitio en que las supo, dando á sus tropas descanso de las fatigas del camino y fortificando su campamento con fosos y vallados. Había determinado, en efecto, dejar en él la impedimenta y todos los soldados inútiles, y llevar al combate sólo los útiles, sin más equipaje que sus armas Salió, pues, de los reales hacia la segunda vigilia de la noche, para emprender la batalla así que amaneciese. Darío, á su vez, en cuanto supo que se acercaba el enemigo, apercibióse al combate; también

Alejandro traía sus fuerzas en orden de batalla. Ambos ejércitos se hallaban ya á distancia como de sesenta estadios, pero aun no se veían por la interposición de unas alturas.

Al llegar á unos treinta estadios del campamento persa, coronadas ya las referidas alturas por el ejército á vista de los Bárbaros, mandó Alejandro hacer alto á la falange, y reuniendo los Amigos, los Estrategas, los Ilarcas y los jefes de las tropas de los aliados y de los mercenarios extranjeros, les consultó sobre si convendría lanzar desde luego la falange sobre el enemigo, como opinaban los más, ó bien, según el acertado sentir de Parmenión, acampar en aquel sitio, reconocer minuciosamente todas las cercanías, y las hoyas y abrojos (1) ocultos que en ellos pudiera haber, y enterarse con el mayor cuidado del orden y colocación del enemigo. Prevaleció el parecer de Parmenión, y el ejército acampó formado en batalla.

Después Alejandro con los psilites y la caballería de los Amigos dió vuelta á todos los lugares donde había de empeñarse la batalla. De regreso, convocando de nuevo á los jefes de sus tropas, les arengó de la manera siguiente:

«No necesito estimularos al combate; vuestro probado valor é infinitas proezas son el mejor estimulo; sólo os ruego digáis cada uno á los soldados de las loquias, ilarquías, taxiarquías (2) y secciones de falange de vuestro mando que no se trata ahora de conquistar la Celesiria, la Fenicia ó el Egipto, sino toda el Asia, decidiéndose en este combate á quién

(1) Pequeña pirámide triangular de hierro, con las caras rebajadas, de modo que los vértices forman puntas agudas, de las cuales una queda hacia arriba en todas posiciones, mientras las otras tres sirven de base. (ALMIRANTE. *Dic. Mil. Abrojo.*)

(2) V. Apéndice III.

ha de adjudicarse su imperio. Estas breves palabras bastan para animar á héroes experimentados. Procurad que conserven en la batalla el puesto señalado; que guarden profundo silencio mientras necesario sea; levanten la voz cuando las circunstancias lo exijan, y lancen tremendo clamor en el decisivo momento.

«Oid vosotros mis órdenes y trasmitidlas al punto á vuestas fuerzas; y tened presente que en esta grande empresa la victoria ó el vencimiento dependen del cuidado ó de la negligencia de todos y cada uno de vosotros.»

CAPÍTULO X.

Nuevo consejo de Parmenión rechazado.

Despues de arengar á los jefes con estas y otras breves y semejantes palabras, y de recibir de ellos completas seguridades de que podia confiar en su valor, hizo alimentarse y descansar á los soldados.

Dicen algunos que Parmenión se llegó á su tienda y le aconsejó que atacase á los Persas de noche, pues cogiéndoles desprevenidos y desordenados la acometida seria más temerosa en la oscuridad; pero que el Príncipe le contestó, según oyeron otros circunstantes, que él no tenía por honrosa ninguna victoria furtiva, pues Alejandro había de vencer á las claras y sin engaño alguno; respuesta atribuída por los más no á arrogancia, sino á noble heroísmo, y que, á mi parecer, fué prudentísima. Porque aparte de que durante la noche suelen acaecer, tanto á los preparados como á los desprevenidos, ciertos accidentes impre-

vistos que arrebatan la victoria á los fuertes y la inclinan inopinadamente del lado de los débiles, para Alejandro era mucho más peligroso el ataque nocturno; pues temía que, si vencía segunda vez á Darío, la circunstancia de ser el triunfo en las tinieblas y furtivo, podría servirle de pretexto para no confesar la superioridad del Macedonio y de su ejercito; y si, contra lo esperado, les derrotaban los Persas, éstos, dueños, amigos y conocedores de los lugares circunvecinos, tendrían inmensa ventaja sobre los Macedonios, que los desconocían; sin contar con que no sólo en caso de quedar vencidos, sino aun en el de no conseguir ventajas muy señaladas, pudieran atacarles de noche sus mismos prisioneros. Por estas consideraciones no puedo menos de alabar la grandeza y discreción que resplandecen en la respuesta de Alejandro.

CAPÍTULO XI.

Orden de batalla de ambos ejércitos

Darío y su ejército permanecieron toda la noche en el mismo orden de batalla, sin cuidarse de fortificar debidamente el campamento, y temerosos de un ataque nocturno de los Macedonios. Esta larga estancia sobre las armas fue lo que más perjudicó en aquella ocasión la causa de los Persas, pues ese temor que suele invadir los ánimos ante la perspectivá de un peligro, se había apoderado de los suyos, no repentinamente, sino desde hacía largo tiempo.

Darío dispuso su ejército de la manera siguiente, según un plano que dice Aristobulo se encontró des-

pués de la batalla: la caballería bactriana con la de los Daos y Aracotos; después la caballería y la infantería persa mezcladas, apoyadas en los Susios y éstos en los Cadusios, formaban en el ala izquierda, extendiéndose desde su punta hasta el medio de toda la falange. En la derecha los Celesirios y los habitantes de la Mesopotamia, sostenidos por los Medos; después los Partos y Sacas; luégo los Tapuros é Hircanios, y, en fin, los Albanos y Sacesinas, también hasta el centro, donde estaba el Rey rodeado de sus parientes, de los Persas melóforos (1), los Indios, los Carios anaspastos y los arqueros Mardos. A retaguardia estaban los Uxios, los Babilonios, los habitantes de la costa del Mar Rojo y los Sitacenos. En la vanguardia del ala izquierda, opuesta á la derecha de Alejandro, estaban la caballería escita, unos mil caballos de la bactriana y cosa de cien carros falcados; en la del centro, ocupada por Darío y el escuadrón Real, otros cincuenta y los elefantes; en la de la derecha, igual número de carros falcados, la caballería armenia y la capadocia; y, en fin, la infantería de los mercenarios griegos, únicos capaces de igualar en valor á los Macedonios, rodeaba al gran Rey y su corte, frente por frente de la falange enemiga.

Alejandro ordenó su ejército de este modo: en la derecha la caballería de los Amigos, á cuya cabeza estaba el escuadrón Real, á las órdenes de Clito, hijo de Drópides, siguiéndole los de Glaucias, Aristón, Sópolis, hijo de Hermódoro, Heráclito, hijo de Antioco, Demetrio, hijo de Altémenes, Meleagro y Hegéloco, hijo de Hipóstrato. Filotas, hijo de Parmenión, mandaba toda esta caballería. Los referidos

(1) Se distinguían por llevar adornado con una manzana el extremo inferior de la pica.

escuadrones se apoyaban en la falange macedónica, en cuyo primer puesto, por esta parte, estaba el Agema de los hipaspistas, siguiéndole los hipaspistas de Nicanor, hijo de Parmenión, y los batallones de Ceno, hijo de Polemócrates, Perdicas, hijo de Oronte, Meleagro, hijo de Neoptólemo, Polisperconte, hijo de Simmias, y Amintas, hijo de Filipo. Por ausencia de su jefe, enviado á reclutar gente á Macedonia, mandaba Simmias este último batallón. En la izquierda de la falange se hallaban las tropas de Crátero, hijo de Alejandro, jefe de toda la infantería de este ala, hacia el flanco izquierdo, seguidas de los escuadrones de los aliados y de la Tesalia, mandados respectivamente por Erigio, hijo de Laricos, y Filipo, hijo de Menelao. El mando de todas las fuerzas ecuestres de esta parte estaba á cargo de Parmenión, hijo de Filotas, rodeado del escuadron farsalio, que era la flor y nata de la caballería tesalia.

CAPÍTULO XII.

Continúa la descripción del ejército de Alejandro.

Tal era la primera línea del ejército. Detrás dispuso Alejandro una segunda, para que la falange tuviera dos frentes, mandando á los jefes de esta retaguardia que si veían que los suyos eran envueltos por el ejército persa, diesen vuelta atrás contra los Bárbaros, y estuviesen dispuestos á estrechar ó alargar la falange, según se necesitase.

En el ala derecha, junto á los escuadrones reales,

colocó la mitad de los caballos agrianos, mandados por Atalo, seguidos de los arqueros macedonios de Brisón, apoyados á su vez en otras compañías de veteranos extranjeros, á las ordenes de Cleandro; delante de estas fuerzas, la caballería ligera y los Peones, capitaneados por Aretes y Aristón, y en el punto más avanzado la caballería mercenaria con Ménidas á la cabeza. Los escuadrones reales y los de los Amigos estaban protegidos por una vanguardia colocada frente á los carros falcados, en la cual formaban la otra mitad de los Agrianos y arqueros y los honderos de Balacro. Ménidas y sus tropas tenían orden de atacar de flanco al enemigo, si trataba de rodearlos. Tal era la disposición del ala derecha.

En la izquierda, extendidos oblicuamente, estaban los Tracios de Sitalces, la caballería aliada, con Cerano á la cabeza, y la de los Odrisos, mandada por Agatón, hijo de Tirinmas; en la vanguardia, la de los mercenarios extranjeros, á las órdenes de Andrómaco, hijo de Hierón; la infantería tracia guardaba los bagajes.

Todo el ejército de Alejandro ascendía á unos siete mil caballos y cerca de cuarenta mil infantes.

CAPÍTULO XIII.

Batalla de Arbelas.

Habiéndose acercado los ejércitos, veíase á Darío, y los Melóforos, Indios, Albanos, Carios anapastos y arqueros Mardos que le rodeaban, frente por frente de los escuadrones reales y Alejandro. Éste guió sus

tropas más hacia la derecha, y los Persas, al contrario, se movieron hacia la izquierda, rebasando con mucho la falange macedonia. Ya la caballería escita alcanzaba casi á la que cubría el frente de Alejandro, que siguiendo su primer movimiento, no se ocupaba de ella, y estaba ya cerca del terreno allanado por los Persas, cuando Darío, temiendo que si los Macedonios llegaban á más accidentados sitios, serían inútiles los carros, mandó á los que cubrían su izquierda adelantarse y embestir la derecha del enemigo para impedirle continuar avanzando. Hecho esto, Alejandro les opuso la caballería mercenaria, de la que Ménidas era comandante; pero habiéndole salido al encuentro la mucho más numerosa de los Escitas y Bactrianos, el Príncipe lanzó contra los Escitas las tropas de Aristón, los Peones y los extranjeros, consiguiendo hacer retroceder á los Bárbaros. Acudieron entonces los Bactrianos, y consiguieron volver á los fugitivos al combate, que se trabó sangriento y encarnizado. En él cayeron muchos soldados de Alejandro, agobiados por la muchedumbre de enemigos y por la superioridad de las armas defensivas de que los caballos escitas venían pertrechados; mas con todo, resistieron vigorosamente la embestida, y aunando sus esfuerzos, consiguieron por fin desordenarlos.

En tanto, los Bárbaros lanzaron contra Alejandro los carros armados de hoces, con intención de romper su falange; pero quedaron fallidas sus esperanzas, pues en el instante mismo en que se movían, los Agrianos y los arqueros de Balacro, que cubrían la caballería de los Amigos, ó disparaban sobre ellos una granizada de dardos, ó, apoderándose de las riendas, arrojaban al suelo á los conductores y rodeaban y mataban los caballos. Algunos, sin embargo, sin hacer ni recibir daño alguno, lograron atravesar las filas, que,

por orden de Alejandro, se abrían para dejarles paso, y cayeron en poder de los palafreneros y los hipaspistas reales.

CAPITULO XIV.

Continuación del anterior —Fuga de Darío.

Cuando Darío puso en movimiento todas sus fuerzas, Alejandro destacó la caballería de Aretes contra la del enemigo que trataba de envolver su derecha, continuando él avanzando al frente de esta ala; y en cuanto vió que las tropas enviadas en auxilio del flanco amenazado rompían las primeras filas de la falange bárbara, precipitóse hacia este lado, y formando en cuña la caballería de los Amigos y la falange en aquel puesto situada, cayó á paso redoblado con inmensa gritería sobre el mismo Rey persa. Poco duró este combate cuerpo á cuerpo: Alejandro y su caballería atacaban con irresistible ímpetu á los Persas, hiriéndoles con las lanzas en el rostro; la falange macedónica compacta y erizada de sarisas les acometía á su vez, produciendo todo esto en el ya de antes amedrentado corazón de Darío tan profundo terror, que fué el primero en emprender la fuga. La caballería que había tratado de envolver la derecha macedonia no sintió menor pánico ante la violenta embestida de Aretes y sus tropas.

La huída era ya general en aquella parte del ejército persa, y los Macedonios hacían gran matanza de fugitivos. Pero Simnias no pudo seguir á Alejandro en la persecución de los vencidos, sino hacer alto con la falange y pelear á pie firme, porque le avisaron

que la izquierda de los Griegos se hallaba en grande apuro. En efecto, habiendo conseguido romper las filas por esta parte, algunos caballos indios y persas habían llegado por el espacio abierto hasta los mismos bagajes de los Macedonios, donde la contienda fué terrible, porque los Persas atacaban audazmente á los Griegos sorprendidos sin armas, pues no esperaban que el enemigo llegase nunca hasta allí rompiendo la doble falange, y por añadidura los prisioneros bárbaros aprovecharon aquella circunstancia para volverse contra ellos. Mas los jefes macedonios que formaban, según queda dicho, detrás de la primera falange, al saber lo que ocurría, se volvieron como les habían mandado, y atacaron á los Persas por la espalda, matando muchos envueltos entre la misma impedimenta. Otros consiguieron escaparse.

La derecha de Darío, ignorante todavía de su fuga, dirigióse de flanco contra Parmenión, rebasando la izquierda de Alejandro.

CAPÍTULO XV.

Peligro de Parmenión. — Toma del campamento persa. Persecución de Darío.—Pérdidas de ambos ejércitos.

Estando en un principio dudoso el resultado de la acción, envió á toda prisa Parmenión un recado á Alejandro advirtiéndole el peligro en que se encontraba y pidiéndole auxilio. En cuanto el Príncipe lo supo, desistiendo de la persecución empezada, volvió á la cabeza de los Amigos, dirigiéndose impetuosamente contra la derecha de los Bárbaros; pero topó primero con una parte de la caballería enemiga

compuesta de Partos, algunos Indios y muchísimos Persas valentísimos que retrocedían huyendo. El combate que entonces se trabó fué el más reñido; pues los Bárbaros que se retiraban en masa y correcta formación cayeron de frente sobre las tropas de Alejandro, no lanzándole dardos ni empleando las maniobras acostumbradas, sino tratando de abrirse paso á toda costa, cifrando en esto su única esperanza, y combatiendo tan desesperadamente como si se tratase de la salvación propia y no de la victoria ajena. De resultas de este choque murieron unos sesenta de los Amigos, y fueron heridos Hefestión, Ceno y Ménidas; pero al fin venció Alejandro, salvándose únicamente los que, abriéndose paso entre sus filas, huyeron á la desbandada. Acercóse por fin al ala derecha del enemigo; pero la caballería tesalia con prodigios de valor había hecho ya innecesario su auxilio, poniendo en vergonzosa fuga á los Persas antes de que se aproximase Alejandro. En vista de esto, continuó la interrumpida persecución, no deteniéndose hasta la noche. Parmenión persiguió también á los que le habían atacado.

Alejandro, después de atravesar el Lico, acampó para conceder algún descanso á hombres y caballos. Parmenión se apoderó del campamento enemigo, cogiendo todos los bagajes, elefantes y camellos.

Alejandro, después de haber dado descanso á su tropa, partió de nuevo á media noche en dirección á Arbelas, donde esperaba sorprender á Darío con todos sus tesoros. Llegó al día siguiente, después de haber andado desde el campo de batalla seiscientos estadios en persecución de los fugitivos. No halló á Darío en Arbelas, pues había pasado de largo sin interrumpir la fuga, pero encontró sus tesoros y regio menaje, cogiendo de nuevo su carro, arco y escudos.

Los Macedonios no perdieron en esta batalla más que unos cien hombres y sobre mil caballos, casi la mitad de la de los Amigos, muertos unos á causa de las heridas, y otros por la fatiga extraordinaria en la persecución. De los Bárbaros murieron, según se decía, cerca de trescientos mil, siendo aún mayor el número de prisioneros. Cayendo también en poder de Alejandro los elefantes y todos los carros que no se hicieron trizas en la pelea.

Tal fué el resultado de aquella batalla, librada en el mes Pianepsión (1), siendo arconte en Atenas Aristófanes; y así comprobaron los hechos el vaticinio de Aristandro, de que en el mismo mes del eclipse lunar se verificaría el combate y saldría Alejandro victorioso.

CAPÍTULO XVI.

Ruta de Darío en su fuga.—Marcha de Alejandro á Babilonia. Conquista de la Asiria y la Susiana.

Después de la batalla huyó precipitadamente Darío á la Media por los montes armenios, seguido de los Bactrianos, tal cual formaron en el ejército, de sus parientes y de algunos melóforos, agregándosele en la fuga unos dos mil mercenarios extranjeros á las órdenes del focense Parón, y Glauco el etolio. Eligió para refugiarse aquella provincia, porque creyó que Alejandro se dirigiría después del combate á Susa y Babilonia, como región más cultivada y ruta más expedita para la impedimenta; y además porque ambas

(1) Correspondía á nuestro octubre.

ciudades debían considerarse, en cierto modo, como premio de la victoria; siendo, por otra parte, el camino de la Media muy difícil para fuerzas numerosas.

No se engañó Darío; Alejandro salió de Arbelas y se encaminó en línea recta á Babilonia. Ya cerca de esta ciudad, dispuso sus tropas en orden de batalla; pero todos los habitantes, precedidos de los sacerdotes y magistrados, le salieron al encuentro, ofreciéndole regalos á porfía y haciéndole entrega de la ciudad, del alcázar y de los tesoros. Alejandro entró en Babilonia, y mandó levantar los templos derruidos por Jerjes, entre ellos el de Belo, dios particularmente venerado por los Babilonios. Dióles por sátrapa á Mazeo; nombró á Apolodoro de Anfípolis comandante de las tropas que quedaban con Mazeo, y á Asclepiodoro, hijo de Filón, recaudador de impuestos; Mitrines, que había entregado á los Macedonios la ciudadela de Sardes, fué enviado de gobernador á la Armenia. Alejandro consultó á los Caldeos; siguió sus consejos en la reedificación de los templos, y ofreció también, según sus indicaciones, un sacrificio á Belo.

De Babilonia marchó á Susa. En el camino le salió al encuentro el hijo de su Sátrapa con un correo de Filóxeno, que había sido enviado á aquella ciudad á raíz de la batalla, el cual le anunció que la población y sus tesoros se le habían entregado. A los veinte días de marcha llegó Alejandro á Susa; entró en la ciudad; se apoderó de todos los tesoros, que ascendían á cerca de cincuenta mil talentos de plata, y recibió todos los objetos del servicio particular del Monarca, entre los cuales se encontraron, además de otros muchos traídos por Jerjes de Grecia, las estatuas de bronce de Harmodio y Aristogiton, que Alejandro devolvió después á los Atenienses, y hoy se ven todavía en el Ce-

rámico, según se sube á Atenas frente al templo de Cibeles y no lejos del altar de Eudánemo, que se eleva en un pórtico muy conocido por todos los iniciados en los misterios de Eleusis.

Alejandro ofreció sacrificios, y celebró, según la costumbre patria, fiestas de antorchas y juegos gímnicos. Nombró sátrapa de la Susiana al persa Abulites; comandante de la ciudadela á Mazaro; jefe de todas las fuerzas á Arquelao, hijo de Teodoro; y marchó contra los Persas. Envió á Menes, en calidad de gobernador, á las costas de la Siria, la Fenicia y la Cilicia, dándole treinta mil talentos de plata para que los llevase por mar, con orden de entregar á Antipatro la cantidad suficiente para sostener la guerra con los Lacedemonios.

Amintas, hijo de Andrómenes, se le reunió con las tropas reclutadas en Macedonia. Alejandro incluyó los caballos en los escuadrones de los Amigos, y distribuyó los infantes en las antiguas compañías, por orden de naciones. Dividió también en dos cuerpos la caballería, que antes había formado uno solo, destinándolos á cada ala, y dándoles por jefes los más valientes Amigos.

CAPÍTULO XVII.

Expedición contra los Uxios.

Alejandro salió de Susa con su ejército, atravesó el Pasitigris y entró en el país de los Uxios. Los habitantes de los llanos, sometidos á los Persas, se le entregaron sin resistencia; pero los Uxios montañeses, que no eran súbditos del Gran Rey, le avisaron que no le per-

mitirían pasar á Persia con sus tropas si no les pagaba el tributo que estaban acostumbrados á cobrar de los Reyes persas por este concepto. Alejandro les contestó que podían apostarse en aquellos desfiladeros, con cuya ocupación se creían dueños de la llave de Persia, y que allí recibirían de su propia mano el acostumbrado tributo. En seguida, al frente de su guardia personal, de los hipaspistas y unos ocho mil hombres del resto del ejército, se internó de noche, con guías Susianos, por un apartado camino. Superadas las dificultades de la escabrosa senda, llegó en un día á una aldea de los Uxios; cogió en ella un gran botín; mató á muchos de los habitantes, sorprendidos en el lecho; otros huyeron por los montes. En seguida dirigióse precipitadamente á los desfiladeros donde se imaginaba habrían acudido en masa los Uxios á cobrar el tributo por el paso, habiendo tomado antes la precaución de que Crátero ocupase las alturas donde pensaba encerrar á los Bárbaros. Redoblando la marcha, ocupó el paso, y ordenando su hueste, lanzóse sobre los enemigos desde ventajosas posiciones. Los Bárbaros, aterrados por la velocidad de Alejandro, y viéndose sin los lugares en cuya ocupación confiaban, huyeron á la desbandada sin darle frente. En la fuga murieron algunos á manos de los soldados de Alejandro; muchos se despeñaron en los abismos del camino, y los más, al refugiarse en la cima de los montes, fueron muertos por las tropas de Crátero, que se les habían adelantado. Después de recibir este pago, les costó muchas súplicas impetrar del Príncipe macedonio que les dejase la posesión de sus tierras, mediante un tributo al año. Según Tolomeo, hijo de Lago, la madre de Darío intercedió á favor de los Uxios, y consigió que les dejasen sus campos, pero á condición de pagar anualmente cien caballos, qui-

mientas bestias de carga y treinta mil cabezas de ganado, porque aquellos Bárbaros no conocían la moneda, ni se dedicaban á la agricultura, viviendo la mayor parte del pastoreo.

CAPÍTULO XVIII.

Combate y paso de las Pilas Pérsicas.— Incendio del palacio real.

Alejandro envió después á Persia, por el camino de carros, los bagajes, la caballería tesalia y la de los aliados, los mercenarios extranjeros y las tropas pesadamente armadas, al mando de Parmenión; y él, con la infantería macedonia, la caballería de los Amigos, la de los batidores, los Agrianos y los arqueros, se adelantó rápidamente por las montañas. Cuando llegó á las Pilas Pérsicas, encontró en ellas al sátrapa Ariobarzanes, con cerca de cuarenta mil infantes y setecientos caballos, decidido á impedirle el paso, para lo cual se hallaba acampado junto á un muro con que había cerrado el desfiladero.

Alejandro asentó allí sus reales, y al día siguiente, ordenando su ejército, empezó el ataque del muro; pero pareciéndole muy difícil por lo accidentado del terreno y las muchas heridas que de los proyectiles lanzados desde las alturas ó por las máquinas recibían los suyos, mandó suspender las operaciones. Algunos prisioneros le prometieron entonces llevarle por otro camino que iba rodeando á dar detrás de las Pilas, y enterado de que era muy estrecho y difícil, dejó en el campamento á Crátero con las tropas de su mando y las de Meleagro, algunos arqueros y quinientos caballos, ordenándole que en cuanto cono-

ciese que él estaba ya sobre el campo enemigo, lo cual le sería fácil por el sonido de las trompetas, atacase vigorosamente el muro. Partió, pues, de noche con los hipaspistas, las compañías de Perdicas, los arqueros más ligeros, el escuadrón regio de los Amigos y una tetrarquía de caballería; anduvo cien estadios; y por un rodeo llegó, guiado por los cautivos, hasta las Pilas. Mandó á Amintas, Filotas y Ceno llevar el restante ejército por el llano y echar un puente sobre el río que cierra la entrada de Persia; y él continuó su marcha, casi siempre á la carrera, por un atajo muy estrecho y difícil. Llegó antes de amanecer al primer puesto de los Bárbaros, y degolló á sus guardias avanzados; después hizo lo mismo con muchos del segundo, y al acercarse al tercero, huyeron casi todos sus defensores, pero no al campamento, sino á la desbandada por los montes; así es que Alejandro pudo, al rayar la aurora, caer inesperadamente sobre los reales persas. En cuanto se acercó al foso, Crátero, que oyó la señal de sus trompetas, atacó el muro por su parte Los enemigos, presa de la más angustiosa incertidumbre, huyeron, sin intentar siquiera resistirse; pero se vieron cogidos por todos lados, pues por aquí les acosaba Alejandro, por allá les salían al encuentro la tropas de Crátero; y aunque muchos intentaron volver al muro, le encontraron ya ocupado por los Macedonios; pues el Príncipe, en la previsión de lo que iba á ocurrir, había dejado en él á Tolomeo con tres mil soldados. Así, pues, la mayor parte de los Bárbaros murieron á manos de los Macedonios, y otros perecieron despeñados en su desatentada fuga. Ariobarzanes, con unos pocos caballos, consiguió escapar por la montaña.

Alejandro volvió precipitadamente al río, sobre el cual ya estaba tendido el puente, y lo atravesó sin

dificultad con todo el ejército. En seguida encaminóse, á marchas forzadas, á Persia para llegar antes de que las riquezas reales fuesen saqueadas por sus guardas. Apoderóse en Pasargada del tesoro de Ciro primero; nombró sátrapa de Persia á Frasaortes, hijo de Reomitres, é incendió el regio alcázar. Parmenión le aconsejó que no hiciese tal, ya porque no parecía bien destruir el fruto de sus victorias, ya porque con tal acción se enajenaría la voluntad de los Asiáticos, dándoles motivos para creer que su único objeto era conquistar el Asia, sin pensar en establecer en ella una dominación sólida; pero Alejandro le contestó que quería vengar á Grecia de las ofensas que los Persas le infirieron arruinando á Atenas, incendiando los templos y cometiendo otros excesos. Por mi parte creo que en esta ocasión no obró discretamente Alejandro, ni acertó á vengar las injurias de los antiguos Persas.

CAPÍTULO XIX.

Expedición á la Media.—Planes de Darío.—Alejandro somete á los Parétacos y se apodera de Ecbatana.

Tomadas estas disposiciones, se encaminó á la Media, donde supo que se había refugiado Darío. La intención de éste era, si Alejandro se quedaba en Susa y Babilonia, esperar entre los Medos los cambios que pudiera experimentar la fortuna del conquistador; y si se lanzaba en su persecución, retirarse á la Partia, á la Hicarnia y aun hasta la Bactriana, devastando todas las tierras para quitar á Alejandro los medios de avanzar. Al efecto envió á las Pilas Caspias las mu-

jeres y todos los carros y bagajes, y él, con las tropas que al presente había podido reunir, se quedó en Ecbatana. Sabedor de esto, partió Alejandro para la Media; atacó y sometió á los Parétacos, pueblo de esta región, dándoles por sátrapa á Oxatres, hijo de Abulitas, que antes había sido gobernador de Susa; y habiéndole anunciado que Darío, con los Escitas y Cadusios que habían venido á socorrerle, pensaba salirle al encuentro y tentar de una vez la fortuna de las armas, puso detras de sí, con orden de seguirle, toda la impedimenta, y se adelantó con las demás tropas en orden de batalla, y llegó á Media al cabo de doce jornadas. Entonces supo que ni había allí tropas persas capaces de oponérsele, ni se habían presentado los auxiliares Escitas y Cadusios, por lo cual Darío había fiado su salvación á la fuga. Esto le hizo acelerar la marcha. A tres jornadas de Ecbatana se le presentó Bistanes, hijo de Oco, antecesor de Darío en el trono de Persia, diciendole que había huido de allí hacía cinco días con siete mil talentos, sacados de la Media, y un ejército de tres mil caballos y seis mil infantes.

En cuanto llegó Alejandro á Ecbatana, envió á la costa la caballería tesalia y la de los otros aliados, dándoles dos mil talentos además de su paga integra. Mandó reenganchar á los que de nuevo quisieran servir á sus órdenes, lo que hicieron no pocos. Los restantes fueron llevados á la costa por Espocilo, hijo de Polícides, con algunos caballos de escolta, pues los Tesalios se quedaron con él. Escribió á Menes que en cuanto llegasen al mar proporcionase á los licenciados trirremes que los llevasen á Eubea. Dió orden á Parmenión de dejar todas las riquezas traídas de Persia en la ciudad de Ecbatana, bajo la custodia de Harpalo, con cien mil Macedonios y algunos caballos

y psilites, debiendo aquel General pasar por la Cadusia á la Hircania con los extranjeros, los Tracios y la restante caballería, excepto la de los Amigos; y escribió á Clito, jefe de los reales escuadrones, retenido por una enfermedad en Susa, que en cuanto llegase de esta ciudad á Ecbatana, se hiciera cargo de los Macedonios encargados de guardar los tesoros y viniese á reunírsele á la Partia.

CAPÍTULO XX.

Alejandro persigue á Darío y atraviesa las Pilas Caspias.

Alejandro, con sus batidores, la caballería de los Amigos, la de los mercenarios mandados por Erigio, la falange macedónica menos los guardas del tesoro, los arqueros y los Agrianos, se dirigió contra Darío. La rapidez de la marcha le hizo dejar muchos soldados enfermos de fatiga, y perder muchos caballos. Sin embargo, no por eso cejó en su empresa, y llegó al cabo de once días á Ragas, que sólo dista de las Pilas Caspias un día de camino, al paso que Alejandro llevaba. Pero Darío había ya pasado aquel desfiladero, y muchos de los que le acompañaban en la fuga se habían retirado á sus hogares; entregándose no pocos á Alejandro. Perdida toda esperanza de alcanzar al Rey persa, se detuvo cinco días en Ragas, dando descanso á sus tropas, y nombró sátrapa de la Media al persa Oxodates, al que había encontrado en Susa preso de orden de Darío, lo cual bastó para tener en él plena confianza. Marchó en seguida á la Partia; llegó el primer día á las Pilas Caspias, donde acampó; las atravesó al siguiente, y penetró en un país culti-

vado; pero habiendo sabido que más adelante había un inculto desierto, envió á avituallarse á Ceno con la caballería y algunos infantes.

CAPÍTULO XXI.

Darío vendido, apresado y muerto por los suyos.

En tanto, procedentes del ejército persa se presentaron á Alejandro Bagistanes, ilustre babilonio, y uno de los hijos de Mazeo, llamado Antíbelo, y le participaron que Narbazes, comandante de los mil caballos que habían huído con el Gran rey, Beso, gobernador de la Bactriana, y Barsaentes, sátrapa de los Drangos y Aracotos tenían preso á Darío. Oído lo cual, Alejandro, creyendo que aun debía acelerar más su marcha, partió á la cabeza de la caballería de los Amigos, de la de los batidores y de los infantes más fuertes y ligeros, sin esperar el regreso de las tropas que habían ido á forrajear, mandadas por Ceno, dejando á éste el encargo de seguirle á pequeñas jornadas con los soldados restantes. Los suyos llevaban solamente las armas y provisiones para dos días. Así anduvo toda la noche y la mañana siguiente hasta el mediodía, en que dió á sus tropas un poco de descanso. Continuó caminando toda la noche, y llegó cuando amanecía al campamento de donde habia venido Bagistanes, pero no encontró los enemigos. Allí supo que Darío era llevado prisionero en un carro; que Beso le había suplantado en el mando por designación de la caballería bactriana y la de los otros Bárbaros; pero que Artabazes y sus hijos y los Griegos mercenarios habían permanecido fieles al Rey, y ya que no pudie-

ron impedir lo ocurrido, se habían desvíado del camino público corriéndose á los montes, sin querer reconocer á Beso. El objeto de los sublevados era, si les perseguía Alejandro, hacerle entrega de Darío para congraciarse con él; y si desistía de la persecución, reunir el mayor número de soldados posible, dividirse el imperio, y tratar en común de su conservación. Beso, por de pronto, fué nombrado jefe, por estar muy relacionado con Darío y haber acaecido la sedición en la satrapía de su mando.

Alejandro, al saber esto, creyó que debía precipitar más y más su marcha, y aunque tanto los hombres como los caballos estaban rendidos del continuo andar, no por eso cejó en la persecución, adelantando mucho durante la noche y la mañana siguiente, en que llegó al mediodía á una aldea, donde el día anterior habían acampado los que llevaban á Darío. Allí supo que los Bárbaros pensaban marchar de noche, y preguntando á los naturales del país si conocían algún atajo que cortase el camino de los fugitivos, le dijeron que sabían uno, pero abandonado por falta de agua. Mandóles, no obstante, guiar por él; y advirtiendo que la infantería no podía seguir á los caballos, hizo apearse á quinientos jinetes y ceder sus cabalgaduras á otros tantos infantes escogidos, que montaron sin cambiar su pesado armamento. Nicanor, comandante de los hipaspistas, y Atalo, jefe de los Agrianos, siguieron, por orden suya, con los restantes soldados ligeramente armados el camino de los secuaces de Beso, y todos los demás infantes marcharon á retaguardia en formación correcta.

Alejandro partió al anochecer á la carrera; anduvo durante la noche cuatrocientos estadios, y dió al amanecer con los Bárbaros inermes y desordenados. Muy pocos le resistieron; los más, en cuanto le vie-

ron, escaparon sin combatir; de los primeros murieron algunos; los restantes huyeron á la desbandada. Beso y sus cómplices se llevaban, en tanto, á su regio cautivo, y cuando Alejandro les iba ya dando alcances, Nabarzanes y Barsaentes abandonaron á su Rey después de haberle herido, y huyeron á rienda suelta con seiscientos caballos. Poco después, y antes de que Alejandro le viese, murió Darío de las heridas.

CAPÍTULO XXII.

Reflexiones sobre la suerte de Darío.

Alejandro envió el cuerpo de Darío á los Persas, para que le enterrasen en los regios mausoleos, tributándole las mismas honras que á sus antecesores. Después nombró sátrapa de Partia é Hircania al parto Amminapes, que en unión de Mazaces le había entregado el Egipto, y le agregó para la inspección de aquellas provincias uno de los Amigos, Flepólemo, hijo de Plitofanis.

Asi murió Darío en el mes Hecatombeon (1), siendo Aristofón arconte en Atenas. Este monarca fué débil como ninguno, é imperito en asuntos militares; pero durante su reinado no hizo ó no tuvo tiempo de hacer daño alguno á sus pueblos, pues apenas subió al trono le atacaron Griegos y Macedonios; así es que aun cuando hubiera tenido voluntad de tiranizar á sus súbditos, sus propios riesgos se lo hubieran impedido. Su vida fué una no interrumpida serie de desgracias, que no le dejaban un instante desde que empuñó el cetro. Principió, en efecto, por sufrir la

---

(1) Correspondía á nuestro octubre.

derrota de sus sátrapas en el Gránico; perdió á seguida la Jonia, la Eolia, las dos Frigias, la Lidia y la Caria, excepto Halicarnaso, que tardó también muy poco en serle arrebatada con todas las tierras de la costa; luégo se vió completamente derrotado junto á Iso, dejando en poder del vencedor sus hijos, su mujer y su madre; después le despojaron de la Fenicia y el Egipto; á poco tiempo en Arbelas huyó vergonzosamente y de los primeros, y perdió un ejercito innumerable sacado de cien pueblos bárbaros; y, en fin, fugitivo y errante fuera de su reino, vendido por los suyos, rey á un tiempo é ignominiosamente cautivo vino á morir á manos de sus consejeros íntimos. Tal fué la vida de Darío; pero ¡singular contraste! cuando murió á los cincuenta años de su edad, fué sepultado con toda pompa; sus hijos recibieron del vencedor la educación correspondiente á su clase, y el mismo Alejandro llegó á ser su yerno.

CAPÍTULO XXIII.

Expedición á la Hircania.—Marcha á Zadracarta.—Sumisión de varios sátrapas y de los mercenarios griegos de Darío.

Alejandro con las tropas que en la persecución había dejado detrás de sí se dirigió á la Hircania. Hállase este país á la izquierda del camino que lleva á la Bactriana, separado de la parte de acá por altos y espesos montes, y extendiéndose á la de allá hasta el mar Caspio en dilatadísimas llanuras. Internóse en él Alejandro, ansioso de subyugar los Tapuros, y más aún, de perseguir á los mercenarios de Darío que se habían refugiado en sus montañas. Dividió al

efecto sus tropas en tres partes. Él, con las más numerosas y ligeras, marchó por las sendas más cortas y difíciles. Crátero con sus compañías y las de Amintas, y algunos arqueros y caballos, fué contra los Tapuros; y Erigio llevó la caballería, los carros, la impedimenta y la demás turba por el camino llano, que era el más largo.

Superadas las primeras montañas, acampó Alejandro, y tomando en seguida los hipaspistas, la gente más ligera de su falange y algunos arqueros, emprendió el camino más difícil y escabroso, dejando tras de sí las guardias convenientes en todos aquellos puntos desde donde podía haber peligro de que los Bárbaros montañeses inquietasen á su retaguardia; pasó con los arqueros unos puertos muy angostos, y sentó sus reales en un llano, junto á un río de escaso caudal de aguas. Allí se le presentaron y entregaron Nabarzanes, quiliarca (1) de Darío; Pratafernes, sátrapa de Partia é Hircania, y algunos otros ilustres personajes de la corte persa. Permaneció cuatro días en aquel campo, donde se le reunieron las tropas que había dejado tras de sí, las cuales no habían sido molestadas en su marcha, pues sólo los Agrianos que cubrían la retaguardia fueron atacados por los Bárbaros montañeses, á quienes fácilmente rechazaron.

Alejandro partió de allí á la Hircania, en dirección á Zadracarta, ciudad de aquella región. Por entonces reuniósele Crátero, sin haber dado con los extranjeros á sueldo de Darío; pero habiendo sometido por la fuerza ó por capitulaciones de los naturales todo el país recorrido en su marcha. Erigio, con los carros y bagajes,

(1) Este nombre es griego y designa al comandante de una quiliarquía; pero Arriano, como los demás autores griegos, tiene por costumbre trasformar en helénicas las denominaciones bárbaras.

agregóseles tambien. Poco después se le presentaron Artabazo con sus tres hijos, Cofene, Ariobarzanes y Arames, con una diputación de los Griegos partidarios del Gran Rey; y Autofradates, sátrapa de los Tapuros. Alejandro conservó á este último en su puesto; trató con suma distinción á Artabaces y á sus hijos, tanto por ser de los principales Persas, como por su fidelidad á Darío; pero á los diputados de los Griegos que le suplicaban les aceptase á todos por amigos, les contestó, que habiendo cometido una gravísima falta al alistarse en el ejército persa y combatir á los Griegos contra el decreto de sus compatriotas, no le acomodaba entrar en ningún trato con ellos; que los que quisieran entregarse á discreción, podían venir á buscarle, los que no, salvarse como pudieran. Sometiéronsele, pidiéndole que les enviase algún jefe para venir con más seguridad los mil quinientos que habría. Alejandro les envió á Andrónico y Artabazo, hijos de Agerro.

CAPÍTULO XXIV.

Expedición contra los Mardos.

Á la cabeza de los hipaspistas, los arqueros, los Agrianos, las compañías de Amintas y Ceno, la mitad de los caballos de los Amigos y la caballería de los arqueros, pues entonces ya tenía esta última clase de tropa, partió hacia los Mardos, cuyo país recorrió en gran parte, matando á unos mientras huían, á otros resistiéndosele, y cogiendo muchos vivos. Nadie, antes de él, había invadido en són de guerra aquella región, defendida naturalmente por lo accidentado de su suelo y la pobreza de sus habitantes,

que les hacía sumamente belicosos; por lo cual, confiados los Mardos en que Alejandro no les atacaría, se lo vieron de repente encima, y cayeron en su poder completamente descuidados. Muchos, sin embargo, se refugiaron en sus escarpadas y altísimas montañas, bien seguros de que hasta ellas no llegarían las armas macedonias; pero al ver lo contrario, enviaron una diputación sometiéndole sus personas y tierras Alejandro la despidió, designándoles por sátrapa á Autofradates, que también lo fué de los Tapuros.

De vuelta al campamento encontró en el los Griegos mercenarios que se habían entregado, y entre ellos Calicrátidas, Pausipo, Mónimo y Onomanto, embajadores de los Lacedemonios á Darío, y Drópides, enviado de los Atenienses. Retuvo á éstos prisioneros, pero dió libertad á los diputados sinopenses, porque no teniendo intereses comunes con Grecia, no habían incurrido en falta alguna enviando una representación al Rey persa, á quien estaban sometidos. También puso en libertad á los Griegos que se habían alistado al servicio de Darío antes del tratado de paz y alianza con los Macedonios, y al embajador calcedoniense, Heráclides. Los demás quedaron á sus órdenes con igual estipendio que en el ejército persa, mandados por Andrónico, que los había traído, aprobándose esta decisión de conservarles la vida.

CAPÍTULO XXV.

Fuerzas de Beso.—Primera defección de los Arios.—Castigos impuestos por Alejandro.

Marchó después á Zadracarta, la mayor ciudad de Hircania, en la que está el Palacio real. Detúvose en

ella quince días, empleados en la celebración de sacrificios y juegos gímnicos, y salió para la Partia. Pasó por los confines del Aria, y entró en Susia, ciudad de esta provincia, donde se le presentó su sátrapa Satibarzanes. Confirmóle en su cargo, agregándole Anaxipo, uno de los Amigos, con cuarenta arqueros de caballería para guarnecer los lugares y librar á los Arios de los atropellos del ejército invasor.

Por entonces se llegaron á él algunos Persas participándole que Beso ceñía la tiara recta (1) y la vestidura imperial, y bajo el nombre de Artajerjes, en que había cambiado el suyo, se proclamaba rey del Aria, sostenido por los Persas refugiados en Bactras, por muchos Bactrianos, y por la esperanza de un refuerzo de los Escitas, sus aliados.

Alejandro, teniendo ya reunidas todas sus tropas, pues había llegado de Media Filipo, hijo de Menelao, con la caballería mercenaria de su mando, la de los Tesalios reenganchados voluntariamente, y los extranjeros mandados por Andrómaco; pues Nicanor, hijo de Parmenión y jefe de los hipaspistas, había muerto ya de enfermedad, se dirigió contra Bactras. En el camino supo que Satibarzanes, sátrapa del Aria, había asesinado á Anaxipo y sus arqueros de caballería, y había sublevado los Arios reunidos en Artacoana, capital de la provincia. Su intento era, en cuanto se alejase Alejandro, salir de aquella ciudad y reunirse con su tropa á la de Beso, para lanzar todas juntas, en cuanto fuese posible, sobre los Macedonios. En vista de esto, suspendió Alejandro su marcha á Bactras, y con los escuadrones de los Amigos, los arqueros de caballería é infantería, los Agrianos y las

(1) Los Reyes persas se distinguían por la tiara recta de los grandes de su Imperio, que la usaban inclinada.

compañías de Amintas y de Ceno, dejando las demás fuerzas á las órdenes de Crátero, voló contra Satibarzanes y los Arios, y llegó á Artacoana, recorriendo en dos dias seiscientos estadios de camino.

En cuanto supo Satibarzanes que Alejandro estaba cerca, aterrado por tan rápida marcha, huyó con unos pocos caballos; pues la mayor parte de su gente le abandonó en la fuga al saber la proximidad de los contrarios. Alejandro persiguió encarnizadamente por diversos caminos á los cómplices de la sublevación, que se habían desparramado por las aldeas, matando á unos y esclavizando á otros. Nombro sátrapa del Aria al persa Arsaces, y reuniéndose á las tropas que dejó con Crátero, salió para el país de los Zarangeos, y llegó á su capital. Entonces Barsaentes, uno de los asesinos de Darío, gobernador de aquella tierra, al saber su llegada huyó á la India de aquende el Indo; pero los naturales del país le cogieron y lo enviaron á Alejandro, que le impuso la pena capital en castigo de su felonía.

CAPÍTULO XXVI.

Conjuración de Filotas.—Asesinato de Parmenión.

Entonces descubrió Alejandro la conjuración fraguada contra su vida por Filotas, hijo de Parmenión. Tolomeo y Aristobulo aseguran que ya antes había tenido noticia de ella hallándose en Egipto, mas no quiso creerla por la antigua amistad y estimación que profesaba al padre, y la plena confianza que en el hijo había depositado. Tolomeo, hijo de Lago, añade que Filotas compareció ante los Macedonios, y fué grave-

mente acusado por el Príncipe; que logró sincerarse; pero que los testigos después presentados contra él y sus cómplices, consiguieron demostrar que Filotas había confesado estar enterado de algunas conspiraciones tramadas contra Alejandro, al cual, sin embargo, nada había dicho á pesar de entrar diariamente dos veces en su tienda; y que Filotas y sus cómplices fueron muertos á flechazos por los Macedonios.

Polidamas, uno de los Amigos, fué enviado con cartas de Alejandro para Cleandro, Sitalces y Ménides, jefes del ejército de Media, á cuya cabeza se hallaba Parmenión, al cual asesinaron. El Rey tomó esta determinación, ó creyendo muy verosímil que el padre estuviese enterado de la conjuración tramada por el hijo, ó porque, aun en el caso de ignorarla, era peligrosísimo que le sobreviviese, siendo tanta la autoridad y prestigio de que gozaba con Alejandro y con todas las tropas macedonias y extranjeras, cuyo mando general ó particular había ejercido muchas veces por delegación del Príncipe, á satisfacción de todos.

CAPÍTULO XXVII.

Amintas y sus hermanos se sinceran del delito de conjuración. Expedición al país de los Ariaspes.

Por el mismo tiempo fueron también sometidos á juicio Amintas, hijo de Andrómenes, y sus hermanos Polemón, Atalo y Simmias, como complicados en la conjuración de Filotas, de quien eran íntimos amigos. La circunstancia de haberse pasado Polemón al enemigo, cuando Filotas fué preso, acrecentó en la

multitud las sospechas de complicidad. Pero Amintas compareció en juicio con sus hermanos y defendió su inocencia con tanta energía y valor, que consiguió la absolución y el permiso de retirar al desertor y volverlo al ejército macedonio. En virtud de lo cual, partió y se trajo en el mismo día á Palemón, apareciendo con esto mucho más clara su inculpabilidad. Pero poco después murió de una herida de dardo recibida en el ataque de una aldea, de suerte que con la absolución no consiguió otra cosa que morir con reputación intachable.

Después, Alejandro nombró hiparcas de los Amigos á Hefestión, hijo de Amintor, y Clito, hijo de Drópides, dividiendo en dos cuerpos aquellas tropas, por no parecerle seguro encomendar á una sola persona, aunque de confianza, el mando de tan numerosa y aguerrida gente.

Llegó á seguida al país de los llamados antiguamente Ariaspes y despues Evérgetes (benéficos) por haber auxiliado á Ciro, hijo de Cambises, en la expedición á Escitia. Alejandro los trató con la mayor distinción en recuerdo de la conducta de sus antepasados, y porque en su modo de vivir se diferencian de los demás Bárbaros, dando culto á la justicia como los más civilizados Griegos. Otorgóles la libertad y las tierras comarcanas que quisiesen pedirle, en lo que, á decir verdad, anduvieron muy parcos. Ofreció también un sacrificio á Apolo, y apresó á uno de sus guardias personales llamado Demetrio, sospechoso de complicidad en la conjuración de Filotas, nombrando para esta vacante á Tolomeo.

CAPÍTULO XXVIII.

Sumisión de los Aracotos.—Segunda defección de los Arios.—Fundación de Alejandría al pié del Cáucaso. — Descripción de esta montaña.—Itinerario de la fuga de Beso.

Hecho esto, marchó contra Beso á la Bactriana, sometiendo de camino los Drangos y Gadrosos. Redujo también á su obediencia los Aracotos, dejándoles por sátrapa á Memnón; invadiendo y subyugando en seguida los Indios finítimos de la Aracotia, á pesar de la mucha nieve, la escasez de todo y las grandes fatigas de sus soldados. Sabedor entonces de una nueva defección de los Arios, en cuya tierra había entrado Satibarzanes con dos mil caballos del ejército de Beso, destacó contra ellos al persa Artabaces y á los amigos Erigio y Carano, con orden de que se les incorporase Fratafernes, sátrapa de los Partos. Hubo entre Bárbaros y Macedonios reñidísima batalla, sosteniéndose aquéllos hasta que, en el combate personal trabado entre Erigio y Satibarzanes, cayó éste herido de una lanzada en el rostro. Entonces sus gentes huyeron á la desbandada.

Mientras, dirigióse Alejandro al Cáucaso, á cuyo pie fundó una ciudad, que llamó Alejandría; ofreció sacrificios á los Dioses con las ceremonias de costumbre, y atravesó las montañas, nombrando sátrapa de aquella comarca al persa Proexes, bajo la inspección del amigo Nilóxeno, hijo de Sátiro, que quedó con alguna tropa.

El Cáucaso, según Aristobulo, es el monte más elevado del Asia. Su cima parece desprovista de vegeta-

ción. Sus estribaciones abarcan un territorio inmenso, asegurando algunos que á esta larga cordillera pertenecen el Tauro, línea divisoria entre Cilicia y Panfilia, y otras altísimas montañas cuyos nombres varían á tenor de las naciones que las pueblan. No se crían en él, según el mismo autor, más que el terebinto y el silfio, y sin embargo tiene muchos habitantes y se halla cubierto de toda clase de ganados, pues especialmente las ovejas gustan tanto del silfio que, si lo huelen de lejos, corren á él, le comen las flores y los tallos, y desentierran la raíz, que también devoran. Por eso los Cirenenses, que aprecian muchísimo esta planta, tienen sumo cuidado de apacentar á los rebaños á gran distancia de los sitios en que crece, y aun suelen defenderle de sus dentelladas con sendos vallados.

Beso, rodeado de sus cómplices en la conjuración contra Darío y de un ejército de siete mil Bactrianos y de los Daos de aquende el Tanais, había devastado todo el país adyacente al Cáucaso, interponiendo entre él y Alejandro una vasta región desolada, en la cual la escasez de todo lo necesario detuviera su marcha vencedora. Alejandro, sin embargo, siguió su camino, con muchas dificultades, es cierto, por la nieve y la carencia de víveres, pero siempre avanzando. Cuando Beso supo que estaba cerca, pasó el Oxo, quemó las barcas en que el ejército verificó la travesía, refugiándose en Nautaca, ciudad de la Sogdiana, seguido de los caballos Sogdianos y Daos de aquende el Tanais, mandados por Espitámenes y Oxiartes. La caballería Bactriana le abandonó en cuanto le vió buscar su salvación en la fuga, retirándose á su tierra cada uno por su lado.

CAPÍTULO XXIX.

Toma de Bactras y Aorno.—Paso del Oxo.—Beso detenido por sus partidarios.

Alejandro llegó á Drapsaca; dió un descanso á su ejército y marchó á Aorno y Bactras, principales ciudades de la Bactriana, que tomó en el primer ataque, dejando en el fuerte de la primera una guarnición mandada por el amigo Arquelao, hijo de Androcles. Los demás Bactrios se le sometieron sin dificultad, y recibieron por sátrapa al persa Artabazes.

Después avanzó hacia el Oxo. Este río nace en el Cáucaso y es el más caudaloso de cuantos tuvo que atravesar Alejandro en Asia, excepto los de la India, que son los mayores del mundo. El Oxo desemboca cerca de Hircania, en el mar Caspio. No había medio alguno de atravesarlo entonces, pues su anchura excedía de seis estadios, su profundidad era mayor relativamente, su lecho muy arenóso y rapidísima su corriente. La violencia de ésta era tal, que derribaba y arrastraba fácilmente las estacas clavadas en el cauce, á lo cual contribuía también la poca cohesión de sus arenas. Además no había en aquellos sitios las maderas necesarias para construir un puente, y de traerlas de lejos, hubiera sido muy grande la tardanza. Así es que Alejandro mandó rellenar de sarmientos muy secos las pieles que formaban las tiendas de los soldados, las hizo unir y coser cuidadosamente para evitar la introducción del agua, y atándolas unas á otras, pasó sobre ellas el ejército en cinco días.

Antes de atravesar el río licenció los Macedonios

inútiles para la guerra por sus años ó heridas y los Tesalios reenganchados voluntariamente, y los envió á sus casas, y destinó al Aria á Estasanor, uno de los Amigos, en sustitución de Arsames, sátrapa de aquella provincia, con orden de apoderarse de la persona de éste, de cuyas intenciones sospechaba, y tomar posesión de su satrapía.

Atravesado el Oxo, dirigióse rápidamente con sus tropas á donde averiguó que estaba con las suyas Beso. En el camino se le acercaron unos correos de Espitámenes y Datafernes, anunciándole que si les enviaba un jefe de su ejército con alguna fuerza, estaban dispuestos á hacerle entrega de Beso, á quien tenían detenido, aunque no encadenado. En vista de esto, disminuyó Alejandro un tanto la velocidad de su marcha, mandando por delante á Tolomeo, hijo de Lago, con tres escuadrones de los Amigos, todos los arqueros de caballería y un cuerpo de infantería compuesto de las compañías de Filotas, mil hipaspistas, todos los Agrianos y la mitad de los arqueros, con orden de reunirse á toda prisa á Datafernes y Espitámenes. Tolomeo cumplió lo mandado, y recorriendo en cuatro días diez jornadas de camino, llegó al lugar donde la víspera habían acampado con Espitámenes los Bárbaros.

CAPÍTULO XXX.

Beso es entregado á Alejandro.—Castigo que éste le impone. Marcha á Maracanda, hácia el Iaxartes.

Allí supo que Espitámenes y Datafernes vacilaban en su resolución de entregar á Beso, y dejando atrás la infantería, con orden de seguirle formados en ba-

talla, se adelantó con la caballería y llegó á una aldea, donde se hallaba detenido Beso con algunos soldados, pues Espitámenes y los suyos se habían retirado, no queriendo entregarle por sí mismos. Tolomeo, rodeando con su caballería la aldea, que estaba fortificada, hizo saber á sus habitantes que nada tendrían que temer si le entregaban á Beso, por lo cual le permitieron entrar sin resistencia. Capturado Beso, Tolomeo retrocedió, enviando por delante un mensajero á Alejandro para preguntarle la forma en que deseaba se lo llevase á su presencia. El Príncipe le contestó que desnudo y atado á un poste, para exponerlo después á la derecha del camino por donde había de pasar él con su ejército. Tolomeo cumplió estas órdenes.

Alejandro, al ver á Beso, detuvo su carro y le preguntó por que había apresado primero, encadenado y muerto después á Darío, su rey, su amigo y bienhechor; contestándole el prisionero que aquella determinación no había sido suya exclusivamente, sino de todos los que le acompañaban entonces, habiéndola adoptado con ánimo de asegurarse con ella la benevolencia de Alejandro. Éste le condenó á ser apaleado, repitiendo en alta voz un pregonero los cargos que acababa de dirigirle, enviándole después de este suplicio á Bactras, donde había de imponérsele la última pena. Tal es la narración de Tolomeo. Aristobulo dice que los soldados de Espitámenes y Datafernes entregaron el prisionero á Tolomeo, y desnudo ya y atado á un poste, lo llevaron á presencia de Alejandro.

Cubiertas con los caballos que encontró las bajas de sus escuadrones, que habían sido muchas, tanto en el paso del Cáucaso, como en la marcha al Oxo y en la travesía de este río, se dirigió Alejandro á Mara-

canda, capital de los Sogdianos, y en seguida al Tanais, río que nace en el Cáucaso y desemboca en el mar Hircanio, siendo también conocido, al decir de Aristobulo, con el nombre de Iaxartes entre los Bárbaros comarcanos. Este Tanais no es el mencionado por el historiador Herodoto como octavo río de la Escitia, que nace de un gran lago y muere en otro mayor llamado Meotis, sino el que separa Europa de Asia, á la manera que el Estrecho gaditano separa por la parte de los Libios nómadas el África de Europa, y el Nilo el Africa del Asia.

En aquel sitio, algunos Macedonios que se alejaron en busca de forraje fueron muertos por los Bárbaros, que después de esta fechoría huyeron en número de treinta mil á una montaña escarpada y de dificilísimo acceso. Alejandro voló contra ellos con sus más ligeras tropas. Muchas veces intentaron los Macedonios escalar la montaña, pero al principio recibieron infinitas heridas y fueron rechazados. El mismo Alejandro tuvo una pierna atravesada de un flechazo y rota por otra parte de la tibia. La altura, sin embargo, fué tomada, y la mayor parte de sus defensores perecieron, unos á manos de los Macedonios, otros precipitados por aquellas breñas, hasta el punto de que, de los treinta mil, sólo ocho mil se salvaron.

LIBRO CUARTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Embajada de los Escitas Abios. — Proyecto de una ciudad á orillas del Iaxartes.—Sublevación de Escitas, Bactrianos y Sogdianos.

Pocos días después recibió Alejandro una diputación de los Escitas llamados Abios, los más justos de los hombres, según dice Homero (1), que viven completamente autónomos en Asia, gracias á su virtud y á su pobreza; y otra de los Escitas europeos, raza numerosísima de esta parte del mundo. Al despedirlos envió con ellos algunos de los Amigos, so color de amistad y deseo de terminar las negociaciones; pero en realidad para adquirir datos sobre las condiciones del terreno, número, armas y costumbres de sus habitantes.

Determinó fundar junto al Tanais una ciudad que habría de llevar su nombre. El sitio le parecía opor-

(1) Y los Abios, en rústica pobreza
los más justos de todos los mortales
(Iliada, XIII, 6.)

tunísimo para que la población adquiriese grande incremento, y muy ventajoso para el caso de una expedición á la Escitia y para la defensa del país contra las incursiones de los Bárbaros de allende el río. También basaba la importancia de la ciudad en lo ilustre de su nombre, que no dejaría de atraer muchos indígenas. Pero en esto los Bárbaros ribereños se apoderaron de los Macedonios que guarnecían sus ciudades y les dieron muerte, poniendo éstas en estado de defensa. Solicitados por los que habían entregado á Beso, se les reunieron en esta sublevación muchísimos Sogdianos, que atrajeron á su partido á algunos Bactrianos, temerosos de Alejandro ó de las decisiones que pudieran tomar sus jefes en la asamblea convocada en Zariaspa, capital de su provincia. Pues el motivo que alegaban para insurreccionarse era el de que de aquella reunión no podía esperarse nada bueno.

CAPÍTULO II.

Toma de Gaza y otras cuatro ciudades.

Al saber esto, mandó Alejandro proveerse de cierto número de escalas á cada compañía de sus infantes, y marchó sobre Gaza, que era la más próxima á su campamento de las siete ciudades en que los Bárbaros se habían refugiado; enviando á Crátero contra Cirópolis, la mayor de todas y asilo de mayor número de sublevados, con orden de acampar junto á ella, rodearla de un foso y un vallado, y poner en juego contra sus muros las máquinas necesarias, para que ocupados sus habitantes en la propia defensa, no pudiesen acudir á la de las ciudades comarcanas.

En cuanto llegó á Gaza, dispuso el asalto de sus muros, que eran de tierra y muy bajos, arrimando por todas partes las escalas. Los honderos y arqueros, mezclados á la infantería ó colocados sobre las máquinas, comenzaron el ataque arrojando un diluvio de proyectiles sobre los sitiados y obligándoles á abandonar las murallas. Aplicadas sin pérdida de tiempo las escalas, los Macedonios dieron el asalto sin grandes bajas. Todos los habitantes varones fueron pasados á cuchillo por orden de Alejandro; y el botín, los niños y mujeres distribuídos al ejército. De Gaza partió al instante á otra ciudad, que tomó en aquel día del mismo modo, tratando de igual suerte á los prisioneros; y al siguiente, se apoderó de otra tercera en el primer ataque.

Mientras ganaba con la infantería estas plazas, envió la caballería á otras dos próximas, con objeto de impedir que sus habitantes, sabedores de la suerte de sus vecinos, y de su aproximación, emprendiesen la fuga, dificultando así los medios de perseguirles. Los sucesos, haciendo necesario el envío de la caballería, justificaron su idea, pues los Bárbaros refugiados en las dos ciudades no tomadas aún, cuando vieron el humo de una de las plazas incendiadas y supieron por algunos fugitivos el reciente desastre, huyeron precipitadamente de sus muros, yendo á caer en la caballería enemiga, que les esperaba en correcta formación y que hizo en ellos espantosa matanza.

CAPÍTULO III.

Toma de Ciròpolis y otra ciudad. — Movimientos de los Escitas. Espitámenes sitia á Maracanda.

Tomadas y destruídas en dos días estas cinco ciudades, se dirigió á Ciròpolis, que era la mayor de todas. Ceñíala un muro más alto que el de las otras, sin duda por deber su fundación á Ciro, y en ella se habían refugiado los Bárbaros más belicosos y en mayor número, por lo cual los Macedonios no pudieron tomarla fácilmente en el primer ataque. Alejandro hizo acercar las máquinas á la muralla con ánimo de asaltarla por la primera brecha; pero observando que el cauce de un río que cruza la ciudad estaba entonces seco, y que por hallarse contiguo al muro ofrecía fácil entrada al ejército, se puso al frente de su guardia personal y de los hipaspistas, los arqueros y los Agrianes; y mientras los Bárbaros se ocupaban en defenderse de las máquinas y de los demás sitiadores, penetró furtivamente por dicho cauce con unos cuantos soldados, rompió las puertas interiores que en aquella parte había, y dió á la tropa restante facilísima entrada. Entonces los sitiados, aunque conocieron que ya estaba tomada la ciudad, resistieron valerosamente al enemigo. Alejandro recibió una terrible pedrada en la cabeza; Crátero y otros muchos jefes, heridas de dardo; pero al fin consiguieron rechazar á los Bárbaros de la plaza pública, mientras los asaltantes se apoderaban del muro abandonado. Ocho mil enemigos murieron en este primer combate; los diez mil restantes (pues ascendían á diez y ocho mil los

defensores de la plaza) se refugiaron en la ciudadela; pero bloqueados por Alejandro, se vieron obligados á rendirse el día siguiente, por carecer de agua.

La séptima ciudad fué tomada sobre la marcha, por capitulación, según dice Tolomeo; á viva fuerza, al decir Aristobulo, siendo todos sus habitantes pasados á cuchillo. De creer al primero, los cautivos fueron distribuídos entre el ejército, y estrechamente custodiados hasta salir de aquella tierra, para que no quedase ninguno de los autores de la sublevación.

Noticiosos de la defección de algunos Bárbaros de aquende el Tanais, los Escitas asiáticos enviaron un ejército á las orillas de este río, con ánimo de, si la sublevación tomaba incremento, caer también sobre los Macedonios: y al propio tiempo se supo que Espitámenes tenía bloqueada la guarnición griega del fuerte de Maracanda, por lo cual Alejandro destacó contra él á Andrómaco, Menedemo y Carano, con unos setenta caballos de los Amigos, ochocientos de los mercenarios, que mandaba Carano, y mil quinientos hombres de la infantería á sueldo, todos á las órdenes del intérprete licio Farnuques, conocedor de la lengua de aquellos Bárbaros y muy apto por esto para las negociaciones.

CAPÍTULO IV.

Fundación de Alejandría del Iaxartes.—Provocación de los Escitas. Paso del Iaxartes.—Derrota y fuga de los Escitas.

Alejandro, en tanto, levantó en veinte días el muro de la proyectada ciudad, que pobló con los Griegos mercenarios y algunos Macedonios ya inútiles para

la guerra y Bárbaros comarcanos que quisieron trasladarse á ella voluntariamente. Ofreció, á seguida, un sacrificio á los Dioses con la ordinaria liturgia, y se hallaba celebrando juegos gímnicos y ecuestres cuando observó que, lejos de retirarse los Escitas de la orilla opuesta, le hostilizaban con dardos que pasaban el río por ser allí de poca anchura, y le lanzaban al rostro algunos groseros insultos. «Tú, decían, no te atreves á pelear con nosotros; y si te atrevieses, ya verías la diferencia entre los Escitas y los Bárbaros del Asia.» Irritado por estas injurias, determinó Alejandro pasar el río, para lo cual mandó disponer las acostumbradas pieles; pero en el sacrificio ofrecido al efecto, los augurios no revelaron nada favorable; así es que, mal de su agrado, tuvo el Rey que ceder y detenerse. Mas insistiendo en sus denuestos los Escitas, ordenó otro sacrificio; en vista del cual, el adivino Aristandro le anunció que le auguraba de nuevo algún peligro; á lo cual respondió el Príncipe, impaciente, que no reconocía otro mayor que el de ser él, vencedor de casi toda el Asia, ludibrio de los Escitas, como Darío, padre de Jerjes. «Mi deber, replicó el sacerdote, es manifestarte la voluntad del cielo, y no lo que pueda agradarte.»

A pesar de todo, preparadas las pieles para la travesía, y formado en la orilla el ejército en orden de batalla, hizo funcionar las máquinas contra los Escitas que cabalgaban por la opuesta margen. Las flechas hirieron á algunos; pero una, sobre todo, partió con tan terrible violencia que atravesó el escudo y la coraza de un jinete, y le lanzó fuera del caballo. Entonces los Escitas, aterrados por el alcance de los dardos y la muerte de su valiente camarada, se retiraron un poco de la orilla. Alejandro, viéndolos descompuestos, mandó tocar las trompetas y atravesó el río seguido

del ejército, pasando primero los arqueros y honderos, con orden de contener á los Escitas y evitar que molestasen á la falange durante el tránsito, hasta que llegase toda la caballería. Una vez en firme todas las tropas, destacó contra el enemigo una hiparquía de los aliados y cuatro cohortes de Sarisóforos; pero los Escitas les resistieron, envolviéndoles fácilmente con su mucho más numerosa caballería, hiriéndoles, y replegándose después en buen orden. Los arqueros, los Agrianos y los demás psilites, mandados por Balacro, salieron entonces contra ellos mezclados á la caballería, y en cuanto se trabó el combate recibieron el refuerzo de tres hiparquías de los Amigos, de todos los arqueros de á caballo, y del mismo Alejandro, que les atacó de frente con toda la caballería Los Escitas ya no pudieron, como antes, desplegar en círculo la suya, pues se lo impedían, de una parte la del enemigo que les acosaba, y de otra los psilites mezclados á los caballos y oponiéndose á sus evoluciones. Así es que emprendieron la fuga, dejando en el campo de batalla cerca de mil muertos, entre ellos Sátraces, uno de sus jefes, y ciento cincuenta prisioneros. Las tropas que se lanzaron encarnizadamente en su persecución sufrieron muchísimo por el calor y la sed. El mismo Alejandro, por haber bebido del agua malsana del país, fué acometido de un violento cólico, suspendiéndose por este accidente la persecución, que de otra suerte hubiera dado fin, á mi parecer, con todos los fugitivos. El Príncipe, enfermo de gravedad, fué traído al campamento, cumpliéndose así la profecía de Aristandro.

CAPÍTULO V.

Embajada del rey Escita. — Salida de la guarnición de Maracanda.—Retirada de Espitámenes.—Los Escitas y Espitámenes envuelven á los Macedonios.

Poco después, el Rey de los Escitas envió una embajada á Alejandro disculpándose de lo sucedido, pues el ataque no había sido en virtud de una decisión de la nación entera, sino por voluntad de algunos bandidos acostumbrados á vivir como tales, y ofreciéndole además toda clase de satisfacciones. El Príncipe aceptó benévolamente estas excusas, pues hubiera sido indecoroso dejar de admitirlas y no vengar la ofensa con las armas, lo cual no creía entonces oportuno.

En tanto, la guarnición macedonia del fuerte de Maracanda, atacada por Espitámenes y los suyos, hizo una salida; mató á algunos enemigos; rechazó á los restantes, y se retiró á la fortaleza sin ninguna baja. Cuando Espitámenes supo que se acercaban las fuerzas enviadas en auxilio de los sitiados, levantó el cerco y se retiró á la capital de la Sogdiana. Farnuques y los suyos, ansiosos de combatirle, le persiguieron hasta el confín de aquella provincia, y penetraron con él, sin pensarlo, en el país de los nómadas Escitas. Allí Espitámenes, con un refuerzo de seiscientos caballos y confiado en el auxilio de los naturales, resolvió hacer frente á los Macedonios, para lo cual formó su gente en un llano desierto de la Escitia, sin hacer frente al enemigo ni tomar la ofensiva, limitándose á hostigar la falange macedónica con los

evoluciones de su caballería. Cuando Farnuques lanzaba contra él sus caballos, le huía fácilmente, porque los suyos eran entonces más fuertes y ligeros que los de Aristómaco, estropeados por las continuas marchas y la escasez de pienso; de suerte que, huyendo ó atacando, siempre les ponían en grave aprieto los Escitas, hasta que después de tener muchos heridos de flecha y algunos muertos, los Macedonios se retiraron en batallón cuadrado al río Politimeto, junto á una selva, para resguardarse mejor de las saetas de los Bárbaros y poder hacer uso de la infantería. Pero el hiparca Carano, sin ponerse de acuerdo con Andrómaco, intentó pasar el río, por creer aquel sitio más seguro para los caballos. Siguiéronle los infantes, espoleados por el miedo y sin orden de sus jefes, de manera que la entrada en el Politimeto, cuyas márgenes eran escarpadas, se verificó descomponiéndose toda la falange. Los Bárbaros, comprendiendo la falta de los Macedonios, penetraron con su caballería por varios sitios en el río, y unos atacaron á los que ya habían pasado ó retrocedían; otros rechazaron desde la margen opuesta á los que intentaban atravesarlo; otros lanzaron una lluvia de saetas sobre sus flancos y su retaguardia; de suerte que rodeados y estrechados por todas partes, se vieron obligados á refugiarse en una pequeña isla que había en aquel río, en la cual, cercados por la caballería escita y la de Espitámenes, murieron asaeteados casi todos, menos unos pocos que cayeron vivos en poder de los Bárbaros, y que al fin también fueron muertos.

CAPÍTULO VI.

Derrota de los Macedonios. — Marcha de Alejandro á Maracanda. — Fuga de Espitámenes.

Aristobulo asegura que la mayor parte del ejército macedonio cayó en una emboscada preparada en un jardín por los Escitas, que se arrojaron inesperadamente sobre ellos; y que entonces Farnuques quiso resignar el mando en los jefes que le acompañaban, juzgandose poco perito en cosas militares, como que había sido enviado por Alejandro más para conferenciar con los Bárbaros que para dirigir las maniobras de un combate; pero habiendo apelado en vano á la amistad que con el Príncipe les ligaba, pues Carano, Andrómaco y Menedemo no quisieron aceptar el cargo, ya porque no pareciese que contravenían las órdenes del Rey, ya por no tomar sobre sí la responsabilidad que en caso de una derrota recaería toda sobre ellos, dieron lugar á que los Escitas, aprovechándose de este tumulto y confusión, cayesen sobre ellos y matasen á casi todos, logrando salvarse únicamente cuarenta caballos y trescientos infantes.

Cuando Alejandro supo este desastre, sintió vivamente la muerte de los suyos, y determinó marchar sin pérdida de tiempo contra Espitámenes y sus Bárbaros, para lo cual con la mitad de la caballería de los Amigos, todos los hipaspistas, arqueros y Agrianos y las tropas más ligeras de la falange, partió para Maracanda, á donde averiguó que estaba de nuevo Espitámenes sitiando la fortaleza, y llegó á ella al amanecer, después de tres días de camino, en los que andu-

vo mil quinientos estadios. Apenas tuvo Espitámenes noticia de su aproximación, levantó el cerco y huyó con sus tropas; persiguióle activamente Alejandro; detúvose al llegar al sitio del combate sólo lo preciso para dar tierra á los soldados muertos, y continuó en su seguimiento hasta las soledades de la Escitia. Volviendo después, devastó sus campos, pasó á cuchillo á los Bárbaros refugiados en los lugares fuertes, en represalia de lo que habían hecho con los Macedonios, y recorrió todo el país regado por el Politimeto, hasta la entrada del desierto, donde sus aguas desaparecen en un arenal, cosa que le es común con otros caudalosos ríos, tales como el Epardo, que corre por las tierras Mardas, el Ario, que da nombre á las de de los Arios, y el Etimandro, que riega el país de los Evérgetes, todos los cuales son mucho mayores que el Peneo de la Tesalia, cuyas aguas van por el valle de Tempé á precipitarse en el mar. El Politimeto es mucho más caudaloso que el Peneo.

CAPITULO VII.

Regreso á Zariaspa.—Suplicio y mutilación de Beso.—Reflexiones sobre este acto de Alejandro.

Después de esta excursión vino á Zariaspa, donde pasó el rigor del invierno. Durante su permanencia en esta ciudad, llegaron Fratafernes, sátrapa de los Partos, y Estasánor, enviados al Aria para apoderarse de Arsames, á quien trajeron atado, juntamente con Barzanes, nombrado por Beso gobernador de la Partia, y algunos otros cómplices del usurpador. Por el mismo tiempo regresaron de la costa Epocilo, Melám-

nidas y Tolomeo, jefe de los Tracios, cumplida su misión de escoltar hasta el mar el dinero entregado á Menes y á los aliados licenciados. Presentáronse también Asandro y Nearco con un ejército de Griegos mercenarios; y Beso, sátrapa de Siria, y el hiparco Asclepiodoro, trayendo desde el mar nuevos refuerzos.

Alejandro convocó una asamblea de todos los presentes, ante la cual hizo comparecer á Beso, y después de echarle en cara su perfidia con Darío, lo mandó cortar la nariz y la punta de las orejas, enviándolo luégo á Ecbatana para que allí se le impusiera la pena capital ante el concurso de Persas y de Medos. Yo no puedo aprobar este horrible castigo, esta bárbara mutilación, que jamás, á mi parecer, hubiera ordenado el Rey, si no le hubiera arrastrado el deseo de competir en soberbia con los Monarcas persas, n. menos aplaudir el que un príncipe descendiente de los Heráclidas prefiriese el traje meda al de su nación y padres, y no se avergonzase de reemplazar el casco del vencedor por el turbante de los vencidos.

CAPÍTULO VIII.

Sacrificios á los Dióscuros. — Adulaciones á Alejandro. — Indignación de Clito. — Furor de Alejandro. — Asesinato de Clito.

En comprobación de lo dicho, me parece oportuno referir ahora el asesinato de Clito, aunque se verificó algo después. Los Macedonios habían consagrado un determinado día á Baco, en el cual Alejandro solía ofrecerle todos los años un sacrificio; pero entonces, descuidando el culto de aquel dios, lo consagró á los Dióscuros, instituyendo después en su honor sacrifi-

cios, seguidos de un banquete. Apuradas muchas copas, pues en el beber imitaba ya el Príncipe á los Bárbaros, y estando todas las cabezas excitadas por el vino, recayó la conversación sobre los Dióscuros, atribuyendo su origen á Júpiter y no á Tíndaro; y algunos aduladores presentes, pues esta plaga son, fueron y serán eternamente perjudiciales á los reyes, dijeron que las hazañas de Cástor y Pólux no tenían punto de comparación con las de Alejandro; y otros se atrevieron hasta con Hércules, tachando de envidiosa la ley que prohibía á los héroes recibir en vida los honores de tales.

Clito, que hacía tiempo no recataba el disgusto con que veía la inclinación de Alejandro á las costumbres bárbaras y las lisonjas de sus aduladores, estimulado entonces por el vino y no pudiendo tolerar aquellas ofensas á los Dioses y aquel rebajar la gloria de los antiguos héroes para realzar las del conquistador, dijo que no eran tan grandes y admirables sus hechos como los pintaban, pues al fin no los había realizado él solo, sino que en su mayor parte eran debidos á los Macedonios. Muy á mal llevó el Príncipe estas palabras de Clito. Yo tampoco las apruebo, pues en una orgía lo más prudente hubiera sido callarse y no tomar parte en las adulaciones. Algunos empezaron después á recordar las hazañas de Filipo, rebajando injustamente su grandeza y mérito para realzar las de su hijo; y ya fuera de sí, comenzó Clito á ensalzarlas, deprimiendo la persona y empresas de Alejandro, echándole en cara, entre otras cosas, que en la batalla del Gránico él le había librado de la muerte. «Esta mano, dijo extendiendo arrogantemente la diestra, te salvó entonces la vida.»

Enfurecido Alejandro por los insultos del imprudente General, se lanzó sobre él, pero le detuvieron

los convidados. Clito, sin embargo, continuó injuriándole. El Príncipe llamó á gritos á sus hipaspistas, y como no acudió ninguno: «¡Lo mismo estoy, exclamó, que Darío prisionero de Beso y sus secuaces! ¡Nada me queda de rey, fuera del nombre!» Entonces, desasiéndose de sus compañeros, arrancó la lanza á uno de sus guardias y mató con ella á Clito, según dicen algunos historiadores, pues otros aseguran que el guardia le entregó voluntariamente la sarisa.

Aristobulo no cuenta el origen de esta disputa, pero echa toda la culpa del suceso al General, que, llevado por el guardia personal Tolomeo, hijo de Lago, extramuros del fuerte cuando Alejandro, en el colmo del furor, se arrojaba sobre él para matarle, volvió, sin embargo, al lugar de la querella, y cuando el Príncipe le llamaba á voces, «Aquí está Clito,» dijo presentándose, y entonces le mató.

CAPÍTULO IX.

Arrepentimiento de Alejandro. — Bajeza de los sacerdotes y de Anaxarco. — Alejandro quiere pasar por hijo de Ammón.

Yo no puedo menos de censurar á Clito por haber injuriado á su rey; pero al mismo tiempo deploro que Alejandro se dejase arrastrar entonces por dos pasiones igualmente indignas de un hombre prudente: la ira y la embriaguez; así como aplaudo el arrepentimiento de que dió pruebas al instante de cometer el crimen. Pues, según algunos, apoyando la sarisa contra la pared, quiso precipitarse sobre su punta y arrancarse una vida deshonrada con el asesinato de un amigo. Este hecho lo consignan pocos historiado-

res. los más dicen que, retirado en su tienda, se revolvía en el lecho, llorando y llamando á Clito por su nombre; y dirigiéndose á su nodriza, Lanice, hija de Drópides y hermana del General, exclamaba: «¡Buena recompensa he dado á tus afanes! ¡Has visto morir á tus hijos peleando por mi causa, y á tu hermano infeliz herido por mis propias manos! ¡Soy el asesino de mis amigos!» gritaba, y durante tres días no comió, ni bebió, ni tomó cuidado alguno de su persona.

Algunos sacerdotes de Baco vieron en este suceso una venganza del Dios, irritado por el olvido en que el Rey había dejado su culto; así es que en cuanto sus amigos lograron, aunque á duras penas, que comiese y bebiese para reponer sus fuerzas, se apresuró á ofrecerle el acostumbrado sacrificio, contento de poder atribuir á la cólera celeste y no á su voluntad el perpetrado crimen. Conducta digna, á mi parecer, de gran elogio, pues á lo menos no se jactó de su delito, ni, lo que hubiera sido peor, trató de disculparlo, sino que lo atribuyó á la flaqueza humana.

Dícese también que al visitarle el sofista Anaxarco para prodigarle sus consuelos, le encontró acostado y suspirando, y le dijo sonriendo: «Sin duda ignoras que los sabios antiguos colocan la justicia al par de la de Júpiter, para significar que son justas todas las decisiones del padre de los Dioses: pues de igual modo deben serlo las de un gran rey, primero para él mismo, y después para los demás mortales.» Estas palabras consolaron á Alejandro; en lo cual entiendo yo que cometió una falta más grave que la primera si supuso máxima digna de un filósofo la de que un rey, lejos de ajustar á la justicia con exquisito cuidado sus acciones, debe considerar justo cuanto le plazca.

También es fama que, conforme á su idea de ser hijo de Ammón y no de Filipo, quiso ser adorado,

arrastrándole á este nuevo exceso la admiración que ya le inspiraban Medos y Persas, cuyo traje y costumbres había adoptado, y el aplauso con que recibieron su proyecto sus aduladores, entre ellos los sofistas del jaez de Anaxarco, y de Agis, poeta argivo.

CAPÍTULO X.

Rasgos del carácter de Calistenes.—Anaxarco presenta la proposición de adorar á Alejandro.

Pero Calístenes de Olinto, discípulo de Aristóteles, hombre de severas costumbres, lo desaprobaba terminantemente, en lo cual estoy con él perfectamente de acuerdo; pero no puedo menos de censurar, si es verdad lo que de este filósofo se cuenta, el orgullo con que decía que él y sus escritos estaban muy por encima de Alejandro y sus empresas; y que si seguía al conquistador macedonio, no era para adquirir gloria, sino para dársela, pues sólo de la historia que de él escribiera podía esperar el Príncipe la inmortalidad, y no de sus relaciones con los Dioses, ni de las fábulas inventadas sobre su nacimiento por Olimpias. Otros dicen que habiéndole preguntado Filotas á quiénes tenían en más estimación los Atenienses, «Á Harmodio y á Aristogiton, le contestó, porque mataron á uno de los tiranos, y abolieron la tiranía. —¿Y en qué país de Grecia, insistió Filotas, hallaría asilo seguro el asesino de un tirano?—En Atenas, respondió Calístenes. Allí lo hallaron los hijos de Hércules contra la tiranía de Euristeo, combatida por la república.»

Digamos ahora cómo se opuso Calístenes á los ho-

nores divinos que apetecía Alejandro. Los sofistas y los más ilustres Persas y Medos de su corte habían convenido con el Rey en que recayese la conversación en este asunto cuando se hallasen de sobremesa. Anaxarco tomó la palabra, y dijo que Alejandro tenía más derecho á los honores divinos que Baco y Alcides, no sólo por lo que sus hazañas aventajaban en número y grandeza á las de estos héroes, sino porque ambos eran extranjeros, uno de Tebas y otro de Argos, sin tener relación ninguna con Macedonia, como no fuera la de haber sido el segundo progenitor de Alejandro, que era descendiente de los Heráclidas, por lo cual parecía más justo y conveniente que los Macedonios tributasen honores divinos á su Príncipe, y estando fuera de duda que la posteridad levantaría altares á su memoria, era mucho mejor adorarle en vida, ya que después de muerto ningún provecho podría obtener de semejante culto.

CAPÍTULO XI.

Calístenes combate la proposición de Anaxarco.

Anaxarco añadió otras consideraciones, aplaudidas por los cortesanos conocedores del plan, que manifestaron su deseo de dar principio á la adoración, pero la mayor parte de los Macedonios las desaprobaron guardando significativo silencio. Rompiólo al fin Calístenes, diciendo:

«Creo á Alejandro digno de cuantos honores pueden tributarse á los mortales; pero es preciso tener en cuenta, Anaxarco, la diferencia que hay entre los que se conceden á los Dioses y á los hombres. Á los

Dioses, templos y altares; á los hombres, estatuas: á los Dioses, sacrificios, libaciones, himnos; á los hombres, aplausos: á los Dioses, puestos en alto pedestal en el fondo del santuario, se les adora, no pudiendo tocarles; á los hombres se les saluda besándolos: á los Dioses, en fin, se les celebra con danzas y peanes. Esto sin contar con que hasta entre el culto de unos Dioses y otros, y entre el de los Dioses y los héroes, hay notable diferencia. No está bien, pues, confundiéndolo todo, levantar á los hombres con honores sobrehumanos, ni rebajar á los Dioses dándoles culto igual á los mortales. ¿Podría permitir Alejandro que un particular usurpase las prerrogativas del Monarca? ¿Y no habrían de indignarse los Dioses si un simple mortal se arrogaba los honores supremos ó admitía que se los tributasen? Yo creo que Alejandro es el mejor de los hombres, el mejor de los reyes, el mejor de los generales; pero tú, cuya erudición y doctrina consulta diariamente, tú más que nadie, Anaxarco, debías de haberle disuadido de semejante intento, y antes de hablar en pro de este proyecto debías de haber recordado que no te dirigías á Cambises ó á Jerjes, sino al hijo de Filipo, al descendiente de Hércules y Aquiles, cuyos antepasados vinieron de Argos á Macedonia para reinar, no por la fuerza, sino en virtud de las instituciones, y que ni el mismo Hércules fué adorado en vida, ni aun después de su muerte hasta que así lo ordenó el oráculo de Delfos. Mas si acaso por hallarnos en una nación bárbara es preciso adoptar sus costumbres, acuérdate, te lo suplico encarecidamente, Alejandro, acuérdate de Grecia, en cuyo honor emprendiste esta expedición para conquistarle el Asia, y mira si piensas obligar á sus libérrimos pueblos á adorarte, ó, eximiéndoles de esta mengua, gravar con ella sólo á tus Macedonios; ó, en

fin, si se te han de tributar honores completamente diferentes, humanos por Macedonios y Griegos, divinos por los Bárbaros, en conformidad con sus costumbres. Bien sé que Ciro, el hijo de Cambises, fué el primer mortal adorado por los hombres, y que desde su reinado observan esta ley Persas y Medos; pero ten muy presente que se encargaron de humillar la soberbia de aquel dios los Escitas, pueblo autónomo y pobre. Otros de igual nación han castigado el orgullo del primer Darío; los Atenienses y Lacedemonios, el de Jerjes; Clearco y Jenofonte, con sólo diez mil Griegos, el de Artajerjes, y tú, sin ser adorado, el de Darío.»

CAPÍTULO XII.

Los Persas adoran á Alejandro. – Calístenes se niega á hacerlo

Estas y otras tales razones que dijo Calístenes mortificaron á Alejandro tanto como agradaron á los Macedonios, por lo cual les mandó que no volviesen á acordarse de semejante proyecto. Á las palabras del filósofo siguió un silencio profundo; pero los Persas de mayor edad y gobierno se levantaron y adoraron al Príncipe, haciéndolo uno de ellos de tan abyecto modo, que el amigo Leonato no pudo menos de reirse de sus gestos, cosa que indignó por entonces á Alejandro, que no le perdonó hasta más tarde. Otros historiadores cuentan este suceso de diferente manera. «Alejandro, dicen, tomando una copa de oro, la presentó al círculo de comensales, empezando por los que estaban en el secreto del proyecto de adoración, y el primero que bebió se levantó, se prosternó á sus

pies y fué besado por el Rey, haciendo lo mismo por turno los restantes. Cuando le llegó su vez á Calístenes, se levantó y bebió como los demás, y se acercó para besarle, omitiendo la prosternación. Alejandro, que estaba entonces hablando con Hefestión, no lo hubiera advertido si el amigo Demetrio, hijo de Pitonacte, no le hubiera hecho observar la omisión del filósofo. que rechazado por el Príncipe, se retiró exclamando:—«Sólo he perdido un beso.»

No quiero insistir sobre estas faltas de Alejandro, pero tampoco alabar la severidad excesiva de Calístenes; pues en esta ocasión hubiera debido callar para promover en lo posible los intereses del Rey á quien deseaba servir. Así es que aparece justificada por tan inoportuna franqueza y presuntuosa vanidad la enemiga que en adelante le tuvo Alejandro, que le hizo prestar fácil crédito á los delatores que acusaron á Calístenes de complicidad en la conjuración de los adolescentes; llegando algunos hasta asegurar que él había sido el principal autor. El origen de esta trama fué como sigue.

CAPÍTULO XIII.

Hermolao conspira para vengarse de Alejandro. — Conjuración de los Adolescentes. — Su descubrimiento. — Confesión de los conjurados.

Según costumbre introducida en tiempo de Filipo, los hijos de los Macedonios constituídos en dignidad eran elegidos para el real servicio, dedicándose al cuidado de la persona del Monarca y á velar su sueño. Presentábanle los caballos traídos por los palafreneros, le ayudaban á montar á la manera pérsica y le acom-

pañaban á la caza. Entre estos jóvenes estaba Hermolao, hijo de Sópolis, aficionado á la filosofía, y por ende afecto á Calístenes, del cual se cuenta que, habiendo Alejandro levantado un jabalí, se le adelantó y mató la fiera. El Príncipe se irritó tanto al ver defraudados sus deseos de herir la pieza, que le mandó apalear en presencia de sus camaradas y quitarle el caballo.

Hermolao, sintiendo vivamente tal afrenta, se desahogó con su amigo y compañero Sóstrato, hijo de Amintas, manifestándole que le era insoportable la vida si no se vengaba de Alejandro. Sóstrato, arrastrado por su cariño, sin dificultad entró en sus planes, comprometiendo también á Antípatro, hijo del entonces sátrapa de Siria Asclepiodoro, á Epímenes, hijo de Arseo, á Anticles, hijo de Teócrito, y á Filotas, hijo del tracio Carsis. Su intento era asesinar á Alejandro en su lecho, cuando el turno de guardia le tocase á Antípatro aquella noche; pero sucedió que el Príncipe, aunque ignorante de todo, según algunos historiadores, no abandonó la mesa hasta la aurora.

La relación de Aristobulo es diferente. Cuenta que una mujer llamada Sira, que entendía de adivinación, había seguido á Alejandro, que con sus amigos se había burlado al principio de sus oráculos; mas cuando vió que realmente un espíritu divino la hacía profetizar sendas verdades, la tuvo en gran concepto, permitiéndola acercársele de día y de noche, y aun permanecer en la tienda durante su sueño. Pues bien; retirabase ya el Príncipe del festín, cuando Sira, como poseída por un Dios, le salió al encuentro, conjurándole á que volviese y pasase bebiendo toda la noche. Alejandro, sospechando si aquello sería un aviso celeste, le obedeció, frustrando así la conjuración de los mancebos.

Al día siguiente Epímenes, hijo de Arises y uno de los conjurados, se lo reveló todo á su amigo Caricles, hijo de Menandro; Caricles á Euríloco, hermano de Epímenes, y Euríloco pasó en seguida á la tienda del Rey y delató la conjuración al guardia Tolomeo, y éste á Alejandro, que mandó detener inmediatamente los denunciados por Euríloco, arrancándolos por medio del tormento la confesión de su plan y el nombre de algunos cómplices.

CAPÍTULO XIV.

Supuesta complicidad de Calístenes.—Suplicio de este filósofo y de los Adolescentes.

Según Aristobulo y Tolomeo, los Adolescentes declararon que Calístenes les había incitado á conjurarse; pero otros muchos escritores declaran que el resentimiento de Alejandro contra el filósofo y el frecuente trato que con él tenía Hermolao, le hicieron admitir fácilmente las sospechas de complicidad. Algunos historiadores también cuentan que, compareciendo Hermolao ante los Macedonios, confesó su delito, añadiendo que ningún hombre libre podía tolerar las afrentas de Alejandro, y enumerando todas sus malas acciones: la muerte injusta de Filotas; la de su padre Parmenión y la de otros que entonces perecieron; el asesinato de Clito en medio de un banquete; la adopción del traje persa; la adoración decretada y no abolida; las orgías é interminables sueños; cosas todas ya tan insufribles, que le habían movido á recobrar su libertad y la de los Macedonios. En vista de esto, Hermolao y sus cómplices fueron cogidos y

apedreados por los circunstantes. Calístenes, según Aristobulo, siguió al ejército, cargado de cadenas, y después falleció de enfermedad; pero Tolomeo asegura que fué atormentado y ahorcado. Así, hasta los historiadores testigos de los hechos y compañeros de Alejandro andan en sus relatos completamente desacordes, siendo mucho más grande la contradicción entre los otros. Con esto, me parece haber presentado suficientes datos sobre este suceso; pues he reunido, aunque sucedieron mucho después, todos los referentes á Clito, por no parecerme extraños á esta narración.

CAPÍTULO XV.

Proposiciones de los Escitas y de Farásmenes, Rey de los Corasmios.- Sublevación de los Sogdianos del Oxo.

Con los Embajadores que Alejandro envió á los Escitas de Europa vino una nueva diputación indígena; pues el Rey que los gobernaba cuando aquéllos marcharon había fallecido, sucediéndole en el trono un hermano suyo. El objeto principal de la embajada era asegurar á Alejandro la completa sumisión de la Escitia y entregarle, de parte del Monarca, regalos de cosas que allí son estimadísimas; ofrecerle la mano de la Princesa su hija, en prenda de amistad y alianza, y en caso de no dignarse aceptar esta unión, proponer las hijas de los sátrapas y potentados del reino á los más fieles amigos del Macedonio; prestándose, en fin, á presentarse si se le exigía, para recibir órdenes personalmente.

Por el mismo tiempo llegó Farasmanes, rey de los

Corasmios, con mil quinientos caballos, diciéndose finítimo de la Cólquide y del país de las Amazonas, ofreciéndose á servir de guía á Alejandro y á suministrarle todo lo necesario para el ejército, si tenía intención de conquistar aquellas tierras, bañadas por el Ponto Euxino.

Alejandro acogió benignamente la Embajada Escita, dirigiéndole un discurso apropiado á las circunstancias, pero negándose á aceptar una esposa extranjera. Elogió el celo de Farasmanes, colocándolo en el número de sus amigos y aliados, y le despidió recomendándolo al persa Artabaces, sátrapa de la Bactriana y países comarcanos, y diciéndole que por entonces no le parecía oportuno dirigirse al Ponto, sino marchar sobre la India, con cuya conquista habría subyugado ya toda el Asia; que, sometida ésta, pensaba regresar á Grecia, y de allí, por el Helesponto y la Propóntide, dirigirse al Euxino con todas sus fuerzas de mar y tierra, prometiéndose utilizar entonces sus promesas.

Alejandro marchó de nuevo al río Oxo, contra los Sogdianos que, refugiados en sus plazas fuertes, negaban la obediencia á los Sátrapas macedonios. Habiendo acampado junto al Oxo, dos fuentes, una de agua y otra de aceite, brotaron cerca de su tienda, cuyo prodigio fué comunicado á Tolomeo, hijo de Lago, de la guardia personal del Príncipe, que al instante lo puso en conocimiento de éste. Por disposición de los sacerdotes, ofrecióse en seguida un sacrificio, y Aristandro vaticinó que el manantial de aceite auguraba la victoria, aunque á costa de trabajos.

CAPÍTULO XVI.

Reducción de los Sogdianos á la obediencia. — Espitámenes vence á dos guarniciones Macedonias.

Avanzó, pues, por la Sogdiana con una parte de su fuerza, dejando en la Bactriana la restante con Polisperconte, Atalo, Gorgias y Meleagro, para contener á los Bárbaros, prevenir su defección y reprimir sus sublevaciones. Dividió sus tropas en cinco cuerpos: el primero, á las órdenes de Hefestión; el segundo, á las de Tolomeo, de su guardia personal; el tercero, á las de Perdicas; el cuarto, á las de Ceno y Artabaces; y con el quinto, que quedó á su inmediato mando, se dirigió á Maracanda. Los demás penetraron por diversos sitios y obligaron á entregarse por fuerza ó capitulación á los refugiados en las fortalezas. Todas las tropas, después de recorrer la mayor parte de la Sogdiana, se reunieron en Maracanda, de donde Hefestión fué enviado á llevar colonias á las ciudades tomadas, y Ceno y Artabaces á la Escitia, en donde se supo que se había acogido Espitámenes. Alejandro con el restante ejército entró en la Sogdiana, y se apoderó fácilmente de las otras plazas ocupadas por los sublevados.

En tanto, Espitámenes, con algunos Sogdianos refugiados entre los Escitas Masagetas, marchó con seiscientos caballos del país sobre una fortaleza de la Bactriana, cogió desprevenido á su comandante, mató á los soldados de guarnición, hizo prisionero al jefe, y engreído con esta hazaña se acercó pocos días después á Zariaspa, aunque no la atacó, contentándose con llevarse un rico botín de los alrededores.

Hallábanse en esta ciudad para reponer su salud unos Amigos de caballería, y con ellos Pitón, hijo de Sosicles, á la cabeza de algunos servidores de cámara, y el citarista Aristónico, los cuales, ya convalecientes y en estado de manejar las armas y montar á caballo, cuando supieron la incursión de los Escitas, reunieron hasta ochenta caballos mercenarios de la guarnición de Zariaspa y algunos mancebos del real servicio, y se dirigieron contra los Masagetas. Al principio se lanzaron sobre los Escitas de improviso y les arrebataron todo el botín, matando muchos; pero después, al retirarse sin orden como tropa sin jefe, cayeron sobre ellos Espitámenes y los suyos desde una emboscada y les mataron siete Amigos y setenta de la caballería mercenaria, pereciendo en esta pelea el mismo Aristónico, que se condujo, no como citarista, sino como valiente soldado. Pitón, herido, quedó prisionero de los Escitas.

CAPITULO XVII.

Crátero vence á los Escitas.—Fuga y muerte de Espitámenes, asesinado por los suyos.

Apenas tuvo Crátero noticia de este suceso, se dirigió precipitadamente contra los Masagetas, que en cuanto supieron su aproximación huyeron desordenadamente á sus desiertos. Crátero les persiguió encarnizadamente, alcanzándolos cerca de una soledad cuando ya se les habían agregado más de mil caballos. Trabóse reñidísima batalla, venciendo al fin los Macedonios. Murieron en ella ciento cincuenta caba-

llos escitas. Los restantes huyeron fácilmente por los desiertos, á donde los Macedonios no podían seguirles

En tanto, Alejandro, por la mucha edad y á ruego suyo, relevó á Artabaces de la satrapía de Bactriana nombrando en su lugar á Amintas, hijo de Nicolao. Ceno con sus tropas, Meleagro con las suyas, cuatrocientos Amigos de caballería, todos los arqueros montados, los Bactrianos y Sogdianos mandados por Amintas, quedaron en cuarteles de invierno en la Sogdiana á las órdenes de Ceno, para defender aquella provincia y sorprender á Espitámenes, si durante la estación de los fríos se le antojaba recorrer aquellos lugares.

Pero Espitámenes y su gente, viendo todas las fortalezas llenas de guarniciones macedonias, que habrían de dificultarles sobre manera la fuga, se dirigió contra las tropas de Ceno, cuyo ataque le parecía más factible. Llegó á Bagas, ciudad fuerte de la Sogdiana situada en la frontera de los Masagetas, y consiguió atraer á su partido cerca de tres mil caballos de estos Escitas, que, gente pobre, sin ciudades ni residencia fija, y sin nada querido que perder, fácilmente son inducidos á una y otra guerra. Ceno, sabedor de la aproximación de Espitámenes, le salió al encuentro con su fuerza, trabándose encarnizadísima batalla, ganada al fin por los Macedonios. Murieron en ella más de ochocientos caballos de los Bárbaros, y unos veinticinco de Ceno y doce infantes. Los Sogdianos y la mayor parte de los Bactrianos sobrevivientes abandonaron en la fuga á Espitámenes, y se presentaron á Ceno, entregándose á discreción. Los Escitas Masagetas viendo el mal sesgo que tomaban las cosas, saquearon la impedimenta de sus aliados y huyeron con su general al desierto; pero cuando supieron que Alejandro venía con intención de pe-

netrar en sus soledades, mataron á Espitámenes y enviaron su cabeza al conquistador como para disuadirle de su proyecto.

CAPÍTULO XVIII.

Ataque de la roca Sogdiana. — Proposición de Alejandro rechazada por los defensores.

Ceno y Crátero reuniéronse á Alejandro en Nautaca, adonde vinieron también, después de cumplidas todas sus órdenes, Fratafernes y Estasanor, sátrapas de los Partos y Areos respectivamente. Mientras la tropa descansaba en cuarteles de invierno en aquella ciudad, el Príncipe envió á Fratafernes al país de los Mardos y Tapuros en busca del sátrapa Autofradates, que no se había presentado á pesar de repetidas llamadas; Estasanor fué de gobernador de los Drangos, y Atrópates de los Medos, en sustitución de Oxodates, de cuya fidelidad se sospechaba. Estamenes marchó á Babilonia para ocupar el puesto vacante por muerte de Mazeo; y Sópolis, Epocilo y Ménidas partieron á Macedonia á reclutar gente.

Al comenzar la primavera dirigióse á una roca de la Sogdiana, en la cual supo que se habían refugiado muchos habitantes, entre ellos la mujer y los hijos del bactriano Oxiartes, que después de haber abandonado el partido de Alejandro había enviado allí su familia por considerar la posición inexpugnable. La toma de esta roca arrebataba á los Sogdianos su último baluarte. Al acercarse á ella Alejandro la vió escarpadísima por todas partes. Sus defensores se habían provisto de víveres para resistir un largo asedio.

La nieve que la cubría dificultaba aún más el acceso á los Macedonios, y suministraba abundancia de agua á los sitiados. Sin embargo, no desistió de su empresa, estimulándole á llevarla á cabo la arrogante respuesta que le dieron los Bárbaros, excitando su ira y su pundonor militar; pues al ofrecerles la libertad de regresar á sus casas si le entregaban la fortaleza, los sitiados se le rieron, diciéndole que buscase soldados con alas, pues ellos no temían nada de los hombres. Entonces ofreció por medio de un heraldo doce talentos al primero que subiese á la roca; once al segundo, y así en proporción hasta el duodécimo, que recibiría treinta daricos. La esperanza de este premio, unida á su natural valor, estimuló muchísimo á los Macedonios.

CAPÍTULO XIX.

Rendición de la roca Sogdiana. — Alejandro se casa con Roxana. Elogio de la continencia de Alejandro.

Trescientos hombres de los acostumbrados á trepar por las rocas en los asaltos, se armaron de los pequeños garfios de hierro con que fijaban las tiendas, y ataron á un extremo cuerdas muy fuertes para utilizarlos en la ascensión, bien clavándoles en la tierra descubierta, bien en los sitios en que estuviese congelada la nieve. Provistos de estos ganchos se dirigieron de noche á la parte más escarpada é inaccesible de la roca, y sirviéndose de ellos como queda dicho, consiguieron escalarla por diferentes partes. En la subida se despeñaron hasta treinta, perdiéndose sus cadáveres en la nieve, siendo imposible hallarles

para darles sepultura. Cuando los restantes llegaron al amanecer á la cúspide de la peña, se lo hicieron saber á los Macedonios tremolando una bandera, conforme se les había prescrito. Alejandro, en su vista, envió al punto un heraldo á las avanzadas de los Bárbaros, intimándoles la rendición inmediata, pues ya había encontrado hombres con alas y era dueño de la roca; y al mismo tiempo les señaló los soldados que ocupaban la cumbre.

Los sitiados, estupefactos por lo inesperado del suceso, se entregaron, creyéndolos más, y mejor armados. ¡Tanto terror les causó la vista de unos pocos Macedonios! Entre los prisioneros hubo muchas mujeres y niños, entre ellos los hijos y esposa de Oxiartes. Una hija de éste, llamada Roxana, doncella núbil, era, al decir de los camaradas de Alejandro, después de la esposa de Darío, la mujer más hermosa del Asia. El Príncipe, prendado de sus gracias, no quiso tratarla como cautiva, y no se desdeñó de casarse con ella. Conducta, á mi parecer, más digna de alabanza que de vituperio. Ya la esposa de Darío, la más bella mujer de Oriente, había sido respetada, ó porque no encendió sus deseos, ó porque supo dominarlos; aunque en la flor de su edad y en la cúspide de la fortuna, se hallaba en esa situación que arrastra al hombre á cometer excesos: guardó, sin embargo, absoluta continencia, estimulado, sin duda, por un gran deseo de acrecentar su gloria.

CAPITULO XX.

Sentimientos que en Darío despierta la generosidad de Alejandro para con su familia.—Oxiartes se presenta á Alejandro.

Es fama que poco después de la batalla de Iso logró evadirse del campamento macedonio un eunuco á quien el Monarca persa tenía encomendada la guarda de su esposa. En cuanto le vió Darío, lo primero que le preguntó fué si vivían sus hijos, su mujer y su madre. Al saber no sólo que vivían, sino que gozaban del título de reinas y de iguales honores que en su corte, le preguntó de nuevo si le había sido fiel su esposa. Recibida afirmativa respuesta, insistió en si Alejandro le había hecho alguna fuerza que redundase en deshonor suyo, y asegurándole el eunuco con solemne juramento que la Reina estaba tal como la dejó, y que el conquistador era el mejor y más prudente de los hombres, Darío, levantando las manos al cielo, oró de esta manera: «Oh Júpiter Rey, que riges los destinos de los reyes y los pueblos, consérvame el imperio de los Medas y Persas que me diste; mas si está decretado que lo pierda, no lo trasmitas á otro que á Alejandro.» Así las acciones buenas son apreciadas hasta por los enemigos.

Cuando Oxiartes supo la cautividad de sus hijos y que Roxana inspiraba amor á Alejandro, cobró ánimo y se acercó á su yerno, siendo recibido con los honores que exigía el parentesco.

CAPÍTULO XXI.

Asedio y rendición de la roca Coriena.

Sofocada la sublevación de los Sogdianos y tomado su último baluarte, se dirigió Alejandro contra los Paretacos, donde había también una plaza fuerte sobre otra roca en la cual se habían refugiado multitud de Bárbaros. Llamábase la roca Coriena, y servía entonces de asilo á Corienes y á otros muchos señores principales. Medía cerca de veinte estadios de altura, por sesenta de perímetro, y se presentaba escarpada por todas partes. Subíase á ella por una sola senda tan estrecha y difícil, que, aun sin oponerse nadie, costaba trabajo el ascender uno á uno, y además la circundaba un profundísimo barranco, de modo que si un ejército había de llegar á ella y atacarla á pie firme y en terreno seguro, tenía que terraplenar primero aquellos precipicios espantosos.

Sin embargo, Alejandro, á quien nada parecía inaccesible ni inexpugnable, tanta fe le inspiraba su constante fortuna, determinó acometer aquella empresa. Mandó, pues, derribar altísimos abetos de los que en aquellos montes se criaban con grandísima abundancia, y hacer de ellos escalas para que, á falta de otro medio, pudiese bajar por ellas el ejército al fondo del precipicio. Él en persona, al frente de la mitad de sus tropas, apresuraba durante el día los trabajos, relevándole á la noche por turno Perdicas, Leonato y Tolomeo, hijo de Lago, individuos de su guardia personal, al frente cada uno de un tercio de ...s en que se dividía el ejército restante, para la pres-

tación de este servicio; pero aunque toda la gente se dedicaba á esta faena, los trabajos no adelantaban más de veinte codos de día y algo menos de noche: tan difícil era la obra y tan escarpado el terreno. Según iban descendiendo hacia el fondo, clavaban en las paredes más verticales de la cortadura vigas muy fuertes á la distancia conveniente para sostener el peso, y enlazábanlas con zarzos de mimbre á manera de puente, uniéndolos estrechamente y rellenándolos de tierra para que el ejército pudiera pasar por ellos en llano hasta la roca.

Los Bárbaros, al principio se burlaban de estos trabajos creyéndolos completamente inútiles; mas cuando empezaron á verse molestados por los dardos, mientras ellos no podían alcanzar desde la altura á los Macedonios, defendidos por las obras construídas para no ver interrumpidos sus trabajos, se quedaron atónitos y diputaron un parlamentario á Alejandro, rogándole les enviase á Oxiartes. Vino éste, en efecto, y les aconsejó que se sometiesen al conquistador, para quien no había obstáculos, y de cuya bondad y buena fe podía esperarse todo, como en él mismo tenían el ejemplo. Corienes, convencido por Oxiartes, presentóse al Rey con algunos amigos y parientes, siendo perfectamente recibido, prometiéndose fe y amistad, y quedando al lado de Alejandro mientras algunos de sus compañeros volvían á la roca para ordenar la rendición de la plaza. Entregada ésta por sus defensores, Alejandro, seguido de quinientos hipaspistas, subió á reconocerla, y lejos de mostrarse indignado contra Corienes, le devolvió el gobierno de la fortaleza y de todos los lugares que antes había tenido bajo su mando.

El ejército, que ya había sufrido mucho por los rigores del invierno, la nieve y el asedio, experimentó

entonces carencia de víveres; pero Corienes se comprometió á suministrárselos durante dos meses, distribuyendo, tienda por tienda, trigo, vino y carnes saladas tomados de sus almacenes. Cumplido el compromiso, manifestó que no había gastado ni la décima parte de las provisiones acopiadas para resistir el cerco, por lo cual Alejandro le honró más todavía, considerando que la rendición había sido más voluntaria que forzosa.

CAPÍTULO XXII.

Regreso á Bactras.—Marcha á la India. — Sumisión de Taxilo y otros Príncipes Indios.

Dueño de la roca Coriena, se dirigió á Bactras, enviando á Crátero con seiscientos caballos de la de los Amigos, la infantería de Polisperconte, Atalo y Alcetas y la de su mando, contra Catanes y Austanes, únicos sublevados que aun quedaban en la Paretacena. La batalla fué reñidísima: Crátero salió vencedor; Catanes murió combatiendo; Austanes fué hecho prisionero, y enviado al Rey; perdiendo los Bárbaros ciento veinte caballos y mil quinientos infantes. Crátero marchó en seguida á Bactras, donde por este tiempo se verificó la muerte de Calístenes y la conjuración de los mancebos.

De Bactras, ya adelantada la primavera, Alejandro con todas sus tropas salió en dirección á la India, dejando á Amintas en la Bactriana con diez mil infantes y tres mil quinientos caballos. Atravesó el Cáucaso en diez días, y llegó á la ciudad de Alejandría, que había fundado en el país de los Paropamisa-

das, cuando hizo su primera expedición á Bactras. Destituyó al comandante de aquella plaza por no haber desempeñado bien su cargo; confió el gobierno de la misma á Nicanor, uno de los Amigos, y aumentó su población con colonos de los pueblos vecinos y con Macedonios inutilizados para la guerra. Nombró á Tiriaspes sátrapa de los Paropamísadas y de la comarca que se extiende hasta la orilla del Cofenes. Pasó luégo á Nicea, donde ofreció á Minerva un sacrificio; y avanzó hacia el Cofenes, haciéndose preceder de un heraldo para prevenir á Taxilo y demás señores de aquende el Indo que le saliesen al encuentro, como lo hicieron, trayéndole los presentes que ellos tienen en más estima, y ofreciendo enviarle sus elefantes en número de veinticinco.

Alejandro dividió allí su ejército, enviando á Hefestión y Perdicas con las tropas de Gorgias, Clito y Meleagro, la mitad de la caballería de los Amigos y toda la de los mercenarios á la Peucelaótide, región que está hacia el Indo, con orden de hacerse dueños por capitulación ó fuerza de todas las ciudades del tránsito, y de preparar, en cuanto llegasen al río, todo lo necesario para atravesarlo. Con ellos partieron Taxilo y los demás señores, cumpliéndose al llegar al Indo las órdenes de Alejandro. Pero Astes, hiparco de la Peucelaótide, se sublevó, y perdió una ciudad, en la cual se había refugiado; pues Hefestión la tomó al cabo de treinta días de asedio, matando en ella al traidor y entregando el gobierno á Sangueo, que abandonando á Astes se había reunido á Taxilo, mereciendo por esto la confianza de Alejandro.

CAPÍTULO XXIII.

Expedición contra los Aspasios Gureos y Asacenos. — Toma de una ciudad.—Rendición de Andaca.

El Rey, con los hipaspistas, la caballería de los Amigos que no había marchado con Hefestión, los Amigos de á pie, los arqueros, los Agrianos y los ballesteros de á caballo, marchó contra los Aspasios, Gureos y Asacenos. Siguió la orilla del Coes por un camino montuoso y áspero; atravesó con dificultad el río, y dió orden á la infantería de seguirle á paso corto mientras él, con toda la caballería y ochocientos infantes macedonios que hizo montar con sus escudos á la grupa de los caballos, se dirigió con toda rapidez contra los Bárbaros, que se habían refugiado en sus montes y en las plazas mejor preparadas para resistirse. Al llegar á la primera ciudad que encontró en su camino, halló al pie de los muros formados sus habitantes en orden de batalla; los atacó impetuosamente, tal cual iba, y consiguió rechazarlos y encerrarlos dentro de la plaza. En esta acción recibió en el hombro una herida de flecha, que le atravesó la coraza, no siendo de gravedad, gracias á que ésta le impidió penetrar profundamente. Tolomeo, hijo de Lago, y Leonato, también fueron heridos.

Alejandro acampó en la parte que le pareció más cómoda para la expugnación de la muralla, y al día siguiente, al amanecer, consiguió apoderarse sin gran trabajo del muro exterior, el más débil de los dos que rodeaban la plaza, defendiéndose algún tanto los Bárbaros en el otro. Pero cuando vieron aplicar

las escalas y llover sobre ellos una granizada de dardos, no resistieron ya, y saliendo repentinamente por las puertas, huyeron á los montes. Persiguiéronles los Macedonios, y mataron muchos en la fuga; pues los soldados, furiosos por la herida del caudillo, no perdonaron á cuantos cayeron vivos en su poder. Bastantes, sin embargo, consiguieron salvarse en las próximas montañas.

Arrasada esta ciudad, dirigióse á la de Andaca, que se entregó por capitulación, dejando en ella á Cratero con los otros jefes de infantería para que se apoderase por fuerza de las restantes plazas que no quisieran rendirse voluntariamente, y gobernase aquella región como le pareciese, según las circunstancias.

CAPÍTULO XXIV.

Continuación de la expedición contra los Aspasios.

Alejandro, al frente de los hipaspistas, los arqueros, los Agrianos, las compañías de Atalo y Ceno, la caballería del Agema, unas cuatro hiparquías de la de los Amigos y la mitad de los arqueros de á caballo, dirigióse al río Euaspla, donde estaba el hiparco de los Aspasios, y andando mucho camino acercóse en dos días á la ciudad. Los Bárbaros, en cuanto supieron su venida, la incendiaron y huyeron á los montes, á los cuales les persiguieron los Macedonios, haciendo en ellos gran matanza, hasta que lograron guarecerse en lo más inaccesible y abrupto.

Tolomeo, hijo de Lago, viendo ya sobre una altura al jefe de los Indios fugitivos, lanzóse contra él seguido de unos cuantos hipaspistas, muy inferiores en

número á los contrarios, y no permitiéndole la pendiente subir con facilidad á caballo, se lo dejó á uno de los soldados y continuó á pie la persecución comenzada. El Indio, en cuanto le tuvo cerca, salióle al encuentro con los suyos, asestándole una lanzada terrible, que no pudo romper la coraza; Tolomeo le atravesó un muslo, le arrojó al suelo y le despojó de sus armas. Los Bárbaros circunstantes huyeron al verle derribado; pero los que ya habían ganado los montes, furiosos al distinguir el cadáver de su jefe en poder del enemigo, descendieron rápidamente, trabándose en derrededor del cuerpo un sangriento combate. En esto, Alejandro, con los infantes que la caballería había traido á la grupa, llegó á la colina, y cayendo sobre los Indios, los rechazó, no sin trabajo, á los montes, y se apoderó del cadáver.

Después atravesó la montaña y llegó á la ciudad llamada Arigeo, que encontró incendiada y abandonada por sus habitantes. Allí se le agregó Crátero, con tropas, después de cumplir todo lo que se le había mandado, recibiendo el nuevo encargo de levantar las murallas de la ciudad, cuya posición le parecía excelente, y repoblarla con los comarcanos que lo desearan y con los Macedonios inutilizados para la guerra. Luégo se dirigió al lugar donde averiguó que se habían refugiado la mayor parte de los Bárbaros, llegó al pie de una altura y fijó en ella sus reales.

En tanto, Tolomeo, hijo de Lago, que enviado á procurarse forraje, se había adelantado bastante con una pequeña fuerza para explorar el terreno, volvió á decir al Rey que en el campamento de los Bárbaros se veían más fuegos que en el suyo. Alejandro no dió mucha importancia á este detalle; pero como sabía que los enemigos se habían reunido en aquellos lugares, dejó parte de su ejército junto al monte donde había acam-

pado, y con las tropas que estimó suficientes para esta expedición, dirigióse á los fuegos, dividiéndolas cuando estuvo más próximo en tres cuerpos: uno mandado por su guardia Leonato, con las compañías de Bálacro y Atalo; otro compuesto de un tercio de los hipaspistas reales, de las fuerzas de Filotas y Filipo, dos mil arqueros, los Agrianos y la mitad de la caballería á las órdenes de Tolomeo, hijo de Lago; y él mismo guió el tercero á la parte más compacta de las legiones bárbaras.

CAPÍTULO XXV.

Derrota de los Bárbaros en las alturas. — Expedición contra los Asacenos.—Paso del Gureo.

Fiadas éstas en su número y despreciando la exigua fuerza de los Macedonios, al verlos aproximarse abandonaron las alturas y descendieron al llano. La batalla fué sangrienta. Alejandro los venció fácilmente; pero Tolomeo tenía una posición desventajosa, pues los Bárbaros ocupaban las colinas, y los Griegos, formados en columna, se dirigieron á los puntos más accesibles, descuidando de rodear todos los montes y dejándoles lugar abierto para la retirada. La lucha fué encarnizada en esta parte, ya por las dificultades del terreno, ya porque entre los combatientes estaban los Indios más valientes, muy superiores en denuedo á todos los comarcanos. Pero al fin consiguieron los Macedonios desalojarlos del monte. Leonato logró igual triunfo con la tercera división del ejército, pues tambien venció á los Bárbaros. Según Tolomeo, se hicieron en esta batalla más de cuarenta mil prisio-

neros, y se cogieron doscientas treinta mil vacas, de las cuales eligió Alejandro las más grandes y hermosas con objeto de enviarlas á Macedonia para el cultivo de los campos.

De allí partió contra los Asacenos, que le esperaban, según sus noticias, con treinta mil peones, dos mil caballos y treinta elefantes. Crátero, después de levantadas las murallas de Arigeo, de cuya reedificación quedó encargado, le trajo la infantería pesadamente armada, y las máquinas, por si eran necesarias para algún cerco. Al frente de la caballería de los Amigos y de la de los arqueros, de las tropas de Ceno y Polisperconte, de mil Agrianos y de los arqueros de á pie, continuó Alejandro su expedición á través del país de los Gureos. El Gureo, que da nombre á esta tierra, fué atravesado con dificultad por el ímpetu y caudal de su corriente y por estar formado su fondo de cantos rodados, que resbalaban bajo los pies de los vadeantes. Al acercarse los Macedonios, los Bárbaros, no atreviéndose á esperarlos formados en batalla, se desbandaron y huyeron á encerrarse en sus ciudades, resueltos á defenderlas.

CAPÍTULO XXVI.

Sitio de Masagas.

La primera á que se dirigió Alejandro fué Masaga, capital de aquella tierra. Al aproximarse á los muros, sus defensores, confiados en un refuerzo de siete mil mercenarios venidos del interior de la India, salieron con ímpetu contra los Macedonios, que estaban acampando. Alejandro, al ver que la batalla iba á librarse

al pie de los baluartes, quiso llevarles más lejos, para que, si huían, como esperaba, no se le escapasen salvando el pequeño intervalo que les separaba de la plaza. Así es que en cuanto observó la acometida de los Bárbaros, retiró su ejército hasta una altura distante como siete estadios del sitio donde había pensado sentar sus reales. Envalentonados los enemigos con esta retirada, precipitáronse desordenadamente sobre los Macedonios, y en cuanto se pusieron á tiro de dardo, Alejandro, ordenando á los suyos un cambio de frente, les atacó con ímpetu, lanzando primero los arqueros de infantería y caballería y los Agrianos, y cayendo él después con toda la falange. Los Indios, sorprendidos y espantados por tan inesperado movimiento, cedieron al punto y huyeron á la ciudad, muriendo doscientos y logrando guarecerse los restantes. Alejandro acercó la falange á la muralla, y fué herido levemente por una saeta en el pie. Al día siguiente hizo funcionar las máquinas, derribando parte del muro; pero al entrar los Macedonios por la brecha, se resistieron tan denodadamente los Indios, que hubo necesidad de tocar retirada. Al siguiente renovóse el ataque con más furor, acercando una torre de madera, desde la cual los arqueros lanzaban sobre los sitiados una granizada de flechas, y las máquinas otros proyectiles; pero ni aun así consiguieron salvar la fortificación.

Al tercer día la falange intentó un nuevo asalto, echando un puente desde la torre de madera á la muralla ruinosa, por el cual habían de pasar los hipaspistas, como cuando la toma de Tiro; pero cuando lo atravesaban llenos de ardor, se rompió bajo el excesivo peso, arrastrando consigo á los Macedonios. Los Bárbaros, envalentonados por esta desgracia, lanzaron sobre ellos piedras y dardos y todos cuantos

proyectiles hallaban á mano, y dando grandes gritos les acometieron unos desde la muralla, y otros, saliendo por unos postigos abiertos entre torre y torre, hirieron de cerca á las víctimas del desastre.

CAPÍTULO XXVII.

Rendición de Masagas. — Matanza de sus habitantes. — Sitio de Bazira y Oras.—Toma de esta ciudad.

Alejandro envió á Alcetas con su gente para salvar los heridos y favorecer la retirada.

Al cuarto día tendieron un nuevo puente; pero los Indios, mientras vivió su jefe, se defendieron con igual valor; mas al verlo caer herido de una flecha, y considerando que muchos de los suyos habían muerto en el continuo combatir y otros estaban heridos é inutilizados, enviaron un parlamento al Rey. Éste, que estaba resuelto á perdonar con gusto á tan valientes soldados, aceptó su entrega, bajo la condición de que habían de servir como mercenarios en su ejército. Salieron, pues, de la ciudad con sus armas y acamparon en una colina frente á los Macedonios, aunque dispuestos á fugarse de noche á sus casas pues no querían pelear contra otros Indios. Mas habiéndolo sabido Alejandro, rodeó con sus tropas en la misma noche el collado en que acampaban y los pasó á todos á cuchillo, entrando en seguida en la desguarnecida ciudad, donde cautivó á la hija y la madre de Asaceno. En todo el asedio sólo perdieron los Macedonios veinticinco soldados.

Creyendo que los de Bazira se entregarían cuando supiesen la toma de Masaga, envió á aquella ciudad

un destacamento con Ceno á la cabeza. Atalo, Alcetas y el hiparco Demetrio, fueron enviados á Oros, con orden de bloquearla con un muro de circunvalación, hasta su llegada. Los habitantes de esta ciudad hicieron una salida contra Alcetas, pero fueron rechazados fácilmente y encerrados dentro de sus muros. Ceno, en tanto, no consiguió lo que esperaba de los Bazirenses; pues confiados éstos en lo fuerte de la plaza, situada en un alto y ceñida por todas partes de buenas murallas, no daban muestra alguna de entregarse.

En vista de esto, dirigióse Alejandro á Bazira; mas como supiera que algunos Bárbaros finítimos habían sidó enviados furtivamente á Oros por Abísaro, encaminóse primero á esta ciudad, mandando á Ceno que construyese un fuerte cerca de Bazira, y que, dejando en él la guarnición necesaria para impedir á los habitantes beneficiar los campos, se le uniese con las tropas restantes. Así se hizo, y los Bazirenses, en cuanto vieron retirarse al General con el grueso de sus fuerzas, despreciando por lo exíguas las que quedaban, hicieron una salida al llano. Trabóse entonces reñidísima contienda, en la cual murieron quinientos Bárbaros y cayeron prisioneros más de setenta; los restantes fueron rechazados á la ciudad, y en lo sucesivo, los defensores del fuerte estrecharon más el bloqueo. Por otra parte, Alejandro concluía sin dificultad el sitio de Oros, tomándola en el primer asalto y cogiendo los elefantes que en ella se custodiaban.

CAPÍTULO XXVIII.

Toma de Bazira.—Situación de la roca de Aornos.—Rendición de varias plazas.

Al saberlo los Bazirenses, desconfiaron de sus fuerzas, y hacia media noche abandonaron la ciudad. Los otros Bárbaros imitaron su conducta, refugiándose todos en la roca de Aorno. Es ésta la mejor defensa del país, y era fama que ni el mismo Hércules, con ser hijo de Júpiter, la había podido tomar. No puedo asegurar si esta tradición se refiere al Hércules Tirio ó al Tebano, y aun me atrevo á creer que ninguno de los dos llegó á penetrar en la India, pues es costumbre atribuirles todas las empresas extraordinarias para poner más de bulto su dificultad. Así es que, en mi opinión, su nombre anda mezclado con el de esta roca sólo para encarecer su inexpugnabilidad. El perímetro de Aorno dicen que es de unos doscientos estadios, por once de altura en la parte más baja; el acceso es por una sola senda difícil y artificial; en la cumbre brota una abundantísima fuente, cuyas puras aguas se desprenden saltando, y hay una selva y un campo labrantío capaz de proveer á la subsistencia de mil hombres.

Al saber estos detalles, entró Alejandro en grandes deseos de tomar aquel monte, estimulándole no poco la tradición relativa á Hércules. Dejó, pues, guarniciones en Oros y Masaga para defensa del país, y reedificó los muros de Bazira, mientras Hefestión y Perdicas, cumpliendo sus órdenes, levantaban los de otra ciudad llamada Orobatis, y dejándola guar-

necida, llegaban al Indo, y adoptaban las medidas necesarias para la construcción del puente.

Alejandro nombró al Amigo Nicanor sátrapa de la región aquende el Indo, y encaminándose á este río se apoderó de paso y sin resistencia de una ciudad llamada Peucelaotis, poco distante de la orilla. Dejó en ella alguna fuerza al mando de Filipo, y acompañado por Cofeo y Aságetes, hiparcos de aquella tierra, se hizo dueño de algunas pequeñas poblaciones en la margen del Indo. Llegó después á Embolima, próxima á Aorno, donde dejó parte del ejército á las órdenes de Crátero, con encargo de reunir en ella las provisiones y víveres necesarios para bastante tiempo, á fin de que los Macedonios pudiesen, al salir de aquella ciudad, sostener un largo asedio contra la roca, si no era tomada en el primer asalto. Y, en fin, al frente de los arqueros, los Agrianos, las compañías de Ceno, otras de los soldados mejor armados y ligeros entresacados de la falange, doscientos caballos de los Amigos, y cien de los arqueros, se encaminó á la roca, acampando el primer día en una ventajosa posición, y el segundo más inmediato á ella.

CAPÍTULO XXIX.

Sitio de la roca de Aornos.

En tanto, algunos habitantes del país se le presentaron ofreciéndole su sumisión y comprometiéndose á enseñarle un camino por el cual sería mucho más fácil el ataque. Alejandro envió con ellos á Tolomeo, hijo de Lago, de su guardia personal, al frente de los Agrianos y otros escogidos psilites é hipaspistas, con

orden de apoderarse del puesto, fortificarse en él y anunciárselo con alguna señal. Tolomeo, por una senda estrecha y escarpada, llegó á la cumbre sin advertirlo los Bárbaros, se rodeó de fosos y empalizadas, y levantó una antorcha en un punto donde podía verla Alejandro. Este, avisado por el resplandor de la llama, comenzó el ataque á la mañana siguiente; pero habiéndose resistido los sitiados, no consiguió nada por las dificultades del terreno. Los enemigos, al ver frustrada la tentativa de Alejandro, se volvieron contra Tolomeo. Trabóse reñidísimo combate, pugnando los Indios por forzar la empalizada, y los Macedonios defendiendo obstinadamente su puesto, hasta que habiendo tenido alguna desventaja, se retiraron los Bárbaros al anochecer.

Aquella noche con un tránsfuga indio, muy fiel y conocedor del terreno, envió Alejandro á Tolomeo una carta mandándole que cayese sobre los Bárbaros en el momento en que él principiase á atacarles, y no se contentase con permanecer en el reducto, para que, acosado por dos partes, no supiese á cuál atender el enemigo. Al rayar el día levantó los reales y se dirigió con sus tropas al sitio por donde había subido sin ser visto Tolomeo, pensando que, si atacando por aquel lado conseguía reunirse al General, le sería mucho más fácil conseguir su objeto, como en efecto sucedió. Hasta el mediodía el combate entre Indios y Macedonios fué sobremanera encarnizado, tratando éstos de subir, y rechazándoles aquéllos. Pero como los Macedonios se relevaban unos á otros y descansaban sucesivamente, consiguieron apoderarse del paso y reunirse antes de anochecer con Tolomeo; y en seguida todos juntos atacaron la roca nuevamente, pero ni aun así consiguieron asaltarla. De este modo se pasó aquel día.

Al amanecer del siguiente, mandó Alejandro á cada uno de sus soldados cortar cien estacas y construir con ellas una plataforma que se extendiese desde la cumbre de la colina donde acampaba hasta la misma roca. Su objeto era colocar sobre ella sus máquinas y arqueros, para lanzar sobre los sitiados una nube de flechas. Todo el ejército se ocupó en este trabajo que él mismo presenciaba, aplaudiendo la actividad de unos, y reprendiendo la flojedad de otros.

CAPÍTULO XXX.

Rendición de Aornos y matanza de su guarnición. — Marcha hácia el Indo.—Caza de elefantes.—Construcción de barcas.

El primer día, la plataforma tuvo ya un estadio de larga. El segundo, se colocaron los honderos y las máquinas en la parte concluída, y reprimieron con sus proyectiles las excursiones de los Indios contra los trabajadores. Al tercero, la obra quedó terminada. El cuarto, se apoderaron algunos Macedonios de una colina igual en altura á la roca, y Alejandro mandó continuar la plataforma en aquella dirección.

Los Bárbaros, asombrados de la increíble audacia con que los Macedonios se habían apoderado de la colina, y viendo que llegaba ya hasta ella la plataforma, desistieron de la defensa y enviaron á Alejandro un parlamentario, prometiéndole, si se avenía á una composición, entregarle la roca. Pero su intención era pasar todo aquel día en embajadas y marcharse á la noche cada cual á sus hogares. Sabedor de esto Alejandro, les dió tiempo suficiente para retirarse, quitando las tropas de todo el circuito y permane-

ciendo él allí hasta que empezaron á marcharse, y luégo con setecientos hombres entresacados de los guardias personales y de los hipaspistas subió el primero á la roca abandonada, siguiéndole por diversos sitios los Macedonios, ayudándose mutuamente. De allí, dada la señal, se volvieron contra los Indios en retirada, matando á muchos cuando huían. Otros, al escapar, llenos de terror, perecieron despeñados. Dueño Alejandro de la roca, de la cual ni aun Hércules había conseguido apoderarse, ofreció en ella un sacrificio; la dotó de una guarnición, cuyo jefe fué Sisicoto, que antes había abandonado á los Indios por Beso, y luego á éste por Alejandro, á quien sirvió fielmente con sus tropas después de la conquista de Bactriana.

Alejandro partió de la Roca al país de los Asacenos, pues sabía que el hermano de Asaceno se había refugiado en los montes de aquella región con los elefantes y no poca gente de los Bárbaros finítimos. Al llegar á Dirta la encontró desierta, y no halló en ella ni en las tierras inmediatas un solo habitante. Al día siguiente envió á los quiliarcos Nearco y Antíoco, á la cabeza respectivamente de los Agrianos y psilites el primero, y de tres mil hipaspistas el segundo, á explorar aquellos lugares y ver de apoderarse de algunos indígenas, de quienes adquirir noticias del país y coger los elefantes.

Marchó por fin al Indo, precedido de un ejército que le abría paso, pues sin esta precaución, aquellos sitios son intransitables. Hizo algunos prisioneros bárbaros, por los cuales supo que los Indios se habían refugiado hacia Abísares, dejando sus elefantes paciendo en las márgenes del río. En vista de esto, mandó que le llevasen al sitio donde estaban aquellos animales. Es de advertir que muchos Indios se dedi-

can á esta caza, por lo cual Alejandro los tenía en grande estimación. Enviólos, pues, en busca de los elefantes, de los cuales sólo dos murieron despeñados al huir; siendo cogidos los restantes, montados por hombres, y colocados á retaguardia del ejército. Alejandro mandó también derribar los árboles de una selva próxima al río; hizo construir con ellos barcas al ejército, y montando en ellas, bajó por el Indo hasta el puente que con mucha antelación habían preparado Hefestión y Perdicas.

LIBRO QUINTO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Embajada de los habitantes de Nisa.

Alejandro penetró en la región que se extiende entre el Cofen y el Indo, donde se encuentra Nisa, fundada por Baco, vencedor de los Indios. Quién fué este Baco, y cuándo y de dónde trajo la guerra á la India, es cosa que no he podido averiguar. ¿Fué él nacido en Tebas y vino de esta ciudad, ó procedía de Tmolo, población de la Lidia? ¿Cómo habiendo atravesado otras belicosísimas naciones, ignoradas entonces de los Griegos, sólo sometió la de los Indios? Pero no conviene ir muy lejos en la investigación de las fábulas relativas á los Dioses. Las narraciones más increíbles, dejan de serlo, si los hechos se atribuyen á alguna divinidad.

Cuando Alejandro se presentó delante de Nisa, sus habitantes le enviaron una diputación de treinta distinguidos ciudadanos, presidida por el Príncipe Acufis, suplicándole en nombre de su dios, que respetase la libertad de la ciudad. Al llegar á la tienda del conquistador le hallaron sentado, cubierto todavía de

polvo, ceñido de sus armas, con el casco en la cabeza y la lanza en la mano, inspirándoles su vista tal temor, que se prosternaron en tierra y guardaron un largo silencio, hasta que, habiéndoles mandado Alejandro levantarse y tener buen ánimo, Acufis le habló de esta manera:

«Los Niseos te suplican, oh Rey, que, por respeto á Dionisio, les permitas vivir libres y autónomos, porque el mismo Baco, al regresar á Grecia después de la gloriosa conquista de la India, fundó con los aguerridos compañeros de su viaje esta ciudad, monumento perpetuo de sus triunfos, de igual suerte que tú has fundado una Alejandría en el Cáucaso, otra en Egipto, y otras muchas que llevan ya ó llevarán tu nombre, más glorioso que el de nuestra deidad. Baco, en memoria de su nodriza, llamó Nisa á esta ciudad, Nisea á toda la comarca, y al monte que domina sus baluartes, Meros (1), para recordar su mítica gestación en el muslo de Júpiter. Desde entonces los Niseos vivimos libres, autónomos, gobernándonos por nuestras leyes. En fin, para probarte que Baco fué nuestro fundador, te citaré un solo hecho: la yedra, desconocida en el resto de la India, crece abundantemente en nuestra región.»

CAPÍTULO II.

Condiciones en que obtienen la libertad.—Subida al monte Meros.

El discurso de Acufis agradó á Alejandro, pues deseaba que pasasen por ciertas todas las fábulas rela-

(1) Μηρὸς, muslo. Este nombre recuerda las circunstancias en que terminó la gestación de Baco y se verificó su nacimiento.

tivas á la expedición de Baco, y quería atribuirle la fundación de Nisa para hacer ver que, habiendo llegado hasta donde aquel dios, aun pensaba ir más allá, creyendo que esto, despertando en los Macedonios cierta emulación, les estimularía á seguirle con mayor placer. En su consecuencia, concedió á los Niseos su libertad y autonomía. Informándose después de su Constitución, supo qué era aristocrática, por lo cual, después de elogiarla, exigió que se le enviasen, á modo de rehenes, trescientos caballeros y cien de los trescientos nobles encargados de la gobernación. Acufis, que era de estos últimos, fué nombrado hiparco, y dícese que habiéndose sonreído al oir la petición del Rey, éste le preguntó el motivo, contestándole así: «¿Cómo, señor, habrá de gobernarse en lo sucesivo una ciudad privada de cien hombres de bien? Si algún interés te inspiramos, llévate trescientos caballeros, y más si te place, y en vez de exigirnos cien de los mejores, pídenos doscientos de los malos, y de este modo hallarás á tu regreso nuestra República en su pristino esplendor.» La prudencia de esta contestación agradó á Alejandro, que se contentó con los trescientos caballeros, y no exigió los cien nobles, ni otros en su lugar. Acufis le envió su hijo y un nieto.

Deseoso después de visitar los sitios en que estaban ciertos monumentos de Baco, orgullo del país, subió al monte Meros, seguido de la infantería de los Amigos y del Agema de los infantes, y lo encontró lleno de yedra, laurel y sombríos bosques, poblados de fieras de toda especie. Los Macedonios, contemplando con alegría las yedras, que no habían visto hacía mucho tiempo, pues ni aun donde crecen las vides se crían en la India, hicieron con ellas guirnaldas, coronáronse los cabellos y entonaron himnos á Baco,

invocándole bajo varias advocaciones. Alejandro le ofreció un sacrificio y celebró allí un banquete con sus amigos, en el cual, si es de creer el relato de algunos, muchos ilustres Macedonios, henchidos del espíritu del Dios, corrieron, como Bacantes, coronados de yedra.

CAPÍTULO III.

Crítica de algunas especies de Eratóstenes.—Llegada al Indo.

Dejo á cada uno en libertad de creer ó no el hecho antecedente, pero no participo de la opinión de Eratóstenes Cirineo, de que todos los honores tributados á Baco en aquella ocasión fueron un homenaje disimulado rendido á Alejandro. Este autor asegura también que, habiendo encontrado los Macedonios una caverna en el país de los Paropamisadas, ó por haberlo oído á los naturales, ó inventándola ellos mismos, hicieron correr la fábula de que en ella había estado encadenado Prometeo, sirviendo sus entrañas de ordinario pasto á una águila terrible, hasta que Hércules, matándola, devolvió la libertad al prisionero, traspasando así el Cáucaso, del Ponto al Oriente y á la región de los Paropamisadas, y dando á los montes de éstos el nombre de aquella cordillera, no más que por aumentar la gloria de Alejandro, suponiendo que la atravesó. Refiere asimismo que habiendo visto en la India unas vacas con una clava marcada á fuego, conjeturaron de esto que Hércules había llegado á aquel país. Igual crítica hace Eratóstenes de las expediciones de Baco. A mí me parece que debo dejar las cosas en su lugar.

Cuando Alejandro llegó al Indo halló terminado el puente por Hefestión y muchas naves pequeñas, dos triacónteros y los regalos de Taxilo, consistentes en doscientos talentos de plata, tres mil bueyes, más de diez mil ovejas y treinta elefantes. Este Príncipe le envió también para auxiliares setecientos caballos y le entregó su ciudad, que es la mayor que hay entre el Hidaspes y el Indo. Alejandro ofreció un sacrificio á los Dioses, según costumbre, y celebró juegos gímnicos y ecuestres. Los augurios le predijeron una feliz travesía.

CAPÍTULO IV.

Magnitud del Indo y de otros ríos de la India.—Carácter de los Indios.

El Indo, á excepción del Ganges, que también riega la India, es el río mayor de Europa y Asia. Nace en los montes del Paropamiso ó del Cáucaso y desagua en el Océano índico austral, por dos bocas pantanosas, á manera de las cinco del Ister, formando, como el Nilo, un delta, llamado *Pattala* (1) en la lengua del país. Estas son las noticias más verídicas que acerca del Indo he podido recoger. También riegan la India el Hidaspes, el Acesines, el Hidraotes y el Hífasis, que son en magnitud á los demás ríos del Asia, lo que

(1) *Pattala*, en sanscrito significa la *región baja* ó el *infierno*: y este nombre, ó quiere indicar el país regado por el Indo, en la parte más baja de su curso, á semejanza del *Bajo Egipto*, ó la sequía continua, el horrible calor y arenales abrasadores de aquella tierra.

el Indo es respecto á ellos; así como éste es tan inferior en caudal al Ganges, como aquéllos á él. Ctesias, si algo vale el testimonio de este autor, asegura que el río de que hablamos mide cuarenta estadios de anchura en los puntos más estrechos y cien en los más anchos, siendo la distancia media de sus orillas la cifra que se halla entre las dos nombradas.

Alejandro, con todo su ejército, lo pasó al amanecer. Nada diré aquí de la India, de sus leyes é instituciones, de los animales monstruosos que en sus tierras se hallan, de los peces y cetáceos que se crían en el Indo, en el Hidaspes, en el Ganges y en otras corrientes, ni menos de sus hormigas elaboradoras del oro, y de los grifos que las guardan. Todas estas fábulas, distantes cien leguas de la verdad, no se han escrito para instrucción, sino para deleite, y sin embargo, los autores las inventan estupendas, porque saben que no ha de ser fácil probar su falsedad. Alejandro y sus compañeros de milicia ya desmintieron muchas de estas especies, aunque algunos no dejaron de fingirlas también. Al recorrer las Indias en muy considerable extensión, se aseguraron, en efecto, de que sus habitantes ni tenían oro ni vivían con lujo y esplendidez. Los Indios tienen estatura prócer, midiendo la mayor parte cinco codos ó algo menos de altura; son los más negros de los hombres, fuera de los etiopes, y lo mismo que en talla, aventajaban en belicosidad á todos los pueblos asiáticos. Yo no sé si compararlos á los antiguos Persas, cuyo valor, dirigido por Ciro, hijo de Cambises, arrebató á los Medas el Imperio del Asia y sometió, de grado ó por fuerza, otras naciones, porque entonces eran pobres, vivían en un país inculto, bajo instituciones muy semejantes á las lacedemonias, y aunque fueron derrotados por los Escitas, no puede asegurarse de plano

si este desastre se debió á las desventajas del terreno ó á una falta de Ciro más bien que á la belicosa inferioridad.

CAPÍTULO V.

Digresión sobre el Tauro y el Cáucaso y los ríos que en ellos nacen.

Me propongo reunir en un trabajo especial sobre la India (1) las noticias más verídicas y dignas de atención que acerca de ella debemos, ya á los compañeros de Alejandro, ya á Nearco, que recorrió el Océano índico, ya, en fin, á Megástenes y Eratóstenes, escritores fidedignos. En él trataré de sus leyes é instituciones, de sus animales maravillosos, y de los detalles del viaje de circunnavegación; aquí me limitaré á referir las empresas de Alejandro.

La cordillera del Tauro se ramifica por todo el Asia: principia en el promontorio de Micala, frente á Samos, corta la Panfilia y la Cilicia y se extiende por la Armenia; de ésta pasa á la Media, más allá de los Partos y Corasmios; cerca de la Bactriana se une al Paropamiso, llamado Cáucaso por los Macedonios, con objeto de realzar las hazañas de su Rey, dando á entender que Alejandro había pasado aquella montaña, que quizá se una al Cáucaso de Escitia, extendiéndose como el Tauro, por lo cual yo le conservaré este nombre, con que ya antes lo he designado. Este Cáucaso, pues, se adelanta hacia el Este hasta el Océano índico.

(1) La obra especial á que alude el autor ha llegado hasta nosotros con el título APPIANOΥ INΔΙΚΗ, y comprende un solo libro, dividido en 43 capítulos, llenos de curiosas noticias.

Todos los ríos notables del Asia nacen del Cáucaso ó del Tauro. Los que van hacia el Norte desembocan unos en el Palus Meótides, y otros en el mar de Hircania, golfo del Océano (1). Los que corren hacia el Sur, como son el Eufrates, el Tigris, el Indo, el Acesines, el Hidraotes, el Hífasis y los intermedios entre éstos y el Ganges, desaguan en el mar, ó se pierden como el Eufrates en pantanosas lagunas.

CAPÍTULO VI.

División de Asia. — Límites de la India. — Formación de sus llanuras.

El Asia está, pues, cortada de Este á Oeste por el Cáucaso y el Tauro, que la dividen en dos grandes partes, Meridional y Septentrional, hacia los vientos Noto y Bóreas, respectivamente. La primera se subdivide en cuatro regiones, de las cuales la India es la mayor, según Eratóstenes y Megástenes. (Este último cuando vivió en compañía de Sibirtio, sátrapa de la Aracosia, cuenta que hizo frecuentes viajes á la corte de Sandracoto, rey de los Indios.) La menor se extiende entre el Eufrates y el Mediterráneo, y las dos restantes, situadas entre el Eufrates y el Indo, no tienen, reunidas, la extensión de la primera. Los límites de ésta son al Oriente y Mediodía, el Eritreo; al

(1) Este error geográfico, que también se encuentra en Quinto Curcio, indujo probablemente á Artemidoro á suponer el mar Caspio próximo al Océano, y á los habitantes de sus costas finítimos de los Persas, disminuyendo nada menos que en cinco grados de latitud la extensión del Asia comprendida entre el Caspio y el Océano índico.

Norte, el Cáucaso hasta su unión con el Tauro; y al Occidente, el Indo hasta su desagüe en el Océano, formando en su mayor parte extensas llanuras procedentes, al parecer, de los aluviones de los ríos, como ha sucedido frecuentemente cerca de las costas con muchas planicies debidas á la tierra acumulada por las aguas fluviales, que han llegado hasta á darles su nombre desde muy antiguo: así se llama llano del Hermo, el formado por este río, que naciendo en el monte de Cibeles Dindimeno, en Asia, desemboca cerca de la ciudad Eólica de Esmirna; así hay otro llano del Caistro en Lidia, otro del Caico en Misia, otro del Meandro en Caria hasta la jónica Mileto, que deben su denominación á los ríos respectivos. El Egipto, según Herodoto y Hecateo, suponiendo que sean de éste los escritos que de aquel país se le atribuyen, el Egipto es un don del Nilo (1), como con solidísimos argumentos lo demuestra el primero de estos historiadores, haciendo ver que el río dió nombre á toda la comarca que recorre. En efecto, el hoy llamado Nilo por naturales y extranjeros, se llamaba Egipto antiguamente, como lo prueba el testimonio de Homero, al decir que las naves de Menelao llegaron á las bocas del Egipto. Si algunos ríos pequeños arrastran desde sus altas fuentes hasta el mar bastante cantidad de limo y fango para aumentar considerablemente los terrenos que cruzan, no es increíble que los llanos de la India se hayan formado también por aluvión; y cuenta que el Hermo, el Caistro, el Caico, el Meandro y los demás ríos del Asia que van al Mediterráneo, aunque se juntasen en uno, no pueden competir en caudal de aguas con cualquiera de la India, y mucho menos con el inmenso Ganges, más

(1) Herodoto, II, 5.

caudaloso que el Nilo de Egipto y el Ister europeo, ni con el Indo que, ya grande en sus fuentes, desagua conservando su nombre en el Océano, acrecentado por quince afluentes, los mayores del Asia; pero ahora basta con esto acerca de los Indios; lo demás se tratará en la especial historia de esta tierra.

CAPÍTULO VII.

Digresión sobre el paso del Indo.

Ni Tolomeo ni Aristobulo, á quienes principalmente sigo, dicen cómo fué construído el puente para atravesar el Indo. Yo no me atrevo á asegurar si se hizo de barcas, como el de Jerjes en el Helesponto y el de Darío en el Bósforo y el Ister, ó si fué fijo y continuo. Sin embargo, me inclino á creer lo primero, pues ni la profundidad del agua permitiría un puente en regla, ni tamaña obra hubiera podido llevarse á cabo en tan escaso tiempo. Tampoco tengo averiguado si de adoptarse el primer procedimiento fueron atando las barcas unas á otras por medio de cables hasta tocar las dos orillas, como refiere Herodoto de Halicarnaso que se hizo en el Helesponto, ó en la forma usada por los Romanos para atravesar el Rhin y el Ister, y que aun hoy emplean cuantas veces necesitan pasar el Tigris ó el Eufrates. Este modo de construir puentes es el más rápido y fácil que conozco, así es que voy á describirlo, por ser verdaderamente digno de tenerse en cuenta.

A una señal convenida se abandonan al agua las barcas, pero no en línea recta, sino oblicuamente, como si estuvieran sujetas por la popa, la corriente,

como es natural, se las lleva, pero se las conduce á fuerza de remos hasta llegar al sitio designado. Una vez en éste, la proa de cada barca se llena de cestones cónicos de mimbre, atestados de piedras, cuyo peso la hace resistir la fuerza de la corriente. Asegurada una se coloca junto á ella otra, á la distancia conveniente, con la proa opuesta al curso del río, y ambas se unen inmediatamente por medio de vigas, enlazadas á su vez por tablones trasversales. Hácese lo mismo con todas las barcas hasta completar el puente, cuya unión con la orilla se verifica por medio de una rampa que al mismo tiempo que facilita el paso de los caballos y bagajes, da más seguridad á la construcción. La obra se termina en poco tiempo y en medio del mayor tumulto, sin que las voces de los trabajadores ni las reprensiones á los perezosos impidan dar ni recibir todas las órdenes

CAPÍTULO VIII.

Entrada en Taxila. — Marcha hácia el Hidaspes. — Posiciones de Poro

Este es el procedimiento empleado por los Romanos desde muy antiguo. Yo repito que no me consta cómo fué hecho el puente de Alejandro, pues nada dicen sus compañeros de armas; pero me inclino á creerlo semejante al que he descrito; si no, sería otro que desconozco.

Pasado el río, ofreció Alejandro un sacrificio, según la costumbre patria, y llegó á Taxila, ciudad opulenta y populosa, la mayor de cuantas hay entre el Indo y el Hidaspes. El hiparco Taxilo y los Indios le reci-

bieron con grandes muestras de amistad, otorgándoles el Príncipe cuantas tierras de las comarcanas le pidieron. Abísaro, rey de los Indios montañeses, envió á Taxila una embajada compuesta de personajes del país y presidida por su propio hermano; y algunos otros le trajeron presentes del príncipe Doxareo. Alejandro volvió á ofrecer los sacrificios rituales, y celebró juegos gímnicos y ecuestres; nombró á Filipo, hijo de Macata, sátrapa de aquella región, y dejando de guarnición los soldados inútiles por enfermedad, marchó hacia el Hidaspes.

Poro, en efecto, resuelto á impedirle el paso ó á combatirle si conseguía verificarlo, le esperaba con todo su ejército al otro lado de este río. Sabido lo cual, Alejandro hizo retroceder á Ceno, hijo de Polemócrates, enviándole al Indo, con orden de desunir las barcas que habían servido para atravesarlo, y traerlas al Hidaspes. Cumplidos sus mandatos, dividió en dos partes las más pequeñas, y en tres las de treinta remos, haciéndolas trasportar en carros á la margen del Hidaspes; donde fueron recompuestas y puestas á flote, dirigiéndose al río Alejandro con todas las tropas que había traído á Taxila y cinco mil Indios, mandados por Taxilo y los principales del país.

CAPÍTULO IX.

Dificultades para pasar el Hidaspes.

Alejandro puso su campamento en la orilla del Hidaspes, apareciendo en la opuesta todas las tropas y elefantes de Poro, que guardaba en persona el paso frente á los reales macedonios, y había destacado fuer-

zas á los sitios más vadeables, con orden de oponerse á toda tentativa de atravesar el río. En vista de estas disposiciones, Alejandro determinó enviar también su ejército á varias partes para poner en confusión al Rey indio. Dividió, pues, sus tropas en muchos cuerpos, destacándoles á diferentes puntos, unos á devastar el país enemigo, otros á explorar los parajes vadeables, después de haberles nombrado comandantes nuevos. Al propio tiempo reunía en su campamento provisiones inmensas sacadas del territorio aquende el Hidaspes, con objeto de hacer creer á Poro que iba á detenerse allí hasta que en el invierno, menguada el agua, se pudiese pasar por diferentes esguazos. Por otra parte, las barcas llevadas de un lado á otro, las pieles de las tiendas rellenas de paja, y la caballería y la infantería derramadas por toda la ribera, tenían á Poro sobre manera cuidadoso y solícito, y sin saber qué partido adoptar para la defensa de su puesto. Añadíase á esto lo crecidos, rápidos y turbulentos que bajaban entonces los ríos de la India, engrosados por las frecuentísimas lluvias que allí caen en el solsticio del verano, y por el deshielo de las nieves del Cáucaso, donde nacen tantas corrientes. Mientras en invierno menguan notablemente y pueden atravesarse á pie, menos el Indo, el Ganges y quizá algún otro. El Hidaspes es de los primeros.

CAPÍTULO X.

Astucia de Alejandro.

Alejandro había divulgado la noticia de que si le impedían el paso aguardaría hasta aquella estación, y mientras tanto buscaba un medio de verificarlo

cuanto antes, sin ser visto por los enemigos. Desconfiando, pues, de poder atravesar el Hidaspes en el punto defendido por Poro, cuyas numerosas, perfectamente armadas y bien dispuestas tropas habrían de acometer á las suyas cuando saliesen del río, y sobre todo por la multitud de elefantes, cuyo aspecto y gritos dificultarían sobre manera el paso de los caballos á la orilla opuesta, y aun en medio del tránsito podrían desde las pieles de trasporte hacerles saltar al agua atónitos y espantados ante tan mostruosos animales, se convenció más y más de la necesidad de acudir á la astucia, tomando las siguientes disposiciones. Grandes destacamentos de su caballería se acercaban de noche al río por diferentes partes, y con voces de mando, gritos y sonidos de trompetas, producían el mismo tumulto que si fuese á verificarse el paso. Poro acudía entonces con sus elefantes al lugar opuesto, y Alejandro le iba acostumbrando poco á poco á estas alarmas; así es que habiéndose repetido muchas veces, y no pasando nunca de clamores, el Indio dejó de moverse contra las incursiones de los caballos, y permanecía en su campamento, limitándose á tener una serie de escuchas en muchos sitios de la margen. Después de haber hecho perder á Poro el miedo á las excursiones nocturnas, Alejandro pensó ya en realizar su proyecto.

CAPÍTULO XI.

Disposiciones de Alejandro para pasar el Hidaspes.

Había en la orilla del Hidaspes, en un sitio en que el cauce se tuerce bruscamente, una roca cubierta de diferentes clases de árboles, y junto á ella, an

medio del río, una isla solitaria, también con vegetación exuberante.

Reconociéndolas Alejandro desde la opuesta orilla, las creyó acomodadas por su selvosidad para ocultar el paso del ejército, y determinó verificarlo por aquella parte. La roca y la isla distaban del campamento principal ciento cincuenta estadios. A lo largo de la orilla dispuso centinelas, distantes entre sí lo suficiente para poder trasmitir fácilmente las órdenes; y durante muchas noches hizo repetir en diversos puntos los fuegos y clamores.

El día destinado al paso hizo en sus reales todos los preparativos á vista de los contrarios. Crátero, con la caballería de su mando y la de los Aracotos y Paropamísadas, la falange de los Macedonios, las tropas de Alcetas y Polisperconte, y los cinco mil Indios con sus jefes, debía quedarse en el campamento, con orden de no atravesar el río hasta que Poro saliese contra él al frente de su fuerza, y fuese dispersado y vencido. «Si el Indio, añadió, se dirige contra mí con una parte de su ejército, dejando la otra con los elefantes en su campo, no te muevas; pero si acomete con todos los elefantes, dejando parte de sus tropas, pasa inmediatamente, pues sólo aquellos animales dificultan el tránsito de la caballería; las demás fuerzas no importan.»

CAPÍTULO XII.

Continuación del anterior.

Estas órdenes dió á Crátero. Meleagro, Atalo y Gorgias, con la caballería y la infantería de los mercenarios, recibieron la de permanecer en el punto in-

termedio entre la isla y el campamento principal, donde aquel General quedaba, y pasar el río por destacamentos cuando viesen á los Indios empeñados en la batalla.

Él, con el Agema de los Amigos, la caballería de Hefestión, Perdicas y Demetrio, la de los Bactrianos, Sogdianos y Escitas, la de los arqueros Daos, los hipaspistas de la falange, las compañías de Clito y Ceno, los arqueros y los Agrianos, se alejó bastante de la orilla para ocultar su marcha al enemigo y se dirigió á la isla y á la roca por donde había de efectuarse el tránsito. Durante la noche fueron rellenadas de paja y cosidas cuidadosamente las pieles traídas mucho antes, y una tempestad que se desató vino muy oportunamente á cubrir con el estampido de los truenos y el estruendo de la lluvia el ruido de las armas y de las voces de mando. La mayor parte de las barcas partidas, y las de treinta remos también habían sido llevadas á aquel sitio y escondidas en la espesa selva. Al amanecer, calmada la lluvia y sosegado el viento, pasaron á la isla todos los caballos é infantes que pudieron acomodarse en pieles y barcas, de manera que cuando les vieron los atalayas de Poro, ya les faltaba poco para tocár la orilla opuesta.

CAPÍTULO XIII.

Paso del Hidaspes.

Alejandro se embarcó en una de las naves de treinta remos, y pasó con sus guardias personales Tolomeo, Perdicas y Lisímaco, con Seleuco del cuerpo de Amigos, que más tarde fué rey, y la mitad de los

hipaspistas; la otra mitad iba separadamente, pero también en un triacóntero. El ejército, dejando atrás la isla, empezó á dirigirse á la orilla á vista ya del enemigo, y al distinguirlo las atalayas partieron á galope á comunicárselo á Poro. En tanto Alejandro, que saltó el primero á tierra, fué formando la caballería á medida que desembarcaba de los otros triacónteros, pues tenía orden de pasar la primera, y se adelantó con ella, dispuesta en batalla. Mas vió que por ignorancia del terreno había desembarcado en otra isla mucho más grande, separada de la orilla por estrecho canal aumentado tan considerablemente por la copiosa y continua lluvia de la noche anterior, que la caballería no hallaba ningún punto vadeable, llegándose á temer que este nuevo tránsito fuese tan dificultoso como el primero. Pero al fin se halló un esguazo y pudieron pasar aunque trabajosamente, pues el agua, en su mayor hondura, les llegaba al pecho á los infantes, y hasta la cabeza á los caballos.

Atravesado el río, colocó Alejandro el Agema de su caballería y la flor de las hiparquías restantes en el ala derecha, precedidos todos de los arqueros de á caballo: á continuación puso primero los hipaspistas reales de Seleuco, luego el Agema real, y, en fin, los restantes hipaspistas, todos en el punto que les había tocado. Los Agrianos, los arqueros y los honderos fueron destinados á cubrir los extremos de la falange.

CAPÍTULO XIV.

Ataque y derrota del hijo de Poro.

Formado así el ejército, dejó detrás de sí seis mil infantes que debían seguirle en orden y á paso lento,

y confiado en la superioridad de su caballería corrió al enemigo al frente de cinco mil caballos, mandando al toxarca Taurón que viniese inmediatamente á ayudarle con los arqueros. Pensaba, en efecto, que si le acometía Poro con todas sus fuerzas, podría arrollarle sin dificultad con la caballería, ó á lo menos sostener el ataque hasta la aproximación de los infantes; y si los Indios, espantados por su audacia, se daban á la fuga, perseguirles de cerca y hacer en los fugitivos tan atroz matanza, que quedasen muy pocos para otro combate.

Cuenta Aristobulo que el hijo de Poro llegó con sesenta carros á la orilla antes de que Alejandro hubiera salido de la isla grande y que hubiera podido impedirle el paso, de suyo dificultoso aun sin oponerse nadie, sin más que mandar apearse á su gente de los carros y atacar á los vadeantes; pero que se alejó sin resistencia, permitiendo á Alejandro destacar contra él los arqueros de caballería, que le causaron en la fuga algunas bajas. Otros dicen que entre los soldados del hijo de Poro y la caballería del Monarca macedonio hubo un encuentro al salir ésta del río, siendo mucho más numerosas de lo que Aristobulo dice las tropas del Príncipe indio, el cual consiguió herir á Alejandro y matarle su queridísimo Bucéfalo. Pero Tolomeo, hijo de Lago, á cuya opinión asiento, cuenta las cosas de otra manera. Poro destacó, en efecto, á su hijo, pero no con sesenta carros solamente, pues no es verosímil que conociendo por los vigías el paso de Alejandro en persona, ó á lo menos de parte de su ejército, hubiera ido á enviar al Príncipe con semejantes fuerzas, excesivas y pesadas tratándose de una simple exploración, diminutas y deficientes para rechazar á los Griegos ó combatirlos. Dos mil caballos y ciento veinte carros fueron, según el

citado escritor, los que trajo á sus órdenes, pero llegó cuando Alejandro había franqueado ya el último vado.

CAPÍTULO XV.

Poro sale al encuentro de Alejandro. — Orden de batalla del ejército indio.

Alejandro, según el mismo Tolomeo, destacó primeramente contra el Indio los arqueros montados, y se puso al frente de la caballería, pues tomó los caballos que se acercaban por la vanguardia de Poro, que se le venía encima con todo el ejército. Mas cuando por sus exploradores supo con exactitud el número de enemigos, acometiólos impetuosamente con su caballería, y los dispersó atacándolos con los escuadrones formados en columna en vez de extendidos en batalla. Los Indios perdieron cuatrocientos hombres, entre ellos el hijo de Poro, y dejaron en poder del enemigo los carros y caballos, que no pudieron utilizarse en la acción ni huir rápidamente á causa de lo fangoso del terreno.

Cuando los soldados fugitivos anunciaron á Poro la muerte de su hijo y la llegada de Alejandro con sus principales fuerzas, dudó si salirle al encuentro, pues veía que en el campamento principal, Crátero daba también señales de intentar el paso. Mas al fin decidióse á partir con todo su ejército al punto en que el Macedonio se hallaba con la flor de los suyos, pero dejando en su campo un pequeño destacamento y algunos elefantes para contener y atemorizar en la orilla á los caballos de Crátero. Marchó, pues, contra

Alejandro al frente de sus cuatro mil caballos, de sus trescientos carros, de doscientos elefantes y de los treinta mil infantes útiles para el servicio, y al llegar á un campo limpio de lodo, cuyo suelo de compacta arena se prestaba á las maniobras de la caballería, hizo alto y dispuso su ejército en el orden siguiente: en primera línea los elefantes, extendidos delante de toda la falange de infantería á distancia de cien pies unos de otros, para espantar á los caballos enemigos, pues pensaba que ni la caballería por el terror de sus monturas, ni mucho menos la infantería, amenazada á un tiempo por los soldados de la segunda línea y por aquellos cuadrúpedos enormes, se atreverían á penetrar en los intervalos. En segundo término la infantería, pero no paralelamente á la línea de elefantes, sino avanzando entre los huecos que éstos dejaban, y extendiéndose más allá hacia las alas; y en éstas la caballería, protegida por los carros.

CAPÍTULO XVI.

Preliminares de la batalla.

Tal era la disposición del ejército de Poro. Cuando Alejandro lo vió formado en batalla, mandó hacer alto á sus caballos hasta que fuese llegando la infantería, y una vez reunida la falange, que vino á la carrera, no la llevó inmediatamente al combate, sino que para darles lugar á reponerse y no lanzarla fatigada y jadeante contra los Indios, hizo caracolear la caballería frente al ejército bárbaro. Observando la disposición de éste y comprendiendo la intención de Poro, determinó no atacar el centro, defendido por

los elefantes y la apretada falange intermediaria, sino, aprovechando la superioridad de su caballería, acometerle de flanco. Al frente, pues, del mayor destacamento se dirigió hacia el ala izquierda de Poro en actitud de acometerle, y envió contra la derecha á Ceno, con sus escuadrones y los de Demetrio, encargándole que cuando los Indios le hiciesen frente, les atacase por la retaguardia. Seleuco, Antígenes y Taurón fueron encargados del mando de la falange, con orden de no moverse hasta que la caballería hubiera puesto en desorden todas las tropas bárbaras.

Ya á tiro de flecha, Alejandro destacó contra la izquierda enemiga unos mil arqueros montados, cuyas escaramuzas é innumerables dardos debían empezar á desordenarla; y él, con la caballería de los Amigos, corrió á atacarla de flanco antes de que repuesta de la primera agresión consiguiera reorganizarse.

CAPÍTULO XVII.

Batalla. — Desorden causado por los elefantes. — Derrota de los Indios.

En tanto los Indios, reuniendo toda su caballería, se preparaban á sostener el choque de la de Alejandro, cuando Ceno, cumpliendo la orden recibida, apareció sobre su retaguardia, obligándoles á dividirse en dos secciones, una de las cuales, compuesta de los escuadrones más numerosos y bravos, se dirigió contra el Rey, y la otra se revolvió sobre Ceno. Aprovechando Alejandro el desorden que en las filas y ánimos del enemigo produjo inmediatamente este movimiento, cargó, mientras la división se verificaba, sobre

la caballería que le hacía frente, la cual, no pudiendo resistir su empuje, huyó á resguardarse con los elefantes como detrás de una muralla amiga. Los conductores de estos animales los concitaron contra los escuadrones de Alejandro; pero la falange macedonia los envolvió en una nube de flechas lanzadas de todas partes. La batalla no tuvo punto de semejanza con ninguna de las anteriores. Los elefantes lanzados contra la infantería rompieron por donde quiera la apretada falange: la caballería india, viendo el conflicto de los peones, cargó otra vez á la de Alejandro, que, muy superior en táctica y en fuerza, consiguió de nuevo rechazarla hasta los elefantes. Reunidos entonces, no por orden del Rey sino por las peripecias del combate, los escuadrones macedonios en un solo cuerpo, cayeron sobre las filas bárbaras con matanza espantosa. Los elefantes, oprimidos por todos lados, no causaron menos daño á los suyos que á los contrarios, aplastando al revolverse á cuantos encontraban; la caballería india, arrinconada contra ellos, tuvo bajas sin cuento. Muertos á flecha casi todos los conductores, heridos ó fatigados y faltos de guías aquellos cuadrúpedos enormes, é irritados y enfurecidos por el dolor, no guardaron ya ningún orden, lanzándose indistintamente sobre amigos y enemigos, atropellando, pisoteando y destruyéndolo todo. Los Macedonios, con mayor espacio para desenvolverse abrían paso á las fieras y en seguida las acribillaban á flechazos; pero los Indios que estaban á su alrededor sufrieron incalculables daños. Al fin, cuando rendidos los elefantes empezaron á cejar lanzando rugidos y retrocediendo pesadamente como galeras sujetas por la popa, Alejandro, rodeando de pronto con su caballería todos los enemigos, mandó á su infantería formar apretadamente la falange y caer en esta dis-

posición sobre los Bárbaros. Casi todos los caballos indios, envueltos por esta maniobra, quedaron tendidos en el campo; y los infantes, acometidos en todas direcciones, también sufrieron infinitas bajas, huyendo los demás por un hueco que dejó la caballería macedonia.

CAPÍTULO XVIII.

Pérdidas de ambos ejércitos.—Valor y nobleza de Poro.

En tanto, Crátero y los demás Generales que con él quedaron en la orilla del Hidaspes, viendo la completa victoria de Alejandro, habían atravesado el río, y causaron no menor mortandad en los fugitivos bárbaros, al perseguirles con tropas de refresco.

Los Indios perdieron en esta batalla cerca de veinte mil infantes, dos mil caballos, y todos los carros, muriendo además dos hijos de Poro; Espitaces, gobernador de aquella provincia; todos los conductores de elefantes y carros, y todos los jefes de infantería y caballería. Los elefantes que no perecieron en el combate, cayeron en poder de Alejandro, cuyas bajas fueron ochenta de los seis mil infantes y diez de los arqueros montados que principiaron la acción; veinte de la caballería de los Amigos, y doscientos de la restante.

Poro se condujo en esta batalla como un héroe, cumpliendo no sólo los deberes de general, sino los de valiente soldado. Al ver la matanza de su caballería, la muerte ó el desorden de sus elefantes y la casi total pérdida de su infantería, lejos de huir el primero como el gran rey Darío, se mantuvo firme y

luchando mientras resistió alguno de los suyos; pero al fin, herido en el hombro derecho, única parte de su cuerpo que llevaba desnuda, pues la resistencia y exquisita labor de su coraza, como después se vió, habían rechazado todas las flechas, se retiró sobre su elefante. Alejandro, deseando salvar á quien tan esforzado y valiente se había mostrado en la pelea, le envió el indio Taxilo. Mas cuando éste se le acercó cabalgando, tan cerca como lo permitía la necesidad de precaverse del elefante, suplicándole que se parase y oyese la oferta de Alejandro, de quien ya no podía librarse, Poro, á la vista de su antiguo enemigo se volvió contra él para atravesarle con la lanza, y le hubiera quizá muerto de no evitarlo, gracias á la rapidez de su caballo. El caudillo macedonio, lejos de tomar á mal esta conducta, le envió nuevos diputados, entre ellos el indio Meroe, antiguo amigo de Poro. El Monarca, cediendo al ruego de la amistad y á la sed ardiente que le sofocaba, paró al fin y se apeó del elefante, y después de beber y refrescarse mandó que le llevasen á Alejandro.

CAPÍTULO XIX.

Alejandro devuelve á Poro sus Estados.—Fundación de Nicea y Bucéfala.

Cumplióse su mandato; y al saber Alejandro su llegada salió de las filas, se adelantó á su encuentro con algunos Amigos, y parando su caballo contempló admirado á aquel Indio de estatura prócer, mayor de cinco codos y de figura majestuosa, en la cual no se notaba señal alguna de abatimiento, pues Poro se

acercaba como un valiente guerrero á otro valiente guerrero, como un rey que ha defendido su reino á otro rey que se lo ha conquistado. Alejandro le dirigió primero la palabra. «¿Cómo quieres que te trate? le dijo.—Como Rey, contestó Poro.—Eso es incumbencia mía, replicó aquél encantado de la respuesta; pídeme tú lo que te agrade.—Ya te lo he dicho todo.» Esta nueva contestación agradó sobremanera á Alejandro, que devolvió al Indio su reino, y aun añadió algunas provincias á las de su primitivo mando, tratando con regia generosidad á aquel magnánimo varón, que en adelante fué su más fiel amigo.

Así terminó la batalla contra Poro y los Indios de allende el Hidaspes, librada en el mes Muniquión (1), siendo Hegemón arconte de Atenas.

Alejandro fundó dos ciudades, una en el punto donde había pasado el río, y la otra en el campo de batalla. Esta recibió el nombre de Nicea (2) para recuerdo de la victoria conseguida, y aquélla el de Bucéfala, en memoria del caballo que montaba. Bucéfalo espiró en aquel sitio, sin herida alguna, agobiado por las fatigas y los años, pues tenía treinta cuando le llegó la muerte (3), y había sufrido infinitos trabajos y afrontado mil peligros al servicio de Alejandro, único jinete que consentía. Era de gran alzada, nobilísima índole, pelo negro, notable según unos por su cabeza parecida á la del buey, de donde le vino el nombre, ó según otros, por una mancha blanca de aquella forma, que se destacaba en su frente sobre el oscuro fondo del pelaje. Habiéndolo perdido Alejandro en el país de los Uxios, publicó un

(1) Correspondía próximamente á nuestro abril.

(2) *Nicea*, en efecto, se deriva de νίκη, *victoria*.

(3) Según esta cuenta, Bucéfalo tendría unos diez y seis años cuando lo domó Alejandro, lo cual es increíble.

edicto, amenazando pasar á cuchillo á todos los habitantes si no le devolvían su caballo. Tanto quería á este animal y tanto terror inspiraba á los Bárbaros, que fué inmediatamente obedecido. Apunto todos estos detalles sobre el Bucéfalo por lo enlazados que están á la historia de Alejandro.

CAPÍTULO XX.

Excursión al país de los Glaucanicos ó Glaucos. — Ofrecimientos de Abísares.—Sublevación de los Asacenos.—Paso del Acésines.

Alejandro sepultó con la debida honra los muertos en la batalla; ofreció á los Dioses los acostumbrados sacrificios por el reciente triunfo; celebró juegos gímnicos y ecuestres á la orilla del Hidaspes, en el punto á donde pasó primero con su ejército; dejó á Crátero con parte de las tropas para la edificación y amurallamiento de las nuevas ciudades, y partió contra los Indios fronterizos del reino de Poro, llamados Glaucánicas por Aristobulo, Glausas por Tolomeo, que el nombre me importa poco. Entróse, pues, por sus tierras con la mitad que le quedaba de la caballería de los Amigos, la flor de la infantería de cada falange, los arqueros de á pie, los Agrianos y todos los arqueros montados, consiguiendo la rendición inmediata de todos los naturales. Hízose dueño de treinta y siete ciudades, con cinco mil habitantes la que menos y con más de diez mil bastantes, y de muchísimas aldeas, cuya población no desmerecía de las anteriores, agregando todas estas conquistas al reino de Poro, á quien consiguió reconciliar con Táxilo, que regresó después á sus estados.

Por entonces recibió una embajada de Abísares, que

le sometía su persona y su reino. Este Príncipe había pensado reunir sus tropas á las de Poro antes de la victoria de Alejandro, y ahora ofrecía al vencedor riquezas y cuarenta elefantes, que traían su hermano y los altos dignatarios de la corte. Llegaron también diputaciones de los Indios autónomos y de otro Poro, hiparca de la India. Alejandro mandó á Abísares presentarse inmediatamente en persona, amenazándole con darle que sentir si le obligaba á ir en su busca al frente del ejército.

Presentóse también Fratafernes, sátrapa de los Partos y de Hicarnia, con los Tracios que le había dejado Alejandro, y unos enviados de Sisicoto, sátrapa de los Asacenos, anunciando la defección de éstos y el asesinato de su hiparca. Alejandro envió contra ellos á Filipo y Tiriaspes al frente de un ejército encargado de someterlos y gobernarlos.

Él continuó hacia el Acésines, único río de la India descrito por Tolomeo. Según este historiador, mide quince estadios de anchura en el punto en que le atravesó Alejandro valiéndose de barcas y de pieles; su corriente es rapidísima, y el cauce está erizado de grandes y ásperos peñascos, contra los cuales, cubriéndose de blanca espuma, se estrella estrepitosamente el agua. Los que le pasaron sobre pieles no sufrieron accidente alguno; pero muchos de los que iban en las barcas perecieron al romperse contra aquellos escollos. De esto se desprende que no andan tan lejos de la verdad los escritores que dan al Indo cuarenta estadios en los lugares más anchos y quince en los más estrechos y por ende más profundo de su curso, la cual es su anchura ordinaria.

Yo creo que Alejandro elegiría para atravesar el Acésines el punto más ancho y por consiguiente el de menos rápida corriente.

CAPÍTULO XXI.

Paso del Hidraotes.

Pasado el río, dejó á Ceno con un destacamento en la orilla para proteger el tránsito del ejército restante, que había ido á proveerse de trigo y otros víveres en las comarcas sometidas. Envió á Poro á sus estados, encargándole que le reuniese los Indios más belicosos y elegidos y todos los elefantes posibles y se le presentase con ellos, y al frente de las tropas más ligeras emprendió la persecución del otro Poro, hombre perverso, cuya fuga de las tierras de su mando acababa de serle comunicada. Este tal, cuando Alejandro se hallaba en guerra con su homónimo, le había enviado una embajada sometiéndole su persona y reino, más por odio á su rival, que por sincero afecto al Macedonio; pero cuando vió que éste le devolvía sus estados con considerables aumentos, huyó de los suyos, más temeroso del otro Poro que del conquistador, arrastrando consigo cuantos pudo persuadir á la defección.

Alejandro salió en su seguimiento y llegó al Hidraotes, otro río de la India, tan ancho como el Acésines, pero de menos rápida corriente. Puso guarniciones en los sitios más importantes del territorio que aquél riega para proteger la vuelta de Ceno y Crátero, enviados á devastar la comarca. Destacó después á Hefestión á la cabeza de un cuerpo de ejército compuesto de dos falanges de infantería, su propia hiparquia y la de Demetrio y la mitad de los arqueros, con orden de penetrar en los estados del Poro fugitivo y

de subyugar todos los pueblos autónomos ribereños del Hidraotes, y de agregarlos al reino del Poro amigo. Pasó á seguida aquel río con menos dificultad que el Acésines, y avanzando más en el país, sometió muchas poblaciones, unas por capitulación, otras por la fuerza de las armas.

CAPÍTULO XXII.

Expedición contra los Cateos, los Oxídracas y los Malos.

En esto, supo que algunos Indios independientes, entre ellos los Cateos, estaban dispuestos á resistir con las armas su invasión, y que solicitaban al efecto la alianza de otros pueblos finítimos, igualmente autónomos, pensando reunirse en una ciudad muy fuerte.

Llamábase ésta Sangala, y los Cateos pasaban por muy valientes y entendidos en cosas militares, habiendo logrado atraerse los Oxídracas y Malos, contra los cuales Abísares y Poro, combinando sus tropas y secundados por las de otros Indios, habían poco antes hecho una expedición inútil á pesar del lujo de fuerzas desplegado.

Partió, pues, Alejandro inmediatamente contra los Cateos, y al segundo día de marcha llegó á la ciudad de Pimprama, ocupada por los Adraístas, que al punto capitularon. Dió al siguiente día descanso á la tropa, y marchó al tercero á Sangala, ante la cual los Cateos y sus aliados estaban apercibidos al combate en una eminencia no muy escarpada, cuyo centro ocupaban los reales, rodeados á modo de empalizada de una triple barrera de carros. Después de reconocer la na-

turaleza del terreno y el número de enemigos, dispuso su ejército en la forma que le pareció más conveniente, destacando desde luego contra los Indios los arqueros montados, con el doble objeto de impedir con sus maniobras y disparos que le atacasen sin haber acabado de formar su gente, y de causarles bajas dentro de sus propias fortificaciones antes de que se empezase el combate. A seguida colocó en el ala derecha el Agema de la caballería, más la hiparquía de Clito; á continuación los hipaspistas é inmediatamente los Agrianos; formó la izquierda con la hiparquía de Perdicas, que había de mandar esta ala, y la infantería de los Amigos, dividiendo los arqueros entre ambos lados. Mientras adoptaba estas disposiciones, llegaron los infantes y caballos de la retaguardia, que fueron destinados, éstos á las alas y aquéllos á robustecer el cuerpo de la falange. Entonces Alejandro, al frente de la caballería de la derecha, dirigióse contra los carros de la izquierda, creyendo que, siendo menos compacta la línea por esta parte, le sería más fácil abrirse paso.

CAPÍTULO XXIII.

Sitio de Sangala.

Mas viendo que los Indios no salían al encuentro de la caballería fuera de la línea de los carros, sino que se limitaban á molestarla con los proyectiles disparados desde lo alto, abandonando aquella fuerza como inútil al presente, echó pie á tierra y se puso él mismo á la cabeza de la falange. Los Indios fueron desalojados fácilmente de la primera línea. La segunda ofreció

más dificultades, ya porque, parapetados detrás de los carros, cuyo círculo era más reducido, estaban muy apretados los Bárbaros y podían defenderse mejor, ya porque, mientràs apartaban los de la primera trinchera y penetraban sin orden por entre los huecos, tenían los Macedonios menos espacio en que desenvolverse. Pero al fin echaron fuera á los Indios, que no creyéndose seguros en la tercera, precipitadamente y casi sin resistirse huyeron á la ciudad, en donde se encerraron. Alejandro la cercó el mismo día con las tropas de su falange hasta donde éstas alcanzaban, pues el circuito de los muros era demasiado grande para que la infantería pudiese rodearlo por completo. En los huecos que quedaban colocó la caballería, principalmente cerca de una laguna poco profunda, próxima á la ciudad, por la cual conjeturaba que los enemigos, aterrados por el reciente desastre, quizá huirían á la noche. Así sucedió, en efecto. Cerca de la segunda vigilia, salieron la mayor parte de la ciudad y dieron contra las avanzadas de caballería, á cuyas manos murieron los primeros, retrocediendo los restantes al comprender que la laguna estaba cercada.

Alejandro rodeó la ciudad de un doble vallado, excepto por la parte de la laguna, en cuyo derredor colocó vigilantísimos guardias. Mandó acercar las máquinas á la muralla, con ánimo de derrumbarla, cuando unos desertores le avisaron que los Indios pensaban salir aquella noche de la plaza y escaparse cerca de la laguna, por el sitio desprovisto de valla En su consecuencia, apostó en él a Tolomeo Lago, con tres mil hipaspistas, todos los Agrianos y una compañía de arqueros. «Tú, le dijo mostrándole el sitio por donde verosímilmente saldrían, cuando intenten salir, córtales el paso con tus tropas y manda

tocar las trompetas. Vosotros, Generales, en cuanto oigáis esta llamada, acudid al punto con vuestra gente. Yo no faltaré á la cita.»

CAPÍTULO XXIV.

Asalto y toma de Sangala.

En cumplimiento de estas órdenes, Tolomeo reunió muchos carros abandonados en la primera retirada, y los atravesó en el camino para aumentar en la oscuridad las dificultades del paso; y con las estacas que aun no se habían utilizado y la tierra conveniente, construyó en aquella noche una trinchera entre la laguna y la muralla. Los Bárbaros, conforme á las noticias de Alejandro, abrieron las puertas hacia la cuarta vigilia, y se dirigieron precipitadamente á la laguna, pero sin poder ocultarse á los centinelas avanzados ni á Tolomeo, que mandó tocar las trompetas y se dirigió contra ellos al frente del ejército en batalla. Los carros y la empalizada interpuesta eran grande obstáculo para los fugitivos, que, aterrados por el estrépito de los instrumentos de guerra y por el violento ataque de Tolomeo, que hizo gran matanza de los que se atrevieron á meterse entre los carros, retrocedieron á la ciudad, dejando quinientos muertos en la retirada.

En tanto llegó Poro con cinco mil Indios y los elefantes restantes. Las máquinas estaban ya dispuestas y próximas al muro, pero antes de que abrieran en él ninguna brecha, los Macedonios practicaron una mina, y aplicando por todas partes las escalas, tomaron la plaza por asalto. En éste fueron pasados á cu-

chillo diez y siete mil Indios, y más de setenta mil cayeron prisioneros, con trescientos carros y quinientos caballos. Alejandro perdió cien hombres en todo el cerco, siendo mucho mayor el número de heridos, que llegaron á mil doscientos, entre ellos algunos jefes y su guardia personal Lisímaco.

Después de haber tributado á los guerreros muertos los honores de la sepultura, con arreglo á las costumbres patrias, envió á su secretario Eúmenes con doscientos caballos á dos ciudades que habían hecho causa común con la de Sangala, anunciándoles la suerte de ésta y prometiéndoles, si se rendían, iguales seguridades y franquicias que á los Indios sometidos antes voluntariamente. Pero la noticia de la toma de Sangala llegó antes que Eúmenes, y aterrados los habitantes de las mencionadas, habían huído llenos de terror á los desiertos. Al saber su fuga, Alejandro les persiguió encarnizadamente, pero no logró alcanzarles, por haberse puesto tarde en su seguimiento; sin embargo, encontró unos quinientos enfermos rezagados y los mandó degollar. Perdida, pues, la esperanza de àlcanzar los fugitivos, volvió á Sangala y la arrasó, concediendo su territorio á los Indios autónomos que espontáneamente se le habían entregado.

Envió á Poro y sus tropas á poner guarnición en las ciudades sometidas, y se dirigió hacia el Hifasis con ánimo de someter los Bárbaros que allende este río se encontraban. No creía, en efecto, terminada la guerra mientras quedase un enemigo.

CAPÍTULO XXV.

Marcha hácia el Hifasis.—Descontento de los Macedonios.—Arenga de Alejandro para animarlos.

El país de allende el Hifasis, según sus noticias, era sumamente rico; sus habitantes buenos labradores y excelentes soldados; cada pueblo tenía gobierno propio, bajo la forma de república aristocrática bien organizada, y sus elefantes eran incomparablemente más numerosos, corpulentos y fuertes que los demás de la India. Alejandro sentía enardecerse su ambición al escuchar estos relatos; pero los Macedonios empezaban á desalentarse viéndole amontonar peligros sobre peligros y trabajos sobre trabajos. Los descontentos reuníanse en corrillos en el campo, lamentándose los más moderados de su suerte y amenazando otros no seguir adelante. Sabedor el Príncipe del estado de los ánimos, reunió á los jefes, y antes de que la agitación fuese en aumento y tomase proporciones formidables, les arengó de la manera siguiente:

«Comprendiendo que ya no me seguís á estas empresas con la buena voluntad acostumbrada, he creído oportuno convocaros para avanzar si os convenzo, ó para retroceder si soy convencido por vosotros. Si os pesan los trabajos sufridos y el General á cuyas órdenes los habéis afrontado, nada, aliados y Macedonios, nada tendré que deciros; pero si os han conquistado el Helesponto, las dos Frigias, la Capadocia, la Paflagonia, la Lidia, la Caria, la Licia, la Panfilia, la Fenicia y el Egipto con la Libia helénica; si os han

rendido parte de la Arabia, la Celesiria, la Mesopotamia, la Babilonia, los Susios, los Persas y los Medos con todas las naciones dependientes ó independientes de los mismos; si habéis subyugado los pueblos de allende la Pilas Caspias, el Cáucaso y el Tanáis, los Bactrianos, Hircanios y el mar Caspio; si habéis rechazado los Escitas al interior de sus desiertos, y el Indo, el Hidaspes, el Acésines y el Hidraotes corren por tierras sometidas á nuestras leyes, ¿por qué vaciláis en añadir á nuestro imperio el Hifasis y los países que se extienden más allá de su corriente? ¿Temeréis hoy á esos bárbaros, cuando habéis visto á tantos otros entregarse voluntariamente unos, huir otros á nuestra llegada, caer aquéllos prisioneros en la fuga, dejar éstos en nuestro poder abandonadas sus tierras para que las regalásemos á nuestros aliados y á los que de buena voluntad se sometieron?

CAPÍTULO XXVI.

Conclusión de la arenga de Alejandro.

»No hay para corazones generosos otro fin de los trabajos que los mismos trabajos que les conducen á la gloria. Si alguno quisiere conocer el término de los presentes, sepa que no tenemos lejos de aquí el río Ganges y el Océano oriental, el cual veréis conmigo cómo rodeando el continente se une al mar Hircanio, éste al golfo de las Indias, y éste al Pérsico. Del golfo Pérsico cincunnavegaremos la Libia hasta las columnas de Hércules, y conquistaremos toda el Asia y toda el Africa, haciendo límites de nuestro Imperio los mismos que la divinidad puso á

la tierra. Pero si ahora retrocedemos, considerad que dejamos sin dominar muchos y muy belicosos pueblos; al Oriente, todos los de allende el Hifasis hasta el Océano; al Norte, todos los que habitan las costas del Hircanio y los Escitas; de suerte que nuestra retirada será como la señal de un general levantamiento de las naciones todavía á medio dominar, promovido por las independientes; anularánse todas nuestras conquistas, ó será preciso empezar de nuevo. Persistid, pues, compañeros. La gloria es el galardón de los sufridos y constantes; el vivir con valor tiene sus encantos; la muerte que inmortaliza el nombre del guerrero y lo enaltece, tiene encantos también. Hércules, nuestro progenitor, ¿hubiera subido á la cúspide de la gloria, y logrado la apoteosis encerrándose en Tirinto, en Argos, en Tebas ó en el Peloponeso? Baco, cuya fama es mayor, ¿no llevó á cabo empresas memorables? Nosotros, que hemos pasado de Nisa y hemos conquistado la roca de Aornos, inexpugnable para Hércules, ¿vacilaremos en dar un paso más para vencer lo poco que nos falta? ¿Hubiéramos dejado gloriosa memoria de nuestros hechos, limitándonos á permanecer ociosos en Macedonia, atentos sólo á defenderla ó á triunfar de los Tracios, de los Ilirios, de los Tribalos ó de los Griegos enemigos de la patria?

»Si yo no participase de vuestros trabajos y peligros, tendría razón de ser vuestro desaliento. Muy duro sería sufrir vosotros las fatigas, y cosechar otros sus frutos. Pero los trabajos son comunes; iguales los peligros, y para todos serán las recompensas. Vuestras son estas tierras; vuestro el mando de sus pueblos; vuestra la parte mayor de los tesoros. Cuando conquistemos el Asia entera, no sólo podré satisfacer vuestros deseos, sino que sabré sobrepujar vuestra

esperanza. Licenciaré las tropas que lo quieran, ó las conduciré yo mismo hasta su patria, y haré que los que queden puedan causar envidia á los que marchen.»

CAPÍTULO XXVII.

Silencio de los Griegos. — Respuesta de Ceno.

A estas palabras sucedió un silencio profundo; pues ni se atrevían á oponerse al parecer del Rey, ni querían prestarle asentimiento. Alejandro volvió á mandar que hablase quien quisiese manifestar su opinión contraria; pero todos callaron, hasta que, al fin, atreviéndose Ceno, hijo de Polemócrates, dijo lo siguiente:

«Puesto que tú mismo, oh Rey, no quieres oponerte á la voluntad de los Macedonios, y estás decidido á llevarlos más allá si así lo desean, y á retroceder en caso contrario, yo me decido á hablar, no en representación de los jefes, que colmados por tí de honores y recompensas y premiados con exceso de nuestras fatigas, estamos dispuestos á obedecerte y seguirte, sino á nombre de todo el ejército. No trato, en verdad, de lisonjear al soldado; mis palabras se encaminan directamente á tus intereses presentes y futuros. Mi edad, los honores mismos de que generosamente me has colmado, el valor con que he afrontado fatigas y peligros, me obligan á no ocultarte nada de lo que pueda convenirte. Cuanto más numerosas é ilustres son las empresas que á tus órdenes hemos realizado los que te seguimos desde nuestra patria, tanto más creo en la necesidad de dar fin á estas gue-

rras y trabajos. Ya ves los pocos Macedonios y Griegos que quedamos de la inmensa multitud que partió contigo. Al entrar en la Bactriana licenciaste con razón á los Tesalios, cuyo ardor y denuedo se enfriaban; otros Griegos han quedado, aunque no á su gusto, encerrados en las ciudades por tí fundadas; y de los demás que unidos al ejército macedonio han participado de todos tus trabajos y peligros, parte han perecido en los combates, parte han quedado inutilizados por las heridas en diferentes puntos, parte han muerto de enfermedad; de suerte que de aquella muchedumbre restan muy pocos, y esos no muy firmes de salud, y aun más quebrantados de ánimo y trabajados por el ferviente anhelo de ver, los que aun los tienen, á sus padres, mujeres, hijos, patria y hogares; anhelo que disculpan ciertamente los honores que les has concedido y las riquezas de que les has colmado. No los lleves, pues, contra su voluntad; no intentes poner á prueba su valor nunca desmentido, que ya no sería voluntario. Vuelve á visitar tu patria, á abrazar á tu madre, á poner en orden los asuntos de Grecia, á suspender en tu hogar los trofeos de tantas y tan ilustres victorias. Entonces podrás emprender una nueva expedición, ó contra estos Indios orientales, ó contra los pueblos del Euxino, ó contra Cartago y los ulteriores países de la Libia; entonces podrás llevar tus huestes adonde quieras; entonces te seguirán otros Macedonios y otros Griegos; entonces formarán tus compañías gente descansada en vez de rendida del trabajo, soldados jóvenes en vez de curtidos veteranos; y esa juventud, cuyo ardor no enfriará el recuerdo de fatigas no experimentadas, te seguirá entusiasta, codiciosa de ganar, como los viejos licenciados, tesoros que les saquen de la pobreza, y fama que abrillante sus oscuros nombres. ¡Bueno es, oh Rey,

sobre todas las cosas, tener templanza en las prosperidades! Un general como Alejandro, con un ejército como éste, nada tiene que temer del enemigo; pero los reveses de la fortuna son imprevistos, y por lo tanto inevitables.»

CAPÍTULO XXVIII.

Cólera de Alejandro. — Augurios desfavorables. — Orden de regresar.

Los oyentes acogieron con aplausos el discurso de Ceno y muchos derramando lágrimas, prueba elocuentísima de la mala voluntad con que iban á afrontar ulteriores peligros y de su vehemente deseo del volver á la patria. Alejandro, ofendido por la franqueza de Ceno y el silencio de los otros jefes, disolvió la asamblea.

Al día siguiente los volvió á reunir para decirles furioso. «Estoy resuelto á marchar adelante. No obligo á ningún Macedonio á que me siga. No me han de faltar soldados fieles. Váyanse los que quieran, y digan á sus conciudanos: hemos abandonado á nuestro Rey en medio de sus enemigos.» Dicho esto, se encerró en su tienda, y en tres días no habló con ninguno de sus amigos, esperando que quizá ocurriese en el ánimo de los Macedonios y aliados alguno de esos cambios frecuentes en las turbas militares que le permitiese hacerles aceptar sus proyectos. Pero persistiendo los soldados en el silencio, dándole á entender que les afligía su cólera, pero que no mudaban de propósito, mandó, según dice Tolomeo de Lago, hacer los sacrificios para el paso del

río, y no habiendo sido favorables los agüeros, convocó á sus amigos de más intimidad y años y les dijo que había renunciado á continuar avanzando y que anunciasen al ejército su decisión de regresar á la patria

CAPÍTULO XXIX.

Alegría del ejército. — Altares, sacrificios y juegos. —Engrandecimiento de los estados de Poro.—Abísares es confirmado en los suyos.—Vuelta al Hidaspes.

Esta noticia fué acogida con ese vocerío que da á entender el júbilo de la multitud. Muchos lloraron de gozo; otros se acercaron á la tienda real, colmando de bendiciones al Rey por haberse dejado vencer sólo por amor á sus soldados.

Alejandro dividió entonces el ejército en doce cuerpos, á cada uno de los cuales encargó la construcción de un altar inmenso, tan alto y ancho como la mayor torre de guerra, en acción de gracias á los Dioses por los triunfos hasta allí conseguidos, y como monumento de sus victorias. Acabados los altares ofreció sobre ellos sacrificios, según el rito patrio; celebró juegos ecuestres y gímnicos; dió á Poro todo el país hasta el Hifasis; volvió al Hidraotes, lo pasó y llegó al Acésines, en cuya orilla Hefestión había terminado ya las obras de la ciudad de que quedó encargado, á la cual trajo habitantes de los puntos comarcanos que así lo deseaban, dejando también en ella los mercenarios inutilizados. Despues empezó á preparar lo necesario para descender al Océano.

Entonces Arsaces, hiparco de la provincia finítima

de los estados de Abísaro, acompañado de un hermano de este Príncipe y de otros familiares, le trajo en su nombre los más preciosos presentes, entre ellos treinta elefantes, excusándole de no poder presentarse personalmente por hallarse enfermo, como aseguraron también los enviados de Alejandro. En vista de esto, confirmó á Abísaro en el mando de su provincia; le agregó la satrapía de Arsaces, dispuso los tributos que habían de satisfacerle, é hizo un nuevo sacrificio en el Acésines. Pasó este río y llegó al Hidaspes, donde hizo reponer al ejército los destrozos causados por las lluvias en Nicea y Bucéfala, tomando otras disposiciones pertinentes á la buena administración de la provincia.

LIBRO SEXTO.

CAPÍTULO PRIMERO

Error geográfico de Alejandro.

Reunidas en las márgenes del Hidaspes muchas naves de dos y treinta remos, otras destinadas á la conducción de caballos y todo lo necesario para el trasporte del ejército, determinó Alejandro dirigirse por agua hasta el Océano. Y como antes había obserbado ya que fuera del Nilo sólo se encuentran cocodrilos en el Indo, cuando en las riberas de su afluente el Acésines vió habas semejantes á las de Egipto, creyó haber descubierto las fuentes del Nilo. Suponía al efecto, que naciendo en la India atravesaba soledades inmensas, donde perdía su nombre, y al llegar á las tierras cultivadas de la Etiopía y el Egipto recibía el de Nilo ó el de Egipto, según Homero, hasta desembocar en el Mediterráneo. Fundándose sobre tan frívolas conjeturas en asunto de tamaña importancia, escribió á Olimpias una carta acerca de la India, en la cual le decía, entre otras cosas, que creía haber des

cubierto las fuentes del Nilo; pero cuando se enteró mejor y supo por los indígenas que el Hidaspes y el Acésines perdiendo sus nombres desembocan respectivamente aquél en éste y éste en el Indo, que sin tener relación alguna con Egipto da sus aguas por dos bocas al Océano; borró de lo escrito á su madre el pasaje referente al Nilo, y continuó haciendo preparar convenientemente las embarcaciones á los Fenicios, Chipriotas, Carios y Egipcios que habían seguido al ejército.

CAPÍTULO II.

Muerte de Ceno.—Donación á Poro de las conquistas de la India. Preliminares de la navegación.

Por entonces murió de enfermedad Ceno, uno de los más fieles amigos de Alejandro, que fué sepultado con toda la magnificencia que las circunstancias permitían. El Príncipe reunió después á sus amigos y á todos los embajadores indios, y declaró solemnemente en su presencia que otorgaba á Poro el imperio de todas las Indias conquistadas, compuestas de siete naciones con más de dos mil ciudades. Luégo dividió su ejército en la forma siguiente: todos los hipaspistas, arqueros, Agrianos y el Agema de la caballería se embarcaron con él; una parte de la caballería é infantería había de ir con Crátero por la margen derecha del Hidaspes; otra mejor y más numerosa con doscientos elefantes seguiría al mando de Hefestión la orilla opuesta, ambas con orden de llegar cuanto antes á la capital de Sopites; Filipo, sátrapa del país allende el Indo confinante con la Bactriana,

debía seguirles al cabo de tres días; la caballería nisea fué enviada á su patria; Nearco fué nombrado almirante; y jefe de la nave real Onesicrito, que en su historia de Alejandro falta á la verdad atribuyéndose el mando general de toda la flota. La escuadra se componía, según Tolomeo, á quien sigo con frecuencia, de unas ochenta naves de treinta remos, ascendiendo á dos mil el total de embarcaciones entre naves de carga y de trasporte, construídas antes ó expresamente para la expedición por el Hidaspes.

CAPÍTULO III.

Navegación por el Hidaspes.

Dispuesto todo para la marcha, se embarcó el ejército al despuntar la aurora. Alejandro ofreció, según el rito griego y las prescripciones de los adivinos, un sacrificio al Hidaspes, y subiendo á la proa de su nave hizo con una copa de oro una libación sobre el agua, invocando juntamente al Acésines y al Hidaspes, que reunen sus aguas para perderse en las del Indo, cuyo nombre fué también invocado, y después de otras libaciones en honor de su antepasado Hércules y Ammón y de los otros Dioses que veneraba, mandó á las trompetas dar la señal de marcha. Todos los bajeles se pusieron en movimiento al oirlas, colocándose en el orden prefijado: las naves de carga, las de trasportar caballerías y las de guerra habían de ir convenientemente separadas, guardando todas una determinada línea, que no debían romper, caminando unas más ligeras que otras. La flota en marcha ofrecía un espectáculo admirable; oíase el ruido monótono y ca-

dencioso de tantos remos que, á la voz de los cómitres, se movían ó paraban á una, azotando acompasadamente el agua entre los gritos de los marineros; las orillas, más altas que las naves, recogían estos ruidos y los repetían aumentados, igualmente que los bosques ribereños, en cuyas vastas y frondosas soledades multiplicaban los ecos el ritmo de los remos y las voces. Las caballos embarcados en las hipagogas, cosa nunca vista en las Indias, pues no había memoria de expedición naval hecha por Baco, eran un nuevo motivo de asombro para los Bárbaros que seguían largo trecho la marcha de la flota; los Indios amigos de Alejandro acudían desde muy lejos y le acompañaban cantando á su manera, pues estos pueblos son, si los hay, aficionados al baile y á la música que recibieron de Dionisio y sus Bacantes.

CAPÍTULO IV.

Confluencia del Acésines y el Hidaspes.

Alejandro llegó al tercer día al sitio donde había mandado á Crátero y Hefestión acampar en ambas orillas. Esperó allí dos días hasta la llegada de Filipo, que fué enviado con sus tropas á lo largo del Acésines, recibiendo Crátero y Hefestión nuevas instrucciones. Continuando su navegación por el Hidaspes, que en todo el trayecto nunca tuvo menos de veinte estadios de anchura, subyugó, por capitulación ó fuerza, todos los Indios ribereños. Dirigióse rápidamente contra los Malos y Oxidracas, pueblos los más numerosos y guerreros de aquellas tierras, que después de encerrar sus hijos y mujeres en ciudades

fortísimas, estaban resueltos á darle una batalla; por lo cual precipitó más y más su marcha, con objeto de sorprenderlos sin ordenarse ni terminar sus bélicos aprestos. Así, pues, partió de nuevo, y á los cinco días llegó á la confluencia del Hidaspes y del Acésines. Ambos cauces se reunen allí en uno muy angosto, adquiriendo por esto su corriente una rapidez extraordinaria; sus aguas se entrechocan, retroceden sobre sí mismas y forman hirvientes remolinos, cuyo estrépito retumba á larguísima distancia. Los indígenas ya se lo habían advertido á los Griegos, y, sin embargo, al acercarse á la confluencia era tan espantoso el ruido de las olas, que los remeros, asombrados de semejante fragor y no oyendo ya la voz de sus cómitres, atónitos también, soltaron los remos sin ordenárselo nadie.

CAPÍTULO V.

Peligros de la flota.—División de las fuerzas macedónicas.

Ya en el punto de reunión de los ríos, mandaron los cómitres redoblar los remos para salir cuanto antes de la angostura, romper la fuerza de las aguas y huir de sus peligrosos remolinos; las naves redondas que entraron en ellos fueron lanzadas por las olas á la corriente tranquila, sin más que el consiguiente susto; pero las prolongadas, cuyas bandas, como menos altas, especialmente las de los birremes, iban casi á nivel de las arremolinadas ondas, sufrieron muchísimo más daño; pues cogiéndolas de través les quebraban los remos y las anegaban sin dar tiempo á levantarlas: de esta manera se perdieron muchas,

entre ellas dos que se estrellaron una contra otra, pereciendo la mayor parte de sus tripulantes. Cuando el cauce del río principió á ensancharse y á disminuir la violencia de la corriente y de los remolinos, Alejandro llevó la flota á la orilla derecha, donde una roca, formando una especie de rada, se levantaba contra el ímpetu de las olas, ofreciendo abrigo á las naves y refugio á los náufragos sobrevivientes que se salvaron en ella. En seguida, reparadas las naves, mandó á Nearco proseguir la navegación hasta el país de los Malos; y él, después de una excursión hecha contra los Bárbaros no sometidos para impedirles auxiliar á los citados, regresó de nuevo á su escuadra.

Hallábanse allí ya Hefestión, Crátero y Filipo con sus tropas. Crátero fué encargado de llevar las de Filipo al otro lado del Hidaspes, con las de Polisperconte y los elefantes, y Nearco continuó en la dirección de la flota, con orden de precederle tres jornadas, y Alejandro formó tres divisiones con el restante ejército: una al mando de Hefestión, con orden de antecederle cinco días de camino para cortar la retirada á los fugitivos de la división real; otra mandada por Tolomeo, hijo de Lago, que debía seguirle tres días después, con igual designio. Ambas, al llegar á la confluencia del Acésines y el Hidraotes, deberían esperar su llegada para juntar allí todo el ejército.

CAPITULO V

Expedición contra los Malos.—Derrota de estos enemigos y toma de su capital.

Alejandro, al frente de la tercera división, formada de los hipaspistas, los arqueros, los Agrianos, las compañías llamadas de Pitón, compuestas de los Amigos de á pie, todos los arqueros montados y la mitad de la caballería de los Amigos, se internó en el árido país de los Malos, Indios independientes ó autónomos. El primer día acampó junto á un pequeño río distante del Acésines cien estadios. Después de comer y de dar á la tropa algún descanso, mandó á los soldados proveerse de agua, y durante el resto del día y en toda la noche anduvo cerca de cuarenta estadios, llegando al amanecer á una ciudad donde muchos Malos se habían reunido. Éstos, bien ajenos de que se aventurase á venir por un desierto sin agua, vagaban desarmados extramuros, cuando distinguieron el ejército griego que, suponiendo atinadamente la confianza de los Indios, traía de intento por aquel sitio Alejandro. Cayendo sobre ellos de improviso, mató á la mayor parte sin resistencia, porque estaban desarmados; rechazó y encerró á los restantes en la ciudad, cuyos muros rodeó con la caballería, que hizo el efecto de empalizada, mientras llegaba la falange de infantería que se había retrasado. En cuanto llegó ésta, destacó á Perdicas con su hiparquía y la de Clito y los Agrianos á otra ciudad Malense, donde había refugiados muchos Indios, con orden de mantenerlos encerrados dentro de la plaza sin inten-

tar el asalto, procurando únicamente evitar que escapándose alguno fuese á comunicar la noticia de su llegada á los demás Bárbaros. Él comenzó el ataque de la ciudad. Los sitiados abandonaron los muros, desesperados de poder defenderlos, visto el gran número de los suyos muertos ó fuera de combate, y se refugiaron en el fuerte, donde resistieron algún tiempo, favorecidos por la altura y difícil acceso de la posición, que al fin cedió ante los redoblados esfuerzos de los Macedonios y Alejandro, siendo sus dos mil defensores pasados á cuchillo.

Perdicas encontró vacía de habitantes la ciudad, á cuyo asedio fué enviado; pero noticioso de que hacía muy poco la habían abandonado, se puso en su persecución con la caballería, siguiéndole los psilites á paso redoblado. Cuantos fugitivos alcanzó fueron muertos; otros hallaron su salvación en los pantanos.

CAPÍTULO VII.

Nuevo desastre de los Malos.—Expedición contra los Bracmanes.

Después de comer y descansar, partió Alejandro en la primera vigilia de la noche, y recorriendo en ella largo camino llegó cuando amanecía al Hidraotes, que supo acababan de pasar muchos Malenses. Atacó á otros que entonces lo estaban atravesando, mató muchísimos, se trasladó como estaba á la otra orilla, persiguió á los restantes, dió muerte á una parte, hizo otra prisionera, escapándosele los más y refugiándosele en una plaza fortificada igualmente por la naturaleza y por el arte. Destacó contra ella, en cuanto llegaron los infantes, á Pitón con sus fuerzas y con

dos hiparquías, que la tomaron en el primer ataque, reduciendo á la esclavitud todos los que no perecieron en el asalto. Hecho esto, regresó Pitón á los reales.

Alejandro en persona marchó después contra cierta ciudad de los Bracmanes, donde supo que se habían guarecido otros Malos. En cuanto llegó, la cercó por todas partes con la falange apretada; los sitiados, viendo socavada la muralla, sobre la cual caía una granizada de dardos, la abandonaron refugiándose en el fuerte, de donde se defendieron. Algunos Macedonios penetraron mezclados con ellos, pero revolviéndose los Bárbaros, los rechazaron, matando veinticinco en la retirada. En tanto, Alejandro mandó aplicar par todas partes las escalas y minar los muros. Derrumbóse un torreón arrastrando consigo un lienzo de muralla y facilitando el asalto del fuerte. El Rey apareció el primero sobre la brecha; su ejemplo avergonzó á los otros Macedonios, que subieron por todas partes. Eran ya dueños de la ciudadela cuando dando fuego á sus casas los Indios, perecieron unos entre las llamas y otros murieron peleando. El número de muertos ascendió á cinco mil; los prisioneros fueron muy pocos; tan grande era el valor de aquella gente.

CAPÍTULO VIII.

Continuación de la guerra contra los Malos.

Después de dar á las tropas un día de descanso, marchó al siguiente contra los restantes Malos, que abandonando poblaciones se habían retirado á unas soledades. Detúvose en éstas otro día, y al siguiente

mandó retroceder hacia el río á Piton y al hiparca Demetrio, al frente de sus tropas y de la suficiente infantería ligera, con orden de matar, de camino, si se negaban á entregarse todos cuantos encontrasen refugiados en las selvas ribereñas. Ambos jefes cumplieron sus instrucciones dando muerte á muchos Indios.

Él se dirigió á la capital de los Malos, donde sabía que estaban reunidos muchos de otras ciudades. Pero en cuanto los Indios supieron su aproximación, la abandonaron y, atravesando el Hidraotes, tomaron posiciones en su escarpada orilla, como dispuestos á impedirle el paso. Al saber esto, dirigióse precipitadamente Alejandro con la caballería á aquella parte del río, mandando á la infantería que le siguiese; y viendo al llegar al Hidraotes al ejército enemigo en la margen opuesta formado en orden de batalla, se entró por la corriente con solos los caballos, tal como venía del camino. Los Indios, al verle ya en medio del agua, se retiraron rápidamente aunque con orden. Alejandro los persiguió sólo con la caballería; y ellos, viéndole sin más que esta fuerza, se volvieron resistiéndole enérgicamente. Entonces aquél, ante la apretada falange de los Bárbaros, cuyo número se aproximaba á cincuenta mil, como no tenía infantería se limitó á algunas escaramuzas, no queriendo aceptar la batalla. En tanto, fueron llegando los Agrianos, las otras compañías de escogidísimos psilites y los arqueros de su séquito, y aparecía ya cerca la falange. Los Indios, á su vista, corrieron espantados á refugiarse en una plaza fuerte cercana. Persiguióles Alejandro; mató á muchos; encerró los restantes en la ciudad, que cercó por el momento con la caballería hasta la llegada de los peones, y no dió inmediatamente el asalto en atención á lo poco de día que quedaba y al cansancio

de la infantería, rendida de la larguísima marcha, y al de la caballería, fatigada por la persecución y el paso del río.

CAPÍTULO IX.

Ataque de una fortaleza de los Malos. — Temeridad y arrojo de Alejandro.

Al día siguiente, dividiendo el ejercito en dos secciones, una á su cargo y otra al de Perdicas, atacó la muralla, la cual, vista la imposibilidad de defenderla, fué abandonada por los Indios, que se guarecieron en el alcázar. Alejandro con su gente penetró el primero en la ciudad por una puerta derrocada; Perdicas y los suyos entraron más tarde, porque habiendo visto las murallas sin defensores creyeron ya tomada la ciudad y no se cuidaron de aproximar las escalas. Mas cuando los Macedonios vieron ocupado el fuerte por una multitud de enemigos apercibidos á la defensa, empezaron unos á socavar sus muros y corrieron otros á coger las escalas. Pero pareciéndole que tardaban en acercarlas, Alejandro arrancó una de manos de un soldado, la aplicó á la muralla y subió por ella cubierto con su escudo, seguido de Peucestas con la égida cogida en Troya en el templo de Palas, que el Rey hacía llevar siempre á su lado en las batallas, y del guardia personal Leonato. El dimoirita (1) Abreas subió por otra escala. Alejandro había ya dominado la muralla, y cubierto con el escudo rechazaba á unos enemigos y mataba á otros, limpiando de

(1) Jefe de una *dimoiría* ó media fila. (V. Apénd. [illegible].)

defensores toda aquella parte, cuando los hipaspistas, inquietos por su suerte, ascendieron á toda prisa, aunque con tan mala fortuna, que rotas las escalas cayeron á tierra, impidiendo á otros el asalto.

Alejandro, de pie sobre el muro, envuelto en una granizada de dardos que, no atreviéndose á herirle de cerca, le lanzaban los Indios desde las inmediatas torres y desde la ciudad también cercana, pues se hacía de notar tanto por su valor increíble como por el resplandor de su armadura, comprendió que si permanecía allí corría grave riesgo sin conseguir ventajas, al paso que si se lanzaba al interior del fuerte, si no lograba aterrar á los enemigos con tal rasgo de audacia, moriría á lo menos dejando á la posteridad un recuerdo digno de inmarcesible gloria. Saltó, pues, de la muralla al fuerte; apoyóse contra su muro; atravesó con su espada á varios que se le aproximaron; mató á un jefe indio; rechazó de una pedrada á otro que se le acercó; hizo lo mismo con un tercero, y le hirió de una estocada cuando volvió á acercársele; de suerte que los Bárbaros, amedrentados ya, no se le acercaban, limitándose á lanzarle cuantos dardos tenían ó encontraban.

CAPÍTULO X.

Alejandro es herido gravemente. — Toma de la fortaleza Malense.

Peucestas, el dimoirita Abreas y Leonato, únicos que consiguieron superar el muro antes de romperse las escalas, saltaron dentro del recinto y pelearon denodadamente por su Rey: Abreas cayó herido por un dardo en la cara. Otro atravesó la coraza de Ale-

jandro, y le causó en el pecho, sobre la tetilla, una herida tan profunda, que el aire y la sangre se escapaban por ella confundidos, como cuenta Tolomeo, hijo de Lago. Sin embargo, mientras el ardor natural le sostuvo, defendióse desesperadamente; mas produciéndole un síncope y general desfallecimiento la continua pérdida de aire y de sangre, cayó desplomado sobre el escudo. Peucestas le cubrió por delante con la sagrada égida de Palas, Leonato por la parte opuesta; pero ambos fueron gravemente heridos y la vida de Alejandro estuvo en nada en írsele con la sangre. Los Macedonios, imposibilitados de subir por la ruptura de las escalas, inquietos por la suerte de su Rey á quien habían visto saltar con valor temerario al interior del fuerte en medio de los dardos enemigos, buscaban afanosos algún medio de verificar el asalto, y al fin lo hallaron, clavando estacas en el muro que era de tierra y ascendiendo varios, unos tras otros, con suma dificultad y á pulso. El primero que subió de este modo saltó á la plaza donde yacia casi exánime Alejandro; siguiéronle otros con tremendos alaridos, cubriendo el cuerpo de su Rey con los escudos y defendiéndole frenéticamente en encarnizadísima pelea. En tanto unos pocos corrieron á una puerta que estaba entre dos torres y la abrieron descorriendo sus cerrojos, dando entrada á otros soldados. Estos se precipitaron por ella, derribándola y dejando franco el paso á la plaza.

CAPÍTULO XI.

Matanza general de Indios. — Contradicciones de los historiadores acerca de la herida de Alejandro.

La subsiguiente matanza de Indios fué espantosa; todos fueron pasados á cuchillo, sin exceptuar niños ni mujeres. Alejandro, en gravísimo estado, fué llevado después sobre un escudo, inspirando su salvación angustioso recelo. Critodemo, médico de Cos, descendiente de Esculapio, fué, según algunos, quien le extrajo el mortífero hierro; según otros, fué Perdicas, de la guardia personal, en ausencia del médico y por orden de Alejandro, después de dilatarle la herida con la espada, operación que le produjo una hemorragia copiosísima, al extremo de acometerle un nuevo síncope que contuvo la salida de la sangre.

Este suceso sirvió de tema á mil falsedades propaladas hasta el presente por varios escritores, y que pasarían á la posteridad si mi historia no las desacreditara. La opinión común supone que esta desgracia ocurrió en el país de los Oxídracas; pero es indudable que fué en el de los Malos, Indios autónomos, pues de los Malos era la ciudad, y Malos fueron los que hirieron á Alejandro. Verdad es que este pueblo había pensado unirse á los Oxídracas para dar juntos la batalla; pero ya dijimos que el conquistador con su marcha á través del árido desierto les había impedido reunirse y auxiliarse. De igual modo es corriente que la última batalla contra Darío, á resultas de la cual huyó este monarca sin detenerse hasta ser apresado por Beso y muerto al aproximarse Alejandro, se libró

junto á Arbelas, así como la anterior cerca de Iso y la primera en las orillas del Gránico. Respecto al lugar en que se verificaron estas dos últimas nada hay que advertir; pero Arbelas dista de seiscientos á quinientos estadios del campo de batalla, que según Aristobulo y Tolomeo se libró en las inmediaciones de Gaugamelas, junto al río Bumodo; pero como Gaugamelas no era ciudad sino aldea y no muy grande, y por añadidura de nombre oscuro y poco armonioso, se trasladó la gloria de ser teatro del combate á Arbelas, población ilustre y considerable. Mas de permitirse estas licencias, sería lícito decir que la batalla naval de Salamina se verificó en el Ismo de Corinto, y la de Artemisio de Eubea en Egina ó Sunio.

Todos los historiadores están conformes en que Peucestas fué de los que en aquel trance protegieron á Alejandro con su escudo, no habiendo igual unanimidad de pareceres respecto á Leonato y el dimoirita Abrea. Otros dicen que el Príncipe cayó primero aturdido por un estacazo en la cabeza que le nubló la vista, recibiendo al levantarse la herida del pecho. Tolomeo, hijo de Lago, sólo menciona esta última. También se equivocaron grandemente los historiadores al suponer que el citado Tolomeo subió al fuerte con Peucestas y Alejandro, y cubrió á éste con su escudo cuando estaba postrado, recibiendo por tal hazaña el sobrenombre de Soter (1); pues el mismo Tolomeo dice que ocupado en combatir á otros Bárbaros no intervino en aquella contienda. Sirva esta digresión para que los escritores posteriores se anden en lo sucesivo con más tiento en la narración de acciones y desgracias

(1) Significa en griego *Salvador*.

CAPÍTULO XII.

Rumor de la muerte de Alejandro.—Consternación del ejército.

Habiéndose detenido Alejandro algún tiempo para curarse la herida, el rumor de su muerte circuló en los primeros instantes por el campamento de donde había salido contra los Malos. Al correr de boca en boca la noticia fueron universales los lamentos; pero pasada la primera explosión de dolor, todos los ánimos quedaron consternados y dudosos. ¿Quién de tantos generales, dignos de sucederle á juicio de Alejandro y de las tropas, se encargaría del mando del ejército? ¿Cómo regresar salvos á la patria entre tantas y tan belicosas naciones, de las cuales las no dominadas todavía defenderían bravamente su independencia, y las ya subyugadas se sublevarían? ¿Cómo atravesar tantos inmensos ríos que se les opondrían al paso? Todo, todo les parecía impracticable faltándoles Alejandro. Cuando les anunciaron que vivía, perdida toda esperanza de salvación, no dieron crédito á la noticia; y aunque el mismo Alejandro les escribió participándoles su pronta llegada al campamento, los más tampoco lo creyeron imaginándose que la carta habría sido escrita por sus guardias

CAPÍTULO XIII.

Alejandro se presenta á los soldados. — Manifestaciones de júbilo y cariño

Noticioso de la situación de los ánimos y temiendo algún trastorno, se hizo llevar Alejandro á la orilla del Hidraotes para que siguiendo su corrriente llegase embarcado hasta su confluencia con el Acésines, donde estaban Hefestión con el ejército y Nearco con la flota. Cuando se aproximó su nave al campamento mandó quitar la cubierta de la popa para mostrarse á todos. Aun así desconfiaban, figurándose que la nave sólo traía un cadáver, hasta que cerca de la orilla el Príncipe extendió la mano hacia la muchedumbre Elevóse entonces un inmenso clamor; unos alzaban las manos al cielos, otros hacia su Rey, y muchos lloraban de gozo conmovidos por el inesperado suceso. Alejandro, cuando al desembarcar le presentaron los hipaspistas una litera mandó traer un caballo. Un aplauso universal, repetido por las márgenes y selvas circunvecinas, retumbó al verle montado. Al acercarse á la tienda se apeó, para que pudiesen verle andar á pie, y entonces todos se le aproximaban á porfía; quién le tocaba las manos, quién las rodillas, quién la vestidura; otros se satisfacían con verle de cerca y bendecirle; otros le ofrecían coronas; otros arrojaban á su paso flores, abundantes en aquella comarca de la India.

Nearco dice que oyó con disgusto las reprensiones de sus amigos por haberse expuesto á tan gran peligro en pro del ejército y haber trocado por el de sol-

dado el oficio de General, cuyo disgusto no me extraña, porque Alejandro debería comprender que la reprensión era asaz justa; pues su ardimiento en el combate y su insaciable ambición de gloria le arrastraban á empeñarse en tales riesgos. Cuenta el mismo Nearco que un anciano Beocio, cuyo nombre no cita, comprendiendo por el rostro de Alejandro que llevaba á mal las advertencias de sus amigos, le dijo en su tosco dialecto: «Oh Alejandro, á grandes hombres, grandes hazañas;» añadiendo después un verso yámbico, cuyo sentido era: «Quién mucho hace, mucho sufre». Exclamación que el Rey acogió con agrado, cobrando desde entonces más cariño al viejo.

CAPÍTULO XIV.

Sumisión de los Malos y Oxídracas.—Continúa la navegación por el Hidraotes y el Acésines hasta la confluencia de éste y el Indo.

Los Malos restantes enviaron á Alejandro una diputación sometiéndosele. Los gobernadores de las ciudades Oxídracas, con otros Príncipes de aquella nación en número de ciento cincuenta, se presentaron con igual objeto, trayéndole los más preciosos regalos. Reconocieron su falta en no haberlo hecho antes, poniendo por excusa el entrañable amor que, con más razón que otros, profesaban á su libertad y autonomía, conservadas incólumes desde la venida de Baco hasta el día; y prometieron, si Alejandro lo tenía á bien, ya que era del linaje de los Dioses, aceptar el sátrapa que les nombrara, satisfacer los tributos que les impusiera y entregar los rehenes que pidiese.

Alejandro les exigió mil de los principales para tenerlos en su poder en el referido concepto, ó hacerles servir á sus órdenes durante la campaña con los otros Indios. Los Oxídracas cumplieron su mandato enviándole mil de los más escogidos y fuertes, y además quinientos carros con sus correspondientes conductores, aunque no se los habían pedido. Alejandro nombró á Filipo sátrapa de Oxídracas y Malos, aceptó los carros y les devolvió los rehenes.

En las naves que hizo construir durante su convalecencia embarcó mil setecientos caballos de los Amigos, los mismos psilites que al principio, y otros diez mil infantes; y después de seguir un corto trecho la corriente del Hidraotes, llegó al punto en que este río, perdiendo su nombre, confunde sus aguas con las del Acésines, y continuó su navegación hasta la confluencia del Acésines y el Indo. Cuatro caudalosos y navegables ríos se pierden en el Indo, perdiendo todos sucesivamente sus nombres: el Hidaspes, el Hidraotes y el Hifasis ceden los suyos al incorporarse al Acésines, que lo conserva hasta confundirse con el Indo, cuya anchura, desde este punto hasta abrirse en figura de delta, será de unos cien estadios, y más en los remansos.

CAPÍTULO XV.

Sumisión de los Abastanos y de los Osadios.—Fundación de dos ciudades.—Expedición contra Musicano.

Después de subyugar de camino á los Abastanos, Indios autónomos, se estacionó Alejandro con su gente en la confluencia del Acésines y el Indo, donde se

reunieron á la flota las naves de treinta remos y de trasporte construídas en el país independiente de los Jatros, que voluntariamente se habían sometido. Una diputación de los Osadios autónomos vino también á someterle su pueblo. Después de lo cual, designó el sitio en que se juntan ambos ríos por el límite de la satrapía de Filipo, á quien dejó toda la caballería tracia y las demás tropas necesarias para defender la provincia. En el mismo punto mandó edificar una ciudad que presumía habría de ser ilustre y populosa, y construir astilleros.

El bactriano Oxiartes, padre de su mujer Roxana, llegó á los reales y recibió el nombramiento de sátrapa de los Paropamísadas, en sustitución de Tiriaspes que no había desempeñado bien su cargo. A seguida pasó á Crátero con el grueso del ejército y los elefantes á la orilla izquierda del Indo, por donde además de ser mejor el camino para las tropas pesadamente armadas, los pueblos comarcanos no estaban muy favorablemente dispuestos; y él, siguiendo la corriente, llegó á la capital de los Sogdos. Fundó allí otra ciudad y nuevos astilleros, en los que reparó sus naves; y nombró á Oxiartes y á Pitón sátrapas del país comprendido entre la confluencia y el mar con todas las regiones de la costa.

Crátero con el ejército fué enviado nuevamente á las tierras de los Drangos y Aracotos. Alejandro continuó su navegación hasta los estados de Musicano, los más ricos de toda aquella región. El orgullo del conquistador estaba excitado porque el Rey indio aun no le había sometido su persona y su reino, ni le había enviado una embajada solicitando su amistad, ni los regalos dignos de tan poderoso príncipe, ni, en fin, le había pedido absolutamente nada. Caminó, pues, con tanta velocidad, que llegó á las tierras de Musi-

cano antes de que éste tuviese noticia de semejante incursión. Aterrado el Monarca indio por tan inesperada visita, le salió inmediatamente á recibir con regalos magníficos, entre ellos todos sus elefantes, sometiéndole su persona y las de sus súbditos, y confesando su culpa, que era el medio más seguro de impetrarlo todo de Alejandro. Perdonóle el conquistador, confirmóle en sus estados, admiró aquellas tierras, mandó á Crátero construir en la ciudad un fuerte que se levantó á su vista, y dejó en él guarnición bastante, pues era excelente punto estratégico para mantener al país en la obediencia.

CAPÍTULO XVI.

Expediciones contra Oxicano y Sambo.

De allí, al frente de los arqueros, los Agrianos y la caballería que vino con él, se dirigió contra Oxicano, señor de aquella tierra, que ni le había salido á recibir, ni se le había sometido por medio de una diputación. Apoderóse en el primer ataque de dos ciudades de Oxicano, y en una de ellas de la persona de éste Régulo; distribuyó el botín á los soldados y se llevó los elefantes; hízose cargo por voluntaria entrega de todas las demás plazas, ninguna de las cuales se atrevió á resistir. Hasta tal punto el valor á la fortuna de Alejandro habían subyugado el ánimo de los Indios.

Después encaminóse contra Sambo, que, nombrado sátrapa de los Indios montañeses, huyó al saber que Alejandro había perdonado y restituído su reino á Musicano, con quien tenía grave enemistad. Mas cuando el conquistador llegó á Sindímana, capital de

aquel Estado, se le franquearon las puertas, y los oficiales y amigos de Sambo le recibieron entregándole dinero y elefantes, y manifestándole que la fuga de su señor no era por enemistad contra él, sino por miedo á Musicano puesto en libertad. Dueño de esta ciudad, se apoderó de otra sublevada, matando, por autores de la defección, á algunos Bracmanes, sabios de la India, de cuya filosofía, si tal nombre merece, pienso ocuparme en la historia de esta comarca.

CAPÍTULO XVII.

Defección de Musicano.—Sumisión y fuga de los Patalios.

En esto tuvo noticia de la defección de Musicano, contra quien destacó al sátrapa Pitón, hijo de Agenor, á la cabeza de tropas suficientes, mientras él se ocupaba en atacar las ciudades del sublevado, saqueando y arrasando unas, y poniendo guarniciones á otras en fuertes que oportunamente mandó construir Regresó luego al campamento y á la flota, donde Pitón trajo á Musicano prisionero. Mandóle cruficar en medio de su país, juntamente con los Bracmanes instigadores de la sublevación. Por entonces se le presentó el Príncipe de los Pátalos, pobladores de la isla formada por el Indo al dividirse en dos brazos en figura de un delta mayor que el de Egipto, sometiéndole su persona y Estados, por lo cual le fué confirmada su autoridad, con orden de disponer lo necesario para recibir el ejército. Alejandro envió á Crátero con los elefantes á la Carmania, á través del país de los Zarangos y Aracotos, al frente de las compañías de Atalo, Meleagro y Antígenes, y de algunos arque-

ros, Amigos y otros Macedonios inútiles para la guerra, que pensaba enviar á Macedonia; encargó á Hefestión el restante ejército, menos las tropas que con él habían de embarcarse; y á Pitón, al frente de los arqueros de caballería y los Agrianos, lo destacó á la orilla del río opuesta á la que debía seguir Hefestión, con orden de llevar colonos á las ciudades recién fundadas, reprimir cualquier movimiento de los Indios comarcanos, y reunírsele en Pátala.

Al cabo de tres días de navegación supo que el régulo de los Pátalos con la mayor parte de sus súbditos había huído de la isla, dejándola abandonada, por lo cual aceleró su marcha; y habiendo encontrado al llegar á Pátala la ciudad y los campos desiertos, destacó en persecución de los fugitivos sus tropas más ligeras, que le trajeron algunos cautivos, los cuales fueron enviados á los suyos para aconsejarles que volviesen sin temor, en la seguridad de poder vivir como antes en la ciudad y cultivar las tierras; y así lo hicieron muchos.

CAPÍTULO XVIII.

Reconocimiento del brazo derecho del Indo.

Mandó á Hefestión levantar un fuerte y envió á los alrededores á abrir pozos para proveer de agua á los lugares inhabitables á causa de su sequedad extrema. Muchos Bárbaros cayeron de improviso sobre los trabajadores y mataron algunos, retirándose después al desierto, no sin gran pérdida de los suyos; en vista de lo cual, Alejandro envió nuevas tropas para proteger las obras comenzadas.

En Pátala se divide el Indo en dos grandes ríos, que conservan su primitivo nombre hasta perderse en el mar. Alejandro hizo construir allí un puerto y astilleros, y visto el buen resultado de su empresa determinó recorrer embarcado hasta la desembocadura el brazo derecho del río. En su consecuencia envió a Leonato con mil caballos y unos ocho mil infantes entre psilites y hoplitas á flanquear la isla, y eligiendo las naves más ligeras, todos los birremes, las de treinta remos, y algunas de carga, emprendió el viaje por el brazo derecho. Sin prácticos, por la fuga de todos los indígenas, la navegación no estuvo exenta de peligros, pues al siguiente día de comenzada desencadenóse un viento contrario á la corriente tan sumamente impetuoso, que formaba grandes olas y desbarataba las naves, al extremo de sufrir desperfectos las más y de casi hacerse pedazos algunas de treinta remos, que con mucho trabajo fueron llevadas á la orilla antes de ser tragadas por los remolinos.

Construídas otras embarcaciones y cogidos por un destacamento de ligerísimos psilites, enviado á la descubierta, algunos Indios que sirvieron en lo sucesivo de guías, emprendióse de nuevo la interrumpida navegación; pero al llegar al punto más ancho del río, en que éste mide doscientos estadios de orilla á orilla, sopló del mar un viento tan fuerte que, dificultando entre las revueltas ondas el uso de los remos, les obligó á refugiarse en una bahía que los guías indicaron.

CAPÍTULO XIX.

Mareas desconocidas por los griegos. — Sacrificio en la isla de Ciluta. — Navegación por alta mar y sacrificios á Neptuno.

Hallándose estacionados en este punto, se verificó el fenómeno propio del Océano de quedar en seco las naves al descender la marea. Como los Griegos no lo conocían, se llenaron de grande admiración; pero mucho más cuando en el tiempo determinado subieron las aguas poniendo á flote las naves. Por efecto de esta ignorancia, sólo las embarcaciones que habían quedado firmemente adheridas al cieno estuvieron en seguida en disposición de navegar; pero de las que sobre una tierra más seca quedaron sin sujeción, unas al subir la marea se estrellaron entre sí, otras fueron á chocar con la ribera. Reparados los desperfectos como fué posible, Alejandro hizo adelantarse dos naves de carga á reconocer una isla, en la cual decían los indígenas que era preciso atracar. Llamábase Ciluta; era extensa, con puertos cómodos y agua potable, según los exploradores, por lo cual dirigió hacia ella la flota; y adelantándose él con las mejores naves con objeto de explorar la desembocadura del río y ver si era fácilmente navegable, distinguió á doscientos estadios de la primera otra isla ya dentro del mar. Regresó entonces á aquélla, y al llegar á uno de sus promontorios ofreció á los Dioses un sacrificio que dijo le había sido mandado por Ammón. Zarpó el día siguiente con dirección á la isla marítima, donde sacrificó otras víctimas, con otros ritos y á otros Dioses, siempre en virtud de un

oráculo de la misma deidad. Rebasando la desembocadura del Indo, navegó luego en alta mar, con objeto, decía, de ver si aun se descubría alguna otra región, aunque, á mi parecer, sólo por jactarse de haber surcado las olas del Océano. Arrojó á las aguas toros sacrificados á Neptuno y las copas de oro con las cuales en honra de esta deidad hizo una libación, suplicándole otorgase una feliz navegación á Nearco y á la flota que pensaba enviar al golfo Pérsico hasta la desembocadura del Eufrates y el Tigris.

CAPITULO XX.

Regreso á Pátala. — Reconocimiento del brazo izquierdo del Indo. Vuelta a Pátala.

Después regresó á Pátala, donde encontró levantado el fuerte, y á Pitón de vuelta con la tropa, cumplidas todas sus comisiones. Encargó á Hefestión la construcción de un puerto y astilleros, pues había determinado dejar en aquella ciudad, punto en que el río se divide, una no pequeña parte de la flota.

Á seguida emprendió su navegación por el brazo izquierdo del Indo, para averiguar por dónde era más fácil la salida al Océano. La distancia de ambas bocas es de unos mil ochocientos estadios. Cerca ya de la desembocadura encontró un extenso lago formado, ó por un ensanchamiento del río, ó por la reunión de las aguas circunvecinas. El río, engrosado por ellas, toma la apariencia de un golfo del mar, con peces mayores que los del Mediteráneo. Atracando en el punto del lago que le indicaron los guías, dejó en él la mayor parte del ejército con todas las naves de carga; y

franqueando con algunos birremes y de triacónteros la boca del río, se enteró de que este brazo era más fácil de navegar. Después, saltando á tierra con algunos caballos, practicó durante tres días un reconocimiento de la costa, en la cual mandó abrir pozos para aprovisionamiento de la armada. Embarcándose de nuevo, dirigióse hacia Pátala; destacó una parte de la fuerza para los susodichos trabajos, mandándoles volver á la ciudad en cuanto los terminasen; volvió al lago; hizo en él otro puerto y otros artilleros; dejó una guarnición para su custodia, con víveres para cuatro meses, y otras cosas necesarias para la expedición naval.

CAPÍTULO XXI.

Excursión contra los Oritas y Arabitas.

El tiempo no era favorable para navegar; soplaban entonces los vientos Etesios, no del Septentrión como en nuestros climas, sino del Mediodía y de la parte del mar, que, al decir de los Indios, sólo es navegable desde el ocaso de las Pléyades al principiar el invierno hasta el solsticio de esta misma estación, pues entonces, empapándose la tierra en abundantes lluvias, se producen vientos suavísimos muy favorables para el manejo de los remos y velas.

Nearco, jefe de la armada, esperaba esta oportunidad (1). Alejandro, dejando á Pátala, se dirigió al

(1) Arriano en sus *Índicas* dice que Nearco emprendió la marcha con la flota el 20 del mes Boedromión (25 de setiembre), siendo Cefisodoro arconte de Atenas.

Arabio, y con la mitad de los hipaspistas y de los arqueros, los Amigos de a pie, el Agema de la caballería de los Amigos, un escuadrón de cada hiparquía y todos los arqueros montados, se volvió á la izquerda hacia el Océano, mandó hacer pozos para el suministro de agua al ejército circunnavegante, y voló contra los Oritas, pueblo independiente desde tiempo inmemorial, que no se había dignado dar ni á él ni á su ejército la menor muestra de amistad. Las demás tropas quedaron al mando de Hefestión.

Los Arabitas, que vivían en libertad en las riberas del Arabio, no hallándose con fuerzas para resistir. ni con voluntad de someterse, huyeron á los desiertos en cuanto supieron la aproximación de Alejandro Pasó éste el río, que era estrecho y de poca profundidad; atravesó durante la noche gran trecho de una soledad, y se acercó al país cultivado cuando amanecía. Mandó á la infantería seguirle en orden de batalla; y al frente de la caballería, muy extendida para ocupar una larga línea del campo, invadió el territorio de los Oritas. Todos los que se hallaron con armas fueron muertos; y otros muchos cayeron prisioneros en poder de la caballería. Luégo colocó sus reales junto á un pequeño río; siguió adelante cuando Hefestión se le reunió con las demás fuerzas; llegó á una aldea capital de los Oritas, llamada Rambacia; admiró su posición, y determinó fundar en ella una gran ciudad con próspera colonia, de lo cual encargó á Hefestión.

CAPÍTULO XXII.

Sumisión de los Oritas.—Marcha por la Gadrosia.

Poniéndose de nuevo al frente de la mitad de los hipaspistas y de los Agrianos, del Agema de la caballería y de los arqueros montados, se dirigió á un desfiladero en el confín de los Gadrosos y Oritas, donde éstos se hallaban acampados con ánimo de impedirle el paso. Pero en cuanto supieron su llegada, aunque estaban en orden de combate, abandonaron sus posiciones y huyeron al desierto. Los Oritas principales salieron, sin embargo, á recibirle entregándosele ellos y su gente. Alejandro les mandó reunir todos los fugitivos y enviarlos á sus casas, en la seguridad de que no sufrirían el menor daño. Nombróles sátrapa á Apolófanes, y dejó con él todos los Agrianos de caballería, y otros caballos é infantes y Griegos mercenarios al mando de Leonato, guardia personal, que, mientras llegaba la flota circunnavegante, debía poblar la ciudad y regularizar su administración, para ir acostumbrando á los Oritas al nuevo gobierno. Él, con gran parte del ejército, pues ya se le había incorporado Hefestión, penetró en los desiertos de la Gadrosia.

Según Aristobulo, críase en ellos con abundancia la mirra, de la cual los Fenicios, que como comerciantes seguían al ejército, pudieron recoger gran cantidad, por ser los árboles que allí la lloran mucho más grandes que los comunes, y estar todos vírgenes de esquilmo. También hicieron grandísimo acopio de raíces de oloroso nardo, pues crece allí con tanta

profusión, que los soldados lo pisaban al marchar perfumándose deliciosamente el aire á considerable distancia. En parajes hondos cubiertos de agua en la alta marea, que los deja en seco al bajar, ó en sitios quebrados y profundos de donde el agua nunca se retira, crecían árboles con hojas semejantes á las del laurel, de hasta treinta codos de altura algunos, y llenos en aquella época de flores muy parecidas á las de la violeta blanca, aunque de mucho más grato olor. También hay allí unas plantas armadas de espinas tan fuertes y duras, que si enganchaban el vestido de un jinete, primero lo arrancaban del caballo que romperse ó ceder. Las liebres, al pasar corriendo, dice el mismo escritor, como un pájaro en la liga ó un pez en el anzuelo solían quedar sujetas por el pelo á estas espinas, las cuales podían sin embargo cortarse fácilmente con la espada; despidiendo entonces por el sitio de la escisión un líquido lechoso, más copioso y acre que el de nuestras higueras.

CAPÍTULO XXIII.

Falta de víveres.—Descubrimiento de un territorio cultivado.

Alejandro siguió avanzando, á pesar de las dificultades del camino, falto de vituallas. Entre otras penalidades, afligía frecuentemente al ejército la carencia de agua, obligándole á andar mucho de noche y á apartarse considerablemente del mar, cuya orilla deseaba recorrer Alejandro para reconocer las radas, preparar lo necesario para el paso de la flota, abrir pozos, disponer puertos y habilitar mercados; pero toda la costa de la Gadrosia es un desierto. A pesar de sus

noticias, destacó á ella á Toante, hijo de Mantrodoro, con unos pocos caballos, para enterarse de si se veía algún puerto ó alguna fuente cerca del mar ó algo de lo necesario para vivir; pero el oficial no trajo más nuevas á su regreso que el haber encontrado en unos miserables tugurios, hechos de conchas y de espinas de peces, unos pobres pescadores, que se proveían de agua en corta cantidad y no del todo dulce cavando con grandes dificultades en la arena.

Cuando Alejandro llegó después á un punto de la Gadrosia abundantísimo en trigo, lo recogió, y marcado con su sello, lo mandó llevar al mar; pero ya cerca del puerto, los soldados y los mismos encargados del convoy, despreciando la marca del Príncipe, se lo repartieron entre los más desfallecidos, pues el hambre era ya tal, que más les atemorizaba el peligro de una muerte inminente, que el futuro castigo de su falta. Alejandro les perdonó á su regreso comprendiendo su necesidad, y después de haber recorrido todo el país para hacer nuevas provisiones, las envió á la flota con el Calatiano Creteo, y mandó á los indígenas que trajeran al mercado para el ejército toda la harina, dátiles y ganado que pudiesen recoger. El amigo Telefo fué enviado á otro punto con un pequeño convoy de trigo.

CAPITULO XXIV

Padecimientos del ejército en las soledades de la Gadrosia.

Alejandro llegó á Pura, capital de la Gadrosia, á los sesenta días de su salida de Oras. Según la mayor parte de los historiadores, todos los trabajos sufridos en

Asia por el ejército invasor no son comparables á los que se experimentaron en este viaje. Alejandro, según Nearco, único que lo dice, no ignoraba los peligros de esta expedición, pero quiso hacerla por haber oído que hasta entonces ningún general había conseguido sacar á salvo su ejército de aquel país; pues según los indígenas, Semíramis, fugitiva de los Indios, no había sacado de él más que veinte hombres; y Ciro, que lo invadió de paso para la India, sólo siete, dejando sepultados los demás en sus horribles desiertos. El deseo de eclipsar la gloria de estos conquistadores, y y la necesidad de aprovisionar la flota, fueron, según Nearco, los móviles á que Alejandro obedeció para seguir aquel camino. Una gran parte del ejército y de las bestias de carga perecieron por exceso de calor y de sed. De éstas, sobre todo, muchísimas por falta de beber, y otras por meterse en montañas de abrasadora arena, en las cuales se agitaban con inútiles esfuerzos hasta hundirse como en montones de fango ó de nieve sin pisotear. No sufrieron menos los mulos y caballos por la inseguridad y desigualdad del camino. que á veces no les dejaban subir ni bajar Los hombres padecieron infinito por las larguísimas marchas, que la carencia de agua les obligaba á forzar; y menos malo cuando andando de noche encontraban un poco de agua al amanecer; pues si ya entrado el día era preciso ir más lejos, entonces se les hacían completamente insoportables el calor y la sed.

CAPÍTULO XXV.

Continuación del anterior.

Los mismos soldados mataban muchas bestias de carga: faltos de subsistencias, se comían los mulos y caballos, asegurando que se habían muerto de sed, de calor ó de fatiga: nadie se atrevía á poner en claro los hechos, pues aparte de ser esto muy penoso, la falta era general. Alejandro no los ignoraba ciertamente, pero creyó preferible por entonces hacer como que no los conocía, á verse en la precisión de tolerarlos Fué imposible tambien trasportar los enfermos y á los que se quedaban fatigados en los caminos, parte por la escasez de caballerías, parte por la carencia de carros. Estos habían sido hechos pedazos en las primeras jornadas, pues atascándose en los profundos arenales impedían seguir la senda más corta, obligando á buscar sendas practicables. Así es que unos por enfermedad, otros por cansancio, éstos por el calor, aquéllos por la sed, quedaron muchísimos regazados, sin que hubiese quien los llevase ó se quedase á cu-rarlos; el ejército precipitaba su marcha, y la salvación común hacía olvidarse de la particular. Los que se dormían rendidos por las fatigas de la noche, solían encontrarse solos al despertar; si aun les quedaban fuerzas, seguían las huellas del ejército, salvándose muy pocos, y pereciendo los más en el inmenso arenal, como si se perdiesen en un vasto piélago.

Una nueva calamidad afligió á la tropa y á los caballos y bestias de carga. Cuando soplan los Etesios, como sucede en la India, llueve mucho en la Gadro-

sia; pero no en los llanos, sino en los montes, donde las nubes recogidas y amontonadas por el viento se deshacen en agua. El ejército había acampado junto á un arroyo, cuando hete aquí que inesperadamente, hacia la segunda vigilia de la noche, engrosado por repentina lluvia, ni siquiera sentida por la tropa, se desbordó con tal ímpetu que arrastró consigo los niños y las mujeres que seguían al cuartel real, todo el bagaje regio y las bestias de carga que quedaban, costándoles á los soldados no poco trabajo el salvarse con sus armas, y aun no lo consiguieron todos, pues muchos perecieron por haber bebido sofocados y sedientos con intemperancia excesiva. Aleccionado por este desastre, Alejandro no acampó en lo sucesivo á menos de veinte estadios del agua, para evitar que hombres y animales se excediesen de pronto en la bebida, ó arrastrados por la sed se metiesen en las fuentes, enturbiándolas é inutilizándolas para los demás

CAPITULO XXVI.

Acción generosa de Alejandro. — Nuevos sufrimientos y calamidades

En aquel desierto, ó antes en el país de los Paropamísadas, como quieren otros, llevó á efecto Alejandro una memorable acción, que de ningún modo quiero dejar de referir. Iba la tropa, ya entrado el día, á través de un arenal abrasador, en dirección á un manantial todavía muy distante; Alejandro, aunque enfermo, sediento y fatigado, marchaba á la cabeza de la infantería, para que los soldados, como en tales

ocasiones suele acontecer, sobrellevasen mejor unas molestias de que participaba el General; cuando algunos psilites, destacados para hacer una descubierta, encontraron en el cauce de un torrente de escasa profundidad un poco de agua cenagosa, y recogiéndola en un saco de cuero, se la llevaron precipitadamente al Príncipe, creyendo ofrecerle el regalo mejor. Al acercársele la vertieron en un casco, y se la presentaron así. Alejandro la recibió; aplaudió el celo de los psilites, y la derramó en presencia de todo el ejército, que ante tan generosa acción se sintió robustecido y refrescado como si aquella agua hubiera apagado realmente su sed. Hecho digno de aplauso que evidencia su resistencia extremada y sus dotes de gran capitán.

Una nueva desgracia acaeció después· los guías, borradas por el viento las señales del camino, declararon que no lo reconocían ya; la arena, profunda é igual, lo cubría por todas partes, impidiendo poder dar con él: ni un árbol que creciese en su orilla, ni un otero como no fuese inestable y movedizo, ni las estrellas de noche, ni el sol de día les proporcionaban un medio de fijar el verdadero rumbo, más desgraciados en esto que los navegantes fenicios que se orientan por la pequeña Osa, así como los de otras naciones por la mayor. Alejandro, conjeturando que debería marcharse hacia la izquierda, se adelantó por esta parte al frente de algunos caballos, de los cuales murieron muchos asfixiados de calor, llegando sólo con cinco á la orilla del mar, donde encontró, cavando en la arena, un agua dulce y pura. Reuniósele allí todo el ejército, y siguió durante siete días la línea de la costa con agua suficiente, hasta que reconociendo los guías el camino, le llevaron al interior de la Gadrosia.

CAPÍTULO XXVII.

Llegada á la Carmania. — Castigo á los Sátrapas y gobernadores rapaces y concusionarios

Cuando llegó á la capital de Gadrosia, dió descanso al ejército; destituyó al sátrapa Apolófanes por no haber cumplido ninguna de sus órdenes; designó por su sucesor á Toante, y al fallecimiento de éste á Sibirtio, que poco antes había sido encargado de la satrapía de Carmania, que hubo de dejar por la de los Aracotos y Gadrosos á Tlepólemo, hijo de Pitófanes. Ya se dirigía hacia la Carmania, cuando supo que Filipo, sátrapa de los Indios, había sido asesinado por los mercenarios, los cuales, unos en el acto de cometer el crimen y otros después de perpetrado, habían perecido á manos de los Macedonios guardias personales del infeliz gobernador. En vista de esto, escribió á Eudamo y Táxilo, encargándoles del gobierno de aquella región, mientras enviaba un nuevo sátrapa.

Ya dentro de la Carmania, se le incorporaron Crátero con el resto del ejército, los elefantes y el traidor Ordanes, que había empezado á fraguar una sublevación; Estasanor, sátrapa de los Arios y Zarangos, con Farismanes, hijo de Fratafernes, sátrapa de los Partos y los Hircanos, y Cleandro, Sitalces y Heracón, á la cabeza de un grueso cuerpo de tropas que se quedaron en la Media con Parmenión. Los indígenas y el mismo ejército acusaron á Cleandro y Sitalces de haber saqueado los templos, profanado los sepulcros y agobiado á sus pueblos con todo género de injusticias y exacciones. Alejandro los condenó á la pena capi-

tal para intimidar con este ejemplo á los sátrapas, hiparcas ó príncipes que en lo sucesivo pensasen faltar á su deber. Este castigo contribuyó, como ninguna otra cosa, á mantener en la obediencia á los pueblos sometidos forzosa ó voluntariamente al conquistador, á pesar de ser tantos y tan distantes entre sí. Alejandro no permitía bajo su mando la más pequeña injusticia de un gobernador. Heracón, que por entonces consiguió sincerarse, convencido poco después por los Susios de haber robado su templo, sufrió también la pena capital.

Estasanor y Fratafernes trajeron una multitud de bestias de carga y camellos, que habían reunido al saber el paso de Alejandro por la Gadrosia, suponiendo acertadamente las molestias que el ejército habría de sufrir. Este socorro fué oportunísimo, y los bagajes fueron distribuídos entre las diferentes tropas, proporcionalmente al número de animales allegados.

CAPÍTULO XXVIII.

Marcha triunfal de Alejandro por la Carmania, puesta en duda por Arriano.—Llegada de Nearco

Refieren algunos historiadores, aunque contra toda verosimilitud, que Alejandro, rodeado de un cortejo de amigos cuyos cantos escuchaba blandamente recostado sobre dos carros reunidos, mientras sus soldados coronados de flores le seguían jugando y ofreciéndole todo cuanto pudiera servir á su alimento y placeres, atravesó la Carmania imitando la marcha triunfal de Baco, que, según la fama, había recorrido en esta forma gran parte del Asia después de la con-

quista de la India, dejando el nombre del himno entonado en su loor (1) á todos los triunfos bélicos posteriores. Pero ni Tolomeo, ni Aristobulo, ni ningún otro autor digno de crédito hablan de semejante cosa, lo cual me basta para suponerla fingida. Sólo diré, pues, siguiendo á Aristobulo, que Alejandro ofreció en la Carmania un sacrificio á los Dioses en acción de gracias por el vencimiento de los Indios y la salvacion de su ejército en la Gadrosia; celebró juegos gímnicos y músicos; nombró á Peucestas de su guardia personal, pues aunque pensaba darle la satrapía de Persia, quiso antes, en recompensa de su fidelidad y del insigne servicio prestado al defenderle contra los Malos, tributarle esta honra, que era muy distinguida por disfrutar entonces de aquel cargo siete personas solamente: Leonato, hijo de Anteo; Hefestión, de Amintor, Lisímaco, de Agatocles, Arístono, de Piseo, los cuatro Peleos; Perdicas hijo de Orontes, natural de Oréstida; Tolomeo, de Lago, y Pitón, de Crateo, ambos Eordenses; haciendo el número ocho Peucestas, que cubrió á Alejandro con su escudo.

Nearco, después de haber costeado el país de los Oros, Gadrosos é Ictiófagos, llegó á la costa de Carmania, y acompañado de un pequeño número de soldados vino á dar á Alejandro cuenta de su navegación (2), recibiendo orden de continuarla hasta el país de los Susios y la desembocadura del Tigris.

En otro libro daré detalles del periplo de Nearco desde el Indo al mar Pérsico y bocas del Tigris, siguiendo á aquel almirante que nos ha dejado una historia de Alejandro, la cual me servirá para con-

(1) Θρίαμβος, himno cantado en las procesiones de Baco, y después sinónimo de triunfo.

(2) En la ciudad de Sulmo, según Diódoro Sículo.

cluir esta mía, si un dios me da fuerzas para llevarla á su término.

Alejandro mandó á Hefestión desde Carmania con la mayor parte del ejercito, los elefantes y las bestias de carga á la Persia, siguiendo la orilla del mar, porque verificándose la expedición en invierno hallaría en la costa una suave temperatura y abundancia de todo lo necesario.

CAPÍTULO XXIX.

Regreso á Persia. — El sepulcro de Ciro.

Alejandro con las tropas más ligeras, la caballería de los Amigos y algo de la de los arqueros marchó á Pasargada, enviando á Estasanor á su provincia. Al llegar á los confines de Persia, no encontró ejerciendo la satrapía á Frasaortes, pues había muerto de enfermedad durante su estancia en la India, sino á Orxines, que aunque sin nombramiento real, mientras no había otro, creyó cumplir un deber manteniendo á los Persas en la obediencia al Macedonio. Entonces vino también á Pasargada Atropates, sátrapa de la Media, trayendo prisioneros al Medo Bariax, que ciñéndose la tiara recta, se había hecho llamar rey de Media y Persia. Él y todos sus cómplices fueron ejecutados por sentencia de Alejandro. Éste sintió mucho la profanación del sepulcro de Ciro, hijo de Cambises, que había sido roto y saqueado. Hállase esta tumba en los jardines reales de Pasargada, rodeada de un espeso bosque con variedad de árboles, muchas fuentes y lozana hierba. La base del monumento es una piedra cuadrangular, sobre

la cual se levanta una bóveda de la misma materia, con una puertecilla tan angosta que apenas puede dar entrada á un solo hombre y de estatura nada más que regular. Dentro se conservaba el cuerpo de Ciro, en un sarcófago colocado sobre un lecho con pies de oro macizo, cubierto con preciosos tejidos babilonios, tapices rojos, el manto y otras vestiduras reales, los femorales médicos, estolas teñidas de jacinto, púrpura y otros colores, y collares, cimitarras y zarcillos de oro cuajados de piedras preciosas. Al lado veíase una mesa. El arca funeraria con los restos del Príncipe ocupaba el centro. En el interior del sepulcro una escalerilla llevaba á una pequeña celda, ocupada por los Magos, que desde Cambises se trasmitían de padres á hijos el privilegio de custodiar la tumba. El Rey les suministra todos los días un carnero y cierta cantidad de harina y trigo, y cada mes un caballo para sacrificarlo en honor de Ciro. Sobre el monumento se leía la inscripción siguiente, en caracteres pérsicos:

MORTAL, YO SOY CIRO, HIJO DE CAMBISES,
QUE FUNDÉ EL IMPERIO PERSA Y REGÍ EL ASIA.
RESPETA MI SEPULCRO.

Alejandro, deseoso de visitar esta tumba después de la derrota de los Persas, encontró que todo había sido robado, excepto el lecho y el arca funeraria. Algunos ladrones ni siquiera habían respetado los huesos, pues queriendo sin duda disminuir el peso del sarcófago para podérselo llevar, habían separado la tapa arrojando fuera el esqueleto, rompiendo aquí y rajando allá, hasta que convencidos de la inutilidad de su trabajo, desistieron del sacrílego propósito.

Aristobulo nos dice que Alejandro le encargó la

restauración del sepulcro, la reinstalación de los huesos conservados en el arca, y la nueva oclusión de ésta con su tapa primitiva. Se compusieron los destrozos; se cubrió el lecho con los ropajes y demás preciosidades que antes la adornaban; y la puerta de la bóveda fué cerrada á cal y canto, y sellada con el del Macedonio. Después apresó Alejandro y sujetó al tormento á los Magos guardianes del sepulcro, para averiguar los autores del crimen; pero no habiendo podido arrancarles ninguna confesión, los puso en libertad.

CAPÍTULO XXX.

Llegada á Persépolis.

Alejandro partió de allí á la capital de Persia, de cuyo anterior incendio, que yo no he aprobado, se arrepintió. Orxines, que gobernó aquella provincia á la muerte de Frasaortes, acusado de muchos crímenes, de haber despojado los templos y sepulcros y de haber muerto á muchos Persas injustamente, fué crucificado por orden suya. Después para recompensar á su guardia personal Peucestas, cuya nunca desmentida lealtad había brillado sobre todo al defenderle, con grave peligro de su vida, en el asalto de la ciudad Malense, le nombró sátrapa de Persia. Peucestas supo captarse el afecto de sus gobernados, acomodándose á sus hábitos. El fué el único Macedonio que, apenas tomó posesión del satrapado, adoptó el traje medo, aprendió la lengua persa, y se conformó á todas sus costumbres. El Rey aplaudió esta conducta, y los Persas se alegraron al ver preferidos por el vencedor sus usos á los de su patria.

LIBRO SÉPTIMO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Proyectos de Alejandro. — Reflexiones de Arriano. — Conversación de Alejandro con los sabios de la India.

Cuando Alejandro llegó á Persépolis, entró en deseos de navegar por el Eufrates y el Tigris hasta el golfo Pérsico, para reconocer las desembocaduras de estos ríos, así como había hecho con las del Indo, y explorar esta parte del mar. Según unos escritores, se proponía costear gran parte de la Arabia, la Etiopía, la Libia, la Numidia, doblar el monte Atlas, penetrar por Gades en el Mediterráneo, y subyugar el África y Cartago para poderse llamar rey de toda el Asia, con más justo título que los monarcas persas se llamaban grandes reyes, á pesar de no poseer ni una milésima parte de aquel continente. Según otros, pensaba dirigirse contra los Escitas, por el ponto Euxino y el Palus meotides; ó descender á Sicilia y al promontorio Iapigio, atraído por la gran nombradía de los Romanos.

Yo no puedo asegurar cuáles eran sus intenciones

ni me importa averiguarlo. Sólo afirmaré que sus proyectos serían necesariamente grandes y extraordinarios, pues su condición era la de no descansar, ni aun añadiendo al imperio del Asia el de Europa hasta las islas Británicas; su ambición le lanzaba irresistiblemente más allá de lo conocido, y á falta de enemigos extraños hubiera vivido en perpetua lucha con su corazón.

No puedo menos de aplaudir con este motivo una reflexión de los sabios de la India. Hallábanse algunos de éstos paseando en un prado, donde suelen tener sus conversaciones filosóficas, y al pasar Alejandro con su ejército, no hicieron otra mención que golpear con el pie la tierra que pisaban. El Rey les preguntó la causa por medio de un intérprete, y le respondieron: «Cada hombre, rey Alejandro, posee tanta tierra como ésta que pisamos. Tú eres como todos, sin más diferencia que la ambición y perversidad que, para desgracia ajena y tuya, te arrastran tan lejos de tu patria. Pero cuando mueras, dentro de poco, no poseerás más tierra que la de tu sepultura.»

CAPÍTULO II.

Anécdota de Diógenes el cínico. — Calano, filósofo Indio, sigue á Alejandro.

Alejandro aplaudió estas palabras, pero no desistió de hacer lo contrario. Así, en el istmo de Corinto, al frente de un destacamento de hipaspistas é infantes de los Amigos, se detuvo admirado delante de Diógenes de Sinope, que estaba echado al sol, y le preguntó si deseaba algo. «Nada, le contestó el filósofo, sino que tú y tu corte no me quitéis el sol.»

Alejandro no era completamente indigno de oir la voz de la razón, pero su afán de gloria le arrastraba más allá de lo justo. Por eso al ver en Taxila desnudos á los filósofos indios, quiso atraer alguno á su corte, asombrado de su extraordinario sufrimiento; pero el más anciano, llamado Dandamis, de quien eran discípulos los demás, le contestó: «Ni yo ni éstos podemos seguirte jamás. Tan hijo de Júpiter soy yo como tú, Alejandro. No te necesito para nada. Contento estoy con lo que tengo. Tú y tus secuaces, que habéis recorrido tantos mares y tierras, nada bueno os proponéis en vuestras interminables correrías. Ninguna cosa de las que pudieras proporcionarme apetezco. Ningún temor me inspira tu poder. Mientras vivo, la tierra en cada estación me brinda con sus frutos. La muerte me librará de la odiosa compañía de mi cuerpo.»

Alejandro respetó su voluntad, y no quiso violentar á un hombre libre; pero consiguió persuadir á Calano, uno de los Gimnosofistas. Megástenes censura la debilidad de este filósofo, y sus compañeros le denostaron por haber renunciado su vida feliz, por servir á otro señor que á Dios.

CAPÍTULO III.

Calano se hace quemar vivo.

He consignado estos hechos porque no se puede escribir la historia de Alejandro sin mencionar á Calano. Éste, que nunca había perdido la salud, cayó enfermo en Persia, y lejos de sujetarse al régimen necesario para su curación, manifestó á Alejandro que le

dispensaría un verdadero beneficio permitiéndole escoger el género de muerte, antes de que sus achaques le hiciesen alterar su antigua manera de vivir. Alejandro se opuso al principio vivamente á este proyecto; pero no pudiendo disuadirle, y convencido de que si no le otorgaba lo que pedía se había de matar de otro modo, mandó á Tolomeo, hijo de Lago, disponer la pira que el filósofo solicitaba. El Príncipe, según algunos historiadores, hizo acompañar la pompa fúnebre por un destacamento de soldados de infantería y caballería, unos con armas, otros con varios perfumes para verterlos en la pira, otros con vasos de oro y plata, otros con una vestidura regia. A Calano, impedido por la enfermedad, le ofreció un caballo; pero no habiendo podido montarlo, se colocó en una litera, coronado á la manera de los Indios, y cantando en su lenguaje himnos en honor de los Dioses. Antes de subir á la pira regaló su caballo, de la raza real Nisea, á Lisímaco, uno de sus discípulos y admiradores, y distribuyó entre los présentes los vasos y tapices que la hoguera debía consumir. Después subió á la pira, y á presencia de todo el ejército se tendió con dignidad. Alejandro no creyó conveniente asistir á la muerte de un amigo; los demás que la vieron quedaron admirados de la inmovilidad de Calano durante la cremación.

Nearco cuenta que en el momento de dar fuego á la pira sonaron las trompetas, por orden de Alejandro; todo el ejército alzó los gritos de guerra, y los mismos elefantes lanzaron un gran rugido bélico, como aplaudiendo á Calano. Estos son los detalles trasmitidos por fidedignos historiadores acerca de esta muerte, que demuestra á qué grado de fuerza y superioridad llega el espíritu humano cuando se arma de una firme resolución.

CAPÍTULO IV

Vuelta á Susa.—Castigo de los sátrapas rapaces.—Bodas de Alejandro y de los jefes de su ejército.

Después envió Alejandro á Atrópates á su gobierno, y tomó el camino de Susa. Apresó y mandó matar á Abulites y á su hijo Oxatres por su mala administración. Los sátrapas de las provincias conquistadas habían cometido mil excesos, así contra los templos y sepulcros como contra las personas; alentábales lo largo de la expedición á la India y la probabilidad de que Alejandro no pudiese vencer á tantas naciones y elefantes, y perdiese la vida más allá del Indo, el Hidaspes, el Acesines ó el Hifasis. Las desgracias ocurridas al ejército en la Gadrosia les envalentonaron más y más, haciéndoles perder todo temor de que pudiera regresar el Príncipe. Este, por su parte, demasiado fácil en dar crédito á las delaciones, castigó con el último suplicio las más leves faltas, suponiendo que sus autores tendrían en proyecto otras gravísimas.

Ocupóse á seguida en Susa de sus bodas y de las de los Amigos. Él contrajo matrimonio con Barsina, la mayor de las hijas de Darío, y además, segun Aristobulo, con Parisatis, hija menor de Oco, aunque ya estaba casado con Roxana, hija del bactriano Oxiartes. Dió á Hefestión la mano de Dripetis, hija del difunto Gran Rey, y hermana de su esposa, deseando que los hijos de su amigo fuesen sobrinos suyos; á Crátero la de Amastrina, hija de Oxiartes, hermano de Darío; á Perdicas la de una hija de Atrópates, sá-

trapa de Media; á su guardia personal Tolomeo la de Artacama, y á su secretario Eumenes la de Artonis, ambas hijas de Artabaces; á Nearco la de Barsina, hija de Mentor; á Seleuco la de la hija del bactriano Espitámenes, y á los demás Amigos, en número de ochenta, las de otras jóvenes de las más ilustres familias medas y persas. La ceremonia se verificó al modo pérsico. Después de un festín en que todos los novios estuvieron colocados según su graduación, fueron introducidas y se sentaron á su lado las respectivas esposas. La entrega de la mano derecha y un beso, fueron la señal del matrimonio, iniciada por Alejandro. Una misma ceremonia sirvió para todos los contrayentes, en lo cual se creyó ver el testimonio más popular y cariñoso de la amistad del Príncipe á sus compañeros. Cada cual se llevó su mujer. Alejandro dotó á todos, y además mandó inscribir en un registro los nombres de los Macedonios que se casasen con asiáticas; haciendo regalos de boda á más de diez mil contrayentes.

CAPÍTULO V.

Larguezas de Alejandro.—Premios á los soldados más distinguidos.

Parecióle también conveniente pagar las deudas contraídas por los soldados. Al efecto, mandó formar un estado de lo que cada uno debía para entregarle el oportuno dinero. Mas temerosos de que aquella disposición de Alejandro fuese un medio de averiguar quiénes por su gasto excesivo no tenían bastante con la paga, pocos inscribieron sus nombres; hasta que

sabedor el Príncipe de los motivos de su negativa, reprendió su desconfianza diciéndoles que así como un rey siempre debe decir la verdad á sus súbditos, éstos están en la obligación de ser con él igualmente veraces. Después mandó colocar en el campamento mesas llenas de oro, con personas encargadas de distribuirlo, para que pagasen cuantos créditos se presentasen, rompiendo los contratos sin apuntar el nombre de los deudores. Entonces ya no dudaron de la palabra de Alejandro, agradeciéndole más esta delicadeza que las larguezas recibidas, que ascendían, se dice, á la enorme suma de veinte mil talentos.

Hizo además á otros donaciones proporcionadas á su graduación ó al valor que habían demostrado en los combates. Los más distinguidos fueron premiados con una corona de oro. Primero Peucestas, por haberle cubierto con su escudo en el asalto de la ciudad Malense; después Leonato, por igual motivo y por sus peligros en la India, victorias contra los Oros, refrenamiento de la sedición de los Oritas y pueblos fronterizos, y otras ilustres hazañas; después Nearco, que ya había llegado á Susa, por haber traído la flota desde el Indo á través del Océano; y finalmente Onesícrito, piloto del navío real, Hefestión y los otros guardias personales.

CAPÍTULO VI.

Irritación de los Macedonios contra los Epígonos.

Los sátrapas de las ciudades nuevas y de las otras provincias conquistadas se presentaron con treinta mil mancebos todos de una edad, á los cuales lla-

mó Alejandro sus *Epígonos* ó sucesores, mandándoles armar á la griega é instruir en la táctica macedónica. La llegada de esta tropa disgustó muchísimo á los Macedonios, aumentando sus sospechas de que Alejandro trataba por todos los medios posibles de prescindir en lo sucesivo de sus veteranos. Murmuraban agriamente de su traje medo, de sus bodas celebradas á la pérsica, aunque habían tenido en ellas igual participación, y del placer con que veía el tren extranjero de Peucestas y le oía chapurrar el persa. Llevaban muy á mal el que Bactrianos, Sogdianos, Aracotos, Zarangos, Arios, Partos y los caballeros persas llamados Evacos, en una palabra, todos los Bárbaros más distinguidos en dignidad, gallardía ó valor hubiesen venido á engrosar la caballería de los Amigos, creándose una quinta hiparquía, no compuesta exclusivamente de extranjeros, sino con objeto de dar entrada en ella á los que no cabían en las otras cuatro, y agregando al Agema á Cofes, hijo de Artabaces, á Hidarnes y Artíboles, hijos de Maceo, á Sisines y Fradásmenes, hijos de Fratafernes, sátrapa de Hircania y Partia, á Histanes, hijo de Oxiartes y hermano de Roxana, esposa del Príncipe, y á Egobares y á su hermano Mitrobeo, todos al mando del bactriano Histaspes, y armados de lanzas macedonias en vez de las picas asiáticas. Y finalmente, no podían sufrir que Alejandro adoptase por completo las costumbres bárbaras, despreciando á los Macedonios y sus instituciones.

CAPÍTULO VII

Navegación por el Euleo hasta la desembocadura del Tigris y por este río.

Alejandro encargó á Hefestión la conducción de la mayor parte de las tropas al golfo Pérsico; y en la flota que había arribado á la Susiana se embarcó con los hipaspistas, el Agema de la caballería y algunos caballos de la de los Amigos, siguiendo por el Euleo hasta el mar. Cerca ya de la desembocadura de este río, dejó en él las naves más pesadas y averiadas, y con las ligeras continuó, tocando la costa su viaje, á la boca del Tigris. Las otras fueron traídas á este río por el canal que le une al Euleo.

Dos ríos, el Tigris y el Eufrates, sirven de frontera á esta parte de la Asiria, llamada por esta razón Mesopotamia por los indígenas. El Tigris, cuyo nivel es más bajo que el del Eufrates, recibe muchos canales de éste, y engrosado con ellos y el caudal de otros ríos tributarios, desagua en el mar Pérsico. Muy caudaloso, encauzado en altas margenes que no le permiten derramarse en otros ríos ni extenderse por las tierras, acrecido por sus numerosos afluentes, conserva siempre su profundidad y no es vadeable en ningún punto. El Eufrates, al contrario, corre más alto, y á cada momento rebasa sus bajas orillas saliéndose de madre, ó dando origen á multitud de cauces secundarios, unos perennes que utilizan constantemente los pueblos de la ribera, otros temporalmente abiertos cuando se necesitan riegos en las vegas, pues las lluvias son escasísimas en aquellos países. Todo esto

hace que el agua del Eufrates sea menos abundante y pura al fin de su curso.

Alejandro recorrió por mar todo el trayecto del golfo Pérsico que separa al Euleo del Tigris, y subió por este río hasta el lugar donde estaba acampado Hefestión con el ejército. De allí continuó su viaje hasta Opis, ciudad situada en la orilla, haciendo de paso destruir todos los diques y limpiar de obstáculos el cauce. Los Persas, poco peritos en la marinería, los habían construído para impedir la entrada de alguna flota por aquella parte, dificultando de ese modo extremadamente la navegación del Tigris. Alejandro decía que tales inventos eran propios de gentes de poco mérito en las armas. Y dió en efecto pruebas de la inutilidad que para él tenían tales defensas, y de la escasa eficacia de las mismas, destruyéndolas con poquísimo esfuerzo.

CAPÍTULO VIII.

Alejandro trata de licenciar sus veteranos.—Motín que esta medida produce.—Castigo de sus jefes.

Al llegar á Opis, reunió á los Macedonios y les dijo: «Todos los inválidos para la guerra por edad ó heridas, quedáis licenciados y podéis volver a vuestras casas; pero las larguezas que prodigaré á los que se queden serán envidia de los que se vayan y estímulo de otros Macedonios para participar de iguales trabajos y peligros.» Estas palabras, dichas con ánimo de halagar á sus compatriotas, fueron interpretadas de manera muy distinta, tomándolas como una prueba de que Alejandro les despreciaba como inútiles

para la guerra. El resentimiento latente en los corazones subió de punto ante esta nueva injuria. Renováronse todas las antiguas quejas; la adopción de la vestidura pérsica, el armamento macedonio concedido á los Epígonos, y la agregación y mezcla de los caballeros extranjeros á los escuadrones de los Amigos, hasta que al fin estalló la indignación. «¡Que nos licencie á todos! gritaron. ¡Que haga la guerra con su padre!» añadieron, aludiendo á Ammón. Al oir estas voces Alejandro, más propenso ya á la ira y menos comunicativo y afable con los Macedonios por haberse acostumbrado al servilismo de los Bárbaros, saltó furioso de su asiento, seguido de sus Generales, y designó á los hipaspistas con su propia mano los autores de la sedición, que en número de trece fueron apresados y llevados inmediatamente al suplicio. Calló aterrada la multitud, y entonces, volviendo á su silla, pronunció el siguiente discurso:

CAPÍTULO IX.

Cargos de Alejandro á los Macedonios.

«No voy á hablar para deteneros, Macedonios; yo mismo os he dado licencia de iros: voy á hablar para demostraros mis beneficios, y cómo me los habéis pagado. Principiemos, como es justo, por Filipo. Mi padre os encontró en hordas nómadas miserables, sin asiento fijo, vestidos de groseras pieles, apacentando en las sierras exiguos rebaños, y por ellos en continua lucha, casi siempre infeliz, con vuestros finitimos los Ilirios, los Tracios y Tribalos; y trocó en clámides vuestras pieles, os bajó de las sierras á los

valles, os equiparó en fuerzas á los Bárbaros, os enseñó á fiar más en la eficacia de vuestro valor que en la inaccesibilidad de los lugares, os dió ciudades hermosas, buenas leyes, excelentes instituciones. Los mismos Bárbaros que os molestaban con diarias correrias quedaron subyugados; de siervos os convirtió en señores; agregó á Macedonia gran parte de la Tracia; os conquistó ciudades en la costa; abrió vías nuevas al comercio, y aseguró el producto de las minas. Sujetó aquellos Tesalios que antes os tenían exánimes de miedo, y derrotando á los Focenses, os ensanchó y facilitó el camino de la Grecia, antes para vosotros tan difícil y estrecho. Atenienses y Tebanos, que ayer os tendían continuas asechazas, exigiéndoos aquéllos un tributo, éstos sumisión y obediencia, quedaron de tal suerte castigados que hoy buscan y codician nuestra protección y alianza. Entrando en el Peloponeso, arregló sus repúblicas; nombrado, en fin, generalísimo del ejército griego contra Persia. más abrillantó con este título los timbres macedónicos que los de su propia persona.

»Estos son los beneficios que os dispensó mi padre, grandes, si no se les compara; pequeños al lado de los míos. Al sucederle, sólo encontre en el tesoro real algunos vasos de oro y plata con sesenta talentos, y esos, gravados con cincuenta de deuda. Tomé, sin embargo, prestados otros ochenta, y os saqué de Macedonia, donde apenas podía alimentaros. Yo, á vista del Persa, rey del mar, os he abierto el Helesponto; yo he vencido en el Gránico á los Generales de Darío, añadiendo á vuestro imperio toda la Jonia, la Eolia, las dos Frigias y la Lidia; yo os he dado á Mileto, tomada por asalto; yo he hecho tributarios vuestros otros pueblos entregados voluntariamente; yo os he enriquecido con los tesoros de Egipto y de Cirene;

yo he agregado á vuestros dominios la Celesiria, la Palestina y la Mesopotamia; vuestras son Babilonia, Bactras y Susa; vuestras las riquezas de los Lidios; vuestras las preciosidades pérsicas; vuestros los tesoros índicos; vuestro el inmenso Océano; vuestros los gobiernos, las jefaturas é hiparquías. ¿Qué me he reservado yo de tantas conquistas, fuera de esta púrpura y de esta diadema? No tengo nada mío. Mis tesoros los poseéis ya, ó los guardo para vosotros. Por otra parte, ¿á qué había de reservarlos? Mis gastos son iguales á los vuestros; me alimento con vuestros manjares; duermo como vosotros. ¿Qué digo? Muchos tenéis más regalada mesa, y todos descansáis tranquilos, mientras yo velo por la común seguridad

CAPÍTULO X.

Continuación del anterior.

»Quizá todo esto se debe á trabajos y peligros de que no he participado yo. ¿Quién se atreverá á afirmar que ha sufrido más por mí que yo por él? ¡Ea! Desnudaos los heridos, mostrad vuestras cicatrices; yo enseñaré las mías. No hay parte de mi cuerpo sin su honrosa huella; no hay arma que no haya dejado en mí profunda señal. Las espadas de cerca, los dardos de lejos, las catapultas, las piedras, los troncos, las máquinas me han elegido doquiera por blanco de su furor; y sin embargo, para glorificaros y enriqueceros os he llevado victoriosos y triunfantes por todas las tierras, por todos los mares, por ríos, por montes y por llanos. Yo os he procurado á la mayor parte bodas que ennoblecerán vuestra prole enlazándola á la mía.

Yo, no obstante vuestro crecido estipendio y el botín recogido en las ciudades saqueadas, he pagado espléndidamente vuestras deudas, sin preguntar siquiera vuestros nombres. Yo, he premiado á muchos con coronas áureas, inmortales recuerdos de mi generosidad y su valor. Yo, al que murió como bueno en el combate (ninguno de vosotros ha perecido huyendo), le erigí allí mismo un glorioso cenotafio, y en su patria una estatua de bronce, y colmé de honores á sus padres, y les eximí de tributos públicos y privados.

»Pensaba licenciar á los invalidos, pero con honores y riquezas envidiables. Mas ya que queréis marcharos todos, idos, idos, y decid en vuestra patria que vuestro rey Alejandro, vencedor de los Persas, Medos, Sacas y Bactrianos; conquistador de los Uxios, Aracotos y Drangas; dueño de los Partos, Corasmios é Hircanos hasta el Caspio; después de franquear el Cáucaso, las Pilas Caspias, el Oxo, el Tanáis, el Indo, sólo por él y Baco atravesado, el Hidaspes, el Acésines y el Hidraotes, y de haber estado á punto de pasar el Hifasis á no impedírselo vuestra negativa á seguirle; después de haber penetrado en el Océano por las dos bocas del Indo, de haber recorrido los desiertos de Gadrosia por ninguno otro ejército salvados; después de subyugar de paso los Carmanios y Oritas, y de hacer subir su flota de los confines de la India al golfo Pérsico y á la ciudad de Susa, ha sido abandonado por vosotros, dejándole bajo la salvaguardia de los Bárbaros vencidos. ¡Qué gloria para con los hombres! ¡qué mérito para los inmortales! ¡¡Marchaos!!»

CAPÍTULO XI.

Alejandro da á los Persas el mando de su ejército.—Arrepentimiento de los Macedonios.—Su reconciliación con Alejandro. Banquete general.

Dicho esto, bajó precipitadamente de su silla y encerrándose en su tienda, negóse á tomar alimento y á conversar con sus amigos durante aquel día y el siguiente. Al tercero convocó á los principales Persas y les distribuyó el mando de las tropas, besando solamente á los que le estaban ligados con vínculos de parentesco. Los Macedonios conmovidos por el discurso del Rey, se quedaron estupefactos y silenciosos en torno de su silla, sin atreverse ninguno á acompañarle cuando se retiró, fuera de algunos amigos que le rodeaban y de los guardias personales. No sabían qué hacer ni qué decir, ni si marcharse ó quedarse. Mas cuando supieron sus disposiciones respecto á Medos y Persas, y cómo les había concedido diferentes mandos, distribuyendo los Bárbaros entre las tropas, y constituyendo casi exclusivamente con ellos la infantería y caballería de los Amigos, los Argiráspidas, el Agema real y el macedónico, cuyo nombre se cambió por otro persa, ya no pudieron contenerse; precipitáronse en masa hacia la tienda del Rey, arrojaron á su puerta las armas, como para que intercediesen por ellos, y permanecieron en la entrada pidiendo audiencia y prometiendo declarar los autores de la sedición, y no apartarse de allí ni de día ni de noche hasta ablandar el corazón de Alejandro.

El Rey se presentó en cuanto lo supo, y al verlos tan contristados y humildes se compadeció de su profunda pena, y mezcló sus lágrimas á las de los soldados. Hizo un movimiento como para hablarles, y ellos siguieron en actitud suplicante, hasta que un tal Calines, distinguido por su edad y el puesto que ocupaba en una hiparquía de los Amigos, se expresó de esta manera: «Contristas á los Macedonios, oh Rey, emparentando con los Persas, que ya se cuentan de tu familia, y permitiéndoles que te besen, mientras rehusas este honor á los Macedonios.» Y Alejandro interrumpiéndole: «A todos vosotros, dijo, os hago mis parientes y así os llamaré en lo sucesivo.» Y adelantándose á Calines lo besó, y á los demás que quisieron. Los soldados recogieron las armas y regresaron al campo lanzando gritos de gozo y entonando jubilosos peanes (1) Después ofreció Alejandro un sacrificio á los dioses de costumbre, y celebró un banquete público, en el cual los Macedonios ocuparon á su lado el primer puesto, y el segundo los Persas y demás pueblos según su jerarquía ó méritos militares. El Rey y todos los comensales bebieron de la misma copa. Los sacerdotes griegos y los Magos invocaron juntamente á sus dioses, pidiéndoles entre otros bienes y prosperidades la unión y concordia de Persas y Macedonios. Nueve mil convidados asistieron á este banquete; todos hicieron la misma libación y entonaron á la vez el *peán*.

---

(1) «Nombre genérico que dan los autores al himno ó CÁNTICO DE COMBATE de la antigua MILICIA GRIEGA.» (Almirante, *Dic. Mil.*) En un principio estuvo consagrado á Apolo, y después llegó á significar todo canto de alegría.

CAPÍTULO XII.

Licenciamiento de los veteranos.—Llamada de Antípatro.

Alejandro licenció después, porque así lo deseaban, á unos diez mil Macedonios, inútiles ya por edad ó heridas para los servicios militares, dándoles á cada uno un talento, además de su estipendio y los gastos de viaje. Dispuso que le dejasen los hijos habidos de mujeres asiáticas, para evitar la perturbación que la presencia de estos extranjeros pudiera producir en los hogares macedonios, comprometiéndose á educarles é instruirles en la táctica y costumbres macedónicas y á devolverlos á sus padres cuando ya fuesen adultos. Tales eran sus promesas para el porvenir, y queriendo darles al presente una prueba elocuentísima de su cariño, encargó la dirección de la tropa licenciada y su administración y cuidado á su fidelísimo amigo Crátero, á quien amaba como su propia vida. Despidiólos, pues, saludando cariñosamente á todos y confundiendo sus lágrimas. Crátero fué encargado también del gobierno de Macedonia, Tesalia y Tracia, y de velar por la libertad de los Griegos, sustituyendo á Antípatro, que debía venir á reunírsele al frente de una tropa de Macedonios jóvenes y robustos, relevo de la licenciada. Polisperconte fué enviado como segundo de Crátero, para el caso de que á éste, cuya salud estaba algo resentida, le ocurriese algún accidente en el camino.

Los que cuanto más ocultos son los asuntos de los reyes, más se empeñan en averiguarlos, y tienen marcada propensión á ennegrecer y tomar á mala

parte todas las acciones, esparcieron el rumor de que Alejandro, al llamar de Macedonia á Antípatro, había cedido á las calumnias de su madre. Mas quizá este llamamiento, lejos de ser desdoroso para Antípatro, obedecía solamente al propósito de evitar algún mal irremediable producido por sus frecuentes disensiones. Pues Alejandro recibía frecuentes cartas en que Antípatro se quejaba de la arrogancia, acritud y entremetimiento poco decoroso de la viuda de Filipo, hasta el punto de habérsele escapado al Rey el decir: «Bien caros me hace pagar los diez meses que me llevó en su seno.» Olimpias, por otra parte, pintaba á su enemigo como un déspota, enorgullecido de su mando y olvidado del autor de su fortuna, y aspirando á obtener el primer puesto en Grecia y Macedonia. Alejandro daría probablemente más crédito á esta calumnia, por referirse al temor natural de ver menguada su dominación, pero nunca ni con hechos ni con dichos dió á entender que Antípatro hubiera caído de su gracia.............. (1) Hefestión.

CAPÍTULO XIII.

Fábula de las Amazonas.

Hefestión, persuadido por estas palabras, se prestó, aunque de mal grado, á la reconciliación tan ardientemente deseada por Eúmenes.

---

(1) Hay en el texto una laguna sólo de algunas líneas, según las más probables conjeturas. Se supone que en ellas refería brevemente Arriano la fuga de Harpalo y los medios que Eúmenes empleó para reconciliarse con Hefestión, como se desprende de la última palabra del capítulo XII, y las primeras del siguiente. Este vacío puede llenarse con el relato de Diodoro Sículo, lib. 17.

En este mismo viaje se dice que Alejandro vió el campo donde solían pastar las yeguas de la guardia real, llamado Niseas por Herodoto (1), que da igual nombre á aquel prado. Su número ascendió en otro tiempo á ciento cincuenta mil, pero el Rey no encontró muchas más de la tercera parte, pues las restantes las habían robado los cuatreros.

Atrópates, sátrapa de la Media, le presentó cien mujeres Amazonas, vestidas y equipadas como los soldados de caballería, fuera de llevar hachas y peltas (2) en vez de lanzas y escudos. Tenían, según algunos, más pequeño el pecho derecho y lo llevaban descubierto en los combates. Alejandro las despidió por evitarlas algún ultraje de los Macedonios ó Bárbaros, mandándoles decir á su Reina que la visitaría para tener de ella descendencia. Pero ni Aristobulo, ni Tolomeo, ni ningún otro autor fidedigno hace mención de este hecho; por lo cual entiendo que ya la nación de las Amazonas no existía, pues ni las nombra Jenofonte, aunque habla del Jaso, de la Cólquide y de todos los pueblos de la costa bárbara, recorridos por los Griegos antes y después de salir de Trapezunte, en cuyos países las hubieran encontrado si todavía quedasen restos de su raza.

No pongo, sin embargo, en duda su existencia, atestiguada por muchos é ilustres escritores. Hércules, según opinión común, fué enviado contra ellas y trajo á Grecia el ceñidor de su reina Hipólita; los Atenienses, mandados por Teseo, rechazaron una invasión de estas mujeres en Europa, en un combate descrito por Cimón con tanto cuidado como los de las guerras Médicas; Herodoto las cita á menudo, y todos

(1) Lib. VII, 40.
(2) Escudo redondo.

los panegiristas atenienses de soldados muertos en batalla, refieren en primer término la guerra de su república con las Amazonas. Creo, pues, que las mujeres presentadas por Atrópates á Alejandro serían, en todo caso, algunas Bárbaras, peritas en equitación y armadas á la manera de las Amazonas.

CAPÍTULO XIV.

Muerte de Hefestión.—Dolor de Alejandro.

Alejandro, según su costumbre en los sucesos prósperos, ofreció en Ecbatana un sacrificio á los Dioses, celebró juegos gímnicos y músicos, y tuvo un banquete con sus amigos. Entretanto cayó enfermo Hefestión, y al séptimo día, cuando el Príncipe se hallaba en el estadio presenciando un certamen gímnico de muchachos, le anunciaron que estaba gravísimo, por lo cual abandonó precipitadamente los juegos. Mas á pesar de su apresuramiento ya le encontró cadáver.

Hay discordancia entre los historiadores sobre la forma de manifestar su dolor Alejandro, pero todos convienen en que fué vehementísimo, variando sus relatos según los sentimientos de benevolencia ó enemistad que cada cual abrigaba respecto al Príncipe ó su favorito. Al pintar los extremos de Alejandro por la pérdida del hombre á quien más amaba en el mundo, unos convierten en motivos de alabanza todos sus dichos y hechos; otros, por el contrario, los censuran como indignos del hombre y del decoro real. Quiénes dicen que permaneció gran parte de aquel día llorando sobre el cuerpo de Hefestión, sin querer apar-

tarse de él, hasta que lo separaron con sumo trabajo sus amigos; quiénes que estuvo todo el día y toda la noche abrazado al cadáver; éstos, que mandó crucificar al médico Glaucias por haber administrado al enfermo una contraindicada poción, aquéllos, que la causa de tal suplicio fué el no haberle contenido cuando bebía inmoderadamente. Yo no hallo increíble el que se cortase el cabello sobre el difunto, entre otras causas, por seguir el ejemplo de Aquiles (1), á quien desde niño procuraba imitar; mas no puedo creer que fuese él mismo conductor y auriga del carro fúnebre y que mandase destruir en Ecbatana el templo de Esculapio. Esta acción es bárbara é impropia de Alejandro, y sólo digna de la impiedad de Jerjes, que mandó encadenar el Helesponto. Más verosímil es la contestación referida por algunos. De camino para Babilonia, se le presentaron varias diputaciones griegas. Después de acceder á la petición de los de Epidaurio, les hizo una ofrenda para su templo de Esculapio, añadiendo: «Aunque estoy muy quejoso de ese dios, que no ha querido conservarme al amigo á quien amaba como á las niñas de mis ojos.» Mandó, al decir de casi todos, honrar como un héroe á Hefestión, y añaden algunos que consultó al oráculo de Ammón sobre si podrían tributársele honores divinos, á lo cual se negó Júpiter.

Alejandro, según todos los historiadores, estuvo tres días enteros sin probar bocado ni cuidar de su persona, desahogándose en lamentos ó sumido en silencioso dolor. Mandó preparar en Babilonia una pira, cuyo coste ascendió á la enorme suma de diez mil ó más talentos. Decretó un luto general y público en todos los países conquistados. Entonces muchos Ami-

(1) Véase HOMERO, *Iliada*, XXIII, v. 140 y siguientes

gos, para mitigar la pena del Príncipe, consagraron sus armas á Hefestión; y el primero Eúmenes, inspirador de esta idea, para evitar toda sospecha de que pudiera alegrarse de su muerte. La plaza vacante la caballería de los Amigos quedó sin cubrir, conservando, sin embargo, la quiliarquía que mandaba Hefestión su nombre y su estandarte. Celebráronse juegos gímnicos y músicos, en los cuales el número de justadores y la riqueza de los premios superó en mucho á todas las anteriores fiestas. Alejandro, en efecto, hizo concurrir á ellos tres mil atletas, que bien pronto habían de figurar en sus propios funerales.

CAPÍTULO XV.

Expedición contra los Coseos.—Embajadas de diversas naciones

Después de permanecer largo tiempo entregado al dolor, empezó á resignarse, con ayuda de los consuelos de sus amigos, y determinó hacer una expedición contra la belicosa nación de los Coseos, fronteriza á los Uxios. Son los Coseos montañeses y tienen plazas fortificadas; cuando les ataca un ejército poderoso huyen precipitadamente á sus riscos, ó cada cual se dispersa por puntos inaccesibles al enemigo, y luego de retirarse éste, vuelven y hacen sus rapiñas, que es de lo que viven. Alejandro, no obstante ser invierno, les desalojó de sus posiciones. Ni el rigor de la estación ni las dificultades del terreno arredraron ni á él ni á Tolomeo, jefe de una parte de la tropa. Nada era ya imposible á su valor.

Después se le presentaron en Babilonia una diputación de Africanos, felicitándole y ofreciéndole una

corona como á señor del Asia; y otras, venidas con igual objeto de Italia, del Brucio, de los Etruscos y Lucanienses. Los Cartagineses se asegura que hicieron lo mismo, y los Etíopes, los Escitas de Europa, los Celtas y los Iberos, todos solicitando su amistad para pueblos nunca hasta entonces oídos por Griegos y Macedonios, y algunos eligiéndole árbitro de sus discordias. Entonces fué cuando Alejandro se creyó verdaderamente dueño del mundo Ariston y Asclepiades, y otros autores de su historia, dicen que los Romanos enviaron también embajadores, recibidos admirablemente por el Príncipe, que enterado de su modestia, generosidad y diligencia, y de sus costumbres é instituciones, auguró ya su grandeza futura. Este hecho ni me parece digno enteramente de fe, ni completamente increíble, aunque ningún escritor romano hace mérito de semejante embajada ni los autores de la historia Alejandrina, Tolomeo y Aristobulo, á quienes con preferencia sigo; ni, en fin, parece propio de la república romana, libérrima entonces, dar semejante paso respecto á un rey extranjero tan distante, mucho más si se tiene en cuenta la ninguna utilidad que de esto recabarían y su particular odio á todos los tiranos

CAPÍTULO XVI.

Heráclides enviado á Hircania.—Oráculo de los Caldeos.

Alejandro envió á Heráclides, hijo de Argeo, los suficientes operarios náuticos á Hircania, para construir, con las maderas abundantes en aquellos montes, naves largas descubiertas y cerradas á la manera de las

de los Griegos. Deseaba reconocer con cuál mar estaba en comunicación el llamado Hircanio y Caspio; si con el Ponto Euxino ó con el Océano Índico, que pudiera formarle volviendo de la parte oriental y penetrando entre el Continente, como lo hace con el Golfo Pérsico, llamado también Mar Rojo. Todavía, en efecto, no se conocía el origen del Caspio á pesar de los muchos pobladores de sus costas y del crecido número de ríos navegables que en él desaguan, entre los cuales están el Oxo, que riega la Bactriana y es el mayor del Asia, después del Indo; el Iaxartes, que atraviesa la Escitia; el Araxes, que corre por la Armenia y se pierde, según los más, en el Hircanio. Esto sólo respecto á las corrientes principales, pues hay además otras muchas secundarias que engrosando el caudal de los primeros pagan su tributo al mar de que hablamos. Alejandro descubrió parte de éstos, pero otros desconocidos es verosímil que corran más allá, por el país de los Escitas nómadas.

Cuando después de atravesar el Tigris se dirigía Alejandro á Babilonia, le salieron al paso los Adivinos Caldeos, suplicándole que suspendiese su marcha á aquella ciudad, pues el oráculo de Belo les había advertido que su entrada por entonces le sería funesta. A lo cual les respondió con este verso de Eurípides:

No hay otro augur como el que anuncia bienes.

Pero ellos: «Siquiera, oh Rey, insistieron, no avances por Occidente: haz dar un rodeo á tu ejército y toma el camino oriental.» Mas las dificultades del terreno le impidieron obedecer á esta advertencia, empujándole la fatalidad al camino donde había de encontrar el término de su vida.

Quizá fué dichoso en espirar en la cúspide de su grandeza, en medio del dolor universal, antes de ser

víctima de alguno de esos accidentes tan comunes en la vida humana, en cuya previsión decía Solón á Creso: «Aguardemos hasta la muerte para decidir sobre la felicidad de un hombre.» Ya, en prueba de esto mismo, la pérdida de Hefestión fué un rudísimo golpe, que Alejandro hubiera querido evitar precediéndole á la tumba; lo mismo que Aquiles hubiera preferido morir antes que Patroclo, á sobrevivirle para vengarle

CAPÍTULO XVII.

Alejandro sospecha de la sinceriaaa ae los Caldecs.

Sospechó Alejandro que los Caldeos trataban de alejarle por entonces de Babilonia, aduciendo aquel oráculo para su provecho y fines particulares. Pues el templo de Belo, situado en medio de la ciudad, notable por su grandeza y su particular construcción de ladrillos cocidos, unidos con asfalto, había sido destruído, como los demás lugares sagrados babilónicos, por el impío Jerjes, cuando regresó de su expedición á Grecia. Alejandro se había propuesto reedificarlo, mandando limpiar su solar para levantarlo sobre los mismos cimientos ó hacerlo más grande, según quieren otros; pero durante su ausencia los trabajos avanzaron muy poco, por lo cual estaba decidido á terminarlos con el ejército. Es de advertir que los Reyes asirios habían consagrado al templo muchos campos y gruesas sumas de oro, cuyas rentas servían entonces para el sostenimiento del culto, pero al presente, en vez de dedicarse á su primer destino, eran disfrutadas por los sacerdotes caldeos. Esto inspiró á Ale-

jandro la sospecha de que el disuadirle de entrar en Babilonia sería para no verse privados de tan pingües utilidades en cuanto fuese reconstruído el templo.

Según Aristobulo, el Príncipe, cediendo á la advertencia de los Caldeos, quiso dar vuelta á la ciudad, acampando el primer día á las orillas del Eúfrates; al siguiente, teniendo el río á la derecha, se adelantó á lo largo de la orilla con intención de dejar atrás la parte de la ciudad que mira á Ocaso, para volver luégo hacia el Oriente; pero detenido por unos profundos pantanos, le fué imposible realizar su propósito. Así, mitad de grado, mitad por fuerza, no obedeció al oráculo de Belo.

CAPITULO XVIII.

Predicciones de Pitágoras y Calano.

Aristobulo relata otro prodigio. Apolodoro de Anfípolis, uno de los Amigos, estratega de las tropas que Alejandro dejó á Mazeo, sátrapa de Babilonia, viendo el rigor que á su vuelta de las Indias desplegaba el Príncipe contra todos los gobernadores de provincias, escribió acerca de su futura suerte á su hermano Pitágoras, agorero por las entrañas de los animales; y habiéndole contestado éste preguntándole los nombres de las personas que temía, le dió los de Hefestión y Alejandro. Pitágoras consultó primero las entrañas acerca de Hefestión, y faltando un lóbulo del hígado, escribió á Apolodoro desde Babilonia á Ecbatana, manifestándole que nada temía de Hefestión, amenazado de una muerte próxima, como sucedió en efecto, pues murió, dice Aristobulo, al día siguiente

de recibirse la carta. Después el adivino consultó sobre Alejandro, y habiendo obtenido en su inspección resultado idéntico, escribió en el mismo sentido á Apolodoro. Éste, para probar al Rey su celo, le manifestó todo lo ocurrido, aconsejándole se precaviese del inminente riesgo. Alejandro se lo agradeció, y al llegar á Babilonia preguntó á Pitágoras en qué señales había fundado su vaticinio; y habiéndole contestado que en la carencia del lóbulo del hígado, que le presagiaba una gran desgracia, lejos de enojarse, le tuvo en lo sucesivo más afecto por haberle manifestado con toda ingenuidad cuanto sabía. Aristobulo dice que supo estos detalles por el mismo Pitágoras; que hizo después igual vaticinio respecto á Perdicas y Antígono, los cuales murieron, en efecto, el primero peleando con Tolomeo; el segundo en la batalla de Ipso contra Seleuco y Lisímaco.

También cuentan una cosa análoga del gimnosofista Calano. Al dirigirse á la pira que debía consumir su cuerpo, besó á todos sus amigos, pero no quiso abrazar á Alejandro, diciéndole: «Te besaré cuando nos encontremos en Babilonia.» Entonces nadie se fijó en estas palabras; pero al recordarlas con motivo de la muerte del Príncipe, todo el mundo vió en ellas una profecía de tan triste suceso.

CAPÍTULO XIX.

Llegada de embajadas griegas á Babilonia.—Escuadras y preparativos contra los Arabes.

Alejandro recibió en Babilonia varias diputaciones griegas, cuyo objeto no nos dicen los historiadores; pero yo presumo que las más se limitarían á ofrecerle

coronas y felicitaciones públicas por sus triunfos y su feliz regreso de la India. Acogiólas benévolamente y las despidió colmadas de honores, entregándoles las imágenes de los Dioses y objetos del culto que Jerjes había traído de Grecia á Babilonia, Pasargada, Susa y otras ciudades asiáticas. Entonces recobraron los Atenienses las estatuas de bronce de Harmodio y Aristogiton y la de Diana Celcense.

En Babilonia se le reunió también, dice Aristobulo, la flota que había venido, una parte á las órdenes de Nearco por el Eúfrates desde el golfo Pérsico, y otra de la Fenicia. Componíase la última de dos quinquerremes, tres cuadrirremes, doce trirremes y treinta triacóntoros que habían sido traídos desmontados desde Fenicia á Tapsaco, donde, armados de nuevo, se pusieron á flote en el Eúfrates.

El mismo historiador asegura que Alejandro mandó construir otra escuadra con los cipreses cortados en Babilonia, únicos árboles que abundan en Asiria, donde hay grandísima escasez de todos los materiales relativos á la náutica. Por eso vióse obligado á traer de Fenicia y de toda la costa los operarios y tripulaciones de los navíos. Hizo en Babilonia un puerto capaz de dar abrigo á mil naves, y cerca los arsenales convenientes. Envió á Mícalo de Clazómenes con quinientos talentos á Fenicia y Siria para tomar á sueldo ó comprar todos los marineros posibles. Su proyecto era fundar colonias en las costas é islas del golfo Pérsico, que se le antojaban tan opulentas como la Fenicia. Mas todos estos preparativos navales iban enderezados contra la populosa raza de los Arabes, so color de haber sido los únicos Bárbaros que no le habían enviado diputaciones, ni tributado clase alguna de homenaje; pero en realidad, según mi opinión, arrastrado por su insaciable afán de conquistas.

CAPITULO XX.

Ambición impía de Alejandro.—Detalles sobre varias exploraciones en el golfo Pérsico.

Despertó su ambición, según es fama, el haber sabido que los Arabes sólo adoraban á dos dioses, el Cielo y Baco. Al Cielo porque, conteniendo los astros y el sol, era la causa de los más grandes, visibles y numerosos beneficios de los hombres; á Baco, por la conquista de los Indios. «Yo puedo ser, decía Alejandro, su tercera deidad, pues mis hazañas en manera alguna son inferiores á las del semidiós.» Pensaba, una vez vencidos los Arabes, dejarles vivir como á los Indios, con arreglo á sus leyes: por otra parte, le invitaba á esta expedición la extraordinaria riqueza de aquel país, en que se coge la casia (1) en las lagunas, la mirra y el incienso en los árboles, el cinamomo en los arbustos, y el nardo en las praderas que espontáneamente lo producen. Sabía además que en extensión no ceden á las de la India las costas arábigas, llenas de puertos seguros donde albergar la flota, de ciudades perfectamente situadas y opulentas, y con muchas islas á no larga distancia

Dos de estas, según noticias, se hallaban en la desembocadura del Eúfrates; la menor á ciento veinte estadios próximamente del punto de desagüe, cubierta de bosques, con un templo á Diana, servido por los naturales, y llena de cabras monteses y de

(1) Especie de corteza olorosa parecida á la canela.

ciervos, cuya caza estaba prohibida como no fuera para ofrecer sacrificios á la Diosa á quien estaban consagrados. Según Aristobulo, Alejandro dió á esta isla el nombre de Ícaro, que es el de la del mar Egeo en la cual, por desoir los consejos de su padre de no remontar neciamente el vuelo sino mantenerse próximo á tierra, cayó el hijo de Dédalo, derretida por el sol la cera de sus alas, dando nombre á la isla y al mar teatro de su muerte. La otra, llamada Tilo, dista de la boca del Eúfrates, siendo favorable el viento, un día y una noche de navegación. Es grande; no se halla enteramente cubierta de bosques, y produce dulces y sazonados frutos.

Alejandro adquirió estas noticias por los siguientes exploradores de las costas arábigas. Arquías, que con una nave de treinta remos llegó hasta la isla de Tilo, y no se atrevió á pasar más adelante; Andróstenes, que con otro triacóntoro pudo doblar parte de la península arábiga; el piloto Hierón de Soles, que con un navío de igual clase fué el que avanzó más, pero sin atreverse á cumplir por completo su misión, según la cual, debía de haber penetrado en el mar Rojo hasta la ciudad de Herópolis. Rodeó, sin embargo, gran parte de la Arabia, y descubrió que su extensión no cedía mucho á la de la India, avanzando muchísimo en el Océano su última punta, la cual, antes de entrar en el golfo Pérsico, ya había sido vista por Nearco, que estuvo á punto, según quería el piloto Onesícrito, de arribar á ella; pero se abstuvo de hacerlo para dar cuanto antes cuenta á Alejandro de su navegación, cuyo objeto no era recorrer el Océano, sino explorar las costas y adquirir noticias sobre puertos, aguas potables, condiciones, usos y costumbres de sus pobladores, y calidades buenas ó malas de sus tierras y frutos. Esta resolución fué salvadora,

pues de avanzar más el ejército, no hubiera podido avituallarse en los desiertos arábigos; ante cuyo peligro retrocedió también Hierón de Soles.

CAPÍTULO XX.

Detalles sobre el Eúfrates y el Palacopas.—Dique proyectado por Alejandro.—Fundación de una ciudad.

Mientras se preparaban los trirremes y se construía el puerto de Babilonia, Alejandro se dirigió por el Eúfrates al Palacopas, canal que parte de este río, sin nacer de manantiales, y se halla á unos ochocientos estadios de la ciudad. El Eúfrates, que fluye de los montes de Armenia, se mantiene dentro de su cauce, con escaso caudal durante los meses del invierno; pero cuando principia la primavera, y mucho más en el solsticio de estío, crece extraordinariamente al derretirse la nieve de las montañas donde nace; se desborda, inunda los campos asirios, y llegaría á cubrir todas las tierras próximas si no se desaguase por el Palacopas, derramándose en estanques y lagunas, que recorre hasta cerca de la Arabia, donde se pierde en pantanos, y luego va por ocultos caminos hasta el mar. Derretidas las nieves, principalmente hacia el Ocaso de las Pleyadas, el Eúfrates disminuye; mas, á pesar de todo, la mayor parte de su caudal va por el Palacopas á un lago, dejando en seco las campiñas asirias, á menos de no cerrarse la salida del canal hasta hacer refluir las aguas. El Sátrapa de Babilonia lleva á efecto esta operación con muchísimo trabajo, empleando diez mil operarios asirios durante tres

meses completos, pues como en el punto de oclusión del canal es la tierra blanda y cenagosa, cuesta infinito hacerla contener las aguas, al paso que es facilísimo el abrirla. Al saber Alejandro estos detalles, concibió el proyecto, utilísimo para la Asiria, de construir un dique más sólido en el punto donde el Eúfrates se vierte en el Palacopas, y á unos treinta estadios más allá encontró una tierra pedregosa, que mezclada al antiguo cauce del canal, podría darle solidez é impedir, por consiguiente, el escape del agua y facilitar la oclusión en el tiempo oportuno. Después, navegando por el Palacopas, bajó hasta los confines de la Arabia. Halló conveniente el sitio, y fundó una ciudad, la amuralló y la pobló con una colonia de Griegos estipendiarios y voluntarios, inútiles ya para la guerra por edad ú otras causas.

CAPÍTULO XXII.

Vuelta á Babilonia.—Nuevos augurios.

Despreciando el oráculo Caldeo, en vista de no haberse cumplido ninguno de sus funestos agüeros, puesto que salió de Babilonia completamente ileso, navegó segunda vez lleno de confianza por las lagunas, teniendo la ciudad á mano izquierda, é hizo volver al verdadero camino una parte de la flota que andaba extraviada por falta de guía. Entonces ocurrió el hecho siguiente: En estas lagunas y pantanos se hallan los sepulcros de muchos reyes de Asiria, y al visitarlos Alejandro, dirigiendo por sí mismo la trirreme, un fuerte y repentino golpe de viento le arre-

ató la causia (1) y la diadema, cayendo aquélla, como de más peso, al agua, y quedándose ésta prendida en unas cañas junto á las regias tumbas. Tomóse esto por siniestro augurio, y mucho más cuando el marinero que se lanzó á recoger la diadema la trajo sobre la cabeza y no en la mano, temeroso de mojarla al nadar. Casi todos los historiadores dicen que este servicio le valió por de pronto un talento, pero después le costó la vida; pues Alejandro, aconsejado por los adivinos Caldeos, mandó abatir una cabeza que había llevado la diadema real. Este infortunado fué, según Aristobulo, un marinero fenicio, que aunque recibió el talento, fué apaleado por su irreverencia. Otros atribuyen esta acción á Seleuco, augurando de ella la muerte del Rey y el futuro encumbramiento del General, que, en efecto, por sus regios ánimos, fué de los sucesores de Alejandro el que gobernó más provincias y sostuvo á mejor altura su excelsa dignidad.

CAPITULO XXIII.

Refuerzos de tropas.—Llegada de embajadores griegos.—Mezcla de Persas y Macedonios en las filas del ejército.—Juegos navales.—Honores divinos otorgados á Hefestión.—Carta de Alejandro á Cleómenes

Cuando volvió á Babilonia encontró Alejandro á Peucestas, recién llegado de su gobierno, con veinte mil Persas y muchos Coseos y Tapuros, los más beli-

(1) Sombrero de anchas alas, usado por los Macedonios para librarse del sol.

cosos de los pueblos finítimos de Persia. También habían venido, al frente de sus respectivos ejércitos, Filóxeno de la Caria y Menandro de la Lidia, y Ménidas con sus escuadrones, y, en fin, varios embajadores griegos ceñidos de coronas, que ofrecieron á Alejandro coronas de oro, tributándole honores divinos. ¡Honores divinos á quien tan cerca estaba de la muerte!

El Príncipe aplaudió el tino y moderación de Peucestas en su gobierno, y la sumisión de los Persas, que fueron incorporados á las compañías macedónicas. Cada fila se compuso entonces de cuatro Macedonios, tres con más sueldo y el cuarto con mando superior, y de doce Persas. Los primeros eran: el decadarca, jefe de la fila, el dimoirita y dos decastáteros, llamados así por la paga que percibían, menor que la del anterior, pero mayor que la del soldado raso. Los Macedonios llevaban el armamento nacional; los Persas flechas ó dardos.

Alejandro, en tanto, mantenía la escuadra en incesante ejercicio, habiendo grande emulación entre trirremes y cuadrirremes, en los certámenes que se verificaban en el río. Los vencedores eran premiados con coronas.

Por entonces, los enviados al templo de Ammón en consulta sobre los honores que sería lícito tributar á Hefestión, regresaron también con la respuesta de que podía ser adorado como un héroe. Alejandro, regocijadísimo, obedeció al oráculo. Entonces escribió á Cleómenes, hombre perverso, autor de mil iniquidades contra los Egipcios, una carta imperdonable por muchos conceptos, aun aduciendo como atenuante el exceso de su amistad al difunto. Mandábale en ella erigir dos templos á Hefestión en Alejandría de Egipto, uno en la misma ciudad, y otro en la isla del

Faro, donde estaba la torre, maravilla del mundo por su belleza y magnitud, consagrar ambos monumentos bajo la advocación del favorito, y hacer inscribir su nombre en todos los contratos particulares. Censurable es dejarse arrastrar á tanta exageración; pero ¿qué diremos de estas palabras? «Si al ir á Egipto, le escribía, encuentro erigidos por tí esos templos y altares, no sólo te perdonaré todos los delitos perpetrados, sino todos los que puedas cometer.» Yo encuentro estas frases indignas de ser escritas por un gran Monarca á un hombre inicuo y criminal, bajo cuya administración había tantas tierras y personas.

CAPÍTULO XXIV.

Nuevo augurio de la muerte de Alejandro.

Acercábase la muerte de Alejandro, anunciada, según Aristobulo, por un nuevo prodigio. Después de haber distribuído entre las filas macedónicas las tropas venidas de Persia con Peucestas y las traidas por Filóxeno y Menandro, sintió necesidad de beber y se levantó, dejando vacío el trono, á cuyos lados había unos lechos con pies de plata donde se sentaban sus amigos. Entonces un desconocido, algunos añaden que estaba preso y encadenado, viendo vacíos el trono y los lechos por la ausencia del Rey y sus acompañantes, se sentó sobre la silla real. Los eunucos que la rodeaban, no atreviéndose á arrancarle de aquel sitio por prohibírselo una ley persa, empezaron á rasgarse los vestidos y á golpearse el pecho y la cara, augurando un grave mal. Enterado Alejandro de lo sucedido, mandó poner en tortura al insolente por si

había obedecido algún plan siniestro, pero sólo confesó que lo había hecho cediendo á un singular capricho. De esta respuesta dedujeron los adivinos augurios de mayor gravedad.

Pocos días después, para dar á los dioses gracias por sus felices sucesos, sacrificó las víctimas de costumbre y algunas más por consejo de los sacerdotes, y celebró con sus amigos un banquete que se prolongó hasta las altas horas de la noche. Las víctimas fueron entregadas al ejército, haciéndose también una distribución de vino por decurias y centurias. Retirábase á descansar á buena hora, cuando uno de sus más queridos amigos, llamado Medio, le suplicó le acompañase á la mesa, prometiéndole sería agradable la velada.

CAPÍTULO XXV.

Diario de la enfermedad de Alejandro.

He aquí el contenido de los diarios reales: *El primer día* comió y bebió en casa de Medio; se levantó, tomó un baño y durmió.

El segundo día comió y bebió con el mismo hasta muy avanzada la noche; se bañó, comió muy poco después, y se acostó ya calenturiento.

El tercer día, llevado en litera, ofreció los sacrificios diarios, y permaneció en el lecho hasta el oscurecer. En tanto reunió los jefes; indicó la marcha de la navegación; los infantes que habían de partir el día cuarto; y dispuso quiénes habían de acompañarle por agua el día quinto. En seguida se trasladó en litera al río; lo atravesó en una nave, y fué á un jardín delicioso, donde se bañó y descansó

El cuarto día tomó otro baño é hizo los sacrificios de costumbre; entró en su cámara, se acostó, habló con Medio, y mandó á los jefes presentarse al amanecer. Cenó poco, se hizo llevar nuevamente al lecho y tuvo fiebre toda la noche.

El quinto día se bañó, ofreció los sacrificios, y señaló para dentro de tres días la marcha de Nearco y demás jefes de la flota.

El sexto día tomó otro baño, hizo los ordinarios sacrificios, y continuó febril. Sin embargo, convocó los jefes y les mandó disponer todo lo necesario para la navegación. Se bañó otra vez á la tarde y se sintió peor.

El séptimo día fué llevado á un edificio próximo á los baños, donde ofreció los sacrificios de costumbre, y aunque gravemente enfermo, llamó á los jefes principales y les dió nuevas órdenes acerca de la expedición naval.

El octavo día fué trasladado con dificultad al lugar de los sacrificios; los ofreció; y á pesar de todo hizo nuevos encargos á los jefes.

El noveno día, aunque estaba ya gravísimo, sacrificó como de costumbre. Mandó á los estrategas permanecer en palacio y á los quiliarcas y pentacosiarcas guardar el exterior. En peligro de muerte fué llevado del jardín á la real cámara. Conoció á los jefes, pero no pudo hablarles ni articular un sonido. Toda la noche tuvo una fiebre muy alta.

El décimo continuó la fiebre de día y de noche.

CAPÍTULO XXVI.

Ultimos momentos y muerte de Alejandro.

Esto dicen las efemérides regias, y añaden que los soldados quisieron visitarle, unos por verle todavía vivo, otros, á mi parecer, sospechando que los guardias ocultaban su muerte, de la cual ya habían corrido rumores; la mayor parte, en fin, arrastrados por su cariño y su dolor. Forzaron, pues, las puertas; pero ya el Rey no pudo hablarles cuando entraron; levantó penosamente un poco la cabeza, les dirigió una benévola mirada y les tendió la mano.

Pitón, Atalo, Demofonte, Peucestas, Cleómenes, Ménidas y Seleuco, según el mismo diario, pasaron la noche en el templo de Serapis, y consultaron al dios si sería más conveniente para su curación trasladar á Alejandro al templo. «No conviene que lo traigáis; mejor está donde está,» respondió el oraculo. Refirieron esta contestación á Alejandro, que espiró al poco rato, como en cumplimiento de la profética sentencia Aristobulo y Tolomeo no dan más detalles. Otros historiadores refieren que al preguntarle sus amigos á quién dejaba el Imperio, contestó: *«Al más digno;»* y añadió: *«Mis funerales serán sangrientos.»*

CAPÍTULO XXVII.

Variantes sobre este acontecimiento.

No ignoro todo lo que otros han escrito sobre este acontecimiento: que Alejandro murió envenenado por Antípatro; que Aristóteles, amedrentado por la

muerte de Calístenes, preparó el tósigo, que lo trajo dentro del casco de un mulo Casandro, hijo de Antípatro; que se lo sirvió Iolas, hermano menor de Casandro, copero del Rey, á quien éste había humillado hacía algún tiempo; que Medio, amante de Iolas, fué cómplice del crimen, pues él atrajo á Alejandro al festín, en el cual, después de beber un vaso, sintió un vivísimo dolor que le obligó á retirarse; que, según no han tenido reparo en decir algunos, al verse sin esperanzas de vida se fué al Eúfrates con intención de ahogarse, para desaparecer súbitamente de entre los mortales y hacer creer á la posteridad que, nacido de un dios, había vuelto á los dioses; que Roxana, al saberlo, le detuvo, y él le dijo llorando: «¡Ah! me arrebatas los honores divinos.»

Cuento todas estas patrañas para demostrar que no me son desconocidas y que no las juzgo dignas de crédito.

CAPÍTULO XXVIII.

Retrato físico y moral de Alejandro.

Murió Alejandro en la Olimpiada ciento catorce, siendo Hegesias arconte de Atenas. Vivió treinta y dos años y ocho meses, según Aristobulo, y ocupó el trono doce años y ocho meses. Fué de exterior agradable y gallardo; incansable en las fatigas; de agudo y excelso ingenio; valiente á toda prueba; ambiciosísimo de gloria; amante de peligros; muy piadoso; templado en la sensualidad; sólo insaciable de aplausos; habilísimo para elegir en circunstancias difíciles; sin rival en conjeturar felizmente; peritísi-

mo en disponer, armar y administrar las tropas; único para levantar el ánimo del soldado, infundirle esperanza é inspirarle, con el ejemplo de su propio heroísmo, desprecio de la muerte; audaz en las empresas dudosas; maestro en anticiparse al enemigo, atacarle y envolverle, antes de que sospechase su presencia; religioso observador de lo pactado; cauto contra toda asechanza, y generoso hasta no guardar nada para sí y prodigarlo todo á sus amigos.

CAPÍTULO XXIX.

Vicios y crímenes de Alejandro atenuados por Arriano.

Su juventud, su constante fortuna, y, sobre todo, los aduladores, plaga de las cortes que rodean y rodearán por desgracia á los Reyes, pueden disculpar las tristes consecuencias de sus arrebatadas iras y la complacencia con que imitó el lujo de los Bárbaros.

Porque es preciso recordar en honra suya que él fué el único de los Reyes antiguos que se arrepintió sinceramente de sus faltas, pues la mayor parte, aun reconociéndose criminales, se obstinan perversamente en su delito, pensando borrar su gravedad con ocultarlo, como si pudiese haber otro remedio que reconocerlo y confesarlo y dar muestras de arrepentimiento. Así el agraviado tiene por menor una ofensa que al fin se manifiesta que lo es, y todo el mundo adquiere seguridades y esperanza de que no volverá á repetirse un hecho cuya criminalidad se reconoce.

Tampoco el haberse dado origen divino es, á mi parecer, un delito imperdonable. Quizá con esto sólo trató de robustecer su autoridad é inspirar más res-

peto á sus súbditos, imitando á Minos, Eaco, Radamanto, hijos de Júpiter, según los antiguos, sin que nadie les haya censurado, y á Teseo y á Ion, que se dieron por padres á Neptuno y á Apolo respectivamente.

Usó el traje de los Persas, es cierto; pero fué por política, para parecerles menos extranjero y hallar en ellos defensa contra la soberbia y orgullo macedónicos; por cuyo motivo, según mi opinión, introdujo y distribuyó Melóforos persas en el Agema y compañías macedonias.

Y, en fin, si gustaba de largos convites, no era por afición á la bebida, sino por complacer á sus amigos, pues, según cuenta Aristobulo, bebía muy poco.

CAPÍTULO XXX.

Juicio que debe formarse de Alejandro, según su historiador.

Los detractores de Alejandro no deben fijarse solamente en sus acciones censurables, sino considerar todos sus hechos en conjunto antes de condenar á un Príncipe que llegó á la cúspide de la humana fortuna, fué indiscutible Monarca de dos continentes, y extendió su nombre por todo el haz de la tierra; y meditar asimismo sobre su propia debilidad y apocamiento, y lo apurado y poco airosamente que suelen salir de sus asuntos. Yo creo que á ninguna nación, ciudad ni pueblo fué desconocida la fama de Alejandro, y veo en la aparición de tal hombre, en nada igual á los demás mortales, una voluntad manifiesta de los Dioses. Confírmanme en esta opinión tantos diversos sueños y visiones como auguraron su

muerte; el recuerdo de su gloria, que hoy se conserva incólume, y los oráculos dictados mucho después á los Macedonios relativamente á los honores que habían de tributársele. Yo, aunque censuro en el discurso de esta narración algunos de sus actos, confieso sin rebozo que soy admirador entusiasta de Alejandro. Si he vituperado ciertos hechos, ha sido por respeto á la utilidad pública y á la verdad, para cuyo triunfo he escrito, inspirado por los Dioses, la presente historia.

FIN DE LA HISTORIA DE LAS EXPEDICIONES DE ALEJANDRO.

APÉNDICE I.

CUADRO CRONOLÓGICO DE LOS PRINCIPALES SUCESOS DE LA HISTORIA DE ALEJANDRO.

SUCESOS.	Año del reinado de Alejandro.	Olimpiada.	Año.	Antes de la Era Cristiana.
Nacimiento de Alejandro........	»	106	1	356
Batalla de Queronea............	11	110	3	338
Muerte de Filipo................	1	111	1	336
Toma de Tebas..................	2	Idem.	2	335
Batalla del Gránico............	Idem.	Id.	Idem.	Idem.
Toma de Halicarnaso...........	3	Id.	3	334
Batalla de Iso....................	4	Id.	4	333
Toma de Tiro.....................	5	112	1	332
Fundación de Alejandría........	Idem.	Idem.	Idem.	Idem.
Batalla de Arbelas..............	6	Id.	2	331
Muerte de Darío................	7	Id.	3	330
Derrota de Poro.................	10	113	2	327
Embarco en el Hidaspes........	11	Idem.	3	326
Muerte de Alejandro............	13	114	1	323

APÉNDICE II.

MEDIDAS DE LONGITUD MENCIONADAS EN LA HISTORIA DE ALEJANDRO, Y SU EQUIVALENCIA MODERNA.

	Kilómetros.	Metros.	Centimetros.
Ποῦς, pie	»	»	30
Πῆχυς, codo	»	»	45
Ὄργυια, orgía	»	1	80
Στάδιον, estadio	»	180	»
Δίαυλος, doble estadio	»	260	»
Παρασάγγης περσικός, parasangue pérsica	5	250	»
Σταθμὸς περσικός, estazmo pérsico	21	»	»

A

CUADRO GENERAL DE UN EJERCITO G

	INFANTERÍA.	
	HOPLITAS ó pesadamente armados.	PSÍLITES ó armados á la ligera.
NOMBRES Y DIVISIONES.	Eran 16.384, y formaban la tetrafalangia, que se dividía en *Hombres.* 2 Difalangarquías de... 8.192 4 Falanges de.......... 4.096 8 Merarquias de........ 2.048 16 Quiliarquias de....... 1.024 32 Pentacosiarquias de.. 512 64 Sintagmas de......... 256 128 Taxiarquias de....... 128 256 Tetrarquías de........ 64 512 Diloquias de.......... 32 1.024 Loquias ó filas de..... 16 2.048 Dimoirias de.......... 8 4.096 Enomotias de 4	Eran 8.192, y formaban el tagma, que se dividia en *Hom* 2 Estifos de............ 4 Epixenagias de....... 8 Sistremmas de........ 16 Jenagias de........... 32 Psilagias de .... 64 Hecatontarquias de... 128 Pentecontarquias de.. 256 Sistasis de........... .... 1.024 filas de ....
ARMAMENTO.	Coraza. Escudo elíptico. Sarisa ó pica. Casco. Una ó dos grevas.	Arco. Honda. Dardos y piedras.
POSICIÓN.	En el centro.	Sin lugar fijo, escaramucean frente ó en torno de la Fala núcleo.

; III.

ESTO DE 30.000 HOMBRES.

PELTASTAS.	CABALLERÍA.		
úmero era menor el de los Hoplitas ilites, sus'ituyen unos y á otros en de necesidad. formaban la Guar- real, bajo el nom- de Agema, Argi- pidas y Calcáspi-	Se componía de 4.095 caballos, que formaban el Epitagma, dividido en 2 Telos de..................... 2.048 caballos. 4 Efiparquías de............ 1.024 — 8 Tiparquías de............... 512 — 16 Tareu inarquias de......... 256 — 32 Epilarquías de.............. 128 — 64 Ilas de....................... 64 — LA CABALLERÍA SE DIVIDÍA TAMBIÉN EN		
	Catafractas.	Lanceros.	Acrobolistas o arqueros.
lo redondo. o. más ligero que los plitas.	Jinetes con armadura completa. Caballos bar- dados. Lanzas fuer- tes y largas.	Lanza. Rodela. Sable.	Dardos.
vanguardia. el puesto de los Ho- tas. el de los Psilites.	En las alas. O en la van- guardia, se- gún la colo- cación de la infantería y la naturaleza del terreno.	Idem.	Idem.

APÉNDICE IV.

Tabla alfabética de geografía comparada de la Historia de las expediciones de Alejandro.

ABASTANOS *(Abastani)* (1). Tribu independiente hacia el Indo.

ABDERA. Ciudad marítima de Tracia.—*Ruinas* en el cabo Baloustra.

ABIOS *(Abii).* Pueblo de la Escitia asiática.

ABIDOS *(Abydos).* Ciudad griega en Asia, á la orilla del Helesponto.—*Nagara,* aldea y ruinas.

ACÉSINES. El río más caudaloso del Panje-ab.—*Tchenab.*

ADRAISTAS *(Adraistae).* Habitantes de la ciudad de Pimprama. Vid. PIMPRAMA.

ÁFRICA. Una de las tres partes del mundo conocidas por los antiguos; los Griegos la llamaron *Libia.* —*África.*

AGENORIUM. Plaza de Tiro.

AGRIANOS *(Agriani).* Pueblo de Iliria, próximo á los Tribalos, según Estrabón.

ALBANOS *(Albani).* Pueblo de la *Albania,* comprendida hoy en el *Sirvan,* provincia de Persia.

ALEJANDRÍA de Egipto *(Alexandria).*—*Alejandría.*

ALEJANDRÍA del Paropamiso.—*Candahar.*

ALEJANDRÍA de la Sogdiana.—*Codjend.*

---

(1) Los nombres castellanizados van con la transcripción latina para facilitar la consulta de mapas y obras extranjeras.

ALEJANDRÍA OXICINA. Fundada por Alejandro en la Bactriana, al NE. de Bactras.

ALEJANDRIA sobre el *Acésines*.—Desconocida.

ALEJANDRÍA en la confluencia del Acésines y el Indo. —Desconocida.

ALEO, campo de (*Aleius campus*). Lugar de Siria, hacia la frontera de Cilicia, entre Adana y el mar.

ALINDA. Ciudad de Caria, provincia del Asia Menor. —*Moglah*.

AMÁNICAS, puertas (*Amanicae pylae*). Desfiladero en la Cilicia.

AMAZONAS. Pueblo de mujeres que habitaban cerca del Termodonte, río de Capadocia, y en las costas meridionales del Euxino (Mar Negro).

AMBRACIA. Ciudad del Epiro.—*Arta*.

AMMÓN. Lugar de la Libia.—*Sant-Rieh*, oasis habitado.

ANCIRA (*Ancyra*). Ciudad de la Magna Frigia.—*Anguri*.

ANDACA. Ciudad de la India.

ANFÍPOLIS (*Amphypolis*). Ciudad griega en Macedonia.—*Emboli* ó *Iamboli*.

ANQUIALO (*Anchialus*). Ciudad de Cilicia, entre Tarso y Soles.—Desconocida.

ANTILÍBANO (*Antilibanus*). Montaña de Judea.—*Antilíbano*.

AORNOS. Ciudad de Bactriana.—Desconocida.

AORNOS. Roca con plaza fuerte, cerca de Nisa, ciudad del Paropamiso.

ARABIA. Región de Asia con iguales límites próximamente que la actual *Arabia*.

ARÁBIGO, golfo (*Arabicus sinus*).—*Mar Rojo*.

ARABIO ó ARABIS. Río de la Gedrosia, que la separa de la India.—*Monliani?*

ARABITAS ó ARBITAS. Habitantes de las márgenes

del Arabis, cuyo territorio se extendía por la costa hacia el Indo.

Aracotos *(Arachotii)*. Habitantes de la Aracotia ó Aracosia, región del Asia, cuyos límites eran: al N., el Paropamiso; al S., la Gedrosia; al E., el Indo, y al O., la Drangiana.—*Caboul.*

Arados. Isla del mar de Fenicia.—*Ruad.*

Arasacos *(Arasaci)*. Pueblo de la India finítimo de los Aspios.

Araxes. Río de Armenia, que desemboca en el Caspio.—*Aras.*

Araxes. Río que separaba la Persia de la Susiana.—*Bend-emir.*

Arbelas *(Arbela)*. Ciudad de Asiria.—*Erbil.*

Árcades. Habitantes de la Arcadia, en el Peloponeso.—Interior de la Morea.

Argos. Capital de la Argólida.—*Árgos.*

Aria. Región del Asia limitada al N., por la Partia y la Bactriana; al S., por los desiertos de la Carmania y la Drangiana; al E., por el Paropamiso, y al O., por los desiertos de Media y Carmania.—Parte del *Korasan* y de *Herat.*

Ariaspes ó Zariaspes. Pueblo de la Drangiana, cuya capital Ariaspe estaba á orillas del río Etimandro.

Arigeo *(Arigaeum)*. Ciudad de la India.—*Cabul.*

Armenia. Región del Asia, limitada al N. por la Iberia, al S. por la Mesopotamia, al SE. y E. por la Media y al O. por la Capadocia y Ponto.—*Armenia.*

Artacoana. Capital de los Arios.—*Pucheng?*

Artemisio *(Artemisium)*. Ciudad de Eubea. (Negroponto.)

Asacenos *(Asaceni)*. Pueblo de la India que habitaba en las inmediaciones de Masagua y de Ora, entre el Gureo y el Indo.

ASPASIOS *(Aspasii)*. Pueblo de la India que habitaba el país comprendido entre el río Coes y el Gureo.

ASPENDO *(Aspendus)*. Ciudad de la Panfilia.—*Minugat.*

ASIRIA *(Assyria)*. Región del Asia, situada al N. del Golfo Persico.—*El Curdistán*, parte de la Mesopotamia ó *Al-Gezired* y el *Irak-Arabi*.

ATENAS *(Athenae)*. Capital del Atica.—*Atenas.*

ATICA *(Attica)*. Provincia de la Grecia Central.—*Atica.*

ATLAS. Monte de África.—*Atlas.*

ATURIA. Nombre con que á veces se designa la Asiria. Vid. ASIRIA.

AUTARIATAS *(Autariatae)*. Pueblo originario de los Tesprocios é Ilirios. Vivían más allá del río Ticio, hoy *Kerca*, en Dalmacia.

BABILONIA *(Babylon)*. Ciudad de la Asiria, sobre el Eúfrates.—*Ruinas* cerca de Helleh.

BABILONIA. Región al S. de la Mesopotamia.—*Irak-Araby.*

BACTRA. Capital de la Bactriana.—*Balk.*

BACTRIANA. Región del Asia, comprendida entre el Oxo, el Paropamiso y la Margiana.—Parte de *Persia*, del *Afghanistán* y de la *Tartaria independiente.*

BAGRADAS. Río que regaba el confín occidental de la Carmania.—*Medjerdah.*

BAZIRA. Ciudad de la India, sobre el Gureo, al S. de Masagua.

BEOCIA *(Boeotia)*. Región de Grecia.—*Beocia.*

BIBLOS. Ciudad de Fenicia.—*Djevail.*

BÓSFORO DE TRACIA *(Bosphorus Thracius)*. Canal que une el Ponto Euxino (Mar Negro) á la Propóntide (Mar de Mármara).—*Canal de Constantinopla.*

BUCEFALIA ó BUCÉFALA *(Bucephalia)*. Ciudad de la India á orillas del Hidaspes.—*Gelfeten.*

BUMODO ó BUMELO *(Bumadus)*. Río de Asiria.

CADMEA. Ciudadela de Tebas, en Beocia, llamada así de su fundador Cadmo.

CADUSIOS *(Cadusi)*. Pueblo del Asia que habitaba al Norte de la Media y en las costas del Caspio.

CAÏCO *(Caicus)*. Río de la Misia.—*Caiki*.

CAISTRO *(Caystrus)*. Río del Asia Menor.—*Kitchik-Meinder* (Pequeño Meandro).

CALCIS *(Chalcis)*. Capital de la isla de Eubea.—*Negroponto*

CALÍPOLIS *(Callipolis)*. Ciudad del Asia Menor en la Caria.—Desconocida.

CAPADOCIA *(Cappadocia)*. Comarca del Asia Menor.—Parte de los Bajalatos de *Sivas* y *Caramania*.

CARDACES. Pueblo del Asia que habitaba al N. de los Armenios, de los cuales les separaba el río Centrites.

CARIA. Comarca del Asia Menor.—*Mentech*.

CARMANIA. Región de Asia, limitada al N. por la Partia, el Aria y la Drangiana; al S. por el Mar de las Indias; al E por la Gedrosia, y al O. por la Persia y la Paretacena.—*Kerman*.

CARTAGO *(Carthago)*. Ciudad de la costa septentrional de África.—*Ruinas* cerca de Túnez.

CASPIAS, Puertas *(Caspiae pylae)*. Había varios desfiladeros de este nombre. El más conocido era el que ponía en comunicación la Media con el país bañado por el Caspio.—*Paso de Khanar*.

CASPIO *(Caspium mare)*. Mar ó lago limitado al O. por el Cáucaso y al E. por vastísima llanura ocupada en parte por los Masagetas.—*Caspio*.

CATEOS *(Cathaei)*. Pueblos que habitaban entre el Hidraotes y el Hifasis.

CÁUCASO *(Caucasus)*. *Cáucaso*.

CAUNO *(Caunus)*. Ciudad marítima de la Caria.—*Klenghez*.

CELENAS *(Celaenae)*. Ciudad de Frigia.—*Ruinas*.

CELTAS *(Celtae)*. Pueblo numerosísimo de Europa, que habitaba las Galias ó la Céltica. Los Celtas que Alejandro encontró en su expedición al Ister, son los *Escordiscos*, tribus célticas que poblaron gran parte de la Mesia.

CERÁMICO *(Ceramicus)*. Barrio de Atenas.

CERCINITE *(Cercinitis lacus)*. Lago de Tracia.

CIDNO *(Cydnus)*. Río del Asia Menor en la Cilicia.—*Carasou.*

CILICIA. Región del Asia Menor.

CILUTA *(Cilluta)*. Isla del mar de las Indias.—*Lari-Bundar?*

CIRENE *(Cyrene)*. Ciudad griega, capital de la Cirenaica en Libia.—*Curin,* aldegüela y ruinas.

CIRÓPOLIS *(Cyropolis)*. Ciudad sobre el Iaxartes, en la Sogdiana.—*Tach-kend.*

CITNO *(Cythnus)*. Una de las Cícladas.—*Termia.*

COASPES ó EULES *(Choaspes)*. Río de la Susiana, que desemboca en el Golfo Pérsico.

COES *(Choes)*. Río de la India, tributario del Cofen.

COFEN *(Cophen)*. Río que formaba el límite occidental de la India.

COLONAS *(Colonae)*. Ciudad del Asia Menor, cerca de Lampsaco.—*Ruinas.*

CORASMIOS *(Chorasmii)*. Pueblo que habitaba al NE. y E. de la Partia y algo de la Sogdiana.

CORIENA *(Chorienes petra)*. Fortaleza de los Parétacos, situada sobre una roca.

CORINTO *(Corinthos)*. Capital de la Corintia, situada á la entrada del Peloponeso, en el istmo de su nombre.—*Corinto.*

COS. Una de la Espóradas, próxima á la Dórida á la cual pertenecía.—*Stan-co.*

COSEOS *(Cossaei)*. Pueblo del Asia, que verosimilmente habitaba la parte septentrional de las mon-

tañas que cierran la Susiana.—Tribu de *Konz*, en las montañas del Luristan.

CRETA. La mayor y más meridional de las Islas griegas.—*Candía.*

CHIPRE (*Cyprus*). Isla del Mediterráneo, al S. de Cilicia y O. de Siria.—*Chipre.*

DAMASCO (*Damascus*). Ciudad de Siria al E. de Sidón.—*Damasco* ó *El-Cham.*

DAOS (*Daae*). Pueblos del Asia, sobre cuya situación disienten mucho los geógrafos. La opinión más fundada los co oca aquende el Oxo, considerándose errónea la de Arriano, que los lleva á las orillas del Iaxartes.

DASCILIO (*Dascylium*). Ciudad del Asia Menor.—*Diasquilo* ó *Diascoli.*

DIRTA (*Dyrta*). Ciudad de la India, entre el Coes y el Indo.

DIUM. Ciudad de Macedonia, al pie del monte Olimpo.—*Slandia.*

DRAGOGOS (*Dragogi*). Pueblo sólo citado por Arriano

DRANGIANA. Región del Asia. Sus límites eran: al N., el Asia y el Paropamiso; al S., la Gedrosia; al E., la Aracosia, y al O., la Carmania.—*Segistan.*

DRANGOS ó ZARANGOS (*Drangae vel Zarangae*). Habitantes de la Drangiana.

DRAPSACA. Ciudad limítrofe de la Bactriana.—*Bamian*

ECBATANA. Capital de la Media, residencia de estío de los Reyes persas.—*Hamadam* ó *Hamadem.*

EFESO. Ciudad de la Jonia, en el Asia Menor.—*Aiasolouk.*

EGES (*Aegae*). Ciudad de Macedonia, llamada después Edesa.

EGIPTO (*Aegyptus*). *Egipto.*

EGOS-POTAMOS. Riachuelo del Quersoneso Tracio.—*Indjir-Iman.*

ELEFANTINA. Ciudad de la Tebaida ó alto Egipto, sobre el Nilo.—*El-Sag.*

ELEUSIS. Ciudad del Ática.—*Lefsina.*

ELEUTERAS (*Eleutherae*). Ciudad de la Beocia, al SE. de Tebas.—*Ruinas*

ELIMIÓTIDA (*Elymiotis*). Región al N de Macedonia.

EMBOLINIA. Ciudad de la India, á la derecha del Indo.

EORDAICO (*Eordaicus*). Río de Iliria, al O. de Macedonia. Se cree sea el mismo *Apso*

EORDEA (*Eordaea*). Cantón de Macedonia.

EPIDAURO (*Epidaurus*). Ciudad de la Argólida, en la Morea.—*Epidauros.*

EPARDO (*Epardus*). Río del país de los Mardos, que se pierde en las tierras.

ERIGONO (*Erigonus*). Río de Macedonia.

ERITREO (*Erythraeum mare*). *Golfo de Omán.*

ESCITAS (*Scythae*). Nombre genérico de los habitantes de la Escitia, vasta región de Europa, que se extendía desde el Istro al Tanais. Comprendía lo que antes se llamaba *Pequeña Tartaria, Crimea, Moldavia* y *Valaquia.*

ESPARTA ó LACEDEMONIA (*Sparta*). Capital de la Laconia, en el Peloponeso.—*Ruinas*, cerca de Misitra.

ESTINFA (*Stympha*). Roca que sirve de límite septentrional á la Tesalia.

ESTRIMÓN (*Strymon*). Río de Macedonia.—*Strouma.*

ETIMANDRO (*Etimandrus*). Río de Persia.—*Helmend.*

ETIOPÍA (*Aethiopia*). Región del Africa, al S. de Egipto.—*Nubia* y *Abisinia.*

ETOLIA (*Aetolia*). Provincia de Grecia. País al Norte del golfo de Lepanto.

ENASPLO (*Enasplus*). Río de la India.

EÚFRATES (*Euphrates*). Caudaloso río del Asia.—*Eúfrates.*

EULEO Río.—Vid. COASPES.

Eurimedonte (*Eurymedon*). Río del Asia Menor.—*Menugat.*

Euxino. Vid. Ponto Euxino.

Evergetes. Sobrenombre de los *Agriaspes* ó *Ariaspes.*

Faselide (*Phaselis*). Ciudad de Licia en el Asia Menor.—*Fionda.*

Faselitas (*Phaselitae*). Los habitantes de Fasélide.

Fenicia (*Phoenice*). Comarca del Asia, entre el Mediterráneo y el Líbano.—Costas de *Siria.*

Filippos (*Philippi*). Ciudad de Macedonia.—*Ruinas.*

Frigia (*Phrygia*). Provincia del Asia Menor. Se dividía en grande y pequeña, siendo muy varios sus límites en los escritores antiguos.

Gabes. Ciudad fortificada en la frontera de los Sogdianos y Masagetas.—*Kanos?*

Gades. *Cádiz.*

Gadrosia ó Gedrosia. País llano y horriblemente estéril, que se extendía hasta el Eritreo, entre la India y la Carmania.—*Beloutchistan.*

Ganges. El río más caudaloso de la India.—*Ganges.*

Gaugamela. Aldea de la Asiria, entre el Bumada y el Zabo. En sus inmediaciones se dió la batalla de Arbelas.

Gaza. Ciudad de Palestina.—*Gaza.*

Gaza. Ciudad de la Sogdiana, en la margen del Iaxartes.

Geresto (*Gaerestus*). Ciudad de la isla de Eubea.—*Geresto.*

Getas (*Getae*). Pueblo de origen escita, que habitaba en las orillas del Danubio, hacia el Mar Negro.

Glaucánicos, Glausos (*Glaucanicae*). Pueblo indio que habitaba una comarca al Este del reino de Poro.

Gordio (*Gordium*). Ciudad del Asia Menor.—Desconocida.

GORDIENA. Región septentrional en las montañas de Asiria.

GRÁNICO (*Granicus*). Río del Asia Menor.—El *Usvola* ó el *Salaldero*.

GRECIA (*Graecia*). Península de Europa, cuyos límites eran: al N., Iliria y Tracia; al S., E. y O. el Mediterráneo. Se dividía en cuatro grandes partes: 1.ª, Macedonia; 2.ª, Tesalia y Epiro; 3.ª, Grecia central ó Hélada; 4.ª, Peloponeso.—*Grecia y Turquía Europea*

GUREO (*Guraeus*). Río de la India.

GUREOS (*Guraei*). Habitantes de las orillas del Gureo

HALICARNASO (*Halycarnassus*). Ciudad marítima del Asia Menor, en la Caria.—*Boudron*.

HALIS (*Halys*). Uno de los ríos más caudalosos del Asia Menor.—*Kizil-Ermak*.

HEBRO (*Hebrus*). Río de Tracia.—*Marizza*.

HELIÓPOLIS Ciudad de Egipto, en el Delta.—*Ruinas*.

HELESPONTO (*Hellespontus*). Estrecho de los Dardanelos

HEMO (*Hemus*). Hemus ó Balkán.

HERMOTO (*Hermotum*). Ciudad del Asia Menor, entre Colona y el Gránico.

HERMO (*Hermus*). Río de la Eólida, en el Asia Menor. —*Sarabat*.

HEROÓPOLIS. Ciudad de Egipto.—*Herón*.

HIDASPES (*Hydaspes*). Río de la India.—*Djelem* ó el *Behut*.

HIDRAOTES (*Hydraotes*). Río de la India.—*Ravy*

HIFASIS (*Hyphasis*) Río de la India.—*Gharra*.

HIPARNA (*Hyparna*). Ciudad marítima del Asia Menor, en el confín de la Caria y la Licia.

HIRCANIA (*Hyrcania*). Comarca que se extendía al S del Caspio.—*Mazenderán* y *Tabaristán*.

IASO (*Iassus*). Ciudad del Asia Menor en la Caria.—*Askemkalesi*

Iaxartes, Orxantis ó Tanais. Río de la Sogdiana, que se creía desembocaba el Caspio.—*Sihoün.*

Iaziges (*Iazyges*). Pueblos de origen Sármata, establecidos entre la Panonia y la Dacia.

Icaria. Isla del Egeo, cuyo nombre dió Alejandro á otra del Golfo Persico.—*Nicaria.*

Ictiófagos (*Ichthyophagi*). Habitantes de las costas de la Carmania, cuyo nombre significa *Comedores de peces.*

Ilión. Nombre de Troya.—*Ruinas.*

Ida. Monte de la Troade.—*Ida.*

Iliria (*Illyria*). Región al Norte del Epiro y el Adriático.—*Iliria.*

India. Vasta región del Asia, limitada al N. por los montes *Emodes* (Himalaya); al E. por el Ganges; al S. por el Eritreo, y al O. por el Paropamiso ó Cáucaso indio.—*Indostán.*

Indo (*Indus*). Río que da nombre á la India.—*Indo ó Sind.*

Iolas. Bosque sagrado en las inmediaciones de Tebas, de Beocia.

Iso (*Issus*). Ciudad marítima del Asia, en la Cilicia, cerca del río Pinaro, en el fondo del golfo de su nombre.—*Aïazzo.*

Ister. Río caudaloso de Europa que desagua en el Euxino.—*Danubio.*

Janto (*Xanthus*). Ciudad del Asia Menor en Licia.—*Ehsenide.*

Janto (*Xanthus*). Río de la Licia.—*Etcheu-chai.*

Jatros (*Xathri*). Pueblo indio cuya situación es desconocida.

Jonia (*Ionia*). Provincia del Asia Menor.—Las costas de los Livas de *Sarukhan* y *Aidin.*

Lacedemonios (*Lacedaemonii*). Nombre de los Griegos habitantes de Lacedemonia y Laconia

LADE. Islote del Egeo, frente á Mileto, hoy unido al continente.

LAMPSACO (*Lampsacus*). Ciudad del Asia Menor en la Misia.—*Tchar-dagh.*

LESBOS. Isla del Egeo.—*Metelin.*

LEUCTRA. Ciudad griega, en Beocia.—*Parapogia.*

LÍBANO (*Libanus*). Cadena de montañas que, bajando de N. á S., separa la Fenicia de la Siria.—*Líbano.*

LIBIA (*Lybia*). Nombre que los Griegos daban al Africa.—*Africa.*

LICIA (*Lycia*). Provincia del Asia Menor.

LICO ó ZABO (*Lycus*). Río de la Asiria, tributario del Tigris.

LIDIA (*Lydia*). Provincia del Asia Menor.

LIGINO (*Lyginus*). Río que atraviesa la comarca entre el Danubio y el Hemus.

LUCANIOS (*Lucani*). Pueblo de Italia.

MACEDONIA. Comarca de Europa al N. de Grecia.—*Rumelia.*

MAGARSO (*Magarsus*). Ciudad del Asia Menor, en la Cilicia.—Desconocida.

MAGOS (*Magi*). Pueblo de la Media, que habitaba al Norte de los Cisios, que tenían por capital á Susa.

MAGNESIA (*Magnesia ad Maeandrum*). Ciudad del Asia Menor, en la Jonia, á orillas del Meandro.—*Ghermansik.*

MALEA. Promontorio al Sur de la Laconia, en el Peloponeso.—*Cabo Malio ó Sant-Angelo.*

MALO (*Mallus*). Ciudad del Asia Menor, en la Cilicia.—*Malo.*

MALOS (*Malli*). Pueblo de la India.

MANTINEA. Ciudad del Peloponeso, en la Argólida.—*Mandi.*

MARACANDA. Capital de la Sogdiana.—*Samarkanda.*

MARATO (*Marathos*). Ciudad de la Fenicia, frente á la isla de Arados.—*Tortosa* ó *Margat.*

MARCOMANOS. Pueblo céltico que habitaba la extremidad superior de las orillas del Danubio.

MARCOTIS. Lago de Africa, cerca de Alejandría, en Egipto.

MARIAMME. Ciudad de Fenicia, al E. de Marato.

MARONEA. Ciudad marítima, en la costa del Egeo. (*Archipiélago*).

MASAGETAS (*Massagetae*). Nación escita, que habitaba al N. del Iaxartes y en la parte septentrional de la cordillera del Imaus.

MASAGAS (*Massaga*). Capital de los Asacenios, Indios de aquende el Ganges.

MEANDRO (*Maeander*). Río del Asia Menor.—*Bojouk-Meinder* (Gran Meandro).

MEDIA. Gran comarca de Asia, cuyos límites eran: al N., el Mar Caspio; al S., la Persia y la Susiana; al E., la Partia y la Hircania; al O., la Armenia y la Asiria.—*Aderbaidjan* é *Irak-Adjemo.*

MEGARA. Ciudad de Grecia, cerca del istmo de Corinto.—*Megara.*

MELAS. Río de Tracia que desagua en el Egeo.—*Sulduth.*

MELOS. Una de las Cícladas.—*Milo.*

MENFIS (*Memphis*). Ciudad del Egipto medio.—*Ruinas.*

MEOTIS (PALUS).—*Mar de Azof.*

MEROS. Monte de la India, consagrado á Júpiter.—Su verdadera posición es desconocida.

MESOPOTAMIA. Región del Asia, comprendida entre el Tigris y el Eúfrates, á cuya posición debe su nombre.—*Al-Djeziréh.*

METIMNA (*Methymne*). Ciudad de la isla de Lesbos.—*Molivo.*

Micala (*Mycale*). Montaña del Asia Menor, en la Jonia, que termina en un promontorio.—*Samsoum*.

Milasa (*Mylasa*). Ciudad del Asia Menor, en la Caria.—*Melasso*.

Mileto (*Miletus*). Ciudad del Asia Menor, en la Jonia.—*Palatcha*.

Miliade (*Mylias*). Comarca septentrional de la Licia.

Mindo (*Myndus*). Ciudad del Asia Menor, en la Caria. —*Mindes*.

Miriandro (*Myriandrus*). Ciudad marítima de la Siria.

Misia (*Mysia*). Comarca del Asia Menor.

Mitilene (*Mitylene*). Ciudad de la isla de Lesbos.—*Castro*.

Musicano (Reino de). Comarca de la India.

Nautaca. Ciudad de la Sogdiana.

Neso (*Nessus*). Río de Tracia.—*Mesto*.

Nicea (*Nicaea*). Ciudad de la India, en la margen oriental del Hidaspes, fundada por Alejandro en conmemoración de su victoria contra Poro.

Nilo. Río de Egipto.—*Nilo*.

Nisa (*Nisa*). Ciudad de la India, aquende el Indo.—*Nagara*.

Niseo (*Nisaeus Campus*). Vasta llanura de la Media hacia las Puertas Caspias.

Numidia. Región del N. de África.—*Argelia*.

Olinto (*Olynthus*). Ciudad de Macedonia, en la Calcídica.—*Agio-Mama*.

Onquesto (*Onchesthus*). Ciudad de Grecia, en la Beocia.—*Ruinas*.

Opis. Ciudad de Asia, á orillas del Tigris.—*Gorno*.

Ora. Ciudad de la India, á orillas del Gureo.

Orbelo (*Orbelus*). Monte al N. de Macedonia.—Monte *Argentaro*.

Orcomene (*Orchomenus*). Ciudad de la Beocia.—*Scripons*.

ORITAS (*Oritae*). Pueblo que ocupaba la comarca limitada al E. por el *Arabis*, al N. por una cordillera paralela á la costa y al O. por una derivación de la misma.

OROBATIS. Ciudad de la India.—Desconocida.

OSADIOS (*Ossadii*). Pueblo de la India.

OXICANO (*Oxycanus*). Reino de la India.

OXIDRACAS (*Oxydracae*). Pueblo de la India, que ocupaba el ángulo formado por el Acésines y el Indo.—Distrito de *Utche*.

OXO (*Oxus*). Río del Asia.—*Djihoun*.

PAFLAGONIA (*Paphlagonia*). Provincia del Asia Menor.

PALESTINA (*Palaestina*). Región del Asia, limitada al Norte por la Fenicia, al S. y E. por la Arabia, al O. por el Mediterráneo.—*Palestina*.

PALACOPA (*Pallacopa*). Lago ó canal de Babilonia.

PANFILIA (*Pamphilia*). Región del Asia Menor.—Parte de *Itchil* y *Anatolia*.

PANGEO (*Pangaeus*). Monte al E. de Macedonia, denominado ciudad de Filipos.

PARETACOS (*Paraetaci*). Pueblo del Asia, que habitaba en la Sogdiana, hacia el Oxo.

PARETACOS (*Paraetacae*). Pueblo de la Media, hacia el NO. de Persia.

PARETONIO (*Paraetonium*). Plaza de la Libia, en la costa del Mediterráneo. *Al-Bareloun*.

PAROPAMISO (*Paropamisus*). Cordillera de Asia.—*Hindou-Kouh*.

PARTIA (*Parthia*). Región del Asia.—Parte del *Khorasan*.

PASITIGRIS. Nombre del Tigris después de reunirse al Eúfrates.—*Chat-el-Arab*.—Verosímilmente Arriano no se refiere á éste en su historia (III, 17, 1), sino quizá al Oroatis.

PATALA. Ciudad de la India en la Patalena.—*Taata*.

PATALENA. Isla formada por los dos brazos de Indo, en su desembocadura.

PATARA. Ciudad marítima del Asia Menor, al E. de la Licia.

PELA (*Pella*). Ciudad de Macedonia.—*Ruinas.*

PELINA (*Pellina*). Ciudad de Tesalia.

PELION (*Pelium*). Ciudad de la Iliria, próxima á la Macedonia y el Epiro.

PELOPONESO (*Peloponnesus*).—Península de *Morea.*

PELUSA (*Pelusium*). Ciudad de Egipto.—*Ruinas.*

PEONIA (*Paeonia*). La parte septentrional de Macedonia.

PEONIOS. Los habitantes de Peonia.

PERCOTE. Ciudad del Asia Menor, en la orilla oriental del Helesponto.

PERGA (*Pergae* ó *Perga*). Ciudad del Asia Menor, capital de la Panfilia.—*Kara-Hisar.*

PERINTIOS (*Perinthii*). Habitantes de Perinto, más tarde Heraclea, ciudad de Tracia, hoy *ruinas.*

PERSIA. Región del Asia, al SE. de la Media y al NE. del golfo Pérsico.—*Farsistan.* También se designaba con este nombre todo el territorio sometido á los Persas.

PERSÉPOLIS. Capital de la Persia.—*Ruinas*

PEUCE. Isla formada por el Ister ó Danubio.—*Piczina.*

PEUCEALÓTIDE (*Peucealotis*). Región de la India, entre el Cofen y el Indo.

PIMPRAMA. Ciudad de la India, allende el Hidroates y al N. de Sangala.

PINARA. Ciudad del Asia Menor, en la Licia.

PINARO (*Pinarus*). Río de la Cilicia que desemboca en el golfo de Iso.

PÍRAMO (*Pyramus*). Río de la Cilicia que desagua en el golfo de Iso, cerca de Mallas.

POLITIMETO (*Polytimetos*). Río que pasaba por Maracanda, perdiéndose entre tierras.

PONTO EUXINO (*Pontus Euxinus*).—*Mar Negro.*

PRACCIO (*Practius*). Río del Asia Menor en la Troade.

PROPÓNTIDE (*Propontis*).—*Mar de Mármara.*

PURA. Capital de la Gedrosia.—*Purha.*

QUERONEA (*Cheronaea*). Ciudad de Grecia en Beocia.—*Caprena.*

QUÍO (*Chios*). Isla del Egeo.—*Quío.*

RAGUES (*Rhagae*). Ciudad de la Media.—*Rei.*

RAMBACIA (*Rhambacia*). Ciudad de la Gedrosia.

RODAS (*Rhodus*). Isla del Egeo.—*Rodas.*

SACES (*Sacae*). Pueblo del interior del Asia, hacia el E. de la Bactriana y al S. de la Escitia Asiática.

SAGALASO (*Sagalassus*). Ciudad del Asia Menor.—*Sadjeklu.*

SALAMINA. Isla del golfo Sarónico.—*Colouri.*

SANGALA. Ciudad de los Malenses, en la India, entre el Hidroates y el Hifasis.

SANGARIO (*Sangarius*). Río del Asia Menor, que desagua en el Euxino.—*Sakaria.*

SARDES. Capital de la Lidia, en el Asía Menor.—*Sart.*

SAUROMACIA ó SARMACIA (*Sauromatia*). Vasta región limítrofe de la Germania, y que se extendía por el Oriente de Europa hasta internarse en Asia.—*Rusia de Europa.*

SELGENSES. Habitantes de Selga, ciudad del Asia Menor, hoy desconocida.

SESTOS. Ciudad del Quersoneso de Tracia, en la costa occidental del Helesponto.—*Ak-Bachi-Liman.*

SICILIA. Isla del Mediterráneo.—*Sicilia.*

SIDE. Ciudad del Asia Menor en la Panfilia.

SIDÓN. Ciudad de Fenicia.—*Seide.*

SIFNOS (*Siphnos*). Una de las Cícladas.—*Sifanto.*

SIGRIO (*Sigrium*). Promontorio de la isla de Lesbos.—*Cabo Sigre.*

SILIO (*Syllium*). Ciudad del Asia Menor, en la Panfilia.—Desconocida.

SINDÓMANA (*Syndomana*). Ciudad de la India, en la orilla occidental del Indo.

SINOPE. Ciudad griega en la costa meridional del Ponto Euxino.—*Sinope.*

SIRIA (*Syria*). Región del Asia, cuyos límites eran: al N., la Capadocia; al S., Arabia y Palestina; al E., Mesopotamia, y al O., Fenicia y Cilicia.—*Souristan.*

SITACENOS (*Sitaceni*). Habitantes de la Sitacena, región á que daba nombre *Sitace,* ciudad de la Mesopotamia, de la cual quedan vestigios en un montecillo llamado *Karkuf.*

SOASTES. Río de la India, entre el Coes y el Indo.

SOCO (*Sochus*) Ciudad de Siria.

SOGDIANA. Comarca del Asia, entre el Oxo y el Iaxartes, hacia el nacimiento de estos ríos y la costa oriental del mar Caspio.—*Parte del Turquestán independiente.*

SOGDIANA, roca (*Petra Sogdiana*). Fortaleza de la Sogdiana, sobre una escarpada roca, al E. de Samarcanda.

SOLES (*Soli*). Ciudad del Asia Menor, en la Cilicia.

SUSA. Capital de la Susiana.—*Suster.*

SUSIA. Ciudad del Asia.—*Zeuzan?*

SUSIANA. Comarca del Asia, cuyos límites eran: al N., Media; al S., el Golfo Pérsico; al E., Persia, y al O., Babilonia ó Caldea.—*Kursisthan.*

TANAIS. Río de Europa.—*Don.* También recibía este nombre el *Iaxartes.*

TAPSACO. (*Thapsacus*). Ciudad de Siria.—*El-Der.*

TAPUROS (*Tapuri*). Pueblo del Asia, en la Media.—El *Tabaristán ó Mazanderán.*

Tarso (*Tarsus*). Ciudad del Asia Menor, en la Cilicia. —*Tarsous.*

Tarteso (*Tartessus*). Ciudad de España, en la Bética. —En la desembocadura del Guadalquivir.

Taulancios (*Taulantii*). Pueblo de Tracia.

Tauro (*Taurus*). Cordillera del Asia.—*Tauro.*

Taxila. Ciudad de la India.—*Atlok?*

Tebas (*Thebae*). Capital de la Beocia.—*Thiva.*

Telmiso (*Telmissus*). Tres ciudades del Asia Menor; una en la Caria, otra en la Licia, y la tercera en la Pisidia.

Tenaro (*Tenarium*). Cabo al S. de Grecia.—Cabo de *Matapan.*

Tenedos. Isla del Egeo.—*Tenedos.*

Tera (*Thera*). Una de las Cícladas.—*Santorin.*

Tesalia (*Thesalia*). Región septentrional de Grecia (Vid. Grecia), al S. de Macedonia.

Tigris. Río de Asia que nace en Armenia y desagua en el golfo Pérsico.—*Tigris.*

Tilo (*Tylos*). Isla del golfo Pérsico.—*Bahrein.*

Tiro (*Tyrus*). Ciudad de Fenicia.—*Siur.*

Tracia (*Thracia*). Comarca de Europa, limitada al N. por la Mesia, al S. por el Egeo y la Propóntide, al E. por el Ponto Euxino y al O. por Macedonia.—Gran parte de *Rumelia* y *Bulgaria.*

Tralo (*Tralles*). Ciudad del Asia Menor, en la Lidia. —*Sultanhisar.*

Tribalos (*Triballi*). Pueblo de origen tracio, que habitaba la Misia inferior entre el Hemo y el Istro.—En la *Bulgaria Meridional.*

Triopio (*Triopium*). Promontorio del Asia Menor, en la Caria, frente á la isla de Cos.—*Cabo Crío.*

Tripilo (*Trypilum*). Nombre de una puerta de Halicarnaso, que parece indicar la existencia de alguna población de este nombre.

TRÍPOLI (*Tripolis*). Ciudad de Fenicia.—*Trípoli.*

TROYA (*Troya*). Ciudad del Asia Menor, capital de la Troada.—*Ruinas.*

UXIOS (*Uxii*). Pueblo de la Susiana.

ZABO (*Zabus*). Vid. LICO.

ZADRACARTA ó ZEUDRACARTA. Ciudad de la Hircania. —*Sari.*

ZARANGOS (*Zarangaei* vel *Zarangi*). Vid. DRANGOS.

ZARIASPA. Vid. BACTRA.

ZELEA (*Zelea*). Ciudad del Asia Menor, entre la Propóntide y el Ida.

ÍNDICE.

Caps. *Págs.*

LIBRO SEGUNDO

LIBRO CUARTO.

Caps. *Págs.*

LIBRO QUINTO.

LIBRO SEXTO.

Caps.		Págs.

LIBRO SÉPTIMO.

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO LVIII

ARRIANO

HISTORIA

DE LAS

EXPEDICIONES DE ALEJANDRO

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

POR

D. FEDERICO BARÁIBAR Y ZUMÁRRAGA

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.

1917

BIBLIOTECA CLÁSICA

OBRAS PUBLICADAS

Clásicos griegos.

	Tomos.
HOMERO: *La Iliada*	3
— *La Odisea*	2
HERODOTO: *Los nueve libros de la Historia*	2
PLUTARCO: *Las vidas paralelas*	5
ARISTÓFANES: *Teatro completo*	3
ESQUILO: *Teatro completo*	1
POETAS BUCÓLICOS GRIEGOS: *(Demócrito, Bión y Mosco)*	1
XENOFONTE: *Historia de la entrada de Cyro en Asia*	1
— *La Cyropedia*	1
— *Las Helénicas*	1
LUCIANO: *Obras completas*	4
PÍNDARO: *Odas*	1
ARRIANO: *Las Expediciones de Alejandro*	1
POETAS LÍRICOS GRIEGOS: *(Anacreonte, Safo, Tirteo,* etc.)	1
POLIBIO: *Historia romana*	3
PLATÓN: *La República*	2
— *Diálogos* (en publicación)	»
DIÓGENES LAERCIO: *Vidas de los filósofos más ilustres*	2
MORALISTAS GRIEGOS: *(Marco Aurelio, Teofrasto, Epicteto, Cebes)*	1
TUCÍDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso*	2
JOSEFO: *Guerras de los judíos*	2
ISÓCRATES: *Oraciones políticas y forenses*	2
EURÍPIDES: *Tragedias*	3

Clásicos latinos.

VIRGILIO: *La Eneida*	2
— *Las Églogas y Geórgicas*	1
CICERÓN: *Obras didácticas*	2
— *Obras filosóficas*	4
— *Epístolas familiares*	2
— *Cartas políticas*	2
— *Vida y discursos*	7
TÁCITO: *Los Anales*	2
— *Las Historias*	1
SALUSTIO: *Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*	1
CÉSAR: *Los Comentarios á la guerra de las Galias*	2
SUETONIO: *Vidas de los doce Césares*	1
SÉNECA: *Tratados filosóficos*	2
— *Epístolas morales*	1
OVIDIO: *Las Heroidas*	1
— *Las Metamorfosis*	2
FLORO: *Compendio de la historia romana*	1
QUINTILIANO: *Instituciones oratorias*	2
QUINTO CURCIO: *Vida de Alejandro*	2
ESTACIO: *La Tebaida*	2
LUCANO: *La Farsalia*	2
TITO LIVIO: *Décadas de la Historia romana*	7
TERTULIANO: *Apología contra los gentiles*	1
VARIOS: *Escritores de la Historia Augusta*	3
MARCIAL y FEDRO: *Epigramas y fábulas*	3
TERENCIO: *Las seis comedias*	1
APULEYO: *El asno de oro*	1
PLINIO EL JOVEN Y CORNELIO NEPOTE: *Panegírico de Trajano y cartas. Vidas de varones ilustres*	2
JUVENAL y PERSIO: *Sátiras*	1
AULO GELIO: *Noches áticas*	2
SAN AGUSTÍN: *La Ciudad de Dios*	4
AMMIANO: *Historia del imperio romano*	2
LUCRECIO: *De la naturaleza de las cosas*	1
HORACIO *Obras completas*	

	Tomos.

Clásicos españoles.

CERVANTES: *Novelas ejemplares* y *Viaje del Parnaso*	2
— *D. Quijote de la Mancha*, con el comentario de Clemencín	8
— *Teatro completo*	3
CALDERÓN: *Teatro selecto*	4
HURTADO DE MENDOZA: *Obras en prosa*	1
QUEVEDO: *Obras satíricas y festivas*	1
— *Obras políticas é históricas*	2
— *Política de Dios*	1
QUINTANA: *Vidas de españoles célebres*	2
DUQUE DE RIVAS: *Sublevación de Nápoles*	1
ALCALÁ GALIANO: *Recuerdos de un anciano*	1
MELO: *Guerra de Cataluña*	1
VARIOS: *Antología de poetas líricos castellanos*, ordenada por Menéndez y Pelayo con estudios críticos del mismo	13
COLÓN: *Relaciones y cartas*	1
FERNANDO DE ROJAS: *La Celestina*	1

Clásicos ingleses.

MACAULAY: *Estudios literarios*	1
— *Estudios históricos*	1
— *Estudios políticos*	1
— *Estudios biográficos*	1
— *Estudios críticos*	1
— *Estudios de política y literatura*	1
— *Discursos parlamentarios*	1
— *Vidas de Políticos ingleses*	1
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*	4
— *Historia del Reinado de Guillermo III*	6
MILTON: *El Paraíso perdido*	2
SHAKESPEARE: *Teatro selecto*	8

Clásicos italianos.

MANZONI: *Los Novios*	1
— *La Moral católica*	1
— *Tragedias, poesías y obras varias*	2
GUICCIARDINI: *Historia de Italia*	6
MAQUIAVELO: *Obras históricas*	2
— *Obras políticas*	2
BENVENUTO CELLINI: *Su vida, escrita por él mismo*	2
TASSO: *La Jerusalem libertada*	2

Clásicos alemanes.

SCHILLER: *Teatro completo*	3
— *Poesías líricas*	2
HEINE: *Poemas y fantasías*	1
— *Cuadros de viaje*	3
GOETHE: *Viaje á Italia*	2
— *Teatro selecto*	2
HUMBOLDT: *Colón y el descubrimiento de América*	2

Clásicos franceses.

LAMARTINE: *Civilizadores y conquistadores*	2
BOSSUET: *Oraciones fúnebres*	1
MÉRIMÉE: *Colomba y otros cuentos*	1
REGNARD: *Obras escogidas*	3

Clásicos portugueses.

CAMOENS: *Los Lusíadas*	1
— *Poesías selectas*	1

Sánscrito.

Panchatantra, traducido por Alemany	1
Libro de las Leyes de Manu	1